

FELICIA YAP

# EL JUEGO DE LA MEMORIA

RECORDAR PUEDE SER MORTAL



MAEVA | NOIR

Si tienes un club de lectura  
o quieres organizar uno, en nuestra web encontrarás  
guías de lectura de algunos de nuestros títulos

<http://www.maeva.es/guias-lectura>

## Índice

Cubierta

Un pueblo cerca de Cambridge, dos años antes del asesinato

1. Claire

2. Mark

3. Sophia

4. Hans

5. Sophia

6. Hans

7. Claire

8. Mark

9. Hans

10. Mark

11. Sophia

12. Hans

13. Sophia

14. Hans

15. Claire

16. Hans

17. Mark

18. Sophia

19. Hans

20. Sophia

21. Hans

22. Sophia

23. Hans

24. Claire

25. Mark

26. Claire

27. Mark

28. Hans

29. Una playa en Bora Bora, Pacífico Sur,

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

Querido lector:

Vivimos en un mundo acelerado en el que pasamos más tiempo observando una pantalla que mirando a nuestro alrededor y prestando atención a las personas que nos importan. Todo sucede AHORA, y casi todas las noticias quedan desactualizadas a los pocos minutos.

Cada vez nos cuesta más recordar un nombre o una fecha, pero no importa porque todo está en la nube o en la memoria de nuestros dispositivos. Pero ¿y si estuviéramos olvidando lo esencial? No es lo mismo un dato que un recuerdo, y no todos los recuerdos son iguales. Si vivimos en un presente continuo, ¿qué debemos recordar de nuestro pasado para no olvidarnos de quiénes somos?

***El juego de la memoria***, de **Felicia Yap**, es un fascinante *thriller*

filosófico que nos traslada a una sociedad distópica cuyos habitantes se han convertido en seres frágiles porque carecen de memoria. Solo pueden recordar un día, el de ayer, si pertenecen a los Uno; o dos si pertenecen a la clase privilegiada de los Duo. Los recuerdos solo se pueden evocar gracias a las anotaciones en un iDiary, y estas ni siquiera son fiables, ya que pueden estar incompletas o no ser del todo ciertas... Así es como el pasado se ha convertido en terreno desconocido.

En esta realidad alternativa en la que nos sumerge Felicia Yap, debería ser una virtud que tu pareja tuviera mayor capacidad para recordar que tú, pero si sospechas que te oculta algo que eres incapaz de descifrar, cada día se convierte en una nueva incertidumbre. Eso le ocurre a Claire, la protagonista, cuando el detective Hans Richardson le hace saber que su marido podría estar implicado en el asesinato de una mujer...

¿Cómo puedes mantener el control de tu vida si solo puedes recordar el día de ayer? ¿Estamos tan lejos de ese mundo creado por Felicia Yap?

Al pasar la página entenderás por qué este debut ha recibido una acogida tan calurosa en los quince países donde ya se ha publicado. ¿A qué estás esperando?

*La editora*

A Alex y Han Shih

## Un pueblo cerca de Cambridge, dos años antes del asesinato

**D**éjame que te cuente unos secretos muy feos. Empezaré por enseñarte una fotografía.

Soy yo, hace mucho tiempo. Era plana y tenía orejas de soplillo. Si te fijas bien, verás que en algún momento en mis ojos hubo esperanza y en mi alma, fuego. Hoy, tanto la esperanza como el fuego han desaparecido. Aniquilados por años de internamiento.

Aquí hay otra fotografía. Ah, ya veo que te sobresaltas. Es comprensible. Después de todo, es una fotografía de ti. La de tu ficha policial, tomada hace poco. No sales tan mal. Melena rubia que te cae sobre los hombros, buenas tetas. ¿Sabes qué? Voy a transformarme hasta ser idéntica a ti. Me voy a decolorar el pelo y me pondré unas tetas como las tuyas.

¿Estás frunciendo el ceño? No lo entiendes, ¿verdad? Te estás preguntando por qué quiero parecerme a ti.

Déjame que te lo explique. Me acuerdo de todo. No estoy mintiendo. Soy la única persona del mundo que recuerda su pasado. Al completo. Y la mayor parte con detalles vívidos. Hablo en serio. Y eso me convierte en alguien muy, pero que muy especial.

No me crees, ¿a que no?

Eso también es comprensible. Al igual que los cinco mil millones de Uno que nos rodean, tú solo recuerdas lo que te pasó ayer. Te levantas cada mañana con la cabeza llena de datos, información cuidadosamente seleccionada sobre ti y sobre otras personas. De tu cama, vas directa al iDiary que tienes sobre la reluciente encimera de tu cocina. A ese dispositivo electrónico, el exiguo cordón umbilical que te une al pasado. Desesperada por saber los pocos y tristes detalles que pusiste por escrito la noche anterior. Ávida de añadirlos a tus recuerdos de lo que pasó ayer... y a otros datos fríos e inútiles que has aprendido sobre ti misma.

Lamentable, ¿no te parece?

Pero es a lo que estás acostumbrada, ¿verdad? Porque es lo que llevas haciendo desde los dieciocho años, cuando ese pequeño y triste cerebro tuyo se

apagó. No me extraña que envidies a los Duo, cuya memoria a corto plazo es algo mejor que la tuya. Aunque lo cierto es que sois todos iguales.

Igual de penosos.

Déjame que añada una sencilla verdad, puesto que estás empezando a conocerme tal y como soy.

Cuando lo recuerdas todo, recuerdas lo que otras personas te han hecho (aunque ellas lo hayan olvidado). Hasta el detalle más nimio y atroz. Lo que hace que quieras vengarte si te han hecho mucho daño. Me refiero a un daño muy grande, como, por ejemplo, obligarte a pasar diecisiete años recluida en un manicomio. Te hace soñar con hacer justicia durante las horas de noche cerrada, cuando la sonrisa de la luna se ha desvanecido y las lechuzas han dejado de ulular.

Cuando lo recuerdas todo, también puedes salir impune de todo. De vengarte, por ejemplo.

Lo que está de puta madre, ¿no te parece?

Por esa precisa razón, yo, Sophia Alyssa Ayling, voy a salir impune de esta.

Vengarse sería genial. Sobre todo teniendo en cuenta lo que me has hecho. Todas esas cositas malas de las que has sido culpable a lo largo de estos años. Lo que hace que el odio sea tan potente es la suma total de las ofensas que recuerdo. Ah, sí. Vengarse será cosa fácil.

Porque nadie recordará lo que voy a hacerte.

Excepto yo.

La felicidad es un proceso. La infelicidad es un estado.

Diario de Mark Henry Evans



## Claire

Un hombre gimotea en la cocina. También me cierra el paso hasta la encimera de mármol donde está mi diario electrónico, con el diodo color morado eléctrico todavía centelleando. Lo miro, se está sujetando la mano izquierda y tiene cara de dolor. De su dedo índice gotea sangre. A sus pies hay restos de una tetera.

–¿Qué ha pasado? –pregunto.

–Se me ha caído –dice con una mueca de dolor.

–Déjame ver. –Voy hacia él evitando pisar esquirlas de porcelana. A medida que me acerco, el anillo de oro que lleva en la mano izquierda se burla de mí con un destello afilado. Me trae a la cabeza los datos básicos que, con los años, he aprendido de mi marido. Nombre: Mark Henry Evans. Edad: 45. Ocupación: novelista a la espera de ser elegido diputado por South Cambridgeshire. Nos casamos a las 12.30 del 30 de septiembre de 1995 en la capilla del Trinity College. A nuestra boda asistieron nueve personas. Los padres de Mark se negaron a venir. Le prometí al capellán Walters que cada mañana me recordaría a mí misma que quiero a Mark. La boda costó 678,29 libras. Tuvimos relaciones sexuales por última vez hace más de dos años, a las 22.34 del 11 de enero de 2013. Se corrió a los seis minutos y medio.

Todavía no he conseguido saber si toda esta información que conservo sobre mi marido debería hacerme sentir mal, triste... o furiosa.

–Intenté atraparla antes de que se estrellara contra el suelo – dice Mark–, pero rebotó en el lavavajillas.

Examino el corte que tiene en el dedo índice. Mide más de dos centímetros. Levanto la vista hacia la cara de Mark, observo los profundos pliegues que tiene sobre el entrecejo, las arrugas de preocupación que irradian de las comisuras de los ojos, los labios fruncidos. Recuerdo que anoche no paró de dar vueltas en la cama, como si algo lo persiguiera en sueños.

–Tiene mala pinta –digo–. Voy a por una tiritita.

Le doy la espalda y subo corriendo las escaleras. Dato: el botiquín se guarda en el armario que está junto al espejo del cuarto de baño. Antes de abrirlo me

detengo ante mi imagen reflejada en el espejo. Los ojos que me devuelven la mirada son distintos de los ojos angustiados que vi ayer. La mirada de hoy parece más clara. Pero las mejillas están hinchadas. Se me han formado bolsas bajo los ojos.

Anoche lloré hasta quedarme dormida. Me pasé casi todo el día en la cama.

Me pregunto por qué. Miro con atención la cara hinchada del espejo y quiero que me vengan a la cabeza los datos pertinentes. Pero las razones de la infelicidad de ayer revolotean fuera de mi alcance, como las alas de una mariposa esquiva. Solo recuerdo haberme escondido, haber llorado con la cara hundida en la almohada y haberme negado a comer. Hago una mueca de derrota, el rostro en el espejo me la devuelve. La infelicidad de ayer debió de provocarla algo que ocurrió hace dos días. Pero ¿qué?

No sé lo que pasó anteayer. Porque no puedo saberlo. Solo recuerdo lo que pasó ayer.

Mi marido me necesita, me digo con un suspiro. Saco el botiquín del armario y bajo. Mark está sentado a la mesa de la cocina, sujetándose el dedo herido con la mano derecha. Sus labios siguen apretados en una mueca de dolor.

–Déjame que te cure –digo mientras abro el botiquín.

Mark da un respingo cuando le limpio la sangre con un bastoncillo de algodón. El corte es mucho más profundo de lo que creía.

–Tendría que desinfectarlo primero. –Saco una botellita de antiséptico y le quito el corcho.

–Tampoco es para tanto.

–No voy a dejar que andes por ahí con un dedo infectado.

–Es un cortecito de nada.

Ignoro a Mark, vierto una cantidad generosa de antiséptico en la herida (da otro respingo) y le pongo una tirita. Abre la boca para decir alguna cosa, pero la vuelve a cerrar con el ceño fruncido.

Le beso el dedo antes de levantarme de la mesa y agarrar mi diario de la encimera de la cocina. Apoyo el pulgar en el lector de huellas dactilares, con lo que deja de centellear el diodo violeta de «leer ahora la entrada de ayer». Bajo hasta la última entrada. Es de anoche. Escribí:

11.12. Me he despertado sintiéndome fatal. Con el peso de lo que sé sobre los hombros. He estado una hora llorando en la cama. A las 12.15 encontré a Mark dormido en su despacho, lo desperté y le di el regalo que había comprado, aunque falta una semana para su cumpleaños. Me eché a llorar otra

vez y volví a la cama. He descuidado todas las tareas de la casa, incluso la jardinería. Me he saltado la comida y la cena. Mark no dejaba de entrar en el dormitorio con cara de preocupación para decirme que mañana todo habría vuelto a la normalidad. Tiene razón. La pesadilla de ayer habrá desaparecido por la mañana. A las 21.15 me levanté para tomarme un plátano, las pastillas y dos whiskis de malta antes de volver a la cama.

Una descripción precisa, aunque sucinta, de lo que ocurrió ayer. Claro que la entrada no dice por qué lloraba. Solo sugiere que la infelicidad de ayer la desencadenó algo ocurrido hace dos días. Algo horrible. Voy a la penúltima entrada.

Tormenta de truenos hasta las 9.47. Luego saqué a *Nettle* a pasear. Almuerzo a las 13.30 a base de rosbif y patatas, que comí sola, en el porche. Mark quería comer en su despacho para poder seguir escribiendo. A las 16.50 fui hasta Grange Road para una larga charla con Emily acompañada de té y bollos. Velada sin nada de especial. Mark volvió al despacho para escribir. Yo me instalé en el sofá y cené sobras recalentadas en el microondas.

Estoy desilusionada y perpleja por la entrada. Había supuesto que arrojaría algo de luz sobre las razones de mi infelicidad de ayer. Pero la entrada es lacónica, opaca. Releo con atención su contenido y sigo igual de perdida. Es posible que Mark sepa lo que pasó hace dos días. Al contrario de mí, él es un Duo, por lo tanto se acuerda de ayer y también de anteayer. Es lo que lo diferencia de la mayoría, la razón por la que se considera superior.

–Recuerdo haberme pasado casi todo el día de ayer llorando –digo, y me fijo en que Mark no ha dejado de fruncir el ceño–. Pero no logro saber por qué.

Nuestras miradas se encuentran. En las pupilas de Mark hay un destello oscuro que soy incapaz de descifrar. ¿Es ira? ¿Dolor? ¿O miedo?

Se vuelve y observa mi orquídea mariposa durante varios segundos antes de contestar.

–Hace dos noches te olvidaste de tomar la medicación –dice–. Por eso ayer tuviste una recaída.

Debe de ser eso. Dato: desde el 7 de abril de 2013 tomo dos medicamentos, tal y como me recetó el doctor Helmut Jong, del hospital Addenbrooke: Lexapro y Prisqit. Dos comprimidos de Lexapro y uno de Prisqit al día. Agarro el pastillero que está sobre la encimera y busco en mi cabeza más detalles pertinentes. Dato:

a las 14.27 del 1 de junio de 2015 fui hasta la farmacia de Newnham a buscar una nueva remesa de pastillas con las recetas del doctor Jong. Sesenta y treinta respectivamente, un mes de tratamiento.

Cuento las píldoras del envase. Debería haber cincuenta de una y veinticinco de otra. Pero en lugar de ello quedan cincuenta y dos y veintiséis.

–Es verdad –digo con un suspiro–. Se me olvidó tomar las pastillas.

Mark gruñe antes de levantarse de la silla. Me fijo en que tiene los hombros un poco menos tensos.

–Voy a recoger –dice.

Mientras él trastea con la escoba y el recogedor, voy hasta la nevera y saco una botella de leche. Me suenan las tripas de hambre. Lleno un cuenco de copos de maíz. Me siento a la mesa con una cuchara y enciendo la radio. Al principio es solo un sonido distorsionado, pero al cabo de unos instantes suena la canción del anuncio de una web que compara seguros de coches. Mark ha barrido la última esquirra de porcelana. También ha decidido que sigue queriendo tomarse un té, ha sacado una taza y depositado dentro una bolsita de Earl Grey.

«Buenos días, Anglia Oriental –dice una voz de hombre en la radio–. Son las noticias de las ocho. La reina ha dado el consentimiento real a una ley parlamentaria destinada a fomentar los matrimonios mixtos entre personas Uno y Duo, que, tal y como reveló el censo de 2011, constituyen ahora mismo el setenta y el treinta por ciento de la población respectivamente. Prejuicios culturales muy arraigados en nuestra sociedad han desalentado durante mucho tiempo estas uniones. En 2014 solo se registraron en Gran Bretaña trescientos ochenta y nueve matrimonios mixtos.»

Miro a Mark sin que se dé cuenta. Está removiendo el té para disolver un terrón de azúcar y la mueca de sus labios es algo más alegre, solo un poquito. Sé por qué está satisfecho: esta noticia favorece su campaña para ser elegido miembro del Parlamento. Dato: hace veinte años tuvo el valor de casarse con la Uno Claire Bushey a pesar de la fuerte oposición de su familia. Es un Duo en contacto con las necesidades, las esperanzas y los miedos de los Uno británicos. Está casado con una.

«Estudios científicos recientes han demostrado que una pareja Uno-Duo tiene un setenta y cinco por ciento de posibilidades de concebir hijos Duo.»

Hijos. Dato: quiero tener un hijo. Mi corazón ansía un pequeño al que cuidar y amar. Pero ¿cómo voy a tener un hijo si el sexo ha desaparecido de mi matrimonio?

«El Gobierno cree que una proporción mayor de Duo impulsará la

competitividad económica y la productividad británicas –continúa diciendo el presentador–. Ha dado su apoyo a la Ley de Matrimonios Mixtos, que garantiza ventajas fiscales a las uniones Uno-Duo. Se espera que la ley entre en vigor el 15 de febrero de 2016.»

Qué sabrán ellos. Los datos son importantes. Me he obligado a mí misma a aprenderlos, me gusten o no.

Dato: los Uno casados con Duo son objeto de recordatorios diarios de las limitaciones de su memoria. Esto los aboca a un estado de inferioridad crónica. Probablemente por eso llevo años tomando antidepresivos. Sin embargo, no me atrevo a contemplar la idea de dejar al hombre que ignoró el mayor tabú social para casarse conmigo, pues si lo hiciera mi porvenir sería mucho peor. Dato: Mark cobró un anticipo de 350.000 libras por *A las puertas de la muerte*, su novela de mayor éxito. Vivimos en una mansión en Newnham con vistas al Cam. Seis dormitorios, un porche cerrado y media hectárea de jardín. Vacaciones en el Caribe dos veces al año, volando en primera clase. Si me hubiera casado con otro Uno, seguiría trabajando de camarera en el Varsity Blues.

El presentador se ha puesto a hablar del resultado del encuentro de fútbol de ayer entre Inglaterra y Alemania.

Suspiro y como otra cucharada de cereales. Mastico los copos de maíz, su dulzor almibarado me recubre la lengua. Tengo una vida idílica... pero solo en la superficie. Eso dicen los datos. Si hubiera un niño en mi vida... El vacío crece a medida que pasan los años; ya tengo 39. Y si pudiera recordar las cosas, como Mark... La brecha entre nuestras memorias respectivas nos separa como un abismo insalvable.

El presentador está diciendo algo sobre Cambridge. Presto atención.

«El cuerpo sin vida de una mujer de mediana edad ha aparecido esta madrugada en el río Cam, en una reserva natural cerca del pueblo de Newnham...»

Un estrépito ahoga sus palabras. Levanto la vista de mis cereales. A Mark se le ha caído la taza, que está hecha añicos en el suelo de la cocina. Delante de él hay un charco de Earl Grey caliente. Tiene una bolsa de té marchita encima del zapato.

«Un portavoz de la Policía de Cambridgeshire ha declarado que hay indicios de criminalidad y que se ha abierto una investigación –está diciendo el presentador–. Pasamos ahora a la información del tiempo. La agencia meteorológica afirma que hoy soplará viento...»

Apago la radio. El silencio que sigue resulta aún más inquietante.

–¿Qué pasa? –digo.

Mark no reacciona. Tiene la mirada perdida. Sus hombros dibujan una línea tensa.

–¿Es por la noticia de la mujer muerta?

Mi marido parpadea, debo de haber acertado. Es por ella. Pero ¿por qué?

–Me ha... me ha sorprendido la noticia, nada más –dice atropelladamente–. Es probable que la encontraran en el Parque Natural de Paradise, aquí al lado. Qué horror. Por eso he oído sirenas de la Policía esta mañana.

Le examino la cara con atención. Tiene la mandíbula apretada.

–No entiendo por qué estás tan alterado.

–No estoy alterado –dice Mark, aunque la rigidez de sus hombros sugiere otra cosa–. Solo torpe. Primero la tetera y ahora la taza. Lo siento. Voy a recoger otra vez.

Me da la espalda y sale de la cocina.

Me quedo mirando los cereales que quedan en el cuenco. Se me ha quitado el apetito.

**M**ark ha barrido los restos de la taza y se ha retirado a su estudio, situado al final del jardín. Estoy tentada de sacar a *Nettle* a dar un paseo por el parque Paradise. Aunque es probable que haya partes acordonadas, igual consigo atisbar algo de lo que esté haciendo la Policía.

Le pongo la correa al perro y salimos al sol. El aire de la mañana es fresco, hasta diría que un poco frío. Leves notas de madre selva perfuman la acera. Vamos hasta la cancela de torniquete al final de Grantchester Meadows. *Nettle* intenta salir disparado en cuanto olfatea algún conejo. Tiro de la correa. La cancela chirría; entramos en el parque. La tierra que pisamos está blanda, encharcada en algunas zonas. Está salpicada de huellas de pisadas, en su mayoría recientes. Una mariposa de los muros baila delante de nosotros, su silueta parpadeante se perfila contra los rayos de sol.

Oigo voces ahogadas cuando bajamos por el sendero arbolado, dejando atrás varios sauces viejos y un afluyente cenagoso del Cam a la derecha. A lo lejos cabecean cascos negros de policía.

Me acerco. En un tramo de pasarela hay varias personas de espaldas. Tres agentes les cierran el paso. Una larga cinta amarilla serpentea entre dos árboles y sus extremos aletean al viento.

Sujeto con fuerza la correa de *Nettle* y me uno al grupo de curiosos. Un hombre con vaqueros y una cazadora verde acolchada está grabando con una cámara. Un reportero vestido de traje y con un marcado tupé le habla a un micrófono. La mayor parte de las personas mira hacia la orilla del río. Me pongo de puntillas y echo un vistazo por encima de sus cabezas.

–Nada de móviles. –Uno de los agentes agita un dedo en dirección a un niño.

El espectáculo es decepcionante. No veo ningún cadáver, tampoco una de esas bolsas que se usan para transportarlos. Solo dos hombres con trajes de protección blancos y guantes azules de goma. Uno de ellos está guardando algo dentro de una bolsa de plástico. El segundo saca fotografías de un árbol de gran tamaño a la orilla del Cam. Su inmenso tronco, parcialmente sumergido, sobresale del agua a lo largo de unos seis metros antes de escindirse en ramas frondosas.

–¿Qué ha pasado? –Me vuelvo hacia un hombre con zapatillas de deporte color naranja fluorescente.

–Han encontrado un cadáver en el río a primera hora.

–No lo veo.

–Se la llevaron hace un rato, por ese camino. –Señala un segundo sendero arbolado, en dirección opuesta a la que hemos seguido *Nettle* y yo.

–Ha debido de ser horrible.

–Estaban cerrando la cremallera de la bolsa cuando pasé corriendo. Hace un par de horas. Rubia, de pelo largo. No conseguí verle la cara.

–¿Sabe cómo la han encontrado?

–Se lo he oído decir a ese hombre. –Señala al reportero con el micrófono–. Parece ser que un corredor la vio entre los juncos, flotando cabeza abajo. Justo a los pies de ese árbol.

–Qué horror.

–Ojalá me hubiera levantado antes hoy. La habría visto primero.

–Me pregunto si saben quién es.

–El hombre de los informativos dijo que han encontrado un carné de conducir en uno de los bolsillos. Pero no mencionó el nombre.

Asiento con la cabeza.

–Bueno, me marchó. Esto ya se ha puesto aburrido. Bonito perro.

Se gira y echa a correr, sus zapatillas destellan entre los árboles. Veo que el reportero guarda el micrófono. La cámara ha dejado de grabar. Aflojo la correa de *Nettle* y empiezo a tirar de él en dirección a casa, entre los sauces que susurran al viento.

Pobre mujer. Me pregunto qué le habrá pasado.

Cuando llego a casa, Mark no está. Debe de seguir en su estudio. Le quito la correa a *Nettle* y echo una cantidad generosa de galletas en su cuenco. Mientras las mastica, me pongo el peto y los guantes. Mi diario me dice que llevo al menos dos días sin trabajar al aire libre. El jardín tiene que estar pidiendo a gritos una poda y una limpieza. Al completo.

Empujo la puerta del porche y salgo de nuevo al sol. Se ha levantado viento. Bajo por el sendero pavimentado que discurre hacia el estudio de mi marido. La tormenta de hace dos mañanas ha dejado un rastro de destrucción en el jardín. Hay brotes rotos y ramas quebradas por todas partes. Cientos de hojas revolotean en círculos azotadas por el viento. La tormenta incluso ha arrancado algunos de los guijarros negros y blancos del sendero. Unos huecos oscuros delatan su ausencia.

No veo los guijarros desenterrados. *Nettle* ha debido de llevárselos también. Tiene la costumbre de llevarse cosas a hurtadillas, porque dice mi diario que el 25 de diciembre pasado encontré dos piedras y una pelota de tenis mugrienta en su cesta. A pesar de lo que piensa Mark, se me da bien memorizar datos insignificantes y aleatorios.

Me pongo enseguida a trabajar con un rastrillo que saco del cobertizo. Al poco rato he acumulado un montón de hojas marchitas cerca del seto de la parte delantera de la casa. La pila desprende un olor reconfortante, terroso. La jardinería es terapéutica; ha de serlo, porque el hormigueo que tenía en el estómago está desapareciendo. O quizá es que el considerable montón de hojas es la prueba de que esta mañana he hecho algo útil. Las amas de casa como yo estamos obligadas a medir nuestros logros diarios por el número de cosas que hemos limpiado o guardado. Es probable que eso sea lo que nos mantiene cuerdas (o menos deprimidas). Yo no tengo ventas millonarias de mis libros de las que enorgullecerme, como Mark.

A diferencia de mi marido, he hecho muy pocas cosas en la vida de las que pueda sentirme orgullosa. Eso dice mi diario.

Tampoco mejora las cosas el hecho de que Mark, al igual que la mayoría de los Duo, en el fondo piense que los Uno somos tontos. Que estamos intelectualmente limitados por nuestra incapacidad de recordar lo ocurrido hace dos días. Que tenemos una comprensión reducida del mundo que nos rodea. Le



falta valor para decírmelo a la cara. Pero sé que lo piensa cada vez que abro la boca. Mi diario indica que llevo veinte años soportando burlas paternalistas por parte de mi marido Duo.

Pero no voy a detenerme en estas cuestiones. No voy a pensar en mis deficiencias, ya sean reales o imaginarias. No cuando por fin empiezo a sentirme más animada.

Saco un par de bolsas de basura del cobertizo y empiezo a meter hojas con energías renovadas. Algo suena a lo lejos. Parece el timbre de la puerta. Debe de ser el cartero.

Abro una puerta lateral que hay en el seto del jardín y rodeo la casa hasta la parte delantera. Un hombre está de pie en el porche con la cara vuelta hacia otro lado. No es el cartero. Tiene un rostro de líneas delgadas y mandíbula fuerte y angulosa. En las sienes abundan indicios de cabellos grises. Lleva una camisa de color blanco pulcramente almidonada, planchada a la perfección. Los zapatos estilo Oxford están lustrosos.

–¿Quería algo? –digo.

El hombre se sobresalta antes de volverse para mirarme.

–Ah... –dice.

Posa sus ojos en mí, en mi peto y mis zapatos sucios. Tiene el iris de los ojos color gris acero, y una mirada casi magnética. Busca en el bolsillo de la camisa y me enseña una placa policial dentro de una cartera negra. La insignia tiene forma de copo de nieve con una corona.

–Soy el inspector jefe Hans Richardson, de la comisaría de Cambridgeshire. Me gustaría hablar con Mark Evans.

–¿Por qué?

–Nos gustaría que nos ayudara en una investigación.

–¿Qué están investigando?

–La muerte de una mujer.

Miro al detective boquiabierta.

–Pero ¿no será... la mujer que ha salido en las noticias esta mañana?

–Pues sí. –Asiente con la cabeza–. Soy el oficial encargado de la investigación del caso. Le agradecería que llamara al señor Evans. Supongo que es su marido.

Asiento. Algo no funciona bien esta mañana en el universo, pero soy incapaz de identificar qué es. Miro detrás del señor Richardson, su coche patrulla de cuadros azules y amarillos está aparcado en la entrada de nuestra casa. Detrás del volante hay un conductor uniformado, los cristales tintados difuminan su rostro con bigote. Un par de vecinas han asomado la cabeza, una incluso ha salido al

porche delantero de su casa para mirarnos, vestida aún con una bata morada de estar por casa. También es mala suerte que justo delante tengamos una hilera de viviendas adosadas.

–Mark está trabajando en su estudio –digo, con prisa por apartar a Richardson de la vista de mis vecinas–. Venga conmigo.

Guío al detective rodeando la casa y reparo en que su corbata de seda lleva el mismo anagrama que su placa, pero en pequeño. Se parece a la letra pi que aprendí en el colegio hace siglos. *Nettle* se une a nosotros. Richardson se agacha para rascarle la cabeza y recibe un vigoroso movimiento del rabo como respuesta. Cuando salimos por la puerta lateral que da al jardín, me armo de valor y pregunto:

–¿Cómo se llamaba la mujer?

El detective frunce los labios antes de responder.

–Sophia Ayling.

Ese nombre no me trae a la cabeza ni el más mínimo dato.

–¿Por qué se...? ¿Por qué están tratando su muerte como sospechosa?

–No puedo decírselo. –Niega con la cabeza. –Lo siento. Por cierto, tienen un jardín precioso. Muy interesante.

–Gracias. Voy a llamar a mi marido.

Richardson asiente con la cabeza. Echo a andar por el sendero del jardín hacia donde está Mark. De pronto, una sensación de alarma me inunda el corazón y borra todo lo demás. Es imposible que Mark esté relacionado con la muerte de Sophia Ayling. No he memorizado ningún dato sobre ella. Para confirmarlo, me paro, extraigo mi diario electrónico y escribo su nombre. No aparece nada.

Llego a la puerta del estudio de Mark y llamo. De dentro sale un fuerte gruñido.

–Estoy escribiendo, Claire. –La voz de Mark suena amortiguada, pero distingo muy bien una nota de exasperación–. Te he dicho que no me molestes cuando estoy escribiendo. Deberías escribirlo en tu diario esta noche, dedicar algo más de tiempo a aprenderte ese dato.

–Es urgente, Mark. Por favor, sal.

Oigo un juramento ahogado seguido, al cabo de unos instantes, de ruido de pisadas en mi dirección.

La puerta se abre con un fuerte chirrido y deja ver el estudio impecablemente ordenado de Mark. Mi marido está de pie delante de mí con la mirada perdida y algo desquiciada. Si es verdad que se ha pasado la última hora escribiendo, la actividad ha debido de causarle gran agitación.

–Un detective quiere hablar contigo. El inspector jefe Hans Richardson, de la comisaría de Cambridge. Está investigando lo de la mujer muerta de la que han hablado en la radio esta mañana.

El color desaparece del rostro de Mark. Le tiembla la mano izquierda.

Scientific American, 15 de septiembre de 2005

**Todo está en los genes: Científicos descubren el gen (y la proteína) responsables de las diferencias de memoria**

Científicos de la Universidad de Harvard han identificado la mutación genética responsable de las diferencias de memoria a corto plazo entre personas Duo y Uno. El gen regula la producción de una proteína que une el elemento de respuesta al AMP cíclico, más sencilla de recordar por las siglas CREB.

Muestras de sangre tomadas a 5.000 voluntarios confirman que los adultos Uno y Duo tienen niveles muy bajos de CREB, a diferencia de los adolescentes menores de dieciocho años. Sin embargo, los Duo tienen mayor presencia de CREB en sangre que los Uno, lo que les proporciona dos días de memoria en lugar de uno.

Los científicos están convencidos de que esta proteína se inhibe a la edad de veintitrés años en los Duo y de dieciocho en los Uno, lo que explicaría las diferencias de memoria en la población. Están tratando de comprender cómo y por qué se produce, y si siempre ha sido así.

El Duo Patrick Kilburn, investigador principal del proyecto, cree que esta predisposición genética puede revertirse mediante una combinación sincronizada de factores de estrés físico y emocional. Para que esto se produzca, insiste, han de estar presentes ambas formas de trauma. Ratonos sometidos a conmociones físicas y emocionales simultáneas, informa, revelan niveles elevados de CREB y mejora de la memoria a corto plazo.

Un portavoz del Fondo Internacional de la Memoria (FIM), la organización que financia la investigación, ha declarado: «El descubrimiento de esta predisposición genética hace concebir la maravillosa esperanza de poder ayudar a la humanidad a adquirir una mejor memoria en el futuro. En el peor de los casos, todos los Uno podrán convertirse algún día en Duo».

## Mark

Cuando escuché la noticia esta mañana en la radio pensé que las cosas no podían ir a peor. Y sin embargo así ha sido.

Dicen que la ignorancia es una bendición. Miro a Claire a los ojos, esos ojos que me enamoraron hace veinte años cuando los vi por primera vez en el Varsity Blues (según consta en mi diario). Sus pupilas hoy están cristalinas, limpias de la carga que suponen los recuerdos. Ayer eran todo sufrimiento angustiado. ¡Cómo puede un solo día cambiar las cosas! Hoy tiene los ojos color lavanda de una mujer serena, dueña de esa tranquilidad que da no recordar, de estar exento del castigo de saber.

El viento empieza a aullar sobre las copas de los árboles.

Por una vez, daría cualquier cosa por ser Uno, como Claire. Sobre todo hoy. Sé que me tiene envidia. Muchísima. Es un problema que aflora de vez en cuando en mi matrimonio... y en mi diario. Ya he perdido la cuenta de las veces que he escrito frases que empiezan por: «Claire ha vuelto a despotricar contra los Duo diciendo que son...».

Poco se imagina Claire que ser Uno es lo que le permite ser una persona más feliz.

Respiro hondo, tratando de aquietar mis pensamientos acelerados.

–Qué raro –digo.

–El inspector Richardson está esperando, Mark. –Claire cruza los brazos y me mira irritada.

No me queda otra elección que seguirla por el sendero hasta donde espera el detective. Incluso desde lejos me doy cuenta de que es alto y fuerte, de hombros anchos. Unos hombros de alguien práctico que no se anda con tonterías.

Me fijo mejor, se está guardando algo en el bolsillo. Parece el estuche de una cámara. Mierda. ¿Qué ha estado fotografiando en mi jardín? Acelero el paso para recorrer los últimos metros.

–Buenos días, señor Evans.

–Tengo entendido que quiere usted hablar conmigo.

–Siento molestarle. Sé que está ocupado. Pero tengo malas noticias sobre Sophia Ayling. Lamento comunicarle que esta mañana han encontrado su cuerpo en el Cam.

–¿Cómo?

–En casos como este, el procedimiento habitual es tomar declaración a familiares y amigos. Necesitamos recomponer los movimientos de la víctima antes de su muerte para asegurarnos de que el juez de instrucción tiene todos los datos. Parece ser que usted conocía a la señora Ayling. ¿Le importaría acompañarme a la comisaría de Parkside para tomarle declaración? No tardaremos mucho.

Oigo a Claire contener la respiración.

–¿Ha dicho... que Mark y Sophia se conocían?

–Sí. –El inspector asiente con la cabeza.

–Mark... –Claire se vuelve hacia mí con los ojos muy abiertos y mirada acusadora-. ¿Es eso cierto?

Mierda. Tengo que atajar la sospecha.

–Voy a ver –le digo mientras saco mi diario y lo examino con la expresión más inocente que soy capaz de poner.

–Según mi diario conocí a Sophia en York, en un festival de escritores, hace dos años –digo-. Era una aspirante a novelista que escribía sobre... pacientes de un hospital psiquiátrico... En concreto sobre las fantasías que les provocaban los narcóticos. Me pidió que le dedicara un ejemplar de *A las puertas de la muerte*. Dijo que era una gran admiradora de mis libros. ¿Cómo ha sabido que nos conocíamos, inspector?

–La señora Ayling escribió sobre usted en su diario.

Joder. ¿Qué hace el diario de Sophia en manos del inspector?

–Me sorprende que haya tenido acceso a su diario –digo tratando de aparentar tranquilidad-. Si mis datos son correctos, la Ley de Derechos Humanos protege la intimidad de las personas. Eso incluye su correspondencia y su diario.

–Así es, señor, pero solo en términos generales.

El detective se detiene un instante y hace una mueca.

–Se ha reformado la Ley de Protección de Datos de 1998 para permitir a la Policía acceder a información derivada de datos personales cuando sea necesario. Podemos incautar diarios o inspeccionarlos por motivos de seguridad nacional. O cuando investigamos delitos de asesinato o secuestro de niños. Es decir, los más graves.

Trago saliva.

–Por eso hemos conseguido una orden judicial para acceder a los diarios de Sophia Ayling. Creemos que su contenido puede ayudarnos a investigar su muerte.

–¿Qué escribió Sophia de mí?

El detective niega con la cabeza y tensa la mandíbula.

–Inspector –le miro a los ojos–, acaba de decirme que han encontrado a Sophia en el Cam. Y se presenta en mi jardín para pedirme que le ayude. Quiero que me ponga en antecedentes.

–¿De verdad?

–Pues claro que sí. Insisto.

–Pues si insiste... –Me sostiene la mirada sin pestañear.

Oigo a Claire contener la respiración una vez más.

–En su diario, Sophia Ayling daba a entender que usted y ella intimaron bastante después del primer encuentro en York... –El inspector tuerce una de las comisuras de la boca.

Claire da un paso atrás. Es como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Pero la expresión horrorizada pronto da paso a otra. Tiene las mejillas al rojo vivo. Los ojos le echan chispas y aprieta mucho los labios.

Mierda. Qué equivocación tan grande he cometido. Lo más inteligente habría sido negar tener recuerdo alguno de Sophia desde el principio. Pero la reacción inicial de Claire me descolocó. Tengo que salir de este agujero en el que me he metido solo. Asegurarme de que no vuelvo a caer en él.

Tengo cuatro opciones:

- (a) Negar la aventura.
- (b) Sembrar dudas sobre la personalidad de Sophia.
- (c) Averiguar qué escribió de mí en su diario, a ser posible cuando Claire no esté delante.
- (d) Hacer las tres cosas.

–Eso es mentira –digo cerrando el puño–. Sophia se lo inventó. Dijo que le volvían loca mis libros. Que estaba loca por mí, aunque no nos habíamos visto nunca.

El detective no parece convencido.

–Escribió lo que quería creer. Era una mujer gravemente desequilibrada. Está perdiendo el tiempo conmigo, inspector.

–Tengo la obligación de investigar todas las pistas. –El detective mantiene la

mandíbula rígida—. Eso incluye los hombres que tuvieron una relación íntima con la señorita Ayling.

Miro a Claire. Tiene los puños cerrados, igual que yo. Sus ojos siguen echando chispas. Pero, por suerte, es una persona que responde bien a la persuasión continua, tal y como sugieren los apuntes en mi diario de los últimos veinte años. Dato: una de las entradas de junio de 1995, por ejemplo, dice que a Claire le gustan las rosas rojas y que suplicarle una y otra vez es la clave para vencer su obstinación.

No puedo reprimir un escalofrío. Si la prensa sensacionalista se entera de que le he sido infiel a Claire puedo despedirme de mi sueño de ser elegido parlamentario.

—Inspector —digo—, espero que no tenga intención de detenerme.

—Por Dios, no. Por supuesto que no, señor. Solo necesitamos tomarle declaración.

—No estoy seguro de si esto debería tranquilizarme o alarmarme.

Richardson carraspea y ladea un poco el mentón.

—Quería saber lo que escribió Sophia Ayling de usted —dice—. Bien, según estipula la orden judicial, podemos revelar el contenido de su diario a aquellas personas implicadas de forma directa en la investigación. Quizá en comisaría pueda darle algún detalle.

El detective debe de sospechar que daría cualquier cosa por saber lo que escribió Sophia.

—Iré con usted, inspector —digo con un suspiro—. Estoy dispuesto a colaborar en la investigación, aunque Sophia se engañaba a sí misma respecto a la naturaleza de nuestra relación.

—Gracias.

—Confía en mí, Claire —digo mirándola a los ojos con la expresión más implorante que soy capaz de poner.

Pero Claire no contesta mientras sigo al inspector por el camino del jardín en dirección a su coche.

**P**ensaba que me llevarían a una sala de interrogatorios. Como esas que se ven en las películas, vacías a excepción de una mesa, una silla y una potente lámpara halógena orientada hacia los ojos del infeliz sospechoso.

Pero me llevan al despacho de Richardson. Su mesa de trabajo está casi



limpia, con un ordenador, un diario electrónico (me pregunto si es el de Sophia), una grabadora digital y una grapadora gigante. Un ajedrez de madera ocupa un lugar destacado en la esquina izquierda del escritorio. Los peones están enzarzados en una vigorosa escaramuza. No hay pilas de papeles, no hay carpetas dispersas al azar, tampoco tazas de café con restos mohosos de cinco días. Las estanterías detrás de la mesa revelan aspectos de la personalidad de Richardson. Están llenas de cuadernos de distintos colores dispuestos en impecables hileras según su tonalidad.

Debería andarme con cuidado.

No debo parecer aterrorizado, aunque lo esté.

Mis ojos se posan en una inscripción grabada en una placa metálica fijada a la pared del fondo. Dice:

*El talento no se puede forzar. Surge.*

*Tampoco se puede forzar la inspiración.*

*Llega cuando menos preparado estás.*

*Pero sí se pueden forzar las soluciones a los problemas del día.*

*Basta salir a su encuentro con un palo gigante.*

*Anónimo*

Definitivamente tengo que estar alerta. Andarme con mucho tiento. Al parecer estoy ante un policía tipo inspector Javert que no dejará títere con cabeza para encontrar respuestas. Tiene aspecto de ser de esas personas que necesitan su trabajo tanto como respirar, un sabueso metomentodo que no descansará hasta desenterrar la verdad.

–Gracias por venir –dice Richardson. Señala al sargento de paisano que nos ha acompañado hasta el despacho, un joven de aspecto formal con cejas espesas–. El sargento Donald Angus pondrá por escrito su declaración en el formulario MG11 correspondiente. Luego le pediremos que firme una copia.

Asiento con la cabeza.

–Así que es usted Duo, señor Evans.

–Por supuesto.

–¿Cuánto tiempo lleva casado?

–Veinte años.

–¿Tiene hijos?

–No.

–Es usted un novelista de éxito. Pero aspira a ser diputado por South

Cambridgeshire en las próximas elecciones.

–Correcto.

–¿Qué le dijo Sophia Ayling cuando lo abordó después de su charla en York?

–Déjeme que lo mire.

Saco mi diario electrónico y pulso el teclado antes de levantar la vista hacia Richardson.

–Dijo que le encantaban mis novelas. Que llevaba años leyéndolas. Esperaba que su manuscrito inédito tuviera el mismo éxito. Al menos eso es lo que dice mi diario.

–¿Algo más?

–No.

–Un momento. ¿No dijo también la señora Ayling que estaba loca por usted? Es listo, este inspector Richardson.

–Ah, sí. Es verdad.

–¿Cómo reaccionó usted?

–Le dije que me sentía halagado.

–¿Qué pasó después?

Tardo en contestar. Daría cualquier cosa por saber lo que escribió Sophia en su diario sobre nuestro primer encuentro.

–Me invitó a cenar. Dije que no.

–¿Le dijo que no a una rubia atractiva? –Una expresión de incredulidad atraviesa el rostro de Richardson.

–Pues sí.

Le sostengo la mirada, consciente de que es la palabra por escrito de Sophia contra la mía. Pero yo le llevo ventaja, porque una mujer muerta ya no puede decir nada en su defensa. En cambio, yo sí.

–Pero ¿por qué?

–Porque no acepto invitaciones de cada persona que conozco en congresos de escritores. Ni siquiera si es una rubia atractiva.

–¿Por qué no?

–Si alguien afirma estar loca por mí se me disparan las alarmas.

–¿Y eso por qué?

A falta de una respuesta adecuada, tecleo «loca + congreso» en mi diario. Para mi tranquilidad, sale un único resultado. Estudio las palabras antes de volver a mirar a Richardson.

–En actos así es normal encontrarse a algún lunático, inspector. Mi diario del

año pasado dice que vi a una mujer con los labios pintados de rosa chillón atacar a un agente literario con el bolso.

El detective arquea una ceja, escéptico.

–Y luego ¿qué pasó? –dice–. Después de que rechazara la invitación de la señora Ayling.

–Pareció decepcionada. Pero se fue.

–¿Qué quiere decir con que se fue?

–Que salió de la habitación –digo, tratando de no sonar impaciente.

–¿Para irse a dormir con usted en otra habitación?

–Por supuesto que no.

–¿Está seguro?

–Mire una cosa, inspector. –Tengo que hacer un esfuerzo para que no se me note lo irritado que estoy–. Entiendo que quiera llegar al fondo en el caso de la muerte de Sophia. Pero se equivoca de persona.

–¿Qué pasó después del congreso?

–Nada. –Niego con la cabeza–. ¿Por qué? ¿Dice su diario que tuvimos una tórrida aventura que duró años?

El detective no contesta. Veo que tensa otra vez la mandíbula y me preparo para la siguiente pregunta.

–¿Tuvo alguna clase de contacto con ella después?

Busco una respuesta en mi diario.

–Me escribió un par de efusivos correos electrónicos dándome a entender que seguía obsesionada conmigo. Los borré. Mi agente Camilla me reenvía mensajes parecidos de otras admiradoras con regularidad.

–Debe de ser gratificante tener a mujeres adulándolo así.

–Según mi diario, a veces puede resultar molesto.

–Su nombre sale varias veces en el diario de Sophia Ayling –dice Richardson para mi sorpresa–. Ciento ochenta y cuatro veces, para ser precisos.

–¿Tan obsesionada estaba conmigo?

–Su diario contiene partes... digamos... vívidas –dice Richardson con los ojos fijos en mí–. Aún las estoy digiriendo. No se parece a ninguno de los diarios que he leído, con orden judicial, en un caso de asesinato.

Me siento más recto.

–Es como el libre fluir de conciencia de una persona inestable –continúa–. O quizá como un río agitado de semiinconsciencia. Una maraña de pensamientos fascinante.

Siempre supe que Sophia era inestable (lo dice mi diario), pero nunca pensé

que estuviera tan chiflada.

–¿Qué escribió sobre mí?

–No puedo decírselo.

–Pero... me dijo que me daría detalles si venía a la comisaría.

–Dije que era posible que se los diera.

–¿Escribió que estaba locamente enamorada de mí?

–Se supone que soy yo el que hace las preguntas.

–Perdone, inspector –digo–. Es que tengo curiosidad. Me acaba de decir que mi nombre sale ciento ochenta y cuatro veces en su diario.

–Pasemos a otra cosa. –Los labios de Richardson son una línea sombría–. ¿Podría explicarme todos sus movimientos de los últimos tres días? Empecemos por ayer.

De nuevo tengo cuatro opciones:

(a) Contarle a Richardson la verdad sobre lo que hice.

(b) Decir la verdad sobre lo que hizo Claire.

(c) Mentir.

(d) Ninguna de estas tres cosas.

–Mi mujer se despertó sintiéndose muy mal porque se le había olvidado tomar las pastillas la noche anterior –explico–. Por eso decidí quedarme en casa. Incluso cancelé una reunión con un grupo de voluntarios de la campaña para poder estar pendiente de ella. Por suerte, decidió pasarse casi todo el día en la cama y todo fue bien.

–¿Qué le pasaba?

Ay. La enfermedad de Claire ha sido una considerable fuente de humillación para mí a lo largo de los años.

–Si de verdad quiere saberlo, inspector –digo con un suspiro–, mi mujer padece depresión. Su comportamiento puede volverse errático. Agradecería que tratara esto como información confidencial, por cierto. No quiero que la prensa se entere de los... esto... problemas de salud de mi mujer.

Richardson asiente con la cabeza y apunta algo en su libreta con el ceño fruncido.

–Entonces, ¿ayer su mujer y usted estuvieron todo el día en casa?

–Sí.

–¿Qué más hizo, aparte de estar pendiente de ella?

–Intenté escribir un poco en la cocina, mientras Claire descansaba en el piso

de arriba. Pero no me cundió demasiado. Así que decidí hacer algo de papeleo en mi estudio y fui a ver a Claire más o menos cada hora.

–¿Qué clase de papeleo?

–Hojas de cálculo, correos electrónicos. Cosas que no requieren inspiración.

–¿Y qué le inspira a usted, señor Evans?

–El día a día. Las cosas más sencillas.

–¿Los problemas matrimoniales, por ejemplo? ¿Es eso lo que le inspiró la escena de *A las puertas de la muerte*? ¿Esa en la que el protagonista, Gunnar, discute con su mujer, Sigrid, solo dos días antes de la muerte de su hijo?

Así que el detective ha leído mi novela.

–Es imposible decir hasta qué punto influye la vida real en las novelas.

La frase me ha salido en un tono más seco del que era mi intención.

–¿Cómo se acuerda de todo lo que le inspira?

Dato: por alguna razón, solo los Uno me hacen esta pregunta en los festivales literarios; no sé por qué, debe de tener que ver con su sentimiento de inferioridad. Pero el detective no puede ser Uno. En cualquier caso, debería darle mi respuesta ensayada, la que uso siempre.

–Escribiéndolo todo en mi diario, claro. Todo. Lo chocante, lo desgarrador y lo absurdo.

–¿Cómo hace para saber lo que ya ha escrito cuando trabaja en una nueva novela?

–Leo lo que he olvidado.

–Entonces ¿por qué en una página Gunnar es de Valberg y en otra de Varberg? La primera está en Noruega, la segunda en Suecia.

Miro boquiabierto al detective. Dato: descubrí esa errata dos meses después de la publicación de la novela; no sé cómo, pero se les pasó a todos los correctores. Y, sin embargo, ninguno de mis lectores ha detectado el error hasta hoy. Richardson ha debido de leer el libro con mucha atención.

Eso me pone aún más nervioso.

–Se ve que entiende de geografía escandinava, inspector.

–Tengo una cuarta parte de sueco y otra cuarta parte de danés.

Parpadeo.

–No ha contestado a mi pregunta –dice.

–En todas las novelas hay... esto... errores. ¿Se pasa el día buscando errores en los libros?

–Mi trabajo es encontrar grietas en superficies aparentemente tersas. –Los

ojos grises del detective se están transmutando en dos taladros—. Por cierto, ¿cómo describiría su matrimonio?

—Feliz, por supuesto. —A pesar de mis intentos por aparentar seguridad, me tiembla la voz.

—¿Y qué entiende por feliz?

Me devano los sesos en busca de una respuesta objetiva adecuada antes de decidirme a tomar prestadas unas líneas de *A las puertas de la muerte*.

—Depende de la definición de feliz. Mi definición personal es que solo sabes que has sido feliz *a posteriori*.

Richardson levanta una ceja antes de garabatear un par de cosas en su libreta.

—¿Qué pasó anteayer? El jueves.

Ahí es cuando se complica la cosa. Tengo que vigilar lo que digo.

—También me quedé en casa. Pasé casi todo el día escribiendo en mi estudio. A diferencia de ayer, fue un día bastante productivo. Por la tarde estuve contestando correos.

—Así que no salió de casa.

—No.

—¿Habló con alguien durante el día?

—A última hora de la tarde hablé por teléfono con mi agente, Camilla, y con mi director de campaña, Rowan.

—¿Qué pasó por la noche?

—Nada de particular. Me quedé dormido viendo la televisión en mi estudio.

—¿Y dos días antes? ¿El miércoles?

Tomo mi diario y busco la entrada del miércoles.

He pasado una mañana desalentadora luchando con *La serendipia del ser*, pero para la hora de comer había conseguido escribir 800 palabras. A mediodía fui a la cocina para hacerme un sándwich antes de que volviera Claire de la escuela de floristería de Cambridge. Disfruté engulléndolo sin tener que esforzarme por mantener una conversación con mi mujer. Últimamente su compañía resulta de lo menos estimulante. Después de comer llamé a Camilla para asegurarle que *La serendipia del ser* marcha bien.

—¡Menos mal! Los novelistas y las fechas de entrega no suelen ser buenos amigos.

—Me alegro de que todo el revuelo que se montó con el artículo de *The Sunday Times* sobre mi novela se haya calmado un poco en estos dos últimos días.

–Revuelo es lo que necesitamos para que se venda el libro. Es el mejor texto de promoción que has escrito nunca. Igual deberías sacar una continuación el mes que viene.

Camilla añadió que nuestro publicista, Ben, está intentando conseguirme una entrevista en la televisión en horario de máxima audiencia antes de que salga la novela, la primavera próxima. Está bastante seguro de que lo conseguirá después de la agitación causada por el artículo.

Más tarde llamó Rowan para confirmar la hora de la rueda de prensa en la casa consistorial de Cambridge, a las 12.00 este sábado, de manera que coincida con la Ley de Matrimonios Mixtos, que será sometida al consentimiento real el viernes. Debo aprovechar al máximo el hecho de llevar veinte años en un matrimonio mixto.

–Aprovechar siempre una oportunidad cuando se presente, Mark. Es la regla básica de la política. Y elegir el momento es igual de importante, por si no te habías dado cuenta.

Rowan tiene razón. He pasado el resto de la tarde esbozando respuestas a posibles preguntas de los periodistas, que he guardado en un documento llamado RUEDAPREN.DOC. Luego he contestado correos electrónicos y otra correspondencia relacionada con la campaña (Dios, cómo odio la burocracia, igual debería contratar a una secretaria).

Cena con Claire, que se había pasado la tarde entera preparando mi guiso de conejo preferido. Cada vez que la veo matarse a trabajar en la cocina aumentan mis remordimientos. ¿Por qué se esfuerza tanto por complacerme? El guiso estaba espectacular, pero la conversación resultó, una vez más, desprovista de toda chispa intelectual. ¿Por qué no le interesan a Claire el arte o la literatura clásica? ¿Las obras de Ibsen, las óperas de Wagner, o Virginia Woolf? Me pregunto qué les verá a esas revistas femeninas insulsas que tiene en la mesilla de noche. ¿Por qué tengo que morderme la lengua cada vez que me apetece hablar de posibles giros argumentales para *La serendipia del ser*, convencido de que una Uno jamás podría entenderlos?

El resto de la velada lo pasé tirado delante del televisor de mi estudio haciendo más caso a una botella de Chateau Lafite Rothschild (1996) que a *La serendipia del ser*.

–Pasé la mañana escribiendo –digo levantando la vista del diario–. Almorcé un sándwich antes de hablar por teléfono con Camilla y Rowan. Luego me ocupé

de correos electrónicos y otros engorros antes de terminar la velada delante del televisor.

–Sus días se parecen mucho los unos a los otros. –El detective arquea una ceja–. Lo que hizo el miércoles suena exactamente igual a lo que hizo el jueves.

Joder, he vuelto a cagarla.

–Soy novelista –digo tratando de no parecer alterado–. A lo largo de mi carrera he aprendido a identificar los síntomas de la fiebre creadora. Intento aprovecharlos al máximo. Por eso me pasé la semana en casa, escribiendo. Eso dice mi diario. Solo salgo cuando no me queda más remedio.

–Fiebre creadora –repite Richardson frunciendo el ceño, pensativo–. Recuerdo haber leído esa frase en el diario de Sophia Ayling.

No me sorprende, puesto que se la tomé prestada a Sophia. Dato: la usó conmigo cuando nos conocimos y me gustó tanto –porque resumía tan bien los picos de productividad que experimento de vez en cuando– que la apunté y al día siguiente la memoricé.

Sophia era aspirante a novelista. Decido recordárselo a Richardson.

–La mayoría de los escritores aspiran a experimentar brotes de fiebre creadora en un momento u otro.

–Pero nada en su diario sugiere que se considerara novelista.

Los ojos del detective me taladran.

–No hace referencia a ningún manuscrito inédito –añade–. Tampoco dice que estuviera trabajando en una obra maestra de la literatura.

–Qué raro, inspector –digo, mientras sigo intentando desesperadamente parecer impertérrito–. Desde luego, a mí me mencionó un manuscrito sobre pacientes de una clínica psiquiátrica.

–Me hace gracia que lo diga –Richardson hace una mueca–. Sí da la impresión de que la señorita Ayling sabía bastante sobre esa clase de clínicas. Su diario casi no habla de otra cosa.

De pronto me viene un regusto agrio a la boca.

–¿Qué quiere decir?

–Da a entender que estuvo ingresada en un psiquiátrico muchos años, y que salió hace dos.

–¿Estuvo internada?

–Sí. Diecisiete años.

–Eso no lo sabía, inspector.

El detective ha debido de percibir el ligero temblor al final de mi frase, porque



se inclina hacia delante con ojos resueltos, inclementes. Me recuerda a un leopardo agazapado y en tensión, a un gato hambriento vigilando a su presa.

–Alguien asesinó a la señorita Ayling –dice con un gruñido y con la cara a solo unos centímetros de la mía–. Lo presiento, aunque mi superior piensa que fue suicidio. En cualquier caso, tendremos el informe judicial antes de que termine el día. Estoy seguro de que confirmará mis sospechas. Sophia Ayling no se puso un abrigo, se llenó los bolsillos de piedras y se metió en el río Cam para ahogarse a la manera de Virginia Woolf. Sí, yo también he estudiado literatura. Voy a determinar la identidad del asesino antes de que termine el día. Recuerde mis palabras, señor Evans. Lo voy a hacer.

**Directrices oficiales para Uno y Duo  
en sus 18/23 cumpleaños:  
Cómo convertir los detalles de sus diarios en datos**

1. Escriba en su diario cada noche, incluso si es un Duo con periodo de gracia de dos días. Debe escribir las cosas que le importen, detalles que piense que pueden ser significativos.
2. Entienda lo que son los datos. Los datos son detalles que ha memorizado de sus diarios, detalles que nunca olvidará. Los datos acuden de inmediato a la cabeza porque han sido transferidos a compartimentos de almacenaje a largo plazo dentro de su cerebro.
3. En cuanto se despierte cada mañana, lea la entrada del día anterior. Esto debería ser lo primero que haga cada día. Cuanto más memorice de sus diarios, más información retendrá. Hay estudios que demuestran que los Uno que trabajan duro memorizando sus diarios son capaces de retener tantos datos sobre sí mismos como los Duo. En lo referente a capacidad de memorizar diarios, los Uno y los Duo son iguales.
4. Relájese. No podrá convertir todos los detalles de sus diarios en datos memorizados, por mucho que lo intente. Los estudios científicos sugieren que tanto los Uno como los Duo pueden retener hasta un 70 por ciento de lo que han escrito en sus diarios (por supuesto, existen excepciones a esta norma).

## Sophia

2 de septiembre de 2013

Calor asfixiante. Por todas partes aspirantes a escritores atestando la sala, disimulando su ambición detrás de sonrisas corteses y atuendos desaliñados. Él estaba en el estrado y se le hacían visibles las marcas de la mediana edad: más barriga, pelo menos abundante y hasta escaso en la parte delantera. Pero eso ninguno de los presentes lo habría detectado. A no ser que lo hubieran conocido cuando era un muchacho delgaducho de veinticinco años con una profusa melena.

Ah, cómo lo aplaudieron. Vaya si lo aplaudieron. Nadie escribe como Mark Henry Evans. Yo me quedé al fondo de la sala, aplaudiendo como los demás. Tenía que hacerlo. Era importante pasar desapercibida. Parecer normal, como me había aconsejado Mariska.

Habló de inspiración. De fases de intensa producción creadora. De lo que traen consigo la fama y el éxito. Pero mientras hablaba yo solo podía pensar en cómo lograr esa cosa tan difícil: engatusarlo.

Lo abordé después de la charla. Muy segura de mi aspecto físico. El pelo suelto en ondas color platino brillante. Cejas depiladas a la perfección. Uñas color sangre. Labios de arrebatador rojo escarlata. Incluso me había vestido para matar. Un vestidito negro ajustado de Alexander McQueen, con un escote que dejaba entrever las amplias posibilidades de lo que había debajo.

Me ha gustado su charla, señor Evans, le dije con una sonrisa cálida de muchos megavatios. Me devolvió la sonrisa. Enseguida bajó la vista. Miró mis curvas con deseo. No me reconoció en absoluto, gracias a Dios. Al final resulta que mi cirujano plástico hizo un gran trabajo.

Me he identificado mucho con lo que ha dicho sobre la creatividad, comenté. Esas alegrías que proporciona la fiebre creadora. La locura, después de todo, se presenta en ocasiones de esa manera. ¿Acaso no son la creatividad y la locura

dos caras de la misma moneda? Y un talento literario como el suyo, señor Evans, ¿no está en la intersección de las dos?

Sus ojos lo decían todo.

Estaba atrapado por mi físico. Cautivado por mis palabras. Lo tenía en el bolsillo.

Qué simples son los hombres, joder.

¿Y si cenamos juntos?, pregunté mientras me enroscaba un mechón de pelo rubio oxigenado alrededor del dedo. Con naturalidad. Con coquetería. Y sin embargo, preparándome para matar. Así podremos hablar con tranquilidad de ese asunto tan fascinante de la fiebre creadora.

Se me ocurren cosas mucho mejores que una cena, contestó riendo. Con los ojos fijos en mis tetas.

Aquella noche cumplió.

Me comió.

Lamió nata de mis tetas.

Vaya si lo hizo.

## **5 de septiembre de 2013**

Joder, la cabeza me está matando otra vez.

Seis días desde nuestro encuentro en York. Ni una llamada de teléfono ni un mensaje de texto.

Debe de haber perdido mi número.

¿Por qué no me ha llamado, el muy imbécil?

## **6 de septiembre de 2013**

Hoy hace nueve meses que me soltaron de St. Augustine. Demacrada. Con el pelo trasquilado igual que una oveja. Por culpa de una de mis predecesoras, que consiguió ahorcarse colgándose de una viga del techo con una trenza. Doce años antes de que llegara yo. Desde entonces, cortaban el pelo a todas las internas. Al menos eso es lo que dijo Mariska, con sus cuatro pelos de punta, igual que yo, en uno de sus momentos tranquilos, en el jardín trasero. El espacio exterior al que se nos permitía salir a aquellas que estábamos algo mejor que una regadera. A la sombra de chopos nudosos y chatos en las largas tardes de verano.

Es una pena que esté muerta. Parada cardíaca. Con solo treinta y seis años. En

otro tiempo había sido hermosa.

Si las celadoras me vieran ahora mismo... ninguna me reconocería. He conseguido tener alguna curva. Ya no tengo hundidas las mejillas. Ni la cara chupada y cetrina. Cutis de porcelana, el pelo cortado en suaves ondas que me llegan hasta más abajo de los hombros. Como lo llevaba cuando me metieron en el barco rumbo a St. Augustine. Vuelvo a parecer femenina. Desde luego, la nariz ha mejorado. Ahora incluso es refinada. Por fin he dejado de tener orejas de soplillo. El mentón y los pómulos esculpidos como los de la Venus de Milo. Labios algo más llenos, gracias a los milagros del ácido hialurónico. Tetas respingonas y llamativas por cortesía de los rellenos de silicona.

La etiqueta de vanidosa me va mejor que la etiqueta de loca.

Me robaron diecisiete años de mi vida. Diecisiete putos años que no voy a recuperar.

Pero sí puedo recuperar mi aspecto físico.

Y también vengarme.

## **7 de septiembre de 2013**

Fuera, gotas de lluvia se deslizan por los cristales de las ventanas.

La oscuridad las engulle.

Un sueño atroz. El mismo de siempre. Celadoras que me sujetan. Manos por todas partes. Insistentes. Férricas. Asfixiantes. Remolinos de luz sobre sus cabezas. Esquirlas de oscuridad por todas partes. Estrellas danzarinas que trazan formas elípticas centelleantes, como en *Noche estrellada*, de Van Gogh. Pero las estrellas no son juguetonas. No son alegres. Esconden una presencia malévola. Cobijan manos despiadadas. Manos que me impiden moverme. Manos que me privan de mi libertad.

Manos que me estrangulan.

Estar libre trae muchos consuelos. Puedo beber todo lo que quiero. Follar con quien me apetezca. Ni beber ni follar eran lo que se dice actividades cotidianas en St. Augustine. El alcohol solo se conseguía si tenías con qué sobornar a las guardas. Follar solo era posible si tus gustos se limitaban a las mujeres. Mujeres trastornadas.

Y además puedo escribir lo que quiera en este pequeño diario. Ya no necesito mantener las apariencias delante de las celadoras. La puta pantomima. Simular que tengo el cerebro «normal». Así que esos cabrones han estado controlando el

contenido de mi diario todo este tiempo. Debería haber escrito lo que querían leer, así no me habría pasado diecisiete años encerrada en St. Augustine. Habría terminado antes de cumplir mi sentencia. Me habría liberado de sus manos malvadas y opresivas mucho antes.

Debería haberle agradecido a la pobre Mariska que me lo contara. Pero más vale tarde que nunca.

Aquel día estábamos en el jardín trasero. La luz del sol se colaba por entre los chopos enanos. A lo lejos, crestas blancas arrugaban la superficie del mar. Mariska estaba sentada en el césped con una brizna de hierba en la mano. La estudiaba con interés. Como si nunca antes hubiera visto la hierba.

¿Cómo estás?, le pregunté, decidida a entablar conversación. Me dirigió una mirada silenciosa y despectiva. Empezó a hacer girar la brizna de hierba entre los dedos. Despacio al principio. Luego deprisa.

Todo lo bien que se puede estar, dijo. ¿Y tú, cariño?

¿A ti qué te parece?, exclamé.

Estamos que nos salimos, ¿eh?, disparó mientras dirigía una mirada furiosa a los chopos. Los que crecían alrededor del perímetro de la isla, que se interponían entre nosotras y la libertad.

Entonces se inclinó hacia delante con un brillo conspirador en sus ojos y devolvió la brizna de hierba al césped.

Anoche oí a dos guardas hablar de tu caso, dijo. De cómo Sophia es única. Distinta.

Siempre he sabido que soy especial, dije.

No escribes en el diario electrónico que te han dado, siguió diciendo con los ojos entrecerrados.

No me interesan los diarios, confirmé.

¿Por qué no? Me lanzó la pregunta mientras se encogía de hombros en un gesto de indiferencia. Pero la curiosidad brillaba en su cara.

No los necesito, dije.

Pero ¿no quieres conservar tu pasado? ¿Datos que puedan ser importantes en el futuro? Me miró con una ceja arqueada, interrogándome, mientras se pasaba los dedos por el pelo rapado. Todo el mundo tiene un diario, cariño. Porque todos necesitan tener unos cuantos datos vitales sobre sí mismos. Porque todos necesitan saber algo de su pasado.

Me señalé la cabeza.

Yo los datos los tengo aquí, dije. Todos. Sigo acordándome de todo lo que me ha pasado desde que cumplí veintitrés años.

Ladeó la cabeza y me miró con interés. Asimilando mis palabras. Quizá incluso tomándoselas en serio. La mayoría de las internas de St. Augustine tendían a hacerlo. Después de todo, teníamos que vivir con las enfermedades de las demás. Paranoia. Esquizofrenia. Alucinaciones. Delirios. Episodios psicóticos. Teníamos que sufrirlas juntas. No había manera de librarse. No encerradas juntas en una condenada isla como estábamos.

Qué maravilla tenerlo todo en la cabeza, opinó Mariska. Inexpresiva. No supe si estaba siendo sarcástica. Espero que no le hayas mencionado ese superpoder tuyo a las celadoras, cariño.

Resoplé.

¿Por qué iba a hacer algo así?, pregunté.

Bien, dijo. Porque las internas que presumieron delante de las guardas de conservar todos sus recuerdos están ahora criando malvas en la otra punta de la isla. Así que no les resultó nada práctico.

Miré con ojos entornados hacia donde señalaba, más allá de un chopo de tronco nudoso que se mecía con el viento.

¿Qué les pasó?, pregunté.

Nadie lo sabe, contestó encogiéndose de hombros. O igual es que nadie quiere saberlo. Porque mi diario dice que las guardas silenciaron el asunto, asegurándose de que nadie sacara el tema. Así que deberías usar tu diario, cariño. Cada noche. Como todo el mundo. Como una persona normal. Como yo.

Es una pérdida de tiempo, dije con un resoplido de desprecio.

No es una pérdida de tiempo, repuso. En absoluto. Las guardas también leen nuestros diarios.

Estás de coña, exclamé.

Mariska puso los ojos en blanco y me miró con pena. Como si yo fuera la persona más estúpida que había visto en su vida.

Las guardas tienen nuestras huellas dactilares, dijo. Revisan lo que escribimos en los diarios en busca de signos continuados de locura. O de señales prometedoras de cordura. Aunque la diferencia entre locura y normalidad, como tú y yo sabemos, es bien tenue. Si quieres ser libre, al menos deberías intentar parecer normal. Escribiendo un diario, cariño. Cuanto antes empieces, antes saldrás de aquí. Dejarás de estar internada. Porque quieres volver a ser libre, ¿verdad? Rio, y fue como si tuviera cascos de caballos en la base de la garganta. Después de tanto tiempo encerradas en el purgatorio, la única manera de salir de aquí es en barco o dentro de un ataúd. Todavía tienes posibilidades de conseguir un billete de vuelta. Si juegas bien la baza del diario.

Me senté muy erguida.

Tu diario debería documentar los datos cruciales de tu existencia, dijo Mariska con un largo suspiro de resignación. Como si le estuvieras explicando cosas a un niño. Fechas, momentos y acontecimientos que importan. Datos que puedas necesitar en el futuro. Para que les resulte convincente incluso a las guardas. Si quieres, puedo enseñarte mi diario, ofreció con una sonrisa traviesa. Con los labios torcidos en un gesto de leve diversión. Por si necesitas inspiración en algún momento.

Pero lo que me dejó perpleja fue lo que añadió a continuación.

Tu madrastra le dijo a tu padre hace muchos años que había encontrado tus diarios en la basura y tu padre pensó que te habías vuelto loca. Por eso decidí internarte en el ala psiquiátrica de Cambridge. Por eso terminaste aquí. Por eso las celadoras están deseando leer tus diarios. Por eso te han tenido aquí tanto tiempo, por miedo a que seas una de esas ilusas convencidas de que conservan la memoria. Por eso se esfuerzan de manera especial para evitar que te escapes. El problema es que no te has molestado en escribir en el diario que te dieron. Pensé que debía decírtelo, cariño. Ahora que todavía recuerdo la conversación de ayer entre las dos guardas. Estoy segura de que no quieres unirte a las tres tontas que están enterradas al otro lado de la isla, ¿a que no?

Algo se encendió dentro de mi cabeza. Un rayo de sol tenue que se filtraba entre los chopos adquirió de pronto un color siniestro. Todo cobraba sentido de una manera inquietante. Me sentí iluminada, aunque en peligro. Agradecida a Mariska por abrirme los ojos a la realidad de St. Augustine. A las posibilidades que había fuera de su perímetro.

Como, por ejemplo, la venganza. Esa venganza que deseaba y merecía.

Murmuré unas palabras de agradecimiento. Porque Mariska me había empujado a la acción. Había despertado en mí la necesidad de salir de allí.

Ahora estoy sentada bajo un techo golpeado por la lluvia. Atormentada por pesadillas. Buscando consuelo en una botella gigante de vodka.

Pero al menos soy libre, gracias a Mariska. Qué pena lo de la parada cardiaca. Es una lástima que no pudiera volver a ver Ámsterdam. Le besé los labios fríos antes de que se la llevaran al depósito. Tenía razón sobre lo de salir de las Hébridas Exteriores en un ataúd.

No volveré a caer en los errores que me llevaron a St. Augustine. Si no te acuerdas del pasado estás destinado a repetir las mismas equivocaciones. Pero si te acuerdas, no cometerás tantas. A partir de ahora tengo mucho que hacer. Necesito centrarme. Volver a dormirme. Después de terminarme el vodka, claro.

Voy a empezar por follarme al hombre que me jodió la vida.  
Y voy a follármelo con regularidad.



Esta mañana, al despertarme, me he dado cuenta de que no me acuerdo de lo que pasó hace dos días. Qué desastre. Es como si alguien me hubiera clavado un cuchillo enorme en el corazón. He pasado casi todo el día abotargado. Siempre pensé que era Duo. Todo el mundo estaba convencido de que saldría a mi padre, Duo (y no a mi madre, Uno); a fin de cuentas, he sido el primero de la clase desde los siete años. Mañana tengo que inscribirme en el departamento de los Uno, tal y como estipula la Ley de Registro de Clase de 1989. También tendré que comunicárselo a mis superiores de la comisaría de Cambridgeshire. Mi futuro profesional se desmorona. Cuando me jubile, no habré pasado de agente de a pie. [Recordatorio: no voy a decir nada durante un tiempo, a ver qué pasa. ¿Cómo va a saber nadie que soy Uno si decido mantenerlo en secreto? Tiene que haber una manera de conseguirlo. Dicen que en lo que se refiere a memorizar el contenido de sus diarios, los Uno y los Duo son iguales. Escribiré entradas detalladas cada día y las estudiaré con cuidado. Me levantaré temprano cada mañana para hacerlo; estoy seguro de que, si trabajo duro, podré retener más del 70 por ciento. No pienso permitir que mis sueños y ambiciones se evaporen.]

Diario de Hans Richardson, 1990

## Hans

## 13 horas y 15 minutos para que termine el día

Por desgracia, tuve que dejar que Mark Henry Evans se marchara. Aunque me habría encantado encerrarlo en una celda en la parte de atrás de la comisaría.

Qué hombre tan mentiroso. De tan turbio, apestaba.

Pero no tenía nada contra él. Aparte del diario confuso e incoherente que dejó una mujer que ahora está muerta. Una mujer que se había embarcado en una aventura con él a pesar de guardarle rencor por algún motivo. Una mujer hasta arriba de bótox, exbulímica, que había pasado diecisiete años encerrada en un psiquiátrico. Que al parecer abrió un día los ojos y descubrió que lo recordaba todo de su pasado. No es el tipo de pruebas abrumadoras y aplastantes que habría necesitado para poder acusar a Evans.

Estudio la alineación de fuerzas en mi tablero de ajedrez y adelanto un peón blanco.

Ese hombre es un mentiroso, no le creo. Pero la mujer es peor. No puedo fiarme de una sola palabra de su diario. Dato: la proteína responsable de la memoria a corto plazo se inhibe después de los veintitrés años. Que Sophia Ayling afirmara recordarlo todo va en contra de la ciencia y de la lógica.

Es lo más ridículo que he oído en mi vida.

Muevo un peón negro en respuesta a la jugada de las blancas. Es un movimiento claramente suicida.

Recuerdo con toda claridad lo que pasó ayer. Lo recuerdo absolutamente todo del día. Y en tecnicolor, además. Cada imagen, desde que me levanté por la mañana con una ligera resaca hasta cuando me quedé dormido leyendo *Diez cosas que debes saber para progresar en el trabajo*. Lo que viví antes de cumplir dieciocho años es igual de nítido. Por ejemplo, los contenidos de esos cursos de Criminología que hice, que recuerdo hasta el último detalle. Recuerdo incluso los poros de la cara del profesor canoso que daba Introducción a la

Criminología (y autor del libro de texto en cinco volúmenes que lo acompañaba). También apestaba a tabaco, a pana sucia y a salchichas quemadas.

Pero ¿cómo va a acordarse alguien de todo después de cumplir veintitrés años? Es imposible.

Muevo un alfil en diagonal y expulso al peón negro del campo de batalla.

Si algo suena mucho a fantasía, es probable que lo sea. No consigo decidir si debo terminar de leer el diario de Sophia hoy o dejarlo para mañana. Dato: las pruebas concretas e indiscutibles son lo que debe preocuparme durante las primeras veinticuatro horas a partir de que empiezo a investigar un delito. En especial cuando hay un asesinato de por medio. Además, tengo la esperanza de descubrir la identidad del asesino antes de que termine el día.

Me levanto de la silla, ávido de otra dosis de café. Pero justo cuando doy un paso en dirección a la máquina expendedora, el joven Tobias entra en mi despacho como una exhalación.

–He metido sus huellas en varias bases de datos –dice–. No sale nada.

No me sorprende. Sophia Ayling no tenía el aspecto de alguien con historial delictivo.

–También he vuelto a comprobar sus datos de la Dirección de Tráfico –continúa–. Confirman que Sophia Alyssa Ayling era una Duo nacida el 20 de noviembre de 1970 en Bermudas. Se sacó el permiso de conducir en agosto de 2013. Pero la Agencia Tributaria y de Aduanas insiste en que no tienen a ninguna Sophia Ayling en su base de datos. Tampoco he tenido ningún éxito en el Registro Civil, en el Ministerio de Interior ni en las oficinas del censo electoral. Y lo mismo en el Ministerio de la Memoria y el Departamento de ciudadanos Duo.

–Sigue buscando, ¿de acuerdo? Su nombre tiene que terminar apareciendo en alguna base de datos.

–Vale –dice asintiendo con la cabeza–. También he comprobado la matrícula de su coche. Lo compró en un concesionario de Camborne el 22 de agosto de 2013. Un Fiat negro de segunda mano que le costó dos mil novecientas libras.

Me quedo helado.

–Pero sigo sin dar con su historial médico –prosigue agitando las manos–. El Servicio Nacional de Salud no tiene registrada a ninguna Sophia Ayling. Ni tampoco el hospital Addenbrooke. He retrocedido hasta los diez años previos a su fecha de nacimiento, para asegurarme. Pero me temo que no hay nada.

El diario de Ayling debe de ser más fantasioso aún de lo que había pensado.

Las averiguaciones de Toby desmienten su contenido todavía más. Pero quizá debería intentar comprobar una de mis sospechas.

–Necesito que hagas dos cosas más –digo–. La primera es encontrar todos los detalles del historial financiero de Sophia Ayling.

Toby asiente con la cabeza.

–Y la segunda es averiguar si estuvo ingresada en un hospital psiquiátrico llamado St. Augustine. No tengo demasiada información al respecto, aparte de que puede estar en alguna parte de las Hébridas Exteriores.

–¿Las Hébridas Exteriores? –Toby me mira con los ojos entrecerrados.

–Es difícil, lo sé. –Me encojo de hombros–. Pero inténtalo.

Niega con la cabeza antes de salir por la puerta. Saco el dictáfono, selecciono la carpeta de Sophia Ayling y recito: «Nacida en Las Bermudas, el 20 de noviembre de 1970» y «Fiat negro usado con cristales tintados». Dato: cuando estás tratando de descifrar un misterio, cada pequeño detalle en apariencia insignificante puede ser de ayuda.

Le doy al botón de recuperar para asegurarme de que el aparato ha transcrito correctamente lo que he dicho. Entonces oigo unos pasos que se acercan a mi mesa. Debe de ser mi ayudante, Hamish, que no se ha quitado aún las botas. Mierda. Si la oficina del juez de instrucción lo hubiera retenido unas horas más en el parque natural... Me habría venido bien estar un rato más solo.

–Si sigues pensando que se suicidó, te sugiero que esperes a que tengamos el informe forense –apunto.

–De vuelta de Parkside me he pasado por el depósito. Marge y compañía han empezado con la parte externa de cuerpo. Le supliqué que me diera un informe preliminar, alegando que lo necesitamos para nuestra investigación. Accedió.

Hamish pone cara de estar encantado de haberse conocido.

–¿Y?

–Aún no pueden descartar el suicidio. No de momento. Todavía no han encontrado lesiones externas.

–Ya...

–No entiendo por qué estás tan convencido de que ha habido algo sucio.

–Por si no te diste cuenta, el abrigo que llevaba era gigante. –Mi tono es de irritación–. Le quedaba demasiado grande. No era suyo.

–Pero...

–Alguien se lo puso. Alguien a quien le entró el pánico. Alguien que quería desembarazarse del cuerpo lo antes posible. Las piedras en los bolsillos no son más que una torpe ocurrencia de última hora.

–No te entiendo.

–Los datos dicen que el Cam ha estado crecido esta semana. Últimamente ha llovido mucho.

–¿Y?

–La corriente debió de llevarse algunas de las piedras que la mantenían hundida. El cadáver salió a la superficie y se enredó en los juncos.

–Pero incluso así, puede haberse suicidado. –El tono de Ham-Hamish es de obstinación–. No deberíamos sacar conclusiones de un abrigo demasiado grande. Parece que se llevan esta temporada. Hace dos noches vi algunos en el último tren de Cambridge a Ely, con sus dueñas escondidas dentro. Hasta mi mujer tiene uno. Anoche se lo puso para ir al concierto en el Corn Exchange.

Suspiro. Dato: en ocasiones Hamish puede ser más un estorbo que una ayuda. Esto se debe en parte a su rígida prepotencia, un defecto común a la mayoría de los detectives Duo de la comisaría de Cambridgeshire. Un problema exacerbado por su frecuente incapacidad para pensar por sí solo, algo imprescindible para el trabajo policial. Claro que igual tendría que darme lástima mi ayudante, con su tendencia a pasar por alto lo obvio. Y si es cierto que ha hecho una breve visita a los dominios de la doctora Sheldon, debería sonsacarle más detalles.

–¿Encontró Marge algún residuo externo en el cuerpo? –digo.

–No se lo he preguntado.

Me dan ganas de reprenderlo. Cualquier detective que se precie habría hecho esta pregunta básica al patólogo.

–¿Hora estimada de la muerte?

–Aún no lo sabe –contesta Hamish–. Pero según su cálculo preliminar, lleva muerta entre treinta y dos y treinta y ocho horas. A juzgar por el *rigor mortis*, dijo.

Esto quiere decir que a Sophia Ayling la asesinaron en algún momento del jueves por la tarde.

*Anteayer.*

Espero que no la matara un Uno. Eso complicaría de modo considerable mi investigación. Y si lo hizo un Duo, tengo que encontrar al culpable antes de que termine el día. Un Duo todavía se acordaría de lo que hizo, lo que me permitiría sacarle una conclusión sincera.

–¿Qué más ha encontrado Marge?

–El rubio es de bote, Ayling era castaña. También se había hecho varias operaciones de estética. Mentón, nariz, orejas y pómulos. Tetas de silicona, bótox y rellenos.

Por lo menos la mujer no mentía respecto al dinero que se había gastado en cirugía estética.

–¿Algo más?

–Me temo que eso es todo. Marge confía en poder pasarnos el informe antes de que termine el día.

Darí cualquier cosa por saber la causa específica de la muerte. Pero poco puedo hacer, aparte de esperar el informe de la doctora Sheldon. Mientras tanto, debería impedir que Hamish interrumpa mis reflexiones. Tengo que darle algo para mantenerlo ocupado.

–Me gustaría que comprobaras una cosa –digo mientras hago retroceder a un alfil negro en diagonal y saco un peón blanco del tablero–. Tengo entendido que Mark Henry Evans va a dar una rueda de prensa a mediodía en la casa consistorial. Me gustaría que fueras y me informaras del acto.

–¿Mark Henry Evans? –Detecto un matiz de perplejidad en la voz de Hamish–. De camino aquí he visto un cartel electoral. ¿No se presenta como candidato independiente por Cambridgeshire sur?

–Pues sí. Es un tipo escurridizo, nuestro querido señor Evans.

–¿Y cuál es la naturaleza de la relación entre Sophia Ayling y Mark Evans?

–Según ella, follaban. Según él, no.

**A**ntes de seguir, debería repasar los datos clave de mi lamentable situación actual. Saco mi diario electrónico, pongo el pulgar en el sensor de reconocimiento táctil y voy hasta la entrada de hace dos noches. La última parte dice:

Hoy he hecho dos tonterías. Hamish y yo estábamos hablando de algo sin importancia y, sin darme cuenta, he dicho que consultaría la entrada de mi diario de hace dos días para confirmar una de mis afirmaciones. Me ha mirado perplejo y con ligera sospecha. Me he retractado, por supuesto. Le he dicho que me refería a la entrada de hace tres días, y no dos, antes de cambiar enseguida de tema. No me puedo creer que haya sido tan descuidado como para cometer un error tan grave como ese.

[Recordatorio: tengo que medir mis palabras en presencia de Hamish. Empezaré a investigarme si tengo otro desliz. Sería horrible si todo lo que he construido todos estos años se desmoronara. Las instancias superiores me

degradarían en el acto si descubrieran que he estado haciéndome pasar por Duo. O me despedirían sin indemnización. Mi excelente historial en el cuerpo –y la gran cantidad de casos que he resuelto en un solo día– les darían igual. Después de todo, en lo que concierne a los Uno, el cuerpo sigue teniendo una actitud jurásica: a ninguno se nos considera apto para ocupar un alto cargo. ¿No escribí aquí que el delegado de la policía Mayhew afirmó en una entrevista que los Uno deberían estar agradecidos de que el cuerpo policiaco tenga la amplitud de miras suficiente para emplearlos como agentes de a pie?].

La segunda tontería la he cometido por la noche. Como he terminado de trabajar a las 18.20 (después de todo ha sido un día tranquilo), he decidido salir a correr alrededor de Grantchester. A la salida del pueblo de Newnham, justo antes del arranque del camino peatonal que atraviesa el parque, he visto un Fiat destartado. Al volante había una mujer rubia, los cristales tintados le desdibujaban la cara. Me ha mirado cuando he pasado corriendo y la he saludado con una inclinación de cabeza antes de seguir mi camino.

Eh, ha gritado la mujer. Para mi sorpresa, al volverme he visto que se había bajado del coche y que corría hacia mí. Iba vestida de negro de los pies a la cabeza, a juego con su coche.

¿No eres Hans Richardson?, me ha preguntado con el ceño fruncido. Yo he asentido, asombrado de que supiera mi nombre.

¡Cretino de mierda!, ha gritado. Cuando he querido darme cuenta, su mano derecha venía hacia mí.

Me he agachado justo a tiempo. No entendía por qué era un cretino de mierda. Ni por qué pensaba esa mujer que me merecía una bofetada. Lo que sí he entendido es que la mujer había intentado atacar a un agente del orden.

Creo que he leído bastante; apago el diario con manos temblorosas. Hoy tengo que hacer dos cosas:

1. Andarme con cuidado con Hamish. Si vuelvo a meter la pata se olerá el pastel, sobre todo porque (a diferencia de mí) recuerda a la perfección lo que pasó hace dos días. Debería mantenerlo alejado en todo momento, si puedo.
2. Resolver este caso antes de que termine el día, mientras conservo aún toda la información en la cabeza. Dato: aunque mañana domingo habrá algunas unidades patrullando, Toby y la mayoría de los ayudantes más capaces estarán descansando. Si retomo la investigación el lunes, no tendré más que cuatro datos sobre el caso Ayling en mi dictáfono, en mi cuaderno y en mi

diario. Básicamente, todo lo que sea capaz de poner por escrito o grabar hoy, lo que no será suficiente. Por si fuera poco, el lunes Hamish seguirá recordando todo lo de hoy, hasta el detalle más insignificante. Yo, en cambio, no.

Miro agobiado el reloj de la pared. Necesito ponerme a trabajar. Solo me quedan trece horas hasta medianoche. Y al mismo tiempo, debo mantenerme lejos de Hamish.

Parece una misión imposible. Sobre todo porque tengo muy poco con lo que trabajar, de momento. Aparte de unas sospechosas piedrecitas blancas y negras y un novelista mentiroso aspirante a político.

Igual debería darle otra oportunidad al diario de la mujer fallecida.



The Sunday Times, 24 de mayo de 2015

**Diez cosas que debería saber sobre un mundo donde la mayoría de las personas tienen memoria plena**

Por Mark Henry Evans

1. El sexo siempre con la misma persona irá perdiendo interés, hasta convertir el adulterio en algo extendido. La repetición alimenta el aburrimiento, sobre todo si la pareja es capaz de recordar que lleva veinte años adoptando solo la posición del misionero.
2. Personas en relaciones largas (como, por ejemplo, parejas que lleven juntas veinte años) entenderán por qué siguen juntas.
3. Las personas se diferenciarán por el color de la piel en lugar de por el número de días que son capaces de recordar.
4. Los menores de dieciocho años serán algo menos ofensivos y algo más respetuosos con sus padres.
5. Las personas distinguirán sin problemas entre realidad y ficción.
6. Las personas coleccionarán experiencias en lugar de objetos y nadie llenará sus casas de basura inútil.
7. La gente se pasará el día borracha (o drogada) porque necesitará huir tanto del presente como del pasado.
8. La gente escribirá diarios por aburrimiento, en lugar de por necesidad, y la capitalización de mercado de Apple será la mitad de la actual.
9. La sociedad se deshará de personas con memoria no plena, ingresándolas en instituciones para dementes.
10. Las personas entenderán el verdadero significado del amor y el odio.

La novela de Mark Henry Evans, *La serendipia del ser*, trata de un asesinato cometido en una versión distorsionada y oscura de la Gran Bretaña contemporánea, donde la mayoría de las personas tienen memoria plena. El libro se publicará en febrero de 2016, en tapa dura, y tendrá un precio de 11,99 libras.

The Sunday Times, 31 de mayo de 2015

### **Cartas al editor**

Estimado señor:

«Diez cosas que debería saber» (24 de mayo de 2015), de Mark Henry Evans, es un auténtico cúmulo de tonterías. El novelista pide a los lectores de su próxima novela que suspendan su incredulidad y se traguen una distopía paralela donde las personas tienen una memoria normal. Pero esta premisa conceptual es tan inverosímil que resulta ridícula. ¿Cómo podría existir un mundo así? Si las personas entendieran el verdadero significado del odio (tal y como afirma el señor Evans), nada les impediría matarse las unas a las otras. Habría guerras mundiales, ataques terroristas, dictadores megalómanos, extremistas religiosos y toda clase de horrores. La civilización tocaría a su fin de manera abrupta, mutilada por su propio odio. O la humanidad se extinguiría en un apocalipsis nuclear.

Me deja consternado que su periódico se preste a castigar a sus lectores con semejante dislate para promocionar el próximo libro de un novelista. Hay maneras mejores de gastar 11,99 libras. Yo las emplearé en comprar un hardware mejor para mi diario electrónico.

Qué vergüenza, señor editor

UN LECTOR INDIGNADO

Oxford

## Sophia

8 de septiembre de 2013

**M**ariska fue la chispa. Pero el combustible fue un artículo de periódico publicado dos días después.

Primera página de la sección Artes y Literatura. Una fotografía de Mark Henry Evans sonriéndome. Sosteniendo su novela, *A las puertas de la muerte*, durante una firma de libros. Más orondo que un gato que ha cazado una rata y se ha bebido una botella de champán para celebrarlo.

Esa misma noche empecé a escribir en el diario que me dieron las celadoras. No fue difícil. Después de todo, sabía lo que significaba ser Duo. Las palabras me salían solas. Fluían como un vodka de alta graduación. Escribí todas las fechas, horas y acontecimientos con decisión. Sin dejarme nada. Escribí para liberarme. Para redimirme. Para vengarme.

Después de casi dos décadas de rencor reprimido, todo brotó en un torrente de palabras.

**10 de septiembre de 2013**

Las cosas se tuercen. Cuando menos te lo esperas. Es lo que me pasó a mí en 1995. Cuando me golpeó un tsunami brutal. Un fogonazo detrás de otro de verdades borradas por el sueño. Verdades que había intentado olvidar. Verdades que había dejado atrás. Verdades que había omitido de mis diarios.

Todo lo que había ocurrido después de mi veintitrés cumpleaños se rebobinó en mi cabeza. Volvió en una oleada cruel.

Trayendo consigo el peso atroz de la culpa, el miedo y los remordimientos.

*Culpa*. La muerte de mi gato persa *Catapult* tres meses después de mi veintitrés cumpleaños. El dolor que sentí mientras enterraba mi cara en su pelo. Tan suave. Tan aterciopelado. Pero tan desprovisto de vida. Lo cierto es que

había sido demasiado perezosa para poner por escrito los síntomas de su enfermedad en mi diario. Aunque hacía días que tenía dificultades para respirar, no lo había llevado al veterinario. Esa es la verdadera razón por la que el corazón de *Catapult* dejó de latir.

*Miedo.* La conmoción cuando casi me atropella un coche en la calle Trinity dos semanas después de cumplir veintitrés años. El vehículo que circulaba hacia mí a toda velocidad, directo, con el morro apuntándome. La luz del sol que arrancaba un destello diabólico al parachoques cromado. Neumáticos que avanzaban con determinación malévolamente. El chirrido angustioso de los frenos. Mi muda indefensión, tirada en el suelo debajo de mi bicicleta. La certeza desoladora y espantosa de que mi vida estaba a punto de ser extinguida por dos toneladas de acero.

Peor aún, la repentina constatación de que me lo había buscado. De que solo podía culpar a mi estupidez. Había sido tan obtusa como para ignorar la señal de calle de sentido único y pedalear en dirección prohibida.

*Arrepentimiento.* Mi tonta ruptura con Alistair seis meses después de mi cumpleaños. La pena demoledora que inundó sus ojos cuando le dije que se merecía a alguien mejor. Lo cierto era que llevaba meses viéndome con mi compañero de clase Jack, a espaldas de Alistair. Los remordimientos insoportables que me consumieron más adelante, cuando descubrí que Jack era en realidad un capullo que me engañaba. Que me había equivocado con Alistair. Y mucho. El chico me había querido de verdad. Pero para entonces él ya había pasado página.

Era demasiado tarde.

La asombrosa cantidad de veces que iba al cuarto de baño a vomitar. Minutos después de comer. Con la vista apartada de la taza del váter. Para conseguir ser tan delgada como Laura, que gustaba a todos los chicos. Dios, cómo envidiaba su cuerpo ágil y delicado. Su consiguiente habilidad para tener a los hombres enroscados alrededor de un dedo igual que los bucles que le enmarcaban la cara. Acudían a ella jadeando. Prácticamente con los pantalones bajados.

Lo cierto era que en mi diario había omitido casi todos los episodios del cuarto de baño. Solo para fingir que no habían ocurrido. Tirar de la cadena y olvidar. Para poder seguir vomitando. Una y otra vez. Incluso después de prometerle a papá que abandonaría aquella costumbre, porque de lo contrario perdería mi asignación mensual.

Cicatrices que acumulé después de cumplir veintitrés años. Lastre que creía haber soltado. Lecciones que no había logrado aprender. Promesas que había

incumplido. Secretos que no había guardado. Errores que no dejaba de repetir. Cosas de las que me arrepentía. Oportunidades que había perdido. Penas que me rompían el corazón. Miedos que no me dejaban respirar. Horrores que me atormentaban. Recuerdos de mi propia estupidez que me herían el alma.

Esas verdades inmensas inundaban mis pensamientos. De manera inesperada y sin yo quererlo. Aterradoras por su inmediatez. Abrumadoras por su volumen. Devastadoras por su intensidad.

Esas verdades quebraron mi espíritu. Ya no podía seguir escondiéndome detrás de mi autoengaño. Ya no podía ignorar las terribles verdades que anegaban mis pensamientos.

Pasé días deambulando, sumida en la confusión.

Más tarde me di cuenta de que olvidar era un consuelo.

Pero yo ya no podía hacerlo.

## **11 de septiembre de 2013**

¿Por qué no puedo ser como las personas que me rodean? Como esa ama de casa Uno que vive en la casa de al lado con su gato y su marido. Que se despierta contenta casi todas las mañanas. Preparada para escribir una nueva página de su vida. Sin que las páginas anteriores la contaminen emocionalmente. Feliz en su ignorancia selectiva.

No es prisionera de su pasado hostil.

¿Me liberaré algún día de los malos recuerdos? ¿De los traumas que se agolpan en mis pensamientos, inundándolos, ahogándolos? Libre del peso de la memoria. De la carga que supone recordar. Libre para ignorar lo que no quiero saber.

Durante un tiempo intenté simular que no pasaba nada. Que era la misma chica de siempre. Aunque esa chica había desaparecido. Luego desistí. No tenía sentido seguir fingiendo, pensé. Entonces fue cuando hice la cosa más estúpida posible. Tiré todos mis viejos diarios, pensando que ya no los necesitaría. Después de todo, eran un recordatorio cruel de dos años de felicidad relativa.

Fui tan estúpida como para pensar que nadie se daría cuenta.

Aquello fue un error.

Un error muy grande.

Papá, cómo no, pensó que tenía la medicina perfecta para mí. Ingresarme en una clínica psiquiátrica. Si me arrastró a St. Augustine después de encontrar mis

diarios en la basura, fue porque debió de interpretar mi acción como producto de la locura. Confundió mi desesperación con un trastorno mental.

Pero lo único que yo necesitaba era sentido común. Entender que debía ocultar mis diferencias respecto a las personas que me rodeaban.

La intención de mi padre era buena, estoy segura.

Pero no le perdono ese puto billete de ida a St. Augustine. Tardé diecisiete años en conseguir el de vuelta.

## **12 de septiembre de 2013**

¿Por qué no me llama Mark Evans? No voy a ser yo quien le telefonee. No pienso hacerlo. Aunque la autoconmiseración es tentadora. La pobrecita doña me-acuerdo-de-todo, triste y sola en su casita.

Por cierto, qué extraña es la memoria. Algunos recuerdos se vuelven cada vez más borrosos.

El problema de recordarlo todo es que, en realidad, no es así. Algunos recuerdos ya no llegan con la claridad de otro tiempo y han degenerado en fragmentos imprecisos. Nubes ralas hechas de una nada borrosa, opaca. Retazos amorfos, de bordes desdibujados, que me vienen a la cabeza en los momentos más inoportunos. Que me atormentan en plena noche.

Y ese es el puto problema.

Pero debería dejar de compadecerme de mí misma. No tiene sentido lamentarse de cosas pasadas. Es tiempo de cosas nuevas. Es tiempo de cambiar. A partir de ahora usaré bien mis recuerdos. Para mi beneficio y mi satisfacción.

Los usaré para destruirlo.

## **13 de septiembre de 2013**

Ha llamado. Sí señor, el poderoso Mark Henry Evans por fin ha llamado. Tenía una reunión en Londres a las tres de la tarde, dijo. Pero después estaba libre.

Estaba claro lo que quería de mí.

Puede, le dije.

Tuvo que suplicarme. Ya lo creo que tuvo que hacerlo.

Vestíbulo del Kandinsky unas horas después. Un hotelito *boutique* encajado entre palacetes de South Kensington. Entrada discreta. Elegancia sutil. Bonita recepcionista polaca detrás del mostrador de mármol. Matthew y Veronica

Adams, dije. Consultó el ordenador y asintió con la cabeza. Habitación 261. Me señaló las escaleras. Moqueta mullida. Luz ambiental. Velas con aroma a magnolia.

Tardó diez segundos en abrir la puerta. Aún con la chaqueta puesta. La corbata sin desanudar.

Así que se la desanudé yo.

Todo está saliendo según lo previsto. Debería estar contenta con cómo se desarrolla mi plan.

Además, me gusta echar un buen polvo de vez en cuando. Han sido muchos años. Y Mark no ha perdido su toque.

Ya sé lo que le voy a hacer mañana.

Algo que no se espera en absoluto.

Wired, 6 de agosto de 1991

## **¿Fantasía global? Un sitio web para mejorar la memoria y cambiar vidas**

La creación de un científico británico va a convertirse en uno de los grandes inventos de la humanidad para la humanidad, se anunció ayer.

El Duo Tim Berners-Lee, de treinta y seis años de edad, ha anunciado el lanzamiento de un mecanismo de almacenamiento de memoria pública llamado Red de redes. Lo describe como una herramienta para almacenar e intercambiar recuerdos en una «internet» sin gestor central ni base de datos.

Berners-Lee, que trabaja en el laboratorio de investigación CERN, en Suiza, ha diseñado un sencillo sistema de codificación conocido como HTML (lenguaje de marcas de hipertexto). También ha desarrollado un conjunto de reglas llamado http (protocolo de transferencia de hipertexto), que permitiría intercambiar recuerdos entre ordenadores. Hasta el momento, esta «internet» ha sido empleada solo por profesionales y académicos, pero sus beneficios terminarán por llegar a todo el mundo.

Berners-Lee ha insistido en que prescindirá de todo fin lucrativo en el futuro desarrollo de su invento. «La tecnología es inútil si no atiende a la necesidad humana básica de transferir y retener recuerdos», afirmó.

Un científico Duo comentó: «Es todo un acontecimiento. La idea de que desconocidos puedan intercambiar recuerdos a escala global con solo pulsar un botón es asombrosa». Otro, en cambio, se mostró sarcástico: «También decían que el patinete Segway iba a revolucionar los transportes y hoy solo lo usan los turistas perezosos».



## Hans

## 12 horas y 30 minutos para que termine el día

Este diario sigue siendo la cosa más ridícula que he leído. Su contenido es una contradicción descarada e inquietante. Afirma recordarlo todo, pero en realidad no es así. Sus llamados «recuerdos» se vuelven borrosos con el tiempo, dice.

¿Cómo se puede recordar algo borroso? Es imposible. O se recuerda o no. Uno memoriza los datos importantes o no. Los datos bien aprendidos te vienen a la cabeza. Los datos mal aprendidos, no. Todo depende de lo que se esfuerce uno por memorizar lo que ha escrito en su diario. Pero, sea como sea, las personas tienen datos concretos en la cabeza... o no los tienen.

Es una simple cuestión de blanco o negro. Igual que esos guijarros en el abrigo de la muerta.

Muevo un alfil.

Yo no conservo impresiones sensoriales de, digamos, el lunes pasado. Pero sé lo que es importante. Lo que el lunes me ha enseñado. (Dato: la mayoría de las experiencias cotidianas son banales y no merece la pena recordarlas.) Tengo la descripción de lo que de verdad importa del lunes en mi diario. En blanco y negro, literalmente. Si memorizo bien esos datos, puedo recuperarlos con la misma rapidez que, por ejemplo, la fecha en que Hitler se pegó un tiro en un búnker de Berlín al final de la Segunda Guerra Mundial (30 de abril de 1945). Están tan claros como mis recuerdos anteriores al día que cumplí dieciocho años.

En otras palabras: las frases de mis diarios se convierten en datos claros en mi cabeza si las memorizo con el cuidado suficiente.

Es así de fácil.

Entonces, ¿cómo pueden ser borrosos los recuerdos?

Esa mujer está chiflada. Lo que sugiere que seguir leyendo su diario puede ser una pérdida de tiempo.

Aunque quizá debería comprobar una de las cosas que menciona. Descuelgo el teléfono de mi mesa.

–Hamish –digo.

–¿Sí?

–Antes de irte a la casa consistorial, llama al Kandinsky, en Londres, y averigua si Matthew Adams se alojó en algún momento en la habitación 261. Y si tuvo compañía femenina. Una mujer llamada Veronica Adams.

**M**i sargento-chófer frena delante de la casa de Sophia en Grantchester. Me bajo en cuanto el coche se detiene. Nuestra segunda visita en una mañana está causando sensación en el vecindario. Incluso la vecina de la casa contigua a la de Sophia asoma la cabeza para ver mejor.

–Buenos días –digo mientras subo por el sendero del jardín y saco mi placa–. Inspector jefe Hans Richardson, de la comisaría de Cambridgeshire. ¿Podría hacerle unas preguntas sobre su vecina Sophia Ayling?

La mujer frunce la boca, alarmada.

–Por favor, no se preocupe. Solo es una investigación rutinaria.

Asiente con la cabeza, aunque tiene el ceño arrugado. Sospecho que es una Uno como Claire Evans, a juzgar por su mirada apagada. Dato: veinte años de trabajo detectivesco me han enseñado que la inteligencia está correlacionada con la nitidez y la precisión visuales, dos atributos que, por desgracia, algunos Uno no poseen. Es una vergüenza que la falta de inteligencia de unos pocos refuerce la intolerancia hacia la mayoría.

–Muy bien –dice–. Pase.

Entro en el cuarto de estar y me recibe un abrumador olor a grasa quemada y aceite de cocina rancio. El sitio está lleno de objetos *kitsch* y muebles con tapizado floral. Un bulldog de porcelana me saluda desde la repisa de la chimenea, cerca de un sofá raído y con un tapizado de ramilletes de nomeolvides. Un gato persa pelirrojo me mira con suspicacia desde un rincón antes de pasar corriendo junto a un recargado reloj de pared.

–¿Su nombre, por favor?

–Señora Martha Brown.

–¿Clase?

–Uno.

–¿Habló alguna vez con su vecina, Sophia Ayling?

–Sí, pero déjeme comprobar mi diario para estar segura.

Se saca un diario de entre los pliegues del delantal y pulsa unas cuantas teclas

antes de asentir con energía.

–De hecho, hemos hablado varias veces. Por lo general, sobre *Rufus*.

–¿*Rufus*?

Señala al animal, que está tan feliz afilándose las uñas en la base del reloj.

–¿Por qué hablan acerca del gato? –pregunto.

–Sophia viene a menudo a devolvérmelo. Sobre todo cuando se va a Londres.

Mi diario dice que a Rufus le gusta colarse en su casa de noche. No sé por qué le ha tomado tanta afición. Debe de darle de comer a escondidas.

–¿Va la señora Ayling a menudo a Londres?

La señora Brown consulta un momento su dispositivo antes de contestar.

–Sí, pasa bastante tiempo allí.

–¿Sabe por qué?

Mi pregunta provoca una expresión de desconcierto en la señora Brown.

–Creo que nunca... he sabido por qué va –dice haciendo un ligero aleteo con las manos–. Pero voy a hacer una búsqueda.

Mientras Martha Brown escudriña de nuevo en su dispositivo, me dedico a estudiar a su gato de uñas afiladas. Quizá Sophia alentaba las visitas de Rufus porque en otro tiempo había tenido un gato persa al que había querido mucho. Puede que su diario no sea un completo delirio.

–Inspector –la señora Brown interrumpe mis pensamientos–, he tecleado las palabras «Londres + vecina». Por desgracia no aparece nada.

–¿Sabe qué suele hacer la señorita Ayling cuando está en Cambridge?

Frunce el ceño y vuelve a teclear en su diario.

–Aquí dice que Sophia es una vecina cariñosa y encantadora. –Me mira seria–. Ropa elegante, peinado impecable. Va de un sitio a otro en su Fiat. Pero es muy reservada sobre su vida privada. Alguna vez me he quejado de ello a mi marido, que me dijo que me ocupara de mis asuntos y que no debería meter la nariz...

–¿Cuándo se instaló la señorita Ayling en la casa de al lado?

–Déjeme ver... En octubre de 2013. Era mucho mejor que el anterior inquilino.

–¿Recibe visitas alguna vez?

Los ojos de Martha Brown son inexpresivos. Suspira y vuelve a consultar su diario.

–He probado con «visita + vecina» –dice instantes después–. Nada, me temo.

–¿Cuándo vio por última vez a la señorita Ayling?

–Déjeme ver... Me devolvió a *Rufus* hace dos viernes, antes de tomar el tren de última hora de la tarde a Londres.

–¿Y está segura de que no la ha visto desde entonces?

–Esto... Puede que sí la haya visto. –La consternación se asoma al semblante de la señora Brown–. Pero si fue así debió de ser un encuentro sin importancia. De esos que no merecen una entrada en el diario. Desde luego ayer no la vi. Por cierto, esta mañana es la segunda vez que viene a Grantchester, inspector. La primera vez entró en la casa de Sophia. ¿Le ha pasado algo? ¿Algo malo?

–No puedo decírselo. Lo siento. Gracias por atenderme.

–Espero que no le haya pasado nada a Sophia –dice la señora Brown mientras salgo de su casa–. Es un encanto, muy cariñosa. Aunque le dé de comer a *Rufus* a escondidas.

Mejor no contestar, decido. Sobre todo porque mis impresiones sobre Sophia Ayling no entran en absoluto en la categoría ni de «encanto» ni de «cariñosa».

La robusta puerta de la entrada principal de Sophia Ayling supone un obstáculo una vez más, pero por fin consigo llegar hasta el cuarto de estar. Cuando registré por encima la casa esta mañana me llamaron la atención cinco cosas:

1. En el cuarto de estar solo había dos muebles: un sofá caro de cuero rojo y una mesa baja lacada. No había cuadros en las paredes. Ni revistas en la mesa. No había alfombras en el suelo. Nada que fuera decorativo.
2. El cuadro situado sobre su cama era de una rubia desnuda reclinada en un diván persa con expresión sensual y las piernas abiertas. La rubia se parecía mucho a Sophia.
3. Había dejado su diario electrónico en el tocador, junto a un frasco de Chanel nº 5 y una traducción al inglés del *Kama Sutra*. Para mi sorpresa, su diario no me pidió una contraseña cuando lo encendí. Tampoco estaba protegido por reconocimiento de huellas. Eso me hizo preguntarme si no lo habría dejado allí adrede para que alguien lo leyera, o si es que no le importaba un carajo su intimidad.
4. En la mesilla de noche tenía una pequeña pila de libros. Todos escritos por Mark Henry Evans; la mayoría tenía etiquetas de tiendas de segunda mano. El primero del montón era un ejemplar de bolsillo muy gastado de su novela *A las puertas de la muerte*, abierto por las páginas 44 y 45. Leerlas por encima me confirmó que a Evans le gustan los adjetivos floridos y rebuscados y que hace un uso generoso de los verbos en forma activa.
5. En la encimera de la cocina había una botella de vodka medio vacía y un

envase pequeño de queso brie con frambuesas.

Esta vez inspecciono los abrigos colgados en las perchas detrás de la puerta. Son tres en total, todos de lana cara. Miro las etiquetas: Dior, Prada y Moschino. Todos de la talla 38. Esto confirma mis sospechas sobre el abrigo marca Aquascutum de talla grande que envolvía el cuerpo: no era suyo.

Me inclino para examinar el contenido del armario zapatero. Hay alineados catorce pares de zapatos de tacón de aguja, todos de colores atrevidos, llamativos. Jimmy Choos rojo sangre con tacón de diez centímetros. Manolo Blahniks que también desafían la gravedad. Christian Loubutins amarillo canario igual de vertiginosos. Los nombres de las marcas siguen legibles en las suelas. Pero Sophia llevaba unas botas Lanvin de tacón plano cuando la encontraron esta mañana. Y de un discreto color negro. Al parecer, hoy decidió salir de casa con su único par de zapatos práctico. Me pregunto por qué.

Entro en la cocina, me pongo unos guantes y empiezo a abrir uno a uno los cajones blanco reluciente. No tardo mucho en encontrar una pequeña provisión de comida de gato en el último cajón. Así que la señora Brown tenía razón respecto a *Rufus*.

Ahora arriba, al dormitorio. Voy hasta el gigantesco ropero de madera de caoba que hay en un rincón y miro en su interior. Un aroma almizclado a bergamota me impregna las fosas nasales; está atestado de ropa. Las telas lujosas y de tacto agradable me acarician las palmas de las manos. Miro las etiquetas: Elie Saab, Missoni y Alexander McQueen. Todo en talla 36, lo que indica que a su dueña le gustaban los abrigos de una talla más que la ropa.

Voy al tocador al otro lado de la habitación y empiezo a hurgar su contenido. Mi búsqueda arroja los siguientes resultados:

1. Una bandeja gigante de productos de maquillaje, incluyendo dos docenas de barras de labios de distintos tonos rojo escarlata y otra docena de variaciones similares de esmalte de uñas.
2. Un volumen impresionante de ropa interior. No soy experto en este frente en particular, pero es evidente que Sophia Ayling tenía predilección por el encaje y el satén.
3. Un cajón lleno de juguetes eróticos, incluidos unas bolas chinas marca Ann

Summers, tres consoladores pequeños y dos conejitos vibradores. También hay siete antifaces de encaje, todos negros.

4. Una caja de madera de 22 x 30 centímetros cerrada con llave. La agito. Dentro suena algo parecido al papel.
5. Un álbum de fotos polvoriento al fondo del último cajón. Lo hojeo y descubro numerosas fotografías de una mujer castaña de poco más de veinte años tomadas en distintos lugares de Cambridge. Sosteniendo una botella de champán en una barca, acompañada de dos chicas con minifalda y aspecto alocado. Tumbada en la hierba, con la cabeza apoyada en el regazo de alguien. Saludando desde una bicicleta junto a la puerta de la biblioteca de la universidad con una mochila repleta de libros. Con un cuchillo, disponiéndose a trinchar un asado de ternera ataviada con un vestido negro y una corona de papel de esas que vienen en las bolsas de cotillón.

Dejo constancia de mis descubrimientos en mi dictáfono antes de instalarme en una butaca junto a la cama con el álbum de fotos. Estudio la cara de la chica de pelo castaño, nariz romana y orejas un poco de soplillo. El pelo largo que se le riza bajo los hombros. El cuerpo de pecho plano y dolorosamente flaco en algunas partes. Se parece poco a la rubia con curvas que sacamos del Cam esta mañana. Pero debe de ser una versión más joven y prequirúrgica de Sophia Ayling. Quizá incluso una encarnación bulímica, tal y como da a entender su diario. Después de todo, en estas fotografías está tan delgada como una porra de policía.

Hojeo una vez más el álbum y estudio el aspecto de la muchacha. Tiene los ojos brillantes, chispeantes, con la exuberancia inocente de la juventud. Su semblante rebosa energía vivaz. En muchas de las fotografías sonrío, aunque de vez en cuando la cámara captura una expresión más pensativa. Su sonrisa es amplia, le llega casi a los ojos. Es la cara de una chica joven disfrutando de sus años de estudiante en Cambridge.

No de una persona que escribe un diario torturado y retorcido sobre redención y venganza.

Mientras miro el álbum, un insistente runrún dentro de mi cabeza me dice que quizá debería volver a leer el diario. Tuvo que vivir algo traumático después de que se hicieran estas fotos. Una experiencia terrible que acabó provocando que su cuerpo cosméticamente alterado chocara contra un árbol de la orilla del río esta mañana. Si quiero atrapar a su asesino, necesito descifrar los recientes y

misteriosos cambios en su trayectoria vital. Y determinar cómo encaja Mark Evans en ellos.

Cierro el álbum de golpe. Me lo llevo a comisaría, junto con el ejemplar de Ayling de *A las puertas de la muerte*. (Dato: leí la novela de Evans cuando se publicó en tapa dura, pero me vendrá bien refrescar la memoria.) También me llevo la fascinante caja de madera, claro.

**D**e vuelta en Parkside, el sargento Donald Angus solo tarda treinta segundos en romper la cerradura de la caja de Sophia. Sonríe y levanta el pulgar en señal de victoria antes de levantar la tapa.

–Pero ¿qué coño? –dice mirando el contenido de la caja.

Saca un fajo gigante de papeles y me los va pasando. Casi todos son recortes de periódico. Un lápiz de memoria de 144 GB ocupa un rincón de la caja.

–Estaba obsesionada con él –dice instantes después, arqueando sus pobladas cejas.

–Eso ya lo sabíamos –digo mirando por encima de su hombro y fijándome en que los artículos están ordenados cronológicamente. El primero es de la sección Artes y Literatura de *The Times* y tiene fecha de 17 de enero de 2012. Está acompañado de una fotografía de Mark Henry Evans en una firma de libros. Su mujer, Claire, está detrás de él con la cara algo borrosa. «*A las puertas de la muerte* es el número uno de la lista de más vendidos de *The New York Times*», señala el titular. La entradilla dice: «La prueba de que hay escritores que triunfan con novelas que no se leen en menos de cuatro horas».

Sophia mencionó en su diario que había visto a Mark Henry Evans sonreír desde las páginas de un periódico.

–Pero ¿por qué? –pregunta Donald con el ceño fruncido.

Niego con la cabeza.

–Eso no lo sé.

–Igual Evans dice la verdad.

Me encojo de hombros.

–No sabía que el hombre fuera tan ambicioso –comenta al poco, agitando otro recorte de prensa. Me da tiempo a leer el titular antes de que Donald lo devuelva al montón. Dice: «Autor Duo, con esposa Uno, aspirante al escaño de South Cambridgeshire». El artículo incluye una fotografía de Mark Henry Evans con

su mujer del brazo en una convención política. La entradilla es una pregunta retórica: «¿Ha llegado por fin la hora de los candidatos independientes?».

–Mmm –digo cuando me viene a la cabeza una idea–. ¿Podemos ver el último artículo del montón, por favor?

Donald busca el último recorte, con fecha de hace solo seis días. Contiene la fotografía de una rubia de ojos azules divirtiéndose en un yate con un acompañante de torso velludo. El titular: «Una decisión nada ardua. Justin y Chantelle se casarán en breve».

Le quito a Donald el artículo de *The Daily Mail*. Leo:

Justin Winward, el cantante y compositor británico Duo del momento, contraerá matrimonio en septiembre con la modelo Uno Chantelle Huston. Fuentes cercanas a la pareja cuentan que Winward le regaló a la explosiva rubia un anillo de diamantes de cuatro quilates después de su concierto de anoche en el O2 Arena, que registró un lleno absoluto.

Este será el segundo matrimonio de Winward, quien se divorció de la actriz Duo Gwyneth Langley en octubre del año pasado. Winward, de treinta y dos años, ocupa el número 137 en la lista Forbes de personas más ricas de Gran Bretaña, con una fortuna valorada en 75 millones de libras. Huston, de veintidós años, saltó a la fama en Gran Hermano hace dos años y es conocida por su talla 95 E de sujetador y su romance con el futbolista Harold Dwight.

El enlace de un Duo y una Uno tan famosos ha entusiasmado a los defensores de la Ley de Matrimonios Mixtos, que será sometida a consentimiento real el viernes próximo. «Las uniones mixtas funcionan», ha declarado el novelista Duo Mark Henry Evans, candidato independiente por South Cambridgeshire a las elecciones parlamentarias. «Mi mujer Uno y yo llevamos veinte años juntos. Seguro que el matrimonio de Justin y Chantelle será un éxito.»

Sin embargo, un Duo amigo íntimo de Winward, que no quiso hacer público su nombre, dio a entender que el compositor y cantante es consciente de los importantes incentivos fiscales prometidos a los contrayentes de matrimonios mixtos. «Justin es muy listo», dice. «Entiende de impuestos y de la vida. Esa talla 95



E de sujetador no le impide ver la importancia de firmar un acuerdo prenupcial.»

Miro a Donald y me río. Se me acaba de encender una luz.

–Sophia Ayling estaba obsesionada con Mark Evans –corroboro–, pero también por alguien más. Una mujer con todos los atributos físicos que ella no tuvo de joven. Pelo rubio, ojos azules y tetas grandes.

–¿Quién? –Donald levanta una ceja.

Sonrío antes de contestar.

–Claire Evans.

The Economist, 27 de enero de 1998

### **Apple presenta el iDiary en su sede de San Francisco**

Steve Jobs, CEO de Apple, lleva un escrupuloso diario. También tiene fama de haber llegado más lejos que ningún otro Duo. En el lanzamiento la semana pasada del iDiary, la última creación portátil de Apple, no decepcionó a nadie.

Durante la presentación, el señor Jobs dejó muy clara su opinión sobre la importancia histórica y mundial del iDiary. El diario de papel y tinta es el último bastión de la era analógica, afirmó, y el diario entra ahora en la era electrónica.

Es lo que Jobs aspira a lograr con su iDiary. Mide 15 centímetros y solo pesa 7 gramos. Incluye pantalla táctil y teclado completo con selector giratorio. Tiene un diodo que emite una luz morada cada mañana para recordar a los usuarios que deben memorizar las entradas del día anterior. El software incorpora una ágil función de búsqueda (que facilita localizar datos), una lista de tareas pendientes, una agenda diaria y otra para citas. Las entradas se pueden editar o borrar con facilidad. El dispositivo tiene un precio de 79 libras para su versión básica y de 99 libras para otra que posee, literalmente, mayor memoria. Estos precios lo hacen accesible a la población en general.

Pero el punto fuerte del iDiary quizá sean sus medidas de seguridad. Se bloquea solo al cabo de dos minutos de inactividad y no se desbloquea hasta que reconoce la huella de su usuario. También existe la opción de añadir una contraseña a modo de protección adicional. Después del robo de varios diarios de personajes famosos el pasado año, los inversores de Apple se frotan las manos con el potencial de mercado del iDiary. Tres días después del lanzamiento del dispositivo, las acciones de la compañía alcanzaron máximos históricos.

## Claire

No puedo perder la cabeza. No debo. Aunque la Policía se haya llevado a mi marido para interrogarlo, estoy segura de que no mató a Sophia Ayling. Dato: Mark no es de los que hacen daño a los demás. Es de esos hombres a los que les desagrada la violencia. Cierra los ojos en las secuencias de peleas de las películas de Tarantino (en contra de la opinión de Mark, se me da bien memorizar datos sueltos de mi diario).

De lo que no hay duda es de que se acostó con ella.

Me miro las manos. Están sucias de trabajar en el jardín. También parecen desvalidas. Son las manos de una mujer que siempre ha permanecido en un segundo plano solícito y anodino mientras su marido hace cosas audaces y fuera de lo corriente. Como vender millones de libros o presentarse a congresista.

Como tener aventuras.

Así que Mark Henry Evans, el hombre que me prometió en la capilla del Trinity que me amaría y me sería fiel, me ha estado engañando. Por eso ha pasado tantos fines de semana fuera de Cambridge. Dato: decía que tenía actos relacionados con su trabajo en Londres. De hecho, incluso me llevó a unas cuantas firmas de libros y a alguna gala de recaudación de fondos. Pero solo era para mantener las apariencias.

No soy tonta. Puedo leer entre líneas. Si Mark sabe escribir, yo sé leer.

Las partes entre líneas dicen que Mark es un mentiroso fabulador y descarado. Un embustero al que no le remuerde la conciencia traicionar a la mujer con la que ha compartido cama durante veinte años. Un donjuán que se aprovecha de esas zorras que se quedan embobadas ante cada palabra que dice. Llevo viéndolas todos estos años. He memorizado los datos relativos a su existencia. Acuden en manada a sus lecturas con ojos de adoración. Hacen colas interminables para conseguir su autógrafo. Cuando están con él, ríen como gansos histéricos.

Si Mark tuvo una aventura con Sophia Ayling, entonces puede haberse

acostado con varias mujeres más en los últimos veinte años. Mientras yo me quedaba en casa barriendo las hojas muertas del camino de entrada.

Agarro el rastrillo apoyado contra el cobertizo y lo lanzo lejos. Antes de caer al suelo choca contra una jardinera cercana con un golpe fuerte y satisfactorio.

El ruido hace que me castañeteen los dientes.

No pienso llorar. Aunque estoy tentada. Aunque la infidelidad de Mark sea un bofetón simbólico. Un golpe a mi orgullo, a mi autoestima como esposa y como mujer.

Y es que para la infidelidad no hay disculpa. No la hay.

¿Cómo hemos llegado a esto? A pesar de las carencias y las desigualdades de nuestro matrimonio mixto, pensaba que Mark era un marido fiel. Supuse que su ambición política le impediría descarriarse. No hace falta ser un genio para imaginar lo que pasará con su candidatura al parlamento si la prensa se entera de que ha tenido una aventura.

Subo ofuscada el camino del jardín hasta el invernadero. Mis preciadas gardenias perfuman el aire y se mezclan con la dulzura del galán de noche. De pronto, esa combinación me da náuseas. *Nettle* corre a mi encuentro y me saluda con un lametón. Le acaricio las orejas antes de desplomarme en una silla cercana junto a una orquídea negra con dos flores amarillentas que han debido de marchitarse durante la noche.

Las arranco y las estrujo con la mano.

Una vocecilla habla en mi cabeza. Dice que debería haberme esforzado más por comprender los datos sobre mi matrimonio en lugar de aprendérmelos sin más. Comprender por qué nuestra relación se ha convertido en algo más práctico que pasional. Más funcional que ardiente. Por qué Mark y yo tuvimos relaciones sexuales por última vez hace más de dos años. Por qué desde entonces no se me acerca. Por qué no hay un niño en nuestras vidas.

Ya no soy tan guapa como antes. Veinte años de matrimonio son veinte años de envejecimiento. Veinte años de patas de gallo. Veinte años de piel ajada, flácida. Veinte años de sufrir los crueles efectos de la gravedad. Por no hablar de que he engordado nada menos que veinte kilos desde que mi padre me acompañó al altar, loco de contento porque su hija mayor se casaba con alguien de clase superior.

Pero ¿me ha querido Mark alguna vez? Por ejemplo, ¿estaba enamorado de mí al principio de conocernos? ¿O no fue más que una ilusión mía? Debía de estarlo, de otro modo no se habría casado conmigo en el otoño de 1995. Pero

quizá me he estado engañando todo este tiempo. Quizá he estado interpretando mal los datos.

Por irracional que parezca, me consume un deseo repentino de comprender. De descubrir cómo y en qué momento dejó de funcionar nuestra relación. ¿Funcionaba al principio? ¿O nuestro matrimonio siempre fue una farsa?

Me levanto de la silla y recorro deprisa el pasillo. Dato: antes de que se inventara el iDiary, en 1998, acumulé gran número de diarios en papel. Ahora están en una enorme caja fuerte en el almacén. Enciendo la luz y voy hasta ella. Dato: la clave es 8412. Tecleo el número. Una luz verde parpadea a modo de respuesta.

Abro la puerta y miro las hileras de diarios que hay dentro. Dato: cuando era joven escribía mucho, sobre todo justo después de cumplir dieciocho años. Mucho más que ahora. Y además lo que escribía era muy descriptivo. Eso podría deberse a la verbosidad propia de la juventud, puesto que ahora soy más bien parca en palabras. O pudo ser el resultado de mi desesperación por dejar constancia de todo por miedo a obviar algo importante. Antes de que el sentido común (y una constatación resignada) hicieran acto de presencia. Ahora no necesito escribirlo todo porque, en cualquier caso, la mayoría de mis vivencias cotidianas son bastante triviales.

Dato: Mark y yo nos conocimos el 26 de mayo de 1995. Saco el cuaderno que dice «mayo-agosto 1995» y paso las páginas hasta esa fecha:

17.35. Nada más llegar al Varsity Blues me cayó una buena bronca de Jenkins por el retraso. Después Emily me miró comprensiva. [Recordatorio: no puedo volver a llegar tarde o perderé el trabajo]. Sobreviví a los primeros noventa minutos sin mayores percances, aunque le serví a un cliente Coca-Cola normal en lugar de *light*. [Recordatorio: tengo que retirar siempre los platos vacíos de las mesas que atiendo, siguiendo el consejo de Emily de «no irse nunca de vacío».]

Pensaba que ya empezaba a pillarle el tranquillo a lo de ser camarera, cuando a las 20.17 entró un hombre con una mujer pelirroja del brazo. Emily los acompañó a una mesa. Minutos después fui a preguntar lo que iban a tomar. El hombre levantó la vista de la carta y sonrió. No sé qué me pasó que me hizo soltar la pluma estilográfica y la libreta. ¿Fue su sonrisa? ¿O su aspecto acicalado y su voluminoso flequillo? No me dio tiempo a averiguarlo porque la pluma rebotó en la mesa y aterrizó en el regazo de la chica,

manchándole la falda de tinta. Murmuré una disculpa y corrí a buscar una servilleta para limpiárselo.

Lo único que conseguí fue que la tinta se extendiera por la tela y que la chica se pusiera a chillar. La cosa fue a peor. Jenkins apareció a mi lado y empezó a gritar como un loco mientras la pelirroja agarraba su bolso y salía hecha una furia del restaurante profiriendo insultos.

El hombre, en cambio, siguió sentado. Me volví hacia él y le dije lo primero que me vino a la cabeza: que le pagaría la cena si decidía quedarse (lo que, ahora que lo pienso, me habría costado más que mi paga diaria de 12,75 libras). El hombre sonrió y dijo que quería una copita de Burdeos. Le serví una jarra de 75 cl y una cesta con pan. Después, con la cara tan colorada como el vino, me disculpé de nuevo y me marché corriendo.

Se quedó en la mesa unos veinte minutos. Notaba sus ojos estudiándome con interés mientras yo iba de un lado a otro. Cuando se fue, yo estaba en la cocina. Luego salí a recoger la mesa. Encontré un billete de 20 libras debajo de la copa, y eso que el vino solo costaba 3,38. También había escrito una nota en la servilleta de papel: *Menuda noche. Debería compensarte por la diversión. Me dice Emily que libras los lunes. Te espero en el restaurante del Hotel du Vin el lunes (29 de mayo) a partir de las 19.30. Mark Henry Evans.*

Pasé el resto del turno en una nube hasta que pude regresar a casa a las 23.45. Jenkins se despidió con una larga mirada de furia (y no me dio más que 11,20 libras de la propina de Mark después de embolsarse 5 libras por mi «tremenda torpeza»). No estoy segura de cómo responder a la invitación a cenar. [Recordatorio: igual debería pensar en comprarme un vestido nuevo el lunes por la mañana].

Me asalta un pensamiento desconcertante. Quizá a Mark le divertía mi completa ineptitud. Y esa diversión se ha ido transformando en aburrido desdén a lo largo de veinte años de matrimonio. Aquella noche no escribí que me había mirado con adoración. Solo que me miraba «con interés».

Igual debería leer también la entrada del lunes. Para confirmar las sospechas de que me he estado engañando a mí misma todos estos años. Dando demasiada importancia a los datos, en especial a los que hicieron que nos conociéramos.

Respiro hondo y paso un par de páginas.

05.41. Me he despertado sudando. He tenido un sueño horrible con Jenkins y sus desagradables gritos, diciéndome que siempre seré una inútil. Me alegro

de no tener que ir hoy al Varsity Blues. Jenkins debe de estar afectándome mucho si he empezado a soñar con él.

[...] 19.35. Llegué al Du Vin siguiendo el consejo de Emily de que las mujeres tienen que retrasarse cinco minutos en las citas. Me sentía insegura con el vestido y los zapatos de tacón nuevos. (Mamá se puso como loca cuando la llamé para decirle que un hombre me había invitado a salir e insistió en que comprara también zapatos a juego). El *maître* me acompañó a la mesa, donde Mark me esperaba con una docena de rosas (la mitad eran rosas, el resto blancas). Llevaba una preciosa camisa gris de cuello almidonado con los dos primeros botones desabrochados. Oía a colonia cara. Me dio las gracias por haber acudido y me ofreció las flores antes de mirarme el escote. [Recordatorio: con la próxima paga debería comprarme otro vestido de noche, entallado y con mucho escote.]

Empecé a disculparme otra vez, pero se llevó un dedo a los labios. Dijo que le había hecho un favor, puesto que las atenciones de la pelirroja le resultaban «intolerablemente indigestas». No le entendí muy bien, pero deduje que no estaba demasiado enfadado conmigo. El *maître* nos sirvió champán (me fijé en que la etiqueta de la botella decía Krug Grand Cuvée 1997, lo que sonaba lujoso) y nos dio la carta. Casi me atraganto cuando veo los precios, que estaban entre las 20 y las 25 libras para los segundos platos. Pedí panceta, lo más barato que vi. Mark pidió una cola de langosta antes de proponer un brindis por «nuestro memorable primer encuentro» y acercar su copa a la mía con una sonrisa.

Durante la cena aprendí varios datos sobre él. Es Duo (tuve que tragar saliva), investigador ayudante de Literatura Inglesa en el Trinity. Grado y posgrado de la misma universidad antes de cumplir los veintidós. Ha tenido tentaciones de dejar la universidad y espera convertirse algún día en escritor. Aunque la docena de relatos que ha escrito siguen inéditos y lleva seis años presentándolos sin éxito al concurso de cuentos cortos de *The Times* dotado con 30.000 libras. Me dio pena porque sé lo que significa no llegar a ninguna parte. Hijo único de un industrial, propietario de Ainsley Manor en Buckinghamshire. El padre tiene la esperanza de que Mark se haga cargo del negocio familiar, pero él no tiene el más mínimo interés. Por mi parte, confesé que el de Varsity Blues era mi segundo empleo desde que dejé el instituto, después de bastante tiempo como aprendiz de peluquera. No le dije que soy Uno, pero estoy segura de que lo dedujo.

Me armé de valor y le pregunté por qué me había invitado a cenar. Me miró

a los ojos y me dijo que era la mujer más guapa que había visto en su vida. Que cuando fui a tomarle el pedido en el Varsity Blues hasta le dio un vuelco el corazón. Menudo seductor. Desde luego sabe hablar. Así que Mark se enamoró de mí a primera vista. Debería sentirme halagada.

Es extraño cómo la entrada de un diario puede cambiar de connotaciones veinte años después. Aquella noche fatídica yo interpreté las palabras de Mark como la prueba de que se había enamorado de mí nada más verme. Al menos eso es lo que mi yo juvenil quiso creer y llegó incluso a memorizar como si fuera un dato. Pero a los diecinueve años yo era una tonta romántica y sentimental. Estos ojos cansados de una mujer de treinta y nueve años ahora ven algo distinto.

Aquello tenía más de lujuria que de amor. Mark nunca estuvo enamorado de mí, ni siquiera al principio. Solo quería seducirme porque me consideraba la mujer más guapa que había conocido. Eso es lo que en realidad me dijo aquella noche. Y yo le di a sus palabras un significado que no tenían.

Reprimo un par de lágrimas y vuelvo a la entrada del diario del 2 de junio de 1995.

22.05. Fin de la cena. El *foie gras* increíble, el caviar beluga mejor aún. El mundo de Mark me deslumbra. Podría acostumbrarme a estas cosas. Para cuando salimos de Midsummer House iba cargada con un ramo de veinticuatro rosas rosadas y blancas y llevaba tres copas de champán en el cuerpo. Me invitó a su habitación del Trinity a tomar la última, con la promesa de acompañarme después a casa. En ese momento me miró con una de sus sonrisas. Así que acepté. Entrar sin que nos vieran los conserjes fue complicado, pero Mark enseguida encontró una puerta lateral que no estaba cerrada con llave. Me llevó a hurtadillas hasta una habitación con chimenea que daba a un rectángulo de hierba oscura y me sirvió una copa de oporto llena hasta el borde que hizo que la cabeza me diera aún más vueltas.

Antes de que pudiera darme cuenta, empezó a besarme en los labios. Ya me había besado antes, cuando nos despedimos ayer por la noche, pero aquel fue un beso casto, aunque largo. Este fue distinto. Apremiante, impetuoso. Empezó a tirarme de la cremallera del vestido y yo intenté levantar una mano para frenarle, pero la sentía torpe por el champán y el oporto. Al poco tiempo, el vestido y el sujetador habían desaparecido y su atención se concentraba en mis pezones. Por un momento me alarmé. Pero era tan agradable. Tan natural. Después de todo, Mark es un caballero. No uno de esos muchachos



harapientos que rondaban por el vecindario donde crecí. Sus manos empezaron a bajar y a los pocos segundos mi última prenda de ropa estaba en el suelo. Empecé a ponerme nerviosa, porque había leído en alguna parte que la primera vez puede doler. Intenté apartarlo, pero mis manos no lograron convencerme ni siquiera a mí misma.

Entonces pasó. Un dolor intenso, desgarrador, seguido de una molestia generalizada. Pero Mark fue considerado y todo terminó en cuestión de minutos. No puedo decir que lo disfrutara demasiado, pero supongo que la próxima vez será mejor. Gruñó, se quitó de encima, se tapó con el edredón y empezó a roncar. Como no sabía qué hacer, estuve varios minutos estudiando su perfil, dolorida y perpleja. A final me levanté, me puse el vestido y salí de la habitación a las 23.35 sin las rosas. Por suerte no me crucé con ningún conserje cuando atravesé la explanada hasta la puerta lateral. El aire fresco de la noche y el paseo a buen ritmo hasta mi habitación en Mill Road me despejaron la cabeza. Oí a la señora Perkins en la cama cuando entré a hurtadillas a las 23.55, pero no desperté a nadie más.

¿Dónde me he metido? Mark es un Duo, por el amor de Dios. Los Uno y los Duo no tienen futuro juntos. Claro que mamá y papá lo adorarían si lo conocieran. En cualquier caso, estoy deseando que me llame mañana. Durante la cena dijo que le encantaría llevarme a Norfolk este fin de semana en su Jaguar, para almorzar al aire libre en las dunas de la playa con una gran botella de Bollinger sacada de la bodega de su padre.

Doy rienda suelta a las lágrimas, ahora que me doy cuenta de lo que pasó en los días siguientes. Busco la entrada del 3 de junio:

4.22. Me despierto con el pulso acelerado y las palmas sudorosas. Un sueño horrible en el que salía Jenkins con la cara morada. Me gritaba desde detrás del mostrador que soy inútil y penosa. La entrada del 29 de mayo constata que he tenido un sueño parecido antes. Qué horror.

[...] 22.45 Mark no llamó hoy al final. Pero estoy segura de que llamará mañana para lo de Norfolk. La previsión del tiempo para el domingo es maravillosa: 28 grados y sol. Ya nos imagino paseando de la mano por la playa de guijarros con una cesta de pícnic.

Mi entrada del 4 de junio dice:

21.15. El teléfono sigue sin sonar. Las esperanzas de comer al aire libre en la

playa de Norfolk bajo un cielo azul se han evaporado. Sigo preguntándome qué le habrá pasado a Mark. [Recordatorio: debería llamarlo mañana. Después de todo, es posible que le haya pasado algo malo.]

Y ahora entiendo por qué Mark se portó como lo hizo cuando lo llamé por teléfono el 5 de junio:

18.04. Llamé a Mark por el teléfono de la señora Perkins antes de irme en bicicleta a VB. Se disculpó por no haberme llamado durante el fin de semana, había tenido que atender un asunto familiar urgente. Parecía distante, como distraído. De pronto dijo que no podía seguir hablando. Colgué el teléfono confusa. Supongo que debería alegrarme de que no le haya pasado nada malo...

Leo unas cuantas páginas más. Confirman mis crecientes sospechas sobre los primeros días de nuestra relación. Mark me persiguió con gran ardor hasta que nos acostamos en su habitación del Trinity, luego dejé de interesarle. No me llamó por teléfono para invitarme a un pícnic. Ni tampoco a cenar. De hecho, no me llamó ni una sola vez.

La verdad que no supe ver: Mark solo quería acostarse conmigo, una virgen de diecinueve años que le resultaba atractiva. Nada más.

Lo que explica por qué lo vi una semana después con otra chica. Lo dice mi diario en términos claros, precisos. Quizá debería volver a familiarizarme con lo que pasó aquella noche, ahora que por fin empiezo a ver cómo fue realmente su comportamiento en aquellas fechas.

Me seco los ojos con la manga y busco la entrada del 12 de junio de 1995:

18.30. Las primeras dos horas de mi turno en el Varsity Blues han sido tranquilas. Emily dijo que era por los bailes en el Trinity, el Jesus y el Claire May.

21.32. Acompañé a los primeros clientes a una mesa junto a la ventana. Horrorizada, vi a Mark en la acera de enfrente, con corbata blanca, de la mano de una chica con un precioso vestido color melocotón y guantes blancos. Era evidente que iban a un baile, supongo que al del Trinity. Me quedé unos minutos boquiabierta antes de correr a pedirle a Emily que por favor me cubriera (por suerte Jenkins estaba ocupado con un cliente). Salí a toda prisa y me encontré con que Mark y la chica habían desaparecido. Estaba decidida a plantarle cara, así que eché a correr en la dirección en que los había visto irse.

No los encontré en la calle Chesterton y di la vuelta cuando caí en la cuenta de que podían haber cruzado a pie por Jesus Lock.

Por fin los vi en el paseo junto al río. Corrí hacia ellos, ansiosa por gritarle a Mark, pero entonces la chica se sacó un guante e hizo justo lo que habría querido hacer yo: le dio un bofetón. Levantó la mano para pegarle otra vez y entonces perdió el equilibrio. Se tambaleó sobre sus tacones de aguja, se golpeó la cabeza contra una farola y cayó al suelo hecha un revoltijo de brazos, piernas y tela. Consiguió ponerse de rodillas y volvió a abofetear a Mark, aunque con menos fuerza.

Me pregunté si debería unirme a ella en el ataque. Pero me dije que Mark ya tenía lo que se merecía y que Jenkins me despediría si estaba fuera demasiado rato. Di la vuelta y eché a andar hacia VB, pero pronto me vino otra oleada de rabia. Me olvidé de Jenkins, hice un cambio de sentido en Chesterton Road y volví a cruzar el puente a la carrera. Para entonces Mark y la chica ya no estaban en Jesus Green. Convencida de que los encontraría más adelante, seguí corriendo por el paseo del río. Por fin vi a Mark en Magdalene Street. Estaba solo. La chica del vestido melocotón había desaparecido.

Paso página y me quedo de piedra. Las hojas siguientes no están. Solo quedan unas tiras de papel en el lomo del diario. El resto han sido cortadas con cuidado, seguramente con una cuchilla o una navaja.

Se me han secado las lágrimas. Paso un dedo tembloroso por las tiras de papel. El asombro y la incredulidad me impulsan a contarlas: doce en total. La siguiente entrada empieza nada menos que trece días después. En algún momento debí de arrancar esas hojas.

Pero ¿por qué?

Es posible que la entrada del 25 de junio explique por qué han desaparecido las páginas anteriores. La leo con avidez:

5.50. Sábanas empapadas por cortesía de la versión en sueños de Jenkins y sus insultos («Eres una inútil, Claire. Eres penosa»). Intenté en vano volver a dormirme. Consulté entradas anteriores: he tenido este mismo sueño cuatro veces desde que empecé a trabajar en el Varsity Blues; Jenkins me tortura de día y de noche. Siento tentaciones de dejar el trabajo. Pero pagan mejor que en la peluquería Hair & Beauty Solutions.

10.30. Me desperté de un duermevela posterior a la pesadilla de Jenkins. Una

sensación de sordo desánimo me clavaba a la cama, así que me dediqué a estudiar las grietas en forma de araña del techo.

12.30. Decidí hacer caso a Emily. Me levanté de la cama y llamé a la consulta de la calle Bridge. Conseguí una cita con el médico de familia Arthur Devine a las 11.00 del 29 de junio [Recordatorio: tengo que contarle al doctor Devine que un agujero negro y sin fondo me ha engullido, que anoche me costó dormirme y que tengo unos dolores horribles en el pecho que no me dejan respirar. Pero no debo contarle que ayer, antes de salir para VB, estuve considerando las tentadoras posibilidades que me brinda el cuchillo de cocina de la señora Perkins].

21.58. Durante el turno se me cayó una copa de vino. Jenkins gruñó y dijo que me lo descontaría de la próxima paga junto con los dos platos que rompí ayer. [Recordatorio: las próximas semanas tengo que andarme con cuidado o no me quedará nada del sueldo.]

22.53. Al salir de VB me encontré a Mark esperándome con otro ramo de rosas. Después de una semana de ignorar su afligida presencia (me había estado esperando en la calle siete noches seguidas con ramos cada vez más grandes), sentí una punzada de simpatía hacia él. Puede que esté arrepentido de verdad...

La entrada sugiere que caí en una depresión horrible cuando descubrí que Mark había estado viéndose con otra chica y conmigo al mismo tiempo. Esto me llevó a buscar ayuda médica. Es posible que mi depresión también me llevara a hacer alguna tontería, como cortar doce páginas de mi diario.

Sin embargo, respecto a esas páginas no todo está perdido. Dato: se me da bien memorizar mis diarios. Dedico más horas a aprenderme su contenido que mi marido. Leo mi diario electrónico cada mañana, mientras que Mark solo le echa un vistazo rápido al suyo; su arrogancia de Duo le impide darse cuenta de que se esfuerza menos que yo. Debo confiar en los datos que conservo en la cabeza.

Para ponerme a prueba, cierro los ojos en un intento por rescatar datos que memoricé sobre ese periodo de doce días. Esto es lo que pasó la noche del baile del Trinity, poco después de ver a Mark en Magdalene Street:

*–¡Mark! –le grité.*

*Se detuvo en seco y se dio la vuelta. En cuanto vio que era yo, se le tensaron los hombros.*

*–¿Qué haces aquí? –preguntó.*

*–Te he visto antes –dije mientras iba hacia él–. De la mano con esa chica.*

*En aquel momento, Mark abrió la boca. Me fijé en que se le había aflojado la corbata blanca después de la refriega con su acompañante.*

*–He visto todo lo que pasó en Jesus Green. –Las palabras me salieron como un torrente–. Todo. Te estás acostando con ella, ¿verdad? Pensaba que estabas conmigo...*

*–Puedo... Puedo explicarlo.*

*–Has estado dándome falsas esperanzas. Con las rosas. Con tus zalamerías. Con tus mentiras. Pues mira, vete al infierno, Mark, no quiero volver a verte en la vida.*

*Y con eso, me di la vuelta y eché a andar hacia el Varsity Blues.*

*No hizo ademán de seguirme. Ni de disculparse. Tampoco de pedirme que le diera otra oportunidad.*

*Y esto es lo que pasó el 24 de junio, la noche antes de llamar a la consulta de Bridge Street:*

*Emily se me acercó cuando ya me iba de VB con la frente arrugada de preocupación.*

*–Últimamente estás muy rara –dijo.*

*–Estoy bien.*

*–No, Claire. No lo estás. Te lo veo en la cara y en cómo te comportas.*

*–Son imaginaciones tuyas.*

*–Antes has roto dos platos. Le dijiste a Jenkins que había sido un descuido, pero te vi llorar justo antes de que se te cayeran.*

*–Todos tenemos un mal día de vez en cuando. Eso es un dato.*

*–Tengo diecisiete años. Recuerdo detalles que igual tú has dejado al margen del diario. Como que cada día entras aquí con la vista fija en el suelo como si esperaras que se te tragara la tierra. Créeme, cariño. Llevas dos semanas mal.*

*No se me ocurría qué contestarle.*

*–Deberías ir a ver a tu médico de familia. Igual te puede recetar unas pastillas que te hagan sentir mejor.*

*–No necesito un médico.*

*–Piénsalo, ¿vale? –Me dio una palmadita en el hombro y señaló la puerta del restaurante–. Por cierto, el Duo te está esperando con más rosas. No me puedo creer que lleve ya una semana entera esperándote a la hora de cerrar con ramos cada día más grandes. Igual deberías oír lo que tiene que decir.*

*Emily tenía razón. Salí de VB y me encontré a Mark esperándome con un ramo gigantesco de rosas carmesí.*

*–Lo siento, Claire –dijo.*

*Me pregunté si debía hacer caso a Emily. Pero luego decidí apartarlo antes de montarme en mi bicicleta y marcharme.*

Debería alegrarme de conservar en la cabeza algunos de los datos que memoricé sobre el 24 de junio, debo de haberme esforzado mucho por aprenderme esos fragmentos del diario. En realidad no necesito esas doce páginas que faltan. Pero hay otros datos sobre Mark de entre el 13 y el 24 de junio que, a la vista de lo ocurrido, sí debería reconsiderar. Datos que confirmarán mis crecientes sospechas de que el amor nunca formó parte de la ecuación y que la lujuria fue el motor de nuestra relación desde el principio.

Entonces caigo en la cuenta.

No tengo más datos sobre esos doce días en la cabeza.

Cierro fuerte los ojos y me esfuerzo por recordar alguna cosa. Nada. Dentro de mí no hay más que un negro vacío. Me levanto y camino por la habitación cada vez más desesperada, intentando evocar algún dato relevante. Pero la mayor parte de ese periodo es un vacío absoluto. No conservo ningún detalle sobre lo que pasó el día siguiente al baile del Trinity, cuando me alejé de Mark hecha una furia. Tampoco consigo recuperar datos de los días siguientes. Es como si no hubieran existido. Se han convertido en un gran vacío, en un agujero negro en mi pasado.

Debí de esforzarme poco –o nada– por aprenderme el contenido de esas páginas después de cortarlas. Debía de estar muy deprimida tras la noche del baile para no memorizar doce días de datos. Y para hacer ese estropicio con mi diario. Ahora ya sé lo que pasa cuando no memorizo mis entradas: es como si borrara una parte de mí misma.

Parte de mi mente; quizá incluso de mi alma.

Me pregunto qué haría con esas páginas. Puede que las tirara a la chimenea y me quedara mirando cómo ardían. Claro que puede haber otros registros escritos que cuenten lo ocurrido en esta casa entre el 13 y el 24 de junio.

Oigo un portazo a lo lejos. Pisadas en el pasillo. Guardo el diario en la caja fuerte antes de teclear de nuevo 8412. Se enciende la luz verde.

Es hora de hablar con mi marido. Con ese mentiroso con el que estoy casada.

El camino al estrellato político está sembrado de cadáveres de personas que no supieron mentir bien. Ignorar este dato puede ser perjudicial.

Rowan Redford, *Miente y vencerás*

## Mark

**E**ntré por la puerta principal con un suspiro. Dato: he descrito interrogatorios policiales en mis novelas, pero la realidad fue mucho más desagradable de lo que habría podido imaginarme. Después de veintisiete minutos de soportar estocadas verbales de un sabueso agresivo necesito desesperadamente una taza de té caliente.

Sobre todo porque sigo muy nervioso por la forma en que terminó la entrevista. Yo había dado por zanjada la conversación poco después de que Richardson alardeara de su cultura literaria con aquel comentario sobre Virginia Woolf. Dije que me tenía que ir. Richardson comprobó la declaración escrita por el sargento Angus y después me la entregó. El primer y último párrafo me irritaron.

**Declaración testifical**

Ley de Enjuiciamiento Criminal de 1967, sec. 9; Acuerdo de pleno no jurisdiccional de 1980, seccs. 5A (3) (a) y 5B;

Normas de enjuiciamiento criminal de 2005, artículo 27.1

Declaración de Mark Henry Evans

Fecha: 6 de junio de 2015

Ocupación: novelista

Clase: Duo

Llevo veinte años casado. No tengo hijos. Sophia Ayling me abordó después de mi charla en Nueva York y me dijo que le encantaban mis novelas. Al parecer llevaba años leyéndolas y esperaba que su manuscrito inédito tuviera el mismo éxito. Me dijo que estaba loca por mí. Le dije que me halagaba. Me invitó a cenar. Dije que no porque nunca acepto invitaciones de personas que conozco en congresos de escritores, aunque sean rubias muy atractivas.



[...]

El jueves pasé casi todo el día escribiendo en mi estudio. Por la tarde contesté correos electrónicos. No salí de casa. A última hora hablé por teléfono con mi agente, Camilla, y con mi director de campaña, Rowan. Ya de noche me quede dormido viendo la televisión en mi estudio. El miércoles pasé la mañana escribiendo. Almorcé antes de hablar con Camilla y Rowan. Luego me ocupé de correos electrónicos y otros hengorros antes de terminar la velada delante del televisor.

Firma:.....

–No puedo firmar esto –dije enseñándole el papel a Richardson y dejando el bolígrafo en su mesa–. Tiene demasiados errores.

–¿Qué clase de errores? –preguntó Richardson mirándome con los ojos entrecerrados.

–Sobre todo gramaticales. También ortográficos. «Hengorros» se escribe sin hache. Y faltan acentos.

Las espesas cejas de Angus se arquearon dándole un aspecto de oruga herida. Dudo que alguien le haya recriminado nunca por sus faltas de ortografía.

–Ah –suspiró Richardson–. Debería haberlo imaginado. Los literatos tienen tendencia a la pedantería.

–Y los agentes de policía no saben redactar.

–En realidad, los agentes de policía somos muy capaces de unir unas frases con otras. Pero errores gramaticales aparte, debería firmar la declaración si refleja la verdad. Y lo que nos ha contado es la verdad, supongo.

No dije nada.

–Vaya por Dios. O sea, que nos ha mentado, señor Evans. ¿Esa es la razón por la que no quiere firmar?

Agarré una pluma estilográfica y garabateé mi nombre al pie de la declaración antes de salir furioso del despacho del detective.

El caso es que parece que no soy el único que está enfadado hoy. Oigo pisadas firmes a pocos metros y me giro. Claire ha salido al pasillo y me mira con los brazos cruzados. Arruga la nariz como si algo le diera asco.

–Te acostaste con ella, ¿verdad?

Es más una afirmación que una pregunta. Corta el aire entre los dos.

No digo nada. Un cansancio repentino se me instala sobre los hombros. Me

quito la chaqueta y la dejo en el respaldo de una silla antes de dirigirme a la cocina. Claire me sigue. Aunque no me atrevo a mirarla a los ojos, los noto clavados en la espalda.

Enciendo el hervidor y saco una taza de uno de los armarios de la pared.

–Me mentiste.

Se planta junto a la encimera de la cocina cortándome el acceso a las bolsas de té.

–Dijiste que tenías que trabajar en Londres. Y ahora resulta que el trabajo era acostarte con alguien.

Doy un respingo.

–Te estás imaginando cosas. Sophia era una admiradora trastornada que se inventaba cosas. Estuvo diecisiete años en un manicomio. Hasta Richardson dijo que su diario es «un río agitado de semiinconsciencia».

Claire resopla.

–Me parece increíble que sigas mintiéndome –dice con los ojos rojos–. Eres un embustero. Te acuestas con otras mientras le dices a todo el mundo que llevamos años de matrimonio feliz.

No se me ocurre una respuesta apropiada.

–ERES UN EMBUSTERO, MARK.

El cuenco de cereales de esta mañana vuela por la cocina. Se estrella contra un armario a pocos metros con gran estrépito y se hace añicos. Un trozo me rebota en el pie. *Nettle* se levanta del suelo de baldosa y ladra aterrorizado.

–ERES...

–Claire. –Levanto las manos, desesperado por tranquilizarla. Está temblando de furia y tiene los puños cerrados.

–Claire. –Mi voz es una súplica aguda–. Tranquilí...

–ESTÁS DE MIERDA HASTA EL CUELLO.

Tiene toda la razón. Aunque Richardson me ha dejado volver a casa, tengo la sensación de que ese detective bravucón está decidido a encerrarme en el calabozo que hay en la parte de atrás de la comisaría.

–Y te vas a hundir aún más en la mierda, en lo que se refiere a tu carrera política –continúa Claire, de pronto hablando en un susurro que hace sus palabras más amenazadoras.

Me dirige una sonrisa perversa, algo de lo que nunca la habría creído capaz. Su mirada es asesina, de esas que uno asocia a una mujer despechada.

–Quiero el divorcio –dice.

Me froto los ojos antes de terminarme el té frío que queda en la taza. Me sabe áspero al contacto con la lengua, incluso amargo. Las palabras de Claire todavía me resuenan en los oídos. Ha desaparecido en el piso de arriba con un portazo triunfal. Tengo la tentación de subir e intentar razonar con ella. Con un poco de suerte, igual la persuado de lo ridículo de su decisión. Sin duda, me necesita más que yo a ella, en vista de lo que ha pasado hoy. Por otra parte, tengo que asegurarme de que la prensa no se entera de mi reciente visita a la comisaría de Parkside.

La prensa. Mierda.

Se me había olvidado la rueda de prensa que tengo a mediodía en el consistorio.

Joder.

En ese preciso instante suena mi móvil. Me lo saco del bolsillo con un suspiro. Ya sé quién es.

–¿Dónde coño estás, Mark? –El tono seco de Rowan rebosa desesperación.

–Perdona, me han entretenido en...

–Haz el favor de mover el culo y venir ahora mismo, tarado. Son las doce y dos minutos.

Entro corriendo en el vestíbulo de mármol rosa del consistorio con mi maletín; llego veinte minutos tarde a mi propia rueda de prensa. Mi nada digno trote a través de la ventolera que azotaba Market Square ha servido al menos para devolverme unas pocas funciones cerebrales. Me aplasto el flequillo. Desearía haberme puesto gel fijador antes de salir de casa. Pero casi no tuve tiempo ni de ponerme un traje.

Rowan camina de un lado a otro al pie de las escaleras, cerca de una estatua de madera de un caballito de mar de aspecto melancólico. Tiene la frente surcada de profundas arrugas.

–Perdóname, Rowan...

–Considérate afortunado de que sigan arriba –me dice con una mirada enfurecida. Han venido bastantes. *The Times*, *The Daily Telegraph* y *The Independent*. La BBC y la ITV. Incluso la pelo escarola esa de *The Daily Mail*. La que no hace más que escribir columnas sobre sus exmaridos. Intenta no

llevarle la contraria si puedes evitarlo. Me sorprende que haya tanto interés. Pero toda publicidad es buena y ya he repartido copias de tu declaración.

Rowan me está poniendo nervioso.

–Pide disculpas por llegar tarde –me dice agitando un dedo–. Sé educado. Serio, pero no pomposo. Di que vas a ser un diputado maravilloso. No la cagues. Haz el puto favor de no cagarla.

Asiento dócil con la cabeza mientras me conduce escaleras arriba. Después atravesamos un pasillo y abre la puerta. Escondo la cara detrás de una sonrisa y camino hasta la parte delantera de la habitación con paredes forradas de madera. Rowan me sigue a unos pasos. En la tarima hay dos micrófonos, uno dice «BBC», otro, «ITV».

–Siento haberles hecho esperar –me excuso con voz compungida–. Rowan ya les ha repartido mi declaración. Estaré encantado de contestar a cualquier pregunta que tengan.

Hay manos levantadas por toda la sala. Me decido por un hombre con alopecia de la última fila porque parece inofensivo.

–BBC –dice–. ¿Qué opina de la recién aprobada Ley del Matrimonio Mixto, señor Evans?

–Estoy encantado, por supuesto. –Sonrío de oreja a oreja–. Sobre todo después de haber colaborado en la campaña y recabado el apoyo de los admiradores de mis libros. Si salgo elegido diputado, trabajaré igual de duro para South Cambridgeshire.

Hora de cambiar de tema. Señalo a una mujer con gafas de montura de concha sentada en el centro de la sala.

–Diane Tate, *Daily Telegraph* –dice–. El consentimiento real de ayer no parece haber aplacado el descontento de los Uno de este país. ¿Qué hay de los costes reales de la ley? Muchos siguen convencidos de que lo que va a hacer el gobierno es gravar a las masas de Uno que trabajan duro y enriquecer aún más a los Duo. Usted vive en un matrimonio mixto, señor Evans. La ley le beneficiará, desde el punto de vista económico. ¿Es esa la verdadera razón por la que se ha prestado a ser la imagen de la campaña por el matrimonio mixto?

Se oyen risitas nerviosas.

–Gracias, Diane. –Sonrío–. Las ventajas de la ley ya se han debatido de forma extensa en el Parlamento. Reitero la conclusión principal: la ley promete ser beneficiosa para la productividad de Gran Bretaña a largo plazo. Mi voluntad es apoyar lo que es mejor para mí país. Claro que me beneficiaré de las rebajas fiscales. Pero también lo hará mi mujer. Los matrimonios mixtos beneficiarán

tanto a los Uno como a los Duo. Si la ley es un éxito, cerca de veinte mil ciudadanos Uno empezarán a percibir devoluciones durante los próximos quince años.

Tate pone los ojos en blanco. Me preparo para una nueva embestida.

–«Éxito», dice –resopla con desdén y se pone de pie–. Las barreras sociales entre los Uno y los Duo no van a desaparecer de la noche a la mañana, por mucho que el gobierno haya conseguido que el Parlamento aprobara de forma precipitada una ley muy mal planteada. ¿Fueron sus padres a su boda, señor Evans?

Mierda.

–No –digo optando por la verdad mientras me encojo de hombros–. Pero mi diario dice que los padres de Claire sí estuvieron. Su padre la acompañó al altar con toda la alegría del mundo. Tiene usted razón sobre las barreras sociales, Diane. Todos somos víctimas de nuestros propios prejuicios. Son barreras que limitan el progreso de nuestra sociedad. Pero solo las derribaremos si lo intentamos. Y esta ley es un paso en esa dirección.

Rowan me toca la espalda con disimulo para urgirme a cambiar de tema. Elijo a un hombre con barba de la tercera fila que lleva un jersey de cuello vuelto azul eléctrico.

–*Cambridge Evening News* –dice–. Su declaración da a entender que, si sale elegido, hará campaña por los hijos de matrimonios mixtos de South Cambridgeshire. ¿Qué espera conseguir?

Gracias a Dios, una pregunta benévola. Es el momento de sacar otra de las respuestas del repertorio que he preparado y memorizado con ayuda de Rowan.

–El censo de 2011 muestra que, en Cambridge, al igual que en Londres y Oxford, vive un gran número de parejas mixtas – explico–. Cambridge también tiene un alto índice de hijos de matrimonios mixtos. Un estudio reciente sugiere que estos jóvenes, incluso los que son Uno, tienden a sacar mejores notas en el colegio y tienen más probabilidades de ir a la universidad. Los matrimonios mixtos posibilitan toda clase de beneficios maravillosos e inesperados. Si salgo elegido, defenderé rebajas en las tasas escolares y universitarias para estos niños. Se merecen toda la ayuda que podamos darles.

Una mujer con pendientes largos de carey levanta la mano desde la segunda fila. Le hago una señal con la cabeza.

–Señor Evans –dice, sin molestarse en presentarse–. ¿Su mujer trabaja?

Qué pregunta tan rara.

–No –contesto–. No trabaja.

–Está diciendo que se beneficiará de las deducciones fiscales. Pero no trabaja.

Madre mía. Tiene que ser Uno. Dato: las personas poco inteligentes, estrechas de miras, suelen ponerme nervioso, sobre todo cuando se obcecán con algo que no tiene importancia. Pero tengo que asegurarme de contestarle con amabilidad.

–Tiene razón –digo–. En este momento, Claire no es contribuyente. Pero algún día puede que trabaje. Si es así, estará entre los numerosos Uno que se beneficiarán de las deducciones fiscales.

Aunque a lo único que Claire tiene intención de dedicarse ahora mismo es a nuestro divorcio, supongo que una mentirijilla o dos no hacen daño a nadie. Rowan vuelve a clavarme el dedo en la espalda, esta vez más fuerte, para indicarme que debo pasar a otro tema. Sin duda sabe detectar una respuesta mal argumentada.

Una mujer con labios pintados de color cereza y un pañuelo rosa chicle alrededor del cuello me hace un gesto con la mano. La señalo con el dedo.

–*Daily Mail* –me susurra Rowan al oído–. Cuidado.

–En su declaración dice que lleva veinte años en un matrimonio mixto –dice enseñando los dientes tras una sonrisa ancha pero amenazadora–. Me parece admirable, señor Evans. ¿Cuál es su secreto para que el matrimonio funcione?

–No enfadarnos los dos al mismo tiempo –digo despertando una oleada de risitas. Esto me anima a soltar otro de los comentarios ingeniosos del repertorio que he memorizado.

–Que yo gane más dinero del que Claire puede gastar.

Esto desencadena una serie de carcajadas. Excelente.

–Las diferencias entre personas Uno y Duo son menores de lo que piensa la mayoría –continúo al comprobar de reojo que Rowan me mira con aprobación–. Mi mujer y yo hemos aprendido a vivir en función de nuestras similitudes. Cada mañana nos repetimos los votos matrimoniales y el dato de que nos queremos.

–Ahora defiende las bondades de los matrimonios mixtos –insiste la mujer sin dejar de sonreírme–. Pero en veinte años de matrimonio no ha tenido hijos.

–Lo hemos intentado –digo inclinando la cabeza para crear efecto–. Según mi diario, Claire lleva años desesperada por tener un pequeñín. Con un poco de suerte, algún día la familia Evans contará con un nuevo miembro.

Murmullos comprensivos recorren la habitación.

–Entiendo muy bien el sufrimiento mental y emocional que padecen las parejas sin hijos –continúo–. Apoyaré la reciente propuesta para la simplificación de los procesos de adopción. De esa manera habrá más parejas que disfruten de la felicidad de ser padres. He sabido que en South

Cambridgeshire hay ciento cuarenta y una parejas en lista de espera. Merecen ser padres. Si salgo elegido, lo haré posible.

Rowan debería estar orgulloso de mí. A fin de cuentas, he conseguido ocultar el hecho de que llevo una barbaridad de tiempo sin tener relaciones sexuales con mi mujer (no me acuerdo de cuándo fue la última vez). Dato: Claire nunca tendrá el valor de admitir en público que nuestra vida sexual está en hibernación. La verdad sobre nuestra relación deberá permanecer en secreto.

Un hombre trajeado y con un llamativo tupé intenta llamar mi atención desde el lado derecho de la sala. Junto a él hay un hombre con cazadora verde acolchada sosteniendo una cámara de televisión que apunta hacia mí.

–Señor Evans –dice–. Bruce Bernard. *Crónica de sucesos*, ITV. Esta mañana han encontrado a una mujer muerta en el río Cam.

Mierda.

Aunque sé que la cámara de Bernard me está enfocando, no puedo evitar ponerme pálido. Ahora comprendo por qué hay tantos periodistas en Cambridge esta mañana. Y también en mi rueda de prensa.

–La mujer ha sido identificada como Sophia Alyssa Ayling, residente del vecino Grantchester –apunta Bernard–. Esta mañana la Policía le ha interrogado. ¿Podría explicarnos por qué?

Hay murmullos de sorpresa entre los presentes. A mi lado, Rowan se pone tenso. Me parece que también está hiperventilando. Debería haberle contado la visita de Richardson y el calvario subsiguiente en la comisaría de Parkside, pero no he tenido ocasión.

¿Vivía Sophia en Grantchester? ¿Qué estaba haciendo allí?

–Es... eh...

Trago saliva y busco desesperado una respuesta apropiada. Los periodistas alargan el cuello presintiendo material jugoso. Parecen un atajo de hienas sedientas de sangre acechando después de una muerte.

–Estoy... consternado por la noticia –digo tratando de parecer sincero–. He creído que mi deber era colaborar con la Policía. Según mi diario, conocí a la señorita Ayling en un encuentro de escritores hace dos años. Su comportamiento sugería que estaba obsesionada conmigo y con mis libros. La Policía, por lo que tengo entendido, está intentando reconstruir su perfil psicológico. Usted es periodista de sucesos, Bruce, estoy seguro de que sabe que, en estos casos, hasta el más mínimo detalle ayuda. Al parecer, la Policía aún no ha descartado la posibilidad de que fuera un suicidio. Después de todo, la señorita Ayling pasó diecisiete años en una institución psiquiátrica, de la que salió hace solo dos.

Ay Dios, me he ido un poco por las ramas. Pero puede que haya esquivado el peligro con ese último detalle jugoso sobre Sophia. Bernard está escribiendo en su libreta con las cejas juntas por la concentración. Suspiro aliviado con disimulo. Rowan también se está relajando un poco. Una mujer de la primera fila agita su teléfono móvil para llamar mi atención. Levanto la mano con la esperanza de que su pregunta aleje la conversación del tema de Sophia.

–Jane McDonald, de *Woman's Weekly*. El año pasado los entrevisté a usted y a su encantadora mujer, Claire, para un artículo.

Ah, sí. Dato: Una periodista llamada Jane McDonald vino a casa para hacernos una entrevista el diciembre pasado. Mi diario también contiene unos cuantos comentarios groseros sobre ella. Resultó estar más interesada en las orquídeas de Claire que en mis libros, aunque afirmaba estar escribiendo sobre fuentes de inspiración literaria no ortodoxas.

–Según mi diario, Claire es una mujer excepcional –dice McDonald–. Me encantaron sus tartaletas de frutas y sus ideas sobre decoración. Incluso publicamos unas cuantas fotografías de su salón en nuestro número de Navidad. Desde entonces Claire y yo hemos seguido en contacto. Resulta que a las dos nos gustan las flores exóticas. De hecho, nos mandamos un mensaje de texto de vez en cuando.

Me pregunto adónde quiere ir a parar con ese parloteo insustancial. Pero a los periodistas conviene dejarlos hablar. De momento es mejor que me quede callado.

–De hecho, su mujer me ha enviado un mensaje... –continúa, su tono de voz cargado de insinuaciones amenazadoras– hace más o menos un minuto. Muy interesante.

Oh, no. Ya sé lo que viene ahora. Maldita sea. Debería haber interrumpido a McDonald y pasar a la siguiente pregunta. Pero ya es demasiado tarde. Un silencio ávido se ha apoderado de la habitación. Los periodistas están inclinados hacia delante, fascinados, olfateando más sangre. Escondo la mano detrás del atril antes de cerrar el puño para evitar que me tiemblen los dedos.

Esa traidora que tengo en casa.

–Dice que se va a divorciar de usted, señor Evans.

Veo la furia grabada en la cara de Rowan mientras me obliga a salir de la sala de prensa. Me pregunto si le he visto alguna vez en semejante estado de cólera.



–¿Por qué no me has contado lo de Claire? –dice atragantándose con las palabras–. ¿Y lo de la mujer muerta?

–No he tenido ocasión...

–¿Ocasión? Estás a punto de echarlo todo por la puta borda.

–Ya lo sé. He hecho lo que he podido para intentar arreglar las cosas cuando esa mujer ha sacado a relucir lo de Claire.

–¿Arreglar las cosas? –Rowan está cada vez más rojo–. Has metido la pata hasta el fondo con eso de que Claire y tú habíais tenido un «pequeñísimo desencuentro». Que «las cosas se arreglarían pronto». Me han dado ganas de cerrarte la boca allí mismo. ¿Te das cuenta de lo que has hecho?

No contesto.

–La has jodido. Te has cortado las pelotas admitiendo que la has cagado con Claire. Porque eso sugiere que va en serio con lo del divorcio.

Mierda. Joder. Rowan tiene razón.

–Ya estoy viendo los titulares de mañana: «El matrimonio mixto de Mark Evans hace aguas. ¿Funcionan de verdad estas uniones tan elogiadas?». Tu carrera política se ha hundido antes de despegar.

–Pero estoy seguro de que podré convencer a Claire de que cambie de opinión...

–Eres un gilipollas –Rowan me mira con antipatía–. Aunque Claire se levante mañana dispuesta a perdonarte, a todo el mundo le ha quedado claro que tu matrimonio no funciona. Tiene que estar muy cabreada contigo para ponerse tan drástica.

Me muerdo el labio inferior.

–Nadie vota por un hombre que no puede ni controlar su vida doméstica. Nadie.

–Pero es que no se me ocurrió otra cosa que decir...

–Deberías haber dicho que el mensaje no era de Claire. Que es impensable que haya escrito un mensaje como ese. Que la gente recibe todo el rato mensajes y llamadas en broma. Que el mensaje era de otra persona. De alguien malintencionado. Alguien que buscaba algo. Alguien cruel. Eres un puto escritor, Mark, por Dios. Se te debería ocurrir a ti el adjetivo correcto. Lo que había que transmitir era que hay alguien ahí fuera que quiere hundirte.

El doctor manipulación está en lo cierto. Debería haber contestado algo así. El cansancio se apodera de mí otra vez; veo un taburete cerca y me dejo caer. Rowan, en cambio, sigue de pie, con los brazos cruzados.

–Negar es la primera regla de la política –sentencia con un gruñido,

escupiendo las palabras—. Sobre todo cuando te ves al borde del desastre.

Esta noche debería escribir esos dos consejos en mi diario.

—Lo siento —digo inclinando la cabeza—. En cuanto esa mujer habló de Claire, me dejó de funcionar el cerebro. He tenido una mañana muy dura. En concreto desde que la Policía se presentó en mi casa.

—Y de la mujer muerta ya ni hablamos. —Rowan vuelve a fulminarme con la mirada—. Ese tío de la ITV casi me provoca un ataque al corazón. Porque, por si no lo sabes, solo se interroga a las personas culpables. Aunque ahí estuviste bien, diciendo que la mujer esa era una loca suicida. Está claro que sabes improvisar cuando hace falta. Lo de Claire es peor. Mucho peor.

—Entonces ¿qué hacemos?

Rowan suspira.

—No hace falta ser un genio —dice— para darse cuenta de que esto nos ha perjudicado. Y mucho. Tenemos que ponernos en modo control de daños. En modo arreglar los desperfectos. En modo limpiarse la mierda de los propios pantalones. Tienes dos opciones.

—Sigue.

—Una, convencer a los votantes de que Claire no iba en serio. De que cuando escribió ese mensaje estaba en plena crisis emocional. Que fue un gran error de su parte. Que sigue enamorada de ti. Que cree que vas a ser un diputado maravilloso.

Niego con la cabeza.

—Dos: consigue que haga un comunicado de prensa, a ser posible antes de dos horas, diciendo que no fue ella quien mandó el mensaje. Puesto que ha sido Claire la que te ha metido en este montón de mierda, que sea ella quien la limpie también.

—¿Y cómo la convenzo?

Rowan vuelve a suspirar antes de dejarse caer en un taburete al lado del mío.

—No es mi mujer —dice—. Tú tienes más datos sobre ella que yo. Sobre si le gustan las flores o prefiere la lencería. O si lo mejor es que te arrastres a sus pies. Buena suerte, Mark. La vas a necesitar.

Los Uno y los Duo deberían definirse por su condición humana y no por su capacidad de recordar uno o dos días.

Manifiesto de la Sociedad Internacional  
contra la Discriminación, 2015

## Hans

## 10 horas y 45 minutos para que termine el día

A los vecinos de Mark Evans no les importa lo que pasa a su alrededor. O solo se interesan por ellos mismos. O las dos cosas. He probado con cuatro casas ya y en ninguna nadie ha visto ni oído nada significativo. Es de lo más frustrante, joder; ya he perdido treinta y tres minutos de mi cada vez más escaso tiempo. Pero aún me quedan dos casas en la hilera de adosados que hay frente al domicilio de los Evans. Llamo a la puerta de la penúltima y me abre una mujer de aspecto exhausto con un niño pequeño en brazos. Tiene bolsas color púrpura alrededor de los ojos y la camisa sucia de manchas de puré de zanahoria. El niño sostiene un sonajero gigante. Debe de tener un año.

–Buenas tardes –digo enseñando mi placa–. Inspector jefe Hans Richardson, de la comisaría de Cambridgeshire. ¿Podría hacerle unas preguntas sobre Mark y Claire Evans, por favor?

Arruga la nariz.

–¿Qué quiere saber? –pregunta.

–Primero su nombre, señora. Si no le importa.

–Mary-Jane Rutherford.

Pone cara de fastidio cuando el niño le agita el sonajero junto al oído.

–¿Es usted Duo?

–Desde luego. Me temo que no tengo todo el día, inspector. No con Fred aquí volviéndome loca. ¿Qué es lo que quiere saber exactamente?

Voy a saltarme todas las preguntas que tenía intención de hacer. Después de todo, el *Manual de investigación criminal* dice que los detectives debemos demostrar agilidad instintiva y veloz en función de las circunstancias.

–¿Por qué no le gustan los Evans? –pregunto.

La sorpresa asoma en su cara.

–¿Cómo...? ¿Cómo sabe que no...?

–Me lo ha dicho su nariz cuando los he mencionado. ¿Qué es lo que no le

gusta de ellos?

Frunce los labios. El pequeño Fred vuelve a agitar el sonajero, esta vez en mi dirección. El ruido me altera los nervios. Nunca se debe armar a un loco con una pistola ni a un bebé con un sonajero gigante.

–No debería decir esto...

–No se lo contaré a nadie.

–La verdad es que no debería, pero bueno... Siempre he pensado que Newnham es un vecindario exclusivo para personas Duo. Du-o. Incluso si uno de los miembros de la pareja es rico y famoso, los barrios exclusivos como este no deberían contaminarse con... personas de determinada clase. ¿Entiende por dónde voy?

–Desde luego. Pero ¿no le gusta Claire Evans como persona?

Hace una mueca.

–¿Por qué no?

–Me mira con envidia cada vez que salgo con Fred. Es algo que sale mucho en mi diario. Supongo que porque siempre ha querido un hijo. Pero no debería...

Se calla y pone cara de desagrado.

–¿Por qué no debería la señora Evans querer hijos?

–¿No ha oído las noticias esta mañana? –dice–. Las parejas Uno-Duo tienen un veinticinco por ciento de probabilidades de concebir hijos Uno. Veinticinco por ciento, nada menos. En mi humilde opinión, es una proporción bastante alta.

–No veo qué tiene de malo.

–Ya hay estúpidos Uno de sobra en este mundo, inspector. La mayoría de los asesinatos los cometen los Uno. Es un dato, ¿o no? Los Uno ya nos crean bastantes problemas tal y como están las cosas. Los Duo no deberían dedicarse a contaminar su propio linaje. ¿No le parece?

–No todos los Uno son estúpidos...

Entrecierra los ojos y se le hinchan las aletas de la nariz.

Mierda. Debería tragarme el resto de mi respuesta, no sea que me delate...

–... aunque estoy seguro de que muchas personas opinan como usted –añado haciendo un esfuerzo por hablar en un tono normal.

Dato: trato con personas Duo como Rutherford todo el tiempo. No debería alterarme, aunque resulta tentador gritar ante el...

El sonajero gigante se dirige hacia mi cabeza. Giro el cuello y esquivo el misil justo a tiempo. Cae al suelo con un ruido agudo que provoca en Fred un fuerte chillido de alegría.

La señora Rutherford suspira.

–Lo siento, inspector –dice–. Fred está muy travieso. ¿Hay algo más que quiera saber?

–La verdad es que no. –Niego con la cabeza–. Ya he averiguado todo lo que necesitaba sobre lo que pone nerviosos a los vecinos de esta calle.

**E**s el momento de llamar a la última puerta, que corresponde a la vecina de pelo rizado y bata morada que salió a su porche esta mañana para observarnos a Claire y a mí. Llamo con la aldaba de cobre pulido. La mujer abre a los pocos segundos; le brillan los ojos oscuros. Ahora lleva grandes pendientes de aro y un vistoso vestido de punto que recuerda a un caftán. Las uñas, que lleva cuidadas, están pintadas alternativamente de morado y verde, a juego con el vestido, y lleva una cuenta de cristal falso pegada en cada una de ellas.

–Hola –digo sosteniendo la placa de identificación–. Soy el inspector jefe Hans Richardson de la comisaría de Cambridge...

–Antes lo he visto llevarse a Mark de su casa –dice pronunciando las palabras con un acento nasal–. ¿Ha hecho algo ilegal? ¿Algo malo?

–No le puedo decir nada –respondo, y la desilusión invade sus facciones–. ¿Cuál es su nombre, señora?

–Carmen Miranda Scott-Thomas.

–Es un nombre muy sonoro.

–Mi madre es brasileña; me lo puso por la famosa cantante de samba. Pero mi marido es inglés.

–Es usted Duo, ¿verdad?

–Sí.

–¿Podría hacerle unas preguntas sobre el señor y la señora Evans, por favor?

–Claro –asiente–. Pase.

Entro en su cuarto de estar. Una vaharada de madera de sándalo y pachuli asalta mis fosas nasales. A diferencia de los de la casa de Martha Brown, los muebles aquí son abundantes y lujosos. Cortinas de mostacillas moradas ondean con la brisa que entra por dos ventanas acristaladas en el otro lado de la habitación. La señora Scott-Thomas me señala un sofá de terciopelo con cojines verde musgo. Digo que no con la cabeza, porque prefiero quedarme de pie.

–¿Notó usted algo fuera de lo común? –pregunto–. ¿Ayer o anteayer? ¿Tuvieron alguna visita?

La señora Scott-Thomas frunce el ceño.

–No –responde–. Me parece que no. Claro que desde aquí solo veo la puerta principal. No la lateral.

–¿Y qué me dice de esta mujer? –Le enseñó una fotocopia a color del carné de conducir de Sophia–. ¿La ha visto alguna vez?

La señora Scott-Thomas estudia la fotografía con gran interés. Pero de nuevo niega con la cabeza.

–No.

Debería cambiar de táctica; alejarse un poquito de la norma a veces puede ser útil.

–¿Pasó alguna cosa fuera de lo corriente, entonces?

Se le iluminan los ojos.

–Me parece que ayer Mark no salió de casa. Pero igual es que no lo vi irse.

–¿Es raro que se quede en casa?

–Déjeme que lo compruebe. –Va hasta un bolso que hay en el sofá y saca su diario–. Ah, sí... Mi diario dice que Mark siempre sale a correr un rato largo los martes y los viernes por la mañana. Va hasta Waterbeach y vuelve. Una vez le pregunté por qué siempre salía a correr esos dos días. Me dijo que los escritores necesitan moverse, para que a su vez las ideas no dejen de moverse dentro de su cabeza. ¿A que es fascinante? Probablemente por eso lo escribí.

Sí que es interesante. Si las carreras de Mark son una parte tan invariable de su rutina semanal, puede que algo inesperado lo obligara a quedarse en casa ayer. Es verdad que dijo que quería estar pendiente de su mujer. Pero quizá había otro motivo. Algo que no quiso contarme.

–¿Algo más que no sucediera como de costumbre?

–El Fiat pasó por aquí hace dos días. Pero ayer no.

–¿Un Fiat negro viejo?

Asiente y la sorpresa le tiñe el rostro.

–¿Cuándo fue eso?

–A última hora de la tarde. Iba en esa dirección. –Señala hacia el extremo oeste de Grantchester Meadows, al área de descanso donde empieza el sendero peatonal a Grantchester.

–¿Vio quién iba dentro?

–Una mujer, eso desde luego. Puede que rubia. No le pude ver la cara porque los cristales eran tintados.

–¿Pasa mucho por aquí?

–Uy, sí. –La señora Scott-Tomas asiente con energía–. Suele disminuir la

velocidad delante de la casa de los Evans, y después acelera otra vez. Raro, ¿verdad? Pero es un dato comprobado. Ah, mire, ahí está Mark otra vez...

Señala la ventana. Mark Evans está aparcando un Jaguar negro polvoriento a la puerta de su casa. Sale veloz del vehículo, mira suspicaz y furioso a mi conductor y al coche patrulla aparcado a solo unos metros. Examina los alrededores con el ceño muy fruncido antes de ir a la parte trasera de su coche y abrir la puerta. Me sorprende cuando saca un ramo gigante de rosas color borgoña del asiento trasero. Debe de haber por lo menos cien.

–Madre mía–. La señora Scott-Thomas suspira incrédula, los ojos redondos como los platos de cristal que adornan su pared–. Es el ramo de rosas más grande que he visto en mi vida.

–Desde luego.

–Mark debe de tener problemas con su mujer. Pero problemas de verdad. Cosa seria.

–¿Cómo lo sabe?

–Cuanto más oscuro el color, más grave es la cosa. Cuanto más grande es el ramo, más alto es el montón de mierda. Dos datos aleatorios que siempre recuerdo. Mark es dado a los gestos grandilocuentes, igual que mi madre. Gestos teatrales. Ojalá mi marido se pareciera más a él. Pero mi marido nunca me regala flores.

–Por favor, perdóneme –digo mientras me dirijo hacia la puerta–. Tengo que hablar urgentemente con el señor Evans.



En el mundo hay tres clases de hombres: los cabrones mujeriegos, los canallas refinados y los grotescos degenerados. Yo tuve la desgracia de conocer a uno que era las tres cosas.

Diario de Sophia Ayling

## Mark

Un hombre nunca debería llevar encima cien rosas mientras forcejea con la puerta de su casa (el caso es que me pareció buena idea dejar sin existencias la única floristería que encontré volviendo de la casa consistorial). La llave se niega a girar y las flores amenazan con caérseme de las manos. Las imagino estrellándose contra el suelo en una erupción de tallos voladores y capullos decapitados. Para empeorar las cosas, su olor dulzón hace que me dé vueltas la cabeza.

–Buenas tardes, señor Evans –dice una voz familiar–. Lleva usted muchas flores. Son bonitas.

Se me cae la llave al suelo. Me giro y veo a mi peor pesadilla dirigiéndose hacia mí con expresión algo divertida. El miedo se me agarra al pecho. ¿Qué hace aquí Richardson? No puede haber descubierto lo que le ha pasado a... ¿Ha venido a arrestarme?

No voy a echarme a temblar. De eso nada.

–¿Qué... qué hace usted aquí?

–Solo quería hacerle otra pregunta sobre *A las puertas de la muerte*.

Tiene que estar de broma. Es culpa suya y solo suya que las cien rosas me pesen como losas, que me ahoguen hasta la desesperación estas flores tumefactas que simbolizan todo lo que ha ido estrepitosamente mal desde esta mañana. Después de todo, el inminente fracaso de mi matrimonio y de mi tan ansiada carrera política se debe al afilado comentario que hizo Richardson sobre Sophia. ¿Cómo pudo ser tan desconsiderado de soltarlo en presencia de mi mujer? Este hombre me aterra y me irrita al mismo tiempo.

Quizá es deliberado.

–Ya le he contado todo lo que sé de Sophia. –Estoy apretando los dientes tanto que las palabras me salen en un siseo.

–Bueno. –Se encoge de hombros–. No pensaba preguntarle sobre la señora Ayling. Quería saber por qué Gunnar y Sigrid se fueron hasta Svalbard de luna de miel en 2000 solo para ver la aurora boreal.

–¿Qué tiene eso de malo?

–Svalbard está demasiado al norte. No es el mejor sitio del mundo para ver una aurora en el pico del ciclo solar. Estadísticamente tendrían más probabilidades de verla en la ciudad natal de Gunnar, Valberg, que en Svalbard.

Mierda. Voy a tener que improvisar.

–Es que pensaron que podrían ver la aurora boreal allí. Nunca dije que lo hicieran.

El detective saca un ejemplar muy gastado de *A las puertas de la muerte* de su maletín y empieza a pasar las páginas.

–Pero hay una línea en el libro que dice: «El cielo cobró vida cuando Gunnar la tomó en sus brazos». Página dieciséis.

–Eso era... una figura retórica.

–Entonces ¿por qué en la siguiente línea dice: «Enseñas color esmeralda oscuro flamearon sobre sus cabezas, atravesando el cielo con guadañas de ópalo dorado antes de alejarse bailando como ondeantes cortinas de verde fuego»?

Una perla de sudor se me está formando en la frente. No está causada por el esfuerzo de cargar con cien rosas. Tengo que pensar mejor y más deprisa, de lo contrario este detective va a ser mi perdición.

Tengo cuatro opciones:

- (a) Decir que no puedo acordarme de todo lo que escribo. Que por eso siempre vuelvo atrás cuando estoy escribiendo mis putas novelas.
- (b) Admitir que no sé nada de Svalbard, y menos aún de las probabilidades de ver allí una aurora boreal.
- (c) Decirle que estaba siendo poético, nada más.
- (d) Las tres cosas.

Pero, de pronto, tengo una idea.

–Las únicas personas que someten mis libros a un análisis tan atento y línea a línea son Uno. Pero usted no puede ser Uno, ¿verdad, inspector?

Da un respingo. ¿He visto algo oscuro asomarse a sus ojos? Pero enseguida endereza los hombros.

–Si cree que soy Uno, señor Evans, desde luego no estoy haciendo muy bien mi trabajo. Lo que es una lástima, porque tengo la esperanza de detener a la persona que asesinó a Sophia Ayling antes de que termine el día.

Trago saliva.

–Que pase un buen día, señor Evans –dice–. Me aseguraré de tenerle

informado sobre mi investigación.

–Muy bien, inspector –respondo con voz chillona.

–Por cierto, espero que en algún momento pueda ir corriendo hasta Waterbeach. Es una lástima que no pudiera hacerlo ayer por la mañana. Pero a veces hay cosas que nos retienen en casa, ¿verdad?

**E**l sudor se desliza por mi frente; el detective se las ha arreglado para ponerme nervioso. ¿Se puede saber cómo se ha enterado de que ayer no salí a correr?

Respiro hondo y con dificultad. No voy a sucumbir al pánico. Aunque el terror está aporreando la parte trasera de mi cabeza, suplicándome que lo deje entrar. Debería concentrarme en lo que tengo ahora entre manos. En hacer lo que Rowan me insistió que hiciera. Salvar mi matrimonio antes de que sea demasiado tarde. Impedir que mi mujer se destruya a sí misma, y a los dos.

Claire debe de estar en el dormitorio principal, porque no la encuentro en ninguna otra parte de la casa. Llego como puedo hasta la puerta cerrada y adopto una expresión oportunamente afectada. Las rosas siguen llenando mis brazos, inundándome la nariz con su aroma recargado y dulzón.

–¿Claire?

No contesta.

–Por favor, Claire. Lo siento.

Sigue sin contestar.

–Por favor, habla conmigo. –Decido suplicar–. Empecemos otra vez de cero.

No oigo nada. Ni siquiera una respiración o un murmullo ahogado. A lo mejor no está.

Giro el pomo. Cede enseguida.

La habitación está envuelta en oscuridad. Las cortinas siguen echadas, aunque una abertura diminuta las separa. Un jirón triangular de luz vespertina dibuja una raya desvalida en el suelo. La cama está deshecha. El edredón forma un gran montón desordenado a un lado.

Mi mujer no está aquí.

Voy hasta las cortinas y las descorro. Después abro las puertas de los armarios para comprobar que no esté dentro de uno de ellos.

Me vienen a la cabeza posibilidades espantosas. Claire tomando café con la periodista de *The Daily Mail* (la de los cuatro exmaridos) mientras yo estoy aquí, junto a nuestro arrugado lecho marital, con cien nauseabundas rosas en los

brazos. Un emotivo *tête-à-tête* vespertino entre dos mujeres traicionadas que culmina con la revelación de las correrías nocturnas de Mark Henry Evans. La gran exclusiva periodística del año, con mi foto policial, despeinado y con ojos de loco, en primera página. Y otra situación igual de alarmante: Claire dando una rueda de prensa a título personal reiterando que el divorcio está al caer y que no tiene intención de dejar que su marido descarriado vuelva a casa; sobre todo ahora que sabe que se ha estado acostando con una mujer cuyo cadáver acaba de ser pescado en el Cam.

Tengo que encontrar a mi mujer.

Saco el móvil y pulso su nombre en favoritos.

No contesta. Salta el buzón de voz.

«Has llamado a Claire Evans...».

Cuelgo.

¿Dónde coño se ha metido?

Debería repasar las distintas posibilidades. Valerme de ellas para encontrar el paradero actual de mi mujer antes de que sea demasiado tarde. Suplicarle que me perdone antes de que las dos bombas, la del divorcio y la del cadáver de Sophia, me exploten en las manos.

Emily Wade. Pues claro. Es posible que mi mujer le esté contando sus penas a su mejor amiga. Dato: Emily es una excamarera del Varsity Blues que vive en un piso de protección oficial en Grange Road. En el diario dejé constancia de mi asombro al verla guardarse siete pasteles en el bolso cuando vino a tomar el té con Claire hace tres semanas.

Saco otra vez el teléfono para buscar el número de Emily. Pero no la tengo en mis contactos.

Ay.

Pero no está todo perdido. Su número o la dirección de su casa pueden estar en el ordenador de mi estudio. Es posible que los escribiera en algún sitio. Abandono las rosas en el tocador de Claire y, corriendo, salgo del dormitorio, bajo las escaleras y cruzo la puerta que da al jardín. El viento fuera se ha convertido en un aullido que me hace daño en los oídos.

Me aproximo al estudio. La puerta está entreabierta.

Mierda.

Habría jurado que eché la llave cuando Claire vino a buscarme esta mañana.

¿Es posible que la Policía haya registrado la casa en mi ausencia? Después de todo, Richardson andaba husmeando por Grantchester Meadows cuando volví. Pero para algo así hace falta una orden judicial. Tiene que haber sido Claire.

Debe de saber dónde guardamos el segundo juego de llaves de todas las habitaciones de la casa, incluida la de mi estudio.

Empujo la puerta. En mi portátil hay un salvapantallas con la fotografía de una aurora boreal. Maldita sea. Se me olvidó apagar el ordenador cuando Claire llamó antes a la puerta. Le doy a varios botones para comprobar si ha estado fisgando en mis carpetas, incluidos los correos electrónicos. Pero no lo parece. Dato: mi cuenta de correo, igual que mi diario electrónico, se bloquea sola después de dos minutos de inactividad. Mi mesa de escribir también parece intacta. Al menos mis papeles, carpetas y material de papelería parecen estar igual que los dejé.

Pero mi intuición me dice que Claire puede haber buscado algo distinto. Reviso el resto del estudio. Nada parece fuera de lo normal. Mi vista se posa en la librería hecha a medida al otro lado de la habitación.

Mierda.

Siempre tengo las partes frontales de mis archivadores –al igual que los lomos de todos mis libros– bien alineados en cada estante. Me molesta que no estén en perfecto orden (Richardson debe de tener un TOC similar, a juzgar por la disposición inmaculada de su despacho). Una de las carpetas del estante inferior sobresale. Alguien debe de haberla sacado y vuelto a colocar con descuidada imprecisión.

Ni siquiera tengo que comprobar la etiqueta para saber qué hay dentro. Dato: parte del material de esta carpeta lleva veinte años atormentándome. Por eso la guardo en el estante inferior, para mantenerla fuera de la vista y de mis pensamientos.

La saco y miro dentro. Está vacía. Alguien ha sacado todo el contenido.

Madre mía. Ahora sí que estoy jodido.

Tal y como predijo Rowan.

–El cerebro que te acompaña a la cama cada noche nunca es el mismo que te despierta por la mañana –dijo Rasmus mirando serio a Gunnar. Gunnar tuvo que reprimir un gemido. Su mejor amigo tenía tendencia a decir obviedades.

Mark Henry Evans, *A las puertas de la muerte*

11

Sophia

11 de noviembre de 2013

Joder, qué cansada estoy.

Cómo me duele el corazón.

Resulta que la investigación privada está jodidamente sobrevalorada. Las últimas dos semanas de «vigilancia» han sido un suplicio. Sobre todo si te pasas horas y horas haciendo tiempo sentada al volante de un coche. Un Fiat desvencijado con una calefacción que no hay quien la entienda. Debería haberme comprado un BMW de esos tan chulos. Pero los BMW nuevecitos llaman demasiado la atención. Necesito un sitio anodino desde el que espiar sin ser vista.

Puto Fiat.

Estoy harta de bostezar y de estar mano sobre mano. De pintarme las uñas para matar el tiempo. De escudriñar a través de las ventanas cubiertas de escarcha del coche. De esperar desde lejos que alguien salga de la casa.

Encima, hasta ahora no he averiguado nada sobre ella. Excepto que le gusta sacar a pasear al perro por las mañanas. Que los miércoles conduce hasta la escuela de floristería Cambridge Flower School en Linton, supongo que para meter flores en jarrones en compañía de otras aburridas amas de casa. Que le gusta visitar a alguien que vive en un piso de protección oficial de Grange Road. Que su gusto a la hora de vestirse es más que dudoso. Un puto desastre. La mayor parte del tiempo va con una camisa ancha y unos pantalones holgados tipo militar. Como una mujer el doble de mayor que ella.

Así que el dinero compra algunas cosas, pero no buen gusto.

No es de extrañar que su marido se fije en otras mujeres.

En fin, esa es más o menos su vida. Patética.

Es curioso cómo pueden cambiar las cosas en quince días. Hace dos semanas pensaba que mudarme a Grantchester era una buena idea. Tenía que vigilar a las personas clave.



Pero es increíble lo poco que se puede averiguar sobre una persona. Mis búsquedas en internet no han arrojado más que la asombrosa revelación de que es un ama de casa Uno. Hay pocas fotos suyas en la red. Todas de firmas de libros o cenas benéficas con su marido. Actividades muy por encima del lugar que le corresponde en la vida. Vestida con unos trapos que le quedan fatal. Siempre en un segundo plano o rondando a su marido. Con expresión apenada y perpleja. Con aspecto de cervatillo asustado atrapado en los faros de un coche. Apenas se puede sacar nada útil de las fotografías de una mujer que asiste a fiestas enfundada en vestidos caros pero desaliñados. Aparte del hecho de que su marido es quien ha pagado esos putos modelos.

Resulta difícil encontrar trapos sucios en entornos tan pulcros. Pero tengo que seguir buscando. Tiene que haber algo.

Nadie es perfecto.

Todo el mundo tiene mierda que ocultar.

Incluido él. Y la obtusa de su mujer, que tiene menos cerebro que un golden retriever.

Tiene que haber algo.

Tengo que mantenerme motivada. Seguir. Enfrentarme a los demonios de mi pasado. Fantasmas que durante un tiempo intenté olvidar, pero ya no puedo. Plantarles clara. Estrangularlos para siempre.

Debería empezar por centrarme en las cosas positivas, como nos decían en St. Augustine. Por ahora tengo estas:

*Zapatos.* Los zapatos de aguja más llamativos a los que puedo encaramarme. Cuanto más altos, mejor (no sé quién inventó el tacón de quince centímetros para las mujeres, pero espero que desde entonces haya sido elevado –o elevada, igual fue una mujer– a la supremacía en el reino los cielos).

*Lencería bonita.* Bodis de encaje y seda, cuanto más decadentes mejor. Debe de ser consecuencia de pasarme años deambulando por pasillos vestida solo con una sencilla camisa blanca y pantalones de pijama elásticos. El culo embutido en unas bragas gigantescas de algodón. De esas que se habría puesto mi abuela. Las tetas en sujetadores sin tirantes ni historias. Nada de aros de metal, no sea que las reclusas los usen para estrangularse las unas a las otras. Los pies embutidos en calcetines baratos y zapatillas finas como el papel. Ni cinturones ni cordones de zapato, para que las pacientes no puedan ahorcarse.

*Secretos ajenos.* Estoy descubriéndolos sin prisa, pero sin pausa. Mi dossier es cada vez más abultado.

Todo el mundo tiene secretos. Para ser más precisos, secretos de dos clases.

Los que no cuentan a los demás y los que no se cuentan a sí mismos. Para estos últimos disponen de la ayuda de sus tristemente defectuosas memorias.

Dicen que en el país de los ciegos el tuerto es el rey. Así que, en un mundo lleno de pobres desgraciados sin recuerdos, una mujer con buena memoria tiene la oportunidad de ser reina.

Voy a hacer que Mark Evans descubra sus propios secretos.

Y voy a ser despiadada.

## **29 de noviembre de 2013**

Otra vez en el Kandinsky el domingo pasado. El vestíbulo totalmente decorado de Navidad, incluido un árbol lleno de bolas centelleantes. La recepcionista me dio la llave de la habitación 261. Dijo que el señor Adams no había llegado aún. Cuando abrí la puerta, comprobé que estaba en lo cierto, dentro no había nadie. Fui hasta la ventana e inspeccioné las farolas de la calle que destellaban en el pavimento. La niebla se arremolinaba alrededor de las farolas más alejadas. Igual que los espectros etéreos de mi pasado. Esos que han vuelto para atormentarme.

De pronto, me sentí sola. Tenía por delante una larga noche de sexo. Y, sin embargo, me sentía sola.

El sexo es, después de todo, un encuentro de cuerpos. Un intercambio de fluidos. Una vía de escape para el deseo animal.

Un instrumento para el chantaje.

Pero primero tengo que reunir más herramientas para destruirlo. Uno no se pone a derribar un edificio con un martillo y un cincel. Hace falta un buldócer. Una buena bola de demolición. Montones de puta dinamita.

He pensado en matarlo. Apagar la luz de sus ojos. Vaya si lo he hecho. Cuando salí de St. Augustine incluso le di vueltas a las maneras más adecuadas de matar. Destrozarle la cabeza con un picahielos, al estilo de Sharon Stone. Atarle una soga hecha de tangas al cuello. Ver cómo se asfixia. Aplastarle la cabeza con una almádena. Oír el reconfortante chasquido de su cráneo. Perforarle las mejillas con la tapa de los tacones de mis Christian Loubutin. Ver caer su sangre en gotas carmesí mientras la vida se le escapa a borbotones.

Puede que incluso saliera indemne. Los detectives tendrían dificultades para reconstruir mi cruel acción, sobre todo después de descubrir que solo tenían unos

pocos y sucintos datos en sus diarios. Porque no podrían escribirlo todo. Y mi víctima ya no estaría allí para explicar lo sucedido.

Pero la venganza se administra mejor por partes.

El dolor se inflige mejor en pequeñas dosis.

Una larga temporada en prisión es lo que se merece. Un confinamiento interminable, mentalmente atroz. Después de perderlo todo, incluido su matrimonio infeliz. El declive lento, inexorable al que me habría enfrentado yo en St. Augustine si Mariska no me hubiera abierto los ojos. Si a continuación no hubiera tenido la determinación suficiente para sacarme a mí misma de aquel purgatorio.

En cualquier caso, en aquel preciso momento me sentía sola. Frente a la ventana de la habitación 261 del hotel Kandinsky, un domingo.

No podía evitarlo.

Tampoco lograba entender por qué. Quizá era la conciencia de haber cumplido cuarenta y tres años pocos días antes. De que nadie lo sabía. Papá y la pobre mamá ya no estaban. A mi madrastra, Aggie, mi cumpleaños le habría importado una mierda. Y al hombre que llevaba follándome dos meses tampoco podía decirle que había cumplido cuarenta y tres años.

Ese día lo había celebrado bebiéndome media botella de vodka. Con un gato pelirrojo llamado *Rufus* como única compañía.

Un gato que ni siquiera era mío.

Cuarenta y tres. Una edad que te hace pensar en todo lo que no has logrado en tu vida. Una edad en la que el más mínimo corte –o incisión hecha con un escalpelo– tarda años en cicatrizar. Una edad que te hace pensar que diecisiete años en un manicomio quizá no es la mejor manera de pasar el grueso de tu existencia adulta. Una edad en la que te das cuenta de que esos años ya no los vas a recuperar.

Llegada a aquel punto maldije en voz alta. Por lo injusto que era todo. Por la puta injusticia que era la vida.

Pero apreté los dientes. Decidí dejar de compadecerme de mí misma.

Porque la soledad es de débiles. Y la autocompasión, de idiotas.

La vida me había golpeado y pateado el estómago de manera injusta. Y sin embargo tenía que dejar de lamentarme.

Debería contentarme con disfrutar de los placeres cuando lleguen.

A partir de ahora.

El chirrido de una puerta me distrajo de mis pensamientos. Entró con la

mirada lujuriosa de siempre. En la mano llevaba un paquete muy bien envuelto y adornado con un lazo.

–Regalo de Navidad anticipado –dijo, y me lo dio riendo.

Abrí la caja. Resultó ser un conjunto de bragas y sujetador de Agent Provocateur. 91-66-93 (después de tantas horas dedicadas a explorar mis curvas, acertó con mis medidas). Encaje escarlata fino como la filigrana. Liguero y medias color negro.

Claro que sí. Tenía que haber supuesto que le gustaban los ligueros.

A su mujer le regala rosas. Hace una semana lo vi entrar en su mansión de Newnham con un ramo imponente. La mitad eran de color rosa. El resto, blancas. A su amante, en cambio, le regala ligueros.

Ligueros traviosos, provocativos.

Mark Henry Evans lleva una existencia tan predecible... No me extraña que sus novelas también estén llenas de lugares comunes.

–Hazme un pase de modelos, preciosa.

En aquel momento caí en la cuenta de que Mark Henry Evans también entendía de eso de hacer de modelo, aunque en un sentido muy distinto. Sus novelas están llenas de villanos mentirosos. Incluso sus héroes tienden a ser hipócritas. Debe de usarse a sí mismo como prototipo.

Hice lo que me pedía, por supuesto, y a los pocos segundos lo tenía encima, embistiéndome. Sudando como un cerdo. Luego hizo que me diera la vuelta. Es increíble la manera que tienen algunos hombres de follar, como animales salvajes. Varios minutos después se retitó. Saciado. Se desplomó sobre la almohada a mi lado y empezó a roncar. Con la cara pintada de felicidad poscoital.

Agarré su cartera, que había dejado en una mesita. Nueve billetes nuevecitos de veinte libras, un fajo de tarjetas de crédito y un trozo de papel con las palabras: «FECHA DE NACIMIENTO DEL AMOR DE MI VIDA, Y LA MÍA».

Copié el texto (nunca se sabe cuándo algo puede ser útil) y después estudié su perfil en la penumbra. Podría haberlo estrangulado. Podría haber transformado mis medias y los tirantes del sujetador en una soga inclemente. Podría haberle rajado la garganta con una navaja.

Paciencia.

Paciencia, Sophia. La paciencia es la virtud de los santos.

Y de los pecadores.

Así que me levanté, fui al otro extremo de la habitación y apagué la

microcámara que había escondido en un rincón.

Un detective debe ser capaz de averiguar la verdad sobre una persona, aunque esté oscurecida por datos falsos.

*Manual de Criminología*, Vol. IV  
(Oxford University Press, 1987)

## Hans

## 10 horas para que termine el día

Está furiosa. Como una hidra. Y no tiene ni idea de cómo trabajan los buenos detectives. Pero su diario es extrañamente apasionante. La inquina extrema, cuando va acompañada de una dosis saludable de locura, consigue atrapar hasta al detective más curtido. Tengo tentaciones de seguir leyendo, y eso que le he dedicado veinte minutos de mi precioso tiempo.

Pero primero necesito un café. Mi cerebro pide a gritos otra inyección de cafeína. Me levanto de la silla con una mueca de dolor por los pinchazos que me suben por las piernas. Entra Toby, apresurado, con un montón de papeles.

–Hans –dice–, he localizado sus cuentas en Barclays.

–Déjame adivinarlo. Está forrada.

–Percibía unos ingresos mensuales de 4.179,23 libras de un fondo de inversión gestionado por los Servicios Suizos de Gestión de Sucesiones –explica pasando un dedo por la primera hoja–. Las transferencias empezaron el 1 de abril de 2013. La más reciente es del 1 de junio de 2015, hace cinco días.

–¿Quién paga?

–He llamado a los suizos para averiguarlo. Se han mostrado poco colaboradores. Se toman muy en serio el derecho a la privacidad de sus clientes.

Joder con los recalcitrantes suizos. Saco mi diario y escribo «suizo + contacto» y escudriño los resultados.

–Para hablar con los suizos, lo mejor es un suizo –digo–. Llamo a Heinrich Heinz, de la Oficina Federal Suiza. Le he ayudado en alguna ocasión. Me debe un favor.

–Me pongo con ello –asiente Toby –. También he hablado con Edward Perry, el casero de Ayling. Su alquiler mensual es de 1.795 libras. El chalé llevaba vacío trece meses antes de que Ayling llamara a Perry en octubre de 2013 y le dijera que quería instalarse al día siguiente. Una inquilina intachable, dice. No le dio ninguna clase de problemas.

Grabo las dos sumas y las fechas con mi dictáfono antes de volver a prestar atención a Toby.

–St. Augustine.

–Ah, sí. Sí que hay una institución privada llamada St. Augustine Priory Hospital en las Hébridas Exteriores. Ocupa dos hectáreas en la isla de Hellisay. Fueron tan poco colaboradores como los suizos. Se negaron a decirme si Ayling había sido tratada allí.

Busca en los papeles que lleva en las manos y lee en voz alta de una hoja.

–Su página web dice: «Proporcionamos atención médica discreta y de máxima calidad a mujeres con discapacidades de tipo psiquiátrico. Ofrecemos instalaciones exclusivas de cinco estrellas para hasta veinticinco pacientes».

Me pasa una fotografía. La miro; es de un imponente edificio de cemento enmarcado por arbustos nudosos y árboles enanos. El paisaje que lo rodea tiene un aspecto desolado, azotado por el viento. Un mar gris y amenazador ensombrece el horizonte, su superficie atravesada por crestas blancas.

–El dinero compra el silencio. –Suspiro–. Sigue indagando.

**E**n cuanto salgo a por café, me aborda Fiona Allerton, de los servicios informáticos. Su *look* de hoy, me doy cuenta, incluye gafas de marca con montura gruesa y pantalones ceñidos de estampado de leopardo.

–Peter ha conseguido leer el lápiz de memoria de Ayling – dice con la cara contraída por un rubor nervioso (igual que ayer por la mañana, cuando coincidimos delante de la máquina de café). Aunque es posible que el contenido del lápiz de memoria también tenga algo que ver con su expresión.

–Le ha costado más de veinte minutos descifrar la contraseña –continúa–. Ayling había usado una secuencia de letras y números de lo más complicada, al parecer. Pero al final lo consiguió.

–¿Qué hay dentro?

–Igual deberías venir y echar un vistazo.

Aunque el café es tentador, seguir a Fiona hasta su cubil lo es todavía más. Me conduce dos pisos escaleras abajo hasta el sótano y, a cada paso, los pantalones ceñidos le marcan las nalgas. Una combinación maloliente de calcetín sudado y patatas fritas con sabor a cebolla y queso saluda mis fosas nasales cuando entro en su despacho. Por todas partes centellean pantallas de gran tamaño bajo intensas luces fluorescentes. Los dos jóvenes ayudantes de Fiona están



encorvados frente a un ordenador en un rincón de la habitación. Ambos miran la pantalla iluminada con la boca abierta. Uno niega con la cabeza y su boca forma un círculo exagerado. El otro, un muchacho desgarrado con barba de varios días, tiene los ojos desorbitados.

–Peter –dice Fiona–. ¿Puedes ponerle el vídeo a Hans, por favor? Por ejemplo, el que tiene fecha de 24 de noviembre de 2013. Es uno de los más reveladores.

Creo que sé lo que viene a continuación.

A modo de respuesta, el joven ayudante ríe. Selecciona un archivo, le da al botón de *play* y coge una patata frita.

Aparece en la pantalla una cama gigante. Las sábanas, el edredón y las almohadas blancas están impecables. Por el lado izquierdo de la pantalla entra un hombre con una maleta en la mano. Viste traje oscuro y corbata gris pizarra. En la mano derecha lleva un paquete envuelto en un lazo. Deja la maleta en el suelo, junto a la cama, antes de salir del objetivo de la cámara.

–Lo he comprado hoy en Harrods –dice una voz masculina. Su sonido me es familiar; he oído la misma inflexión entrecortada hace pocas horas.

–Regalo de Navidad anticipado.

Al ruido de papel de envolver rasgado le sigue un gritito de alegría.

–Precioso –habla una mujer, jadeante y ronca. Pero un matiz de cinismo burlón tiñe su voz.

–El escarlata es tu color, ¿verdad?

–Me mimas demasiado, cariño –dice la mujer. Su voz se ha transformado en un murmullo cantarín y empalagoso, pero, muy en el fondo, detecto una nota de insinceridad–. Me encanta Agent Provocateur. Sobre todo si es algo ceñido.

–Hazme un pase de modelos, preciosa.

Aparece la mujer y empieza a caminar junto a la cama dando la espalda a la cámara. Lleva una bata tipo quimono y el pelo rubio de bote recogido en un moño. Una tira de encaje rojo cuelga de la bolsa que lleva en la mano. Desaparece del objetivo. Varios segundos después, una mano deja una cartera color negro en una mesita y a continuación arroja una corbata gris a la cama. La tela parece dibujar un largo tajo en las sábanas.

Vuelve a salir el hombre. Su chaqueta ha desaparecido, los dos primeros botones de su camisa están desabrochados. Se dirige hacia una nevera que hay junto a la cama y saca una botella de champán envuelta en papel dorado. Se acerca a la cámara y a continuación sale del plano. Momentos después se oye un descorche, seguido de líquido cayendo.

La mujer vuelve a la pantalla, pero sin el quimono. Solo lleva un sujetador

escarlata transparente y unas bragas casi inexistentes. Los muslos enfundados en un liguero y unas medias negras.

Por fin le veo la cara. Al menos la mayor parte. La mitad superior está cubierta con un antifaz hecho de encaje negro. La mitad inferior, que sí se ve, me suena, aunque con pequeñas diferencias. El mentón que vi en el Parque Natural de Paradise era de un color blanco espectral, mientras que el de la pantalla de Peter está teñido de sensual determinación. La cara del vídeo también es más angulosa; la mujer ha ganado algo de peso desde que se grabó. Y mientras que los labios que he visto esta mañana estaban desfigurados por el rictus de la muerte, en la pantalla esbozan una sonrisa peligrosa.

Y además están pintados de un rojo letal.

–Estás deslumbrante –dice la voz masculina.

La mujer no contesta. En lugar de ello, se contonea hasta la cama y se sitúa en el centro del objetivo de la cámara. Se acomoda sobre las sábanas y se pone la corbata alrededor del cuello. Levanta una mano para soltarse el pelo; segundos después, su melena rubia forma ondas sobre sus hombros. Con la mirada fija en un punto fuera de cámara, se retira el pelo con un gesto coqueto. Se pasa la lengua por los labios antes de lamerse el pulgar de arriba abajo.

–Pequeña descarada –dice el hombre cuando la mujer empieza a lamerle el pulgar a él. Tiene la voz tensa de deseo.

La mujer sigue sin hablar. En lugar de ello, separa los muslos y se lleva el pulgar mojado a la entrepierna cubierta de encaje escarlata.

–Te puedes imaginar lo que viene ahora –dice Fiona con sequedad.

Pero el joven Peter traga saliva sin apartar la vista de la pantalla.

–Sabe lo que se hace –dice mientras se mete otra patata en la boca.

Fiona pone los ojos en blanco.

El hombre de la pantalla se abalanza sobre la mujer con la camisa aún sin desabotonar, decidido a saltarse los preliminares. Ni siquiera se ha molestado en quitarse los pantalones, que forman una bola arrugada por debajo de sus rodillas. La manera en que aborda a la mujer es abrupta, brutal incluso.

–Creo que ya te haces una idea, Hans –dice Fiona poniendo otra vez los ojos en blanco.

–Es explícito. –Asiento con la cabeza–. ¿Hay más vídeos en el lápiz?

–Seis en total. Dos grabados en el mismo sitio; los otros en emplazamientos distintos.

–Con decorados y posturas diferentes.

Fiona asiente.

–Uniforme de criada, vara, látigo y algunos objetos vigorosamente vibradores. En todos ella lleva antifaz. Él debe de ser fetichista de las máscaras de encaje.

El hombre de la pantalla retira su corbata del cuello de la mujer y le ata las muñecas. La tumba de un empujón antes de reanudar sus embestidas. Sus gemidos están acompañados por suspiros agudos y exagerados de la mujer.

–Me pregunto quién es él –dice Fiona ajustándose las gafas de montura de carey al puente de la nariz.

El joven Peter se vuelve para mirarla con una patata a medio comer en la boca.

–Es Mark Evans –dice–. Alguien me metió un folleto electoral por debajo de la puerta hace dos días. Debo decir que es mucho más fotogénico que el candidato del folleto del partido laborista.

–Lo he traído aquí antes para una pequeña charla –explico–. Se portó igual que un canario que se niega a cantar. Tengo que encontrar la manera de hacerle hablar.

El hombre de la pantalla hace que la mujer se gire.

Hago una mueca de desagrado.

–Pero ¿por qué grabó todos esos vídeos? –pregunta Fiona.

–¿No es evidente? –digo–. Para destruirlo.

Vuelvo a la oficina con una gran taza de café en la mano y me encuentro con que Hamish ha plantado el culo en mi mesa. Se está metiendo alguna cosa en el bolsillo de la camisa. Me pongo tenso y entrecierro los ojos. ¿Estaba mi ayudante fisgando en mi despacho con la esperanza de conseguir pruebas concretas de que me he estado haciendo pasar por Duo?

Probablemente no. Debería dejar de ser tan paranoico. A juzgar por cómo saca pecho, lo único que le pasa a Hamish es que viene lleno de información. Por desgracia, este hecho es lo único positivo de su presencia.

–Hans –dice sin moverse de mi mesa–. Me pasé por aquí veinte minutos después de la rueda de prensa de Evans, pero no estabas, así que decidí salir a comer.

–Ah, sí –afirmo con la cabeza–. Me lo crucé poco después. Iba cargado de flores. Y parecía hecho polvo. ¿Qué pasó en la casa consistorial?

–Le hicieron preguntas sobre toda clase de cosas. Incluida tu charla con él esta mañana.

–¿Cómo podían saber eso?

–Ni idea. –Hamish levanta las manos al cielo–. Bruce Bernard, de ITV, fue el que dio la noticia. Es el tío del tupé gigante que no hacía más que meterse por medio esta mañana en el parque.

Suspiro antes de sentarme en mi silla y beberme el café de un trago.

–Debía de querer saber por qué lo traje a comisaría.

–Evans intentó esquivar la pregunta. Incluso tuvo la desfachatez de decir que quería ayudarnos con el perfil psicológico de Ayling. Añadió que había pasado diecisiete años internada y que había salido hace solo dos. Eso causó bastante revuelo entre los asistentes.

Supongo que la culpa es solo mía, por darle esa información al señor Evans.

–La prensa nos va a acosar para saber más –digo con un suspiro–. Si no lo está haciendo ya.

–Bernard se puso pesadísimo a la salida de la casa consistorial.

–Ignóralo –digo–. Y a los otros también.

–Luego una periodista de *Woman's Weekly* soltó una bomba que levantó a todos de sus asientos.

Miro a Hamish con una ceja arqueada.

–Había recibido un mensaje de texto de la mujer de Evans. Al parecer Claire Evans quiere el divorcio.

–¿Cómo dices?

–Sí. Y después se montó una buena.

–Seguro que el desencadenante he sido yo. ¿Qué dijo Evans?

–Farfulló que habían tenido una pequeña discusión esta mañana. Pero que pensaba que todo se arreglaría enseguida. Deberías haber visto la cara de su jefe de campaña. Redford, creo que se llama. El pobre parecía a punto de vomitar.

–No me sorprende.

–Intervino y se llevó a Evans antes de que pudiera decir algo que lo perjudicara aún más. Y ya está. Se terminó la rueda de prensa. Caras de decepción por todas partes, claro. Nada como un divorcio para despertar el interés de la prensa.

–Fascinante –digo, mientras mis pensamientos retroceden a mi encuentro matutino con la señora Evans. En concreto a su expresión conmocionada cuando di a entender que su marido había tenido correrías extramatrimoniales. Por eso llegaba Mark Evans a su casa cargado con cien rosas. Debería haberlo imaginado. Busco mi dictáfono y digo: «La mujer furiosa, Claire Evans, le dice a una periodista que quiere el divorcio».

–Uno de los coches patrulla ha encontrado el Fiat de Ayling –dice Hamish.

Tengo la boca seca. Debo conservar la calma. Joder con la eficiencia de la patrulla policial. Debería decir algo. Cualquier cosa.

–Tu culo me estorba –digo.

–Perdón. –Hamish se cambia a una silla.

Debería tener las manos ocupadas. Respiro hondo y hago avanzar la reina blanca al azar. Hamish observa mi excentricidad con cara de inmensa paciencia.

–Sigo sin entender por qué te empeñas en perder el tiempo con ese tablero. – Mueve la cabeza, exasperado–. Bueno, el caso es que el Fiat ha aparecido en Newnham. Aparcado en un área de descanso al final de Grantchester Meadows. La que está llena de socavones. Justo al lado de Skater’s Meadow, antes del arranque del sendero abierto al público que lleva a Grantchester.

Algo hace clic en mi cabeza.

El diario de Sophia dice que hizo varias sesiones de vigilancia de la casa de los Evans dentro de su estrecho Fiat. Carmen Miranda Scott-Thomas vio el Fiat hace dos noches.

Así que Sophia debía de estar espiando a Claire y a Mark. Por eso su coche estaba aparcado al final de Grantchester Meadows. Pero ¿por qué andaba husmeando por allí?

¿Qué buscaba? ¿Y cuál fue la secuencia exacta de acontecimientos que culminó en su muerte acuática?

Recito al dictáfono: «Fiat negro de la víctima encontrado al final de Grantchester Meadows».

–Los de la científica están con ello –dice Hamish–. Igual que Marge, esperan darnos un informe antes de que termine el día.

–¿Qué hay del Kandinsky?

–Tranquilo, Mark. Ahora iba a ello. No figura ningún Mark Henry Evans en el libro de huéspedes del Kandinsky. Pero una pareja llamada Matthew y Veronica Adams fueron clientes habituales entre septiembre de 2013 y julio de 2014. Se alojaron un total de doce veces, casi siempre en fin de semana. En la habitación 261, como has dicho tú. Siempre por una noche.

–Eso está mucho mejor –digo, y vuelvo a activar el dictáfono: «Doce encuentros en el Kandinsky, dos de ellos grabados en vídeo».

–Veronica Adams debía de ser Sophia Ayling –dice Hamish–. Si es así, sin duda era amante de Evans.

Levanto una ceja, sorprendido. Puede que mi ayudante sea capaz de pensar por sí mismo de vez en cuando.

–Exacto –afirmo–. Por eso precisamente Evans apesta a sospechoso. Durante mi segunda visita al chalé de Ayling encontré un lápiz de memoria. Contiene seis vídeos de ella haciendo distintas acrobacias sexuales con él.

–¿Cómo? ¿Se grabó mientras tenían relaciones sexuales? –La boca de Hamish es un abismo.

–Pues sí –contesto–. Chantaje, supongo.

–Pero ¿por qué?

–Tengo que terminar de leer su diario.

–Desde luego, Evans es sospechoso –concluye Hamish–. Y resulta tentador acusarlo. Pero deberíamos esperar a la autopsia antes de determinar que fue un asesinato. No hemos encontrado signos de lesiones externas en el cuerpo de Ayling.

–Venga ya, Ham...

–El *Manual de Criminología* dice que no hay que sacar conclusiones precipitadas sobre la naturaleza de los crímenes y la identidad de quienes los perpetran.

Suspiro. Hamish ha vuelto a atrincherarse en su punto de vista miope y cuadriculado, lo que sugiere que discutir con él sería una pérdida de tiempo. Debería darle algo en qué ocuparse.

–Necesito saber más de Ayling –digo–. De su pasado, sobre todo. Detalles sobre sus padres, que es probable que ya estén muertos. Es posible que tuviera una madrastra llamada Aggie. Quiero todos los detalles sobre su colegio, estudios universitarios, etcétera. Es posible que hace veinte años estudiara en Cambridge.

–¿Fue alumna en Cambridge? –Hamish me mira parpadeando.

–Puede ser.

–Así que nuestra rubia explosiva tenía cuatro dedos de frente, después de todo.

El éxito tiene cuatro variables. Por desgracia, nadie sabe cuáles son.

Mark Henry Evans, *La serendipia del ser*

## Sophia

1 de diciembre de 2013

Creo que por fin he desenterrado algo. Esta mañana me he pasado cincuenta y cinco putos minutos tiritando en el Fiat. Esperando. Bostezando. Maldiciendo. Con los ojos llorosos por el sueño fijos en la mansión. Para mi sorpresa, salió de la casa. Se subió al Land Rover y se marchó a toda velocidad. Yo arranqué mi coche y la seguí a una distancia segura y discreta mientras salía de Newnham, bajaba por la Fen Causeway y continuaba por Trumpington Road. Estaba convencida de que iba a Waitrose de compras.

Pero giró a la derecha en Long Road y a la izquierda por Robinson Way, una calle que conozco bien. Porque lleva al hospital Addenbrooke. El lugar donde pasé veintidós días de mi vida sedada y vigilada después de que mi padre encontrara mis diarios en la basura. En cuanto me vi de vuelta en uno de los pabellones, grité hasta que me ardieron los ojos y la garganta.

Aparcó el coche y se bajó. Entró por la puerta principal del edificio. Dudé. Al otro lado acechaban terribles demonios, justo detrás de las puertas dobles. Esquirlas oscuras que me rasgaban el alma. Pero apreté los dientes. Me dije que tenía que hacerlo. Tenía que saber lo que se traía entre manos.

Así que respiré hondo y la seguí.

El vestíbulo era grande y su decoración no me resultó familiar. Debían de haberlo renovado desde la última vez que estuve. Las personas, en cambio, eran iguales. Médicos desfilando en pijamas blancos. Enfermeras con uniforme azul y paso apresurado. El aire dentro también era el mismo. Apestaba a antiséptico, ese hedor empalagoso y dulzón de todos los hospitales que enmascara la putrefacción inminente.

Que disfraza la lenta degradación de la existencia humana.

Enseguida empecé a hiperventilar. No podía respirar. Me venían a la cabeza escenas de mi tormento en Addenbrooke. Recuerdos de manos sujetándome. De médicos escudriñándome con desaprobación. De enfermeras clavándome



afiladas agujas en brazos y piernas. Discutiendo en voz alta si debían ponerme un bozal. Recordé la camisa de fuerza que me enseñaron para que dejara de resistirme. Los comentarios murmurados fuera de la habitación en la que me habían encerrado. Conversaciones susurradas que insistían en que era un caso perdido. Que en Addenbrooke no podían hacer nada por mí. Pero que una institución psiquiátrica en condiciones quizá pudiera curarme.

Sobreponete, Sophia.

Me recliné contra la pared más cercana y tragué grandes bocanadas de aire. Traté de calmar mis pensamientos desbocados. Aplacar las oleadas de pánico que inundaban mi alma. Dejar atrás el pasado. Y, sin embargo, necesité toda mi fuerza de voluntad para no echar a correr gritando del vestíbulo para ir a respirar aire fresco.

Por suerte, la cabeza pronto se me puso en modo operativo. Justo entonces vi a una enfermera que me miraba con expresión preocupada y perpleja. Supe que tenía que moverme. Actuar con normalidad. Sin histerias. Porque lo último que quería era que algún entusiasta empleado de Addenbrooke me tumbara en una camilla y me atara. Y me atiborrara de sedantes.

Parecer enfermo en un hospital no es buena idea. Es tan malo como parecer culpable en un juzgado.

Tuve la presencia de ánimo suficiente para darme cuenta de que Claire Evans había desaparecido hacía rato por una puerta al fondo del vestíbulo. Un pasillo largo y mal iluminado. Un pasaje que conducía al edificio anexo, un lugar que yo conocía muy bien.

El servicio de consultas psiquiátricas.

Me obligué a correr detrás de ella, aunque la histeria me subía por la garganta. Era consciente de la ridícula ironía de la situación. Estaba entrando por voluntad propia en el anexo de psiquiatría en busca de algún trapo sucio. En el preciso lugar donde arrancó mi espiral descendente, la que terminó en diecisiete años de ignominia. Donde mis sueños y esperanzas se habían perdido en las sombras, escapado de mi alcance.

Sigue andando, Sophia.

Pronto me di cuenta de que Claire había desaparecido en un laberinto de pasillos. No tenía ni idea de dónde había ido. Estuve parada unos minutos, haciendo esfuerzos por no aullar. Sin duda, la había perdido. Entonces la vi por el rabillo del ojo. Al final del pasillo. Se apoderó de mí un alivio vertiginoso, increíble.

Un hombre de aspecto distinguido con pelo plateado le daba la bienvenida a

su consulta. La puerta se cerró detrás de ellos.

Corrí hacia allí.

«Consulta 27: Helmut Jong, doctor en Medicina y Cirugía, psiquiatra colegiado», decía el letrero.

Así que Helmut Jong, doctor en Medicina y Cirugía y psiquiatra colegiado, tiene dos citas, pero solo una de ellas tendrá lugar en la aséptica e incómoda consulta número 27.

La primera cita es con una chiflada. O, dicho de manera más delicada, con una persona con trastornos mentales. Porque nadie va al psiquiatra si tiene la cabeza sana. La mujer que ha cruzado esa puerta debe de estar sufriendo conexiones neuronales disfuncionales.

Jong también tiene una cita conmigo.

Igual que a Mark Henry Evans, a Helmut Jong, doctor en Medicina y Cirugía, psiquiatra colegiado, le espera un rato agradable en mi compañía.

Qué suerte tiene.

## **10 de mayo de 2014**

Llevo siglos sin escribir. Meses, en realidad. Pero hay pocos incentivos para hacerlo cuando todo lo que ocurre es bueno. Escribir es mucho más catártico cuando hay algo contra lo que despotricar. Y mucho más divertido cuando hay algo de lo que regodearse. En realidad, esos son los motivos por los que sigo usando este diario. Los Uno y los Duo necesitan sus diarios para sobrevivir. Yo no. Mi diario tiene una función más elevada y noble. Porque es el puto diario de una venganza.

Hoy tengo derecho a sentirme superior. Porque las cosas están saliendo bien. La porquería que busco está saliendo a la superficie.

Aunque al parecer no es solo porquería.

Es verdadera mugre. De esa viscosa y con costra.

Eso dice su historia médica recién pescada del disco duro del doctor Jong.

Supongo que debería darle las gracias a papá por servirme de inspiración. A pesar de sus múltiples deficiencias, algo hizo de utilidad cuando aún vivía.

–El éxito lo determinan dos variables –me dijo.

La voluntad. Y el dinero.

O «determinación» y «pasta», tal y como se lo expresó a Aggie con un exagerado movimiento de cejas sin saber que yo estaba escuchando.

–Los problemas se evaporan cuando les dedicas dinero suficiente –añadió, por si no había quedado lo bastante claro.

Aggie se tomó sus palabras a pecho y con energía. En el invierno de 2008 debió de sobornar a los médicos de St. Augustine, pocas semanas después del ataque al corazón de papá. Un soborno generoso que tuvo como resultado el diagnóstico que quería. Un certificado sucinto pero concluyente afirmando que yo seguía incapacitada para administrar el patrimonio de mi padre, así que me dejaba pudriéndome en las Hébridas Exteriores durante unos años más.

Ahora mismo no me falta ni voluntad ni dinero. Determinación tengo de sobra. Y mucha más pasta de la que tenía cuando estaba en St. Augustine.

Pero mi padre menospreció la importancia de una tercera variable.

El poder de la seducción. Sobre todo cuando se combina con unas elegantes medias negras y sugerentes braguitas escarlata.

Todos los hombres son iguales. Da igual que sean novelistas o psiquiatras. Todos piensan con la polla. Para acceder a sus discos duros, una no necesita más que aguantar unas cuantas embestidas. La contraseña del doctor Jong era fácil. El nombre de su difunta mujer. También ayudó que hoy la mayoría de los médicos tengan acceso remoto a sus archivos. Dispositivos inteligentes que caben en la palma de la mano y que llevan en el bolsillo.

Qué cómodo.

Ni siquiera tuve que sufrir demasiado en lo que respecta a Helmut Jong, doctor en Medicina y Cirugía, psiquiatra colegiado. El hombre no ha perdido su atractivo, a pesar de sus venerables sesenta y cuatro años. Tampoco ha perdido el pelo (el color plateado lo convertía en un leopardo de las nieves bastante sexi). Ni la habilidad en la cama. Aunque llevaba un año viudo y estaba un poco desentrenado.

Es increíble lo que esconden los psiquiatras, por cierto. Como el hecho de que recetara por error a una paciente geriátrica 25 mg de Valium al día durante cuatro semanas, en lugar de 2,5 mg. Más tarde escribió una carta a la pobre mujer rasgándose las vestiduras y rogándole que no lo denunciara por negligencia médica.

Tuvo mucha suerte de que la mujer no se hiciera adicta. O de que no le contara a nadie lo ocurrido.

Llegaron a un acuerdo por 25.000 libras.

La historia médica de Claire Evans, por cierto, es igual de fascinante. Lleva mucho tiempo tomando antidepresivos. Pero hay más. Tiene tendencia a autolesionarse, sobre todo cuando no se toma la medicación. En dos ocasiones se

hizo cortes con un cuchillo. Ambos episodios fueron lo bastante graves para que terminara en Addenbrooke, bajo el ojo atento de Helmut. En su segunda visita, en abril de 2013, le dieron dos puntos. La tuvieron una noche en observación para asegurarse de que no volvía a intentarlo. Le subieron la dosis de los antidepresivos.

Sigue tomándolos.

Sí, señor. Esa zorra sin luces ha estado escondiendo un secreto de lo más sucio.

Es una depresiva suicida que se corta las venas.

Fascinante.

Da la casualidad de que yo, de suicidios, algo entiendo.

Los suicidios –y las intentonas de suicidio– eran algo habitual en St. Augustine. Una vez vi a una interna tratando de saltar por una ventana, aunque el edificio solo tenía tres pisos. Una celadora que pasaba por allí reaccionó enseguida. Tiró de ella. Después la medicaron hasta dejarla en coma. La mujer de pelo castaño que tenía su habitación a tres puertas de la mía tuvo más suerte. Se dio cabezazos contra la pared hasta romperla. La cabeza, no la pared. La rubia color miel a siete puertas de la mía incluso lo hizo con estilo. Ató la correa de un bolso Birkin de Hermès a una sábana. A saber de dónde sacó el bolso (por lo menos tenía buen gusto para los accesorios). Se escabulló de su habitación antes del amanecer, cuando las vigilantes están menos atentas. La encontraron a la salida del sol colgada de un chopo enano en el jardín trasero. Después de aquello, solo las menos lunáticas podían pasear por allí. Mujeres que no eran consideradas una amenaza para sí mismas ni para los que las rodeaban.

Como Mariska Van Dijk y yo.

Porque yo nunca intenté suicidarme. Aunque en un momento determinado me hundí en el abismo más oscuro. Aunque odié cada segundo que pasé encerrada. Pero nunca jamás pensé en matarme.

Debo de ser, instintivamente y en el fondo, una superviviente.

De las que siguen adelante.

No como esa Claire empastillada que se corta las venas.

Su historia médica es esclarecedora. Resulta que un Uno que lo tiene todo puede ser infeliz.

Me ha llevado siglos entender por qué. Pero ya lo sé. Las imágenes de ella que hay en internet son la respuesta. Siempre tiene aspecto de estar fuera de lugar. Aterrorizada incluso, en cenas benéficas y otros saraos frecuentados por personas Duo. Duo ricos y cultos del entorno de su marido. Personas de clase

superior a la suya. Gente con el doble de capacidad que ella para recordar... y comprender el universo. Personas ilustradas, refinadas. Personas que sin duda la hacen sentir inferior.

Es una Uno casada con un Duo. No puede encajar en el mundo de su marido. Nunca lo hará.

Los Uno y los Duo no pueden cohabitar. Uno de ellos acaba majareta. Suicida incluso.

Estoy deseando usar este trapo sucio en beneficio propio.

En el momento adecuado, por supuesto.

Paciencia, Sophia.

Paciencia. Es la cuarta variable del éxito.

Después de diecisiete años en St. Augustine, me puedo permitir ser paciente.

### **31 de julio de 2014**

Qué suerte. No me puedo creer la racha que llevo. Está claro que la fortuna sonrío a los que esperan.

Me ha llamado esta noche. En primer lugar, para disculparse porque nuestra próxima cita no será hasta finales de agosto. Va a llevarse a Claire otra vez a pasar dos semanas en Nevis, me ha dicho.

Sé por qué. Después de todo, Jong recetó viajes periódicos a climas cálidos para mitigar la depresión de su mujer. «El sol, el mar y el sexo», escribió, «pueden ayudarla más a largo plazo que el Lexapro y el Pristiq».

Por un momento tuve ganas de recriminarle a gritos a Mark que se ocupara más de su mujer que de mí. De esa Uno estúpida y suicida. Pero me consolé pensando que sin duda el sexo no entraba dentro de las atenciones que le dedicaba. Al menos no desde que él conseguía saciar sus necesidades sexuales en otra parte. Todo hombre tiene un límite en ese sentido, incluso un sátiro. Las pollas no están hechas para la acción continua. Y un hombre que vuelve del Caribe con el torso bien moreno resulta mucho más agradable de follar.

Así que cerré el pico. Y atendí a la segunda cosa que tenía que decirme.

Ha decidido hacerlo. Después de años suspirando por entrar en política, por fin va a dar el salto. Se presenta como candidato independiente por South Cambridgeshire. Después de todo, como novelista famoso ya ha conseguido lo que siempre ambicionó. Fama, dinero y toda la pesca. Dice que le ha llegado el momento de embarcarse en algo más grande, mejor y más satisfactorio. El

mundo de la política, donde puede cambiar las vidas de la gente. Incluso cambiar el mundo en general.

Esas novedades implican dos cosas, ha dicho.

Tendremos que tener aún más cuidado con nuestros encuentros y asegurarnos de que nadie se entera de lo nuestro. Es imprescindible encontrar un sitio más discreto. El Kandinsky, con su vestíbulo público, ya no sirve. Va a buscar un apartamento bonito en Londres. En la zona de Chelsea, quizá. Me dará una llave en cuanto lo consiga.

Qué distinto de Nelson, pensé. Nelson presumía de tener una amante en Londres. Pero está claro que el aspirante a político Mark Henry Evans pretende mantener a la suya dentro de un armario de Chelsea.

No podremos vernos tan a menudo como hasta ahora, ha dicho también. Es probable que los fines de semana tenga que hacer campaña en Cambridge.

No pasa nada, le he dicho con dulzura.

Cuando se ha despedido minutos después, su voz rebosaba alivio. Debo de haberle tranquilizado lo suficiente. Ay, el papel de la amante discreta y comprensiva. Voy a representarlo hasta el final. Y, sin embargo, he tenido que disimular la alegría en mi voz antes de colgar. Qué golpe de suerte. No podía haber esperado nada mejor.

Así que Mark Henry Evans va a meterse en esa boca de lobo que es la política.

Qué noticia tan espléndida. El mundo salvaje y despiadado de la política. Donde los ilusionados aspirantes son diseccionados por los medios de comunicación nacionales y locales. Sus campañas. Su historial. Su gusto en el vestir. Sus comentarios desafortunados. Sus vidas privadas. Los esqueletos que tienen escondidos en el armario.

Como, por ejemplo, una amante.

O una mujer depresiva con tendencias suicidas.

Así que Mark Henry Evans me ha ofrecido su cabeza servida en una bandeja. Su atroz caída, ahora lo sé, empezará con las elecciones generales de 2015. Mucho antes de lo que había esperado y desde una altura mucho mayor de la que había imaginado. Cuanto más ambiciosa es una persona, más alta es la cima desde la que puede caer. Ah, los placeres de la política. Sus maravillosas posibilidades. El dulce placer de la demolición. Voy a disfrutar de todo el proceso a cámara lenta. Plano a plano. Sorbo a sorbo.

A los que saben esperar terminan por llegarles cosas buenas. También horribles.

Y yo ya he esperado bastante.

Estudia los ojos de un hombre y te dirán todo lo que necesitas saber sobre su intelecto y agudeza mental. También te dirán si es lo bastante listo para ocultarte sus secretos.

*Manual de Criminología, Vol. IV*  
(Oxford University Press, 1987)



## Hans

## 9 horas y 30 minutos para que termine el día

Este psiquiatra debe de ganarse muy bien la vida escuchando a los demás. Asiente con la cabeza para indicarme que está prestando atención, sin interrumpirme ni una sola vez y con una postura corporal receptiva, las palmas de las manos vueltas hacia arriba.

Es verdad que tiene el pelo de un color plateado espectacular, tal y como dice el diario de Sophia.

Vuelvo a mirar el despacho; hay muebles elegantes y luces tenues. Libros ilustrados de cubiertas brillantes encima de un aparador. Un diván de aspecto confortable ocupa un rincón de la habitación, completado con mullidos cojines color pastel. Es la clase de espacio que transmite a las personas el estado de ánimo adecuado para hablar de sí mismas. Perfecto.

–Entonces, doctor Jong... –Decido ir al grano–. Es usted Duo y especialista en psiquiatría de este hospital.

–Así es.

–¿Tiene una paciente llamada Claire Evans?

La sorpresa atraviesa la cara del psiquiatra.

–Esto... Sí. Si he leído bien mi diario, fue una de las primeras pacientes que tuve cuando empecé a ejercer.

–¿Qué clase de problemas psiquiátricos tiene?

–No puedo decírselo. –Niega con la cabeza y tuerce los labios con determinación–. Es confidencial.

–La respuesta es depresión –digo–. Incluidos dos incidentes menores de autolesión. La segunda vez se abrió las venas y pasó un día ingresada aquí. Desde abril de 2013 la tiene usted con dosis doble de antidepresivos.

Los ojos del psiquiatra son redondos como agujeros de bala.

–¿Cómo... cómo sabe estas cosas? –pregunta–. ¿Se las ha contado ella?

–Las investigaciones sacan información a la luz.

–Entonces, ¿para qué ha venido?

–Para que me confirme lo que ya sé.

El psiquiatra parpadea.

–Sé, por ejemplo, que le recetó a una paciente 25 mg de Valium al día durante cuatro semanas. También que la convenció de que no lo demandara firmándole un cheque por valor de veinticinco mil libras.

Da un respingo.

–No me será difícil escribir a la dirección de este hospital para comunicarles ese pequeño dato –digo con el tono más amable y tranquilizador de que soy capaz–. Mi diario también dice que no es la primera vez que mantengo correspondencia con sus superiores.

–¿Qué quiere, inspector? –Sus ojos son dos delgadas hendiduras.

–Me gustaría que fuera franco conmigo. Después de todo, ya conozco la historia médica de la señora Evans. Pero su opinión profesional sobre algunas cuestiones relativas a ella podría serme útil. ¿Cuál es la causa de su depresión?

–No puedo darle una respuesta exacta. –Niega con la cabeza, aunque frunce un poco el ceño–. Incluso después de años de tratarla.

–Entonces, ¿qué clase de trastorno depresivo tiene?

Sigue dudando.

–Veinticinco miligramos, doctor Jong –digo en voz baja pero nítida–. Es mucho Valium, ¿verdad?

Emite un gemido hastiado y levanta las manos en un gesto de rendición.

–Debería consultar mis notas para estar seguro –dice.

–Por supuesto.

El psiquiatra saca un dispositivo electrónico del tamaño de la palma de una mano y teclea en él antes de contestar.

–Claire Evans no es una depresiva de manual, aunque presenta síntomas de depresión clínica –lee del dispositivo–. Tampoco es una bipolar típica, aunque la medicación que se usa para tratar el trastorno bipolar la ha ayudado. En el pasado probé con antidepresivos tricíclicos, pero tenían efectos secundarios...

–No ha contestado a mi pregunta.

–Diagnosticar la mente es algo complejo, inspector. Tiene más de arte que de ciencia. Creo que sufre un trastorno inespecífico de inestabilidad anímica.

–Que de vez en cuando le provoca tendencias suicidas.

–«Suicidas» no es la palabra correcta, inspector. –Jong mueve ahora la cabeza con vigor–. Yo no considero suicida a la señora Evans. Sus dos episodios de

autolesión fueron una forma de sobrellevar problemas emocionales soterrados. O una manera de dar salida a su frustración acumulada.

–¿Motivada por sus circunstancias personales?

El psiquiatra guarda silencio.

–¿Como la difícil relación con su pareja? ¿Exacerbada por el hecho de que es una Uno casada con un Duo?

Abre un poco los ojos.

–Podría decirse que sí. –Asiente con un suspiro–. Tenía tendencia a compararse con su marido. En lo referido a sus limitaciones de memoria, sobre todo. Esto desembocó en, digámoslo así, una baja autoestima crónica.

Así que las sospechas de Sophia sobre Claire Evans podían ser acertadas. Esa mujer era más astuta de lo que parecía.

–Por cierto, ¿se acostó usted con una mujer llamada Sophia Ayling?

La sorpresa cruza de nuevo el rostro de Jong. Endereza los hombros y tensa la mandíbula.

–¿Qué tiene que ver mi vida sexual con todo esto? –replica poniendo sus manos en posición defensiva–. ¿Qué es lo que están investigando?

–Un asesinato.

–Pero...

–El asesinato de Sophia.

–¿Cómo?

–La encontraron en el Cam a primera hora de esta mañana.

El psiquiatra me mira boquiabierto.

–No. –Niega con la cabeza, pálido–. No es posible. Sophia no puede estar muerta.

–Si pudiera contarme algo más sobre su relación con ella, nos ayudaría a localizar a su asesino.

–Pero ¿cómo ha podido nadie matar a una mujer tan encantadora como Sophia? –dice levantando las manos al cielo.

–Excelente pregunta, doctor Jong. –Asiento con la cabeza a modo de aprobación–. Es lo que tengo intención de averiguar antes de que termine el día.

–¿Cómo murió?

La voz le tiembla antes de terminar. Tiene aspecto de necesitar tumbarse en ese diván tan cómodo con cojines mullidos.

–Todavía estamos esperando el informe de la autopsia –digo–. ¿Cuándo se conocieron?

Saca su diario electrónico con dedos temblorosos y escribe alguna cosa.

–Esto... Los datos dicen que la conocí en una sesión de baile. En la Casa Consistorial de Cambridge, en diciembre de 2013. Cuando murió mi mujer me aficioné a los bailes de salón. Aquel día Sophia llamaba la atención. Era más joven que casi todas las otras mujeres que estaban allí. El doble de guapa. Cuando se me acercó y me invitó a bailar me sentí halagado.

Así que esa astuta mujercita se coló bailando en la cama del psiquiatra.

–Lo del baile se convirtió en algo más, ¿verdad? –Decido ahorrarle la información sobre las herramientas que Sophia empleó en el proceso y que bien podrían incluir unas traviesas braguitas escarlata.

–Pues sí. –El psiquiatra parece algo avergonzado.

–¿Cuánto duró?

–Unos tres meses.

–¿Y cómo terminó?

El psiquiatra teclea su diario con el ceño fruncido.

–Ojalá los datos fueran otros –dice, con un suspiro–, pero en marzo de 2014 me llamó por teléfono. Justo cuando quería llevarla a las montañas Chiltern a pasar un fin de semana en el campo, ya me entiende. Me dijo que le había encantado el tiempo que habíamos pasado juntos, pero que quería pasar página. Eso es lo que dijo.

–Le sorprendió.

–Pues claro. Pensaba que las cosas nos iban bien, pero puede que la diferencia de edad fuera un problema. Nunca me dijo cuántos años tenía. Era muy reservada al respecto. Pero debía de ser... al menos veinte años más joven que yo.

Sophia debió de plantar al médico en cuanto tuvo lo que quería. Tal y como dice su diario.

–Esto... No la culpo –dice, y sus ojos forman dos círculos suplicantes. Nuestro travieso psiquiatra debe de haber caído en la cuenta de que no está libre de ser sospechoso, sobre todo después de haber admitido que fue amante de Sophia.

–Solo conservo datos positivos sobre el tiempo que estuvimos juntos – prosigue agitando el diario para añadir énfasis–. Sophia es... era una mujer vital y extrovertida. Me hizo muy feliz. Espero que yo también a ella.

Su amante novelista la llamó «gravemente desequilibrada». Su vecina la encontraba «amable» y «encantadora». Y su amante psiquiatra acaba de describirla como «vital» y «extrovertida». Es increíble cómo una misma mujer puede ser vista de maneras tan distintas.

–Estaba muy satisfecha con lo que usted le dio –digo–. ¿Mencionó alguna vez

a Claire Evans?

El asombro asoma a la cara del psiquiatra.

–No –dice, y la sorpresa enseguida da paso a una expresión de perplejidad–. No creo haber memorizado ese dato. Pero miraré otra vez en mi diario.

Teclea en su diario y a continuación niega con la cabeza.

–Mi diario no dice nada –dice–. ¿Por qué lo pregunta? ¿Eran amigas?

–No creo. –Niego con la cabeza–. Desde luego, amigas no eran–. Por cierto, debería cambiar la contraseña de ese dispositivo de bolsillo. El que le permite acceder a los historiales de sus pacientes. El nombre de su difunta esposa es demasiado fácil de adivinar.

El psiquiatra se queda paralizado en su asiento. Su reacción es la confirmación que necesitaba. Debería revisar con lupa las entradas que me faltan del diario que tengo sobre la mesa de mi despacho. Espero poder averiguar por qué estaba la antigua amante de Jong obsesionada con la atormentada paciente de este.

Los hombres pueden ser unos auténticos gilipollas.

Diario de Sophia Ayling

## Claire

Me tiemblan las manos, aunque Emily ha hecho lo posible por tranquilizarme. Incluso me ha servido un chocolate caliente y un trozo de tarta de zanahoria. Aún tengo en los labios su húmedo dulzor. Pero las lágrimas siguen rodando por mis mejillas, esas lágrimas que de alguna manera logré contener cuando le planté cara a Mark.

Las palabras que usé fueron tranquilas y moderadas. La seguridad que transmitía mi voz me sorprendió.

–Quiero el divorcio –dije.

Pestañeó por toda respuesta, sin entender al principio lo que le decía. Pero luego abrió la boca de par en par. Corrí al piso de arriba, sintiéndome de lo más satisfecha conmigo misma, consciente de haberle dado donde más le dolía, en su desmesurado y petulante orgullo. Y, además, minutos antes de su comparecencia en el consistorio. Pero a medida que pasaban los segundos me entraban deseos de hacerle más daño todavía. Vi la oportunidad perfecta cuando Jane McDonald me mandó un mensaje de texto diciendo que estaba en la rueda de prensa de Mark.

Le contesté al momento:

«Querrás decir la rueda de prensa de mi futuro exmarido. Nos vamos a divorciar.»

En el calor del momento me pareció una buena idea. Habría sido difícil hacer caer a Mark de manera más aparatosa. Después de aquello, los periodistas que estaban en la casa consistorial debieron de cebarse con él. Pero entonces empezó a sonarme el móvil sin parar. Atendí una de las llamadas, de un número que no conocía.

–Sí –contesté.

–Buenas tardes –dijo una voz femenina estridente–. ¿Podría hablar con Claire Evans, por favor?

–Soy yo.

–Maravilloso. –La voz se convirtió en un gorjeo agudo–. Soy Gemma

Goddard, de *The Sun*. Nos tiene interesadísimos con ese mensaje de texto. ¿Qué es lo que pasa? ¿La ha engañado su marido?

Tuve tentaciones de contárselo todo, pero algo me frenó. En cierto modo, admitir que Mark había tenido una aventura extramatrimonial era como una bofetada. Mi orgullo de mujer y de esposa estaban en juego. Después de todo, había sido incapaz de mantener a mi marido controlado.

Mi silencio debió de ser interpretado como un sí, porque Goddard tomó carrerilla.

–Perfecto. Debe de estar deseando contarme más. Estamos encantados de ofrecerle quince mil libras por una exclusiva. La historia sin censuras de los problemas de su matrimonio mixto a lo largo de los años...

Mi satisfacción se evaporó. Mis pensamientos se disolvieron en un torbellino. Colgué y apagué el teléfono. Lo que necesitaba, me di cuenta, era una amiga comprensiva, alguien que escuchara mis penas. Desde luego no una entrevista escandalosa con *The Sun*.

Así que aquí estoy, una hora más tarde, y sigo llorando. Desde que he llegado a casa de Emily debo de haber gastado una caja entera de pañuelos de papel. La expresión comprensiva de su cara hace que me desmorone.

Me seco otra vez los ojos.

–No debería haber dejado que me engañara durante tanto tiempo –digo reprimiendo un sollozo–. Debería haberme oído algo cuando empezó a viajar a Londres. Debería haberme dado cuenta de que tenía una amante allí.

–No es culpa tuya –me consuela Emily con una palmadita cariñosa en el hombro–. No te culpes.

–Pero si es que saltaba a la vista –digo incapaz de contener las lágrimas–. Los datos estaban ahí desde el primer día, Em. Mark no es de fiar. Nunca me quiso, ni siquiera al principio. No me puedo creer que me convenciera a mí misma de lo contrario.

–Tonterías –dice Emily dándome otro pañuelo–. Era imposible que vieras venir algo así. Deja de culparte, cariño. Solo empeora las cosas. Mark es el que se merece sentirse como una mierda, no tú.

–¿Y ahora qué hago? –pregunto secándome las mejillas.

–Empieza a pensar en el divorcio –contesta Emily ofreciéndome una de sus soluciones prácticas con una repentina sonrisa de satisfacción–. A ver cuánto le puedes sacar a ese cerdo. El cincuenta por ciento de lo que tiene te solucionaría la vida. Ponte en contacto con O’Sullivan, el abogado. Acabo de leer en *The Sun* que le ha conseguido setenta y cinco millones a Petronella Cruise.



–¿A quién?

–A esa actriz que pilló a su marido en la cama con otra mujer.

Suspiro.

–Ahora que lo pienso, te vendría bien echarte un ratito –dice a continuación, con otra palmadita cariñosa–. Llevas una hora llorando. Tienes muy mala cara. Ven conmigo, cariño. Tengo una cama de sobra. Has de descansar.

Debería hacer caso del consejo de Emily. No se me ocurre nada más que hacer. Agarro mi bolso y la sigo por el pasillo. Me lleva a un cuartito con una cama nido diminuta.

–Acuéstate –dice ahuecando las almohadas y retirando las delgadas mantas.

Dejo el bolso en una mesa y me meto en la cama. Huele a polillas viejas y a ácaros de polvo acumulados durante semanas. Emily me tapa antes de darme un beso en la frente e ir hasta la ventana para correr las cortinas.

–Pronto te encontrarás mejor, cariño –dice–. Cuando te despiertes habrá más tarta de zanahoria esperándote en la cocina. Y más chocolate caliente, eso desde luego. Y te voy a hacer esos bollitos que tanto te gustan.

Cierra la puerta.

A pesar de las buenas intenciones de Emily, acostarme no me ha tranquilizado en absoluto. Su cama mohosa apesta a alcanfor, lo que hace que me dé vueltas la cabeza. Me levanto y voy a tientas hasta la ventana. Descorro las cortinas y abro las contraventanas para encontrarme con una vista espectacular de Burrell's Field, la zona del Trinity donde se alojan los estudiantes.

El baile del Trinity. Ay. La noche en que debía haberme dado cuenta de lo que pasaba.

Voy hasta mi bolso y saco el contenido de la carpeta «Verano de 1995» que cogí del estudio de Mark. No me costó demasiado encontrarla gracias a la costumbre obsesiva de Mark de ordenarlo todo cronológicamente.

Hojeo los papeles amarillentos intentando no atragantarme con las partículas de polvo que suben de su superficie. El fajo está formado por una miscelánea de recetas y correspondencia.

Miro por encima varios esbozos de una producción de final de curso de *Noche de reyes* de Shakespeare en el teatro ADC en la que debió de participar Mark. Me detengo en una carta del tesorero del Trinity. Confirma la beca de Mark (975

libras para el trimestre de verano) y sus dietas (tres comidas al día, incluida la mesa de honor).

Saco la matriz de su entrada para el baile del Trinity.

«Etiqueta rigurosa», dice. «Fotografía de supervivientes a las 7.00. Coches: 7.30.»

Debajo de la matriz de la entrada hay una página doblada de *The Times*. La desdoble y aliso los pliegues con las manos. Tiene fecha de 15 de junio de 1995.

Doy un respingo. La fecha coincide con los doce días que no están en mis recuerdos.

«Niño Duo de cinco años encontrado vivo después de que sus padres murieran en el accidente de aviación de Cornwall Air», dice el titular principal. ¿Por qué conservó Mark la página 11 de *The Times* en esta carpeta? Leo las otras noticias por encima. Mi vista se detiene en una breve columna en la parte inferior de la página: «Estudiante desaparecida». El texto que lo acompaña dice:

La Policía solicita colaboración ciudadana para localizar a una mujer Duo que lleva desaparecida desde última hora de la tarde del 12 de junio. Anna May Winchester, de 24 años, graduada del Lucy Cavendish College, fue vista por última vez por su compañera de piso cuando se vestía para ir al Baile de Mayo del Trinity. Cuando la señorita Winchester no se presentó en el baile, se avisó a la Policía. La describen como de raza blanca, delgada, de alrededor de uno setenta de altura, pelo castaño oscuro y ojos color avellana. Cuando fue vista por última vez llevaba un vestido largo color melocotón y guantes blancos hasta el codo.

Me quedo helada. ¿No decía la entrada de mi diario del 12 de junio de 1995 que vi a Mark de la mano de una muchacha con un vestido precioso color melocotón y guantes blancos? Busco en el resto de papeles del montón y encuentro otros dos artículos doblados. El primero es la página 3 de *The Cambridge Evening News*, del 17 de junio de 1995. El titular dice: «Aumenta la preocupación por la exalumna de Cambridge desaparecida». Junto al texto hay una fotografía de una mujer castaña y delgada de ojos alegres.

¿Era la chica que vi de la mano de Mark hace tantos años? Sujeto la hoja de periódico tan fuerte que los nudillos se me ponen blancos antes de devorar el texto que acompaña la fotografía:

Aumenta la preocupación por el paradero de la exalumna del Lucy Cavendish que desapareció en el área de Chesterton la noche del 12 de junio.

La Duo Anna May Winchester, de 24 años, fue vista por última vez en su habitación de George Street. Tenía la intención de asistir al Baile de Mayo del Trinity en compañía de amigos. La señorita Winchester terminó un posgrado en Humanidades el año pasado y desde enero es becaria en el museo Fitzwilliam.

La excompañera de clase de la señorita Winchester, Laura Patterson, ha expresado honda preocupación por el bienestar de su amiga.

«No entiendo cómo ha podido desaparecer –dice–. No me parece real. Se suponía que tenía que llegar al baile a las diez de la noche. Habíamos quedado en el puente de Trinity a las once menos cuarto para ver juntas los fuegos artificiales. Deseamos de todo corazón que no le haya pasado nada. Hay muchas personas que la quieren.»

El inspector jefe Hans Richardson, de la comisaría de Cambridgeshire, ha declarado: «Los padres de Anna Winchester están muy afectados por su desaparición. Si alguien sabe algo, por favor, que se ponga en contacto con nosotros o con la familia».

Tengo la boca seca. ¿Hans Richardson? ¿No es el detective de pelo cano que se ha presentado en mi jardín esta mañana y ha puesto mi vida patas arriba?

Dejo el artículo a un lado e inspecciono la tercera hoja doblada. También es de *The Cambridge Evening News*, pero tiene fecha de 18 de junio de 1995. Esta vez sé lo que busco. Mis ojos se posan en la noticia de la parte inferior, titulada «Encontrado el bolso de la joven desaparecida». El texto dice:

Un bolso Chanel con incrustaciones de circonita perteneciente a la desaparecida Duo Anna May Winchester ha sido hallado en la base de un puente peatonal del río Cam, junto al pub Fort St George, en Midsummer Common. Lo encontró el estudiante universitario Duo James Tempest-Stewart, del Club de Remo Peterhouse, durante un entrenamiento.

«Mis compañeros y yo acabábamos de salir hacia Baits Bite Lock cuando vimos algo flotando en el río, junto a la base del

punte», ha explicado. «Nos acercamos remando para verlo mejor y resultó ser un bolso de mujer. El asa estaba enganchada en uno de los barrotes de acero de los pilares.»

El inspector jefe Hans Richardson, de la comisaría de Cambridgeshire, ha confirmado que el bolso contiene una invitación al Baile de Mayo del Trinity a nombre de la señorita Winchester. Se insta a cualquiera que tenga información sobre su paradero a que se ponga en contacto de inmediato con la Policía.

Me vienen a la cabeza múltiples preguntas. ¿Por qué no memoricé doce días de entradas del diario correspondientes al periodo posterior al baile? ¿Y por qué arranqué esas páginas de mi diario? ¿Estaba traumatizada por haber descubierto que Mark se había estado acostando con otra chica solo días después de haberme desvirgado? ¿Destrozada por el hecho de que solo me había querido por el sexo? ¿O mi deseo de olvidar respondía a algo más? Algo más siniestro. ¿Quizá una mujer de veinticuatro años desaparecida llamada Anna May Winchester?

Primero una mujer muerta. Ahora una mujer desaparecida.

Aunque quizá no debería sacar conclusiones precipitadas. Es posible que Anna fuera amiga de Mark. Después de todo, los dos estudiaron en Cambridge. Yo también me alarmaría si un amigo mío desapareciera sin dejar rastro. Por eso debió de guardar Mark estos recortes de periódico. De acuerdo, lo vi junto a una chica con un bonito vestido color melocotón y guantes blancos la noche del baile del Trinity. Pero pudo ser una coincidencia. Esa noche en Cambridge hubo otros dos Bailes de Mayo. Tenía que haber docenas de chicas deambulando por ahí con vestidos color melocotón y guantes blancos.

Anna May Winchester no puede ser la chica que vi aquella noche. La que iba de la mano de Mark. La chica con la que se había acostado.

¿O sí?

Me asalta otra inquietante posibilidad. Si Anna es la chica con la que se acostó Mark, su compañera de piso no fue la última persona que la vio aquella noche. Yo, Claire Evans –entonces Claire Bushey– la vi de camino al baile del Trinity. De la mano de Mark, y, minutos más tarde, discutiendo con él.

En ese caso, Mark debió de ser la última persona que vio a Anna aquella noche.

Un apremio oscuro y repentino se apodera de mí. Necesito reunir datos sobre ese vacío de doce días. Lo que sea. Me levanto de la mesa y empiezo a caminar por la habitación tratando de recuperar información. Miro con una mueca las

telarañas de un rincón del techo con la esperanza de que desencadenen algún recuerdo. Escudriño un muro de ladrillo rojo al otro lado de la ventana. Pero en mi interior hay solo oscuridad, un vacío exasperante. Supongo que es imposible desenterrar lo que nunca se llegó a memorizar.

Vuelvo a la mesa con un suspiro y sigo revisando el contenido de la carpeta de Mark. Me detengo en un par de facturas por «servicios prestados» de un despacho de abogados de Cambridge llamado Harrison and Co. Las facturas son del 20 y el 24 de agosto de 1995 respectivamente, por un importe de 135 y 229 libras cada una. Me pregunto para qué rayos necesitaría Mark los servicios de un despacho de abogados. También hay una factura, con fecha de 13 de julio de 1995, de un anillo de diamantes de dos quilates del joyero Ernest Jones, por importe de 1.888 libras.

Contengo la respiración antes de dejarme caer en la cama.

¿No me propuso matrimonio Mark a las 21.07 del 14 de julio de 1995 en la terraza del último piso del hotel De Vere, sacando un anillo de diamantes mientras se arrodillaba? A diferencia del vacío de doce días en mi cabeza, este pequeño dato me viene enseguida a la cabeza. Dato adicional: yo me quedé sin palabras mientras miraba el anillo boquiabierto. Pero en cuanto se me pasó el asombro y me di cuenta de que Mark quería de verdad casarse conmigo, me puse como loca de contenta (aunque hice lo posible por no parecer demasiado sorprendida).

El caso es que el diamante sigue en mi mano izquierda. Estoy tan acostumbrada a llevar puesto mi anillo de compromiso que se me olvidó quitármelo cuando le dije a Mark que quería el divorcio.

Miro la piedra brillante y me muerdo el labio inferior. El solitario reluce incluso bajo la luz tenue, sus facetas atravesando la penumbra de la habitación. Debería halagarme que Mark se gastara 1.888 libras en un anillo hace veinte años. ¿No leí en la revista *Cosmopolitan* que un hombre que va a comprar un anillo de compromiso debería estar dispuesto a gastarse por lo menos el doble de su salario mensual? Teniendo en cuenta que la beca de Mark del Trinity aquel trimestre era de 975 libras, para comprar este debió de tener que mendigar, pedir prestado o gastarse sus ahorros.

Para mí.

Pero ¿me quiso alguna vez? ¿O su proposición de matrimonio se debió a otras razones? Si el día que nos conocimos su interés era solo sexual, ¿por qué me pidió que me casara con él?

Creo que conozco las respuestas a estas preguntas. No puedo ignorar los datos

de los que dispongo.

Respiro hondo y empiezo a quitarme los anillos. El de compromiso sale enseguida, pero la alianza se resiste. Veinte años de matrimonio han dado como resultado dedos más regordetes, incluido el anular de la mano izquierda. Aprieto los dientes y tiro más fuerte. Para mi alivio, la alianza de oro sale de un único y brusco tirón.

Dejo los anillos en la mesa. Es como si me hubiera quitado dos pesos gigantescos de la mano. Hasta noto los hombros más ligeros.

Me siento extrañamente liberada.

Pero sigo notando un hormigueo en el estómago. Las dudas sobrevuelan mi mente en círculos y se resisten a mis esfuerzos por ahuyentarlas. Esta mañana estaba convencida de que Mark no había tenido nada que ver con la muerte de Sophia Ayling. Mark no es un asesino, pensé. Es solo un traidor. Un hombre que se acuesta con otras mujeres en detrimento de la felicidad y la cordura de su mujer.

Pero ha entrado en escena una mujer desaparecida.

Me viene a la cabeza un pensamiento.

Quizá debería hablar con ese detective, igual puede iluminarme sobre lo que hay detrás de la desaparición de la señorita Winchester. Tal vez ilumine también ese preocupante vacío que tengo en la cabeza. Y, ya puestos, podría hacerle unas cuantas preguntas interesantes sobre las correrías nocturnas de mi marido.

«Se insta a cualquiera que tenga información sobre su paradero a que se ponga en contacto de inmediato con la Policía.»

Mi llamada llega con veinte años de retraso, pero más vale tarde que nunca.

Saco el teléfono del bolso. Mientras lo hago, alguien llama a la puerta.

–Adelante –digo.

La puerta se abre; Emily está en el umbral, sofocada.

–Siento molestarte, cariño. –Entra y se limpia los dedos manchados de harina en el delantal–. Te veo muy entretenida con todos esos papeles. ¿Pasa algo? ¿Has podido descansar?

–La verdad es que no.

–Mark... esto... ha llamado al teléfono fijo –dice–. Quería saber si estabas aquí.

Doy un respingo.

–¿Qué le has dicho?

–Le he dicho que sí.

–¿Le has dicho que estoy aquí?

–Esto... sí... Se lo he dicho. Dice que viene a buscarte.

–¿Cómo? –La miro horrorizada.

–Lo siento. –Emily levanta las manos y cae harina en la alfombra–. Pero no tenemos por qué dejarlo pasar. Incluso si monta un número en la puerta. Claro que no se atreverá. No cuando tengo dos vecinos cotillas al otro lado del pasillo que estarán deseando llamar a la prensa.

Me pongo en pie de un salto y empiezo a guardar los papeles de Mark en mi bolso.

–Lo siento muchísimo, Claire. –La frente de Emily desaparece bajo un montón de arrugas–. Ha sido una tontería por mi parte decirle que estabas aquí. Pero también le he dicho que es la última persona del universo a la que quieres ver, después de todo lo que te ha hecho.

Le doy un apretón cariñoso en el brazo a mi mejor amiga para hacerle saber que no estoy disgustada con ella.

–La verdad no tiene nada de malo, Em. Estoy empezando a hartarme de las mentiras. En cualquier caso, tengo que irme.

–¿Dónde vas? –La cara de Emily es de sorpresa.

–Voy a ver a un detective que quizá pueda ayudarme a averiguar lo que pasó hace veinte años.

–¿Hace veinte años?

–Sí. En el verano de 1995.

**Ley de Derechos Humanos de 1953 del Reino Unido  
(Enmienda) Orden de 2007 (IN 2007/1574),  
Art. 8(1) y Art. 8(2)**

Artículo 8: Derecho al respeto a la intimidad y a la memoria

1. Las personas, sean Uno o Duo, tienen derecho a que se respete su vida privada o familiar, su hogar y sus diarios, tanto en la vida como en la muerte. A no ser que una persona declare de forma expresa que un diario privado debe preservarse después de su muerte, tanto los diarios electrónicos como los escritos deben ser destruidos o cremados junto con sus propietarios. 2. No habrá injerencia por parte de ninguna autoridad pública en el ejercicio de este derecho, excepto las establecidas por ley y las

necesarias en una sociedad democrática para garantizar la seguridad nacional, la protección de los ciudadanos y la reducción de desórdenes y delitos. Las autoridades públicas pueden, por tanto, ser autorizadas a inspeccionar los diarios de personas fallecidas con el fin de asegurar que sus intereses continúan siendo protegidos.



## Hans

## 8 horas y 30 minutos para que termine el día

El reloj de la pared indica que son las tres y media de la tarde. Hace mucho que tendría que haber almorzado, y el rugido de mi estómago me recuerda que llevo diez horas seguidas con el caso Ayling. Debería salir a comer algo rápido. Pero justo cuando voy a hacerlo, el teléfono de la mesa estalla con un clamor estridente. Descuelgo con un suspiro.

–Hans –dice una voz de mujer–, te llamo de recepción. Hay una mujer aquí que quiere verte. Dice que se llama Claire Evans. Al parecer estuviste en su casa esta mañana.

Me enderezo en la silla.

–Que alguien la acompañe a mi despacho.

–Fiona, entonces. Está aquí ahora mismo.

Qué giro tan inesperado. Me pregunto por qué ha venido Claire Evans desde Parkside para verme. Dato: mis corazonadas sobre las personas suelen ser acertadas. Y mi intuición me dice que la señora Evans es una mujer con secretos. Claro que ya sé que está tomando antidepresivos y que en el pasado ha tratado de hacerse daño. Sin embargo, mi olfato me dice que estos datos no hacen más que arañar la superficie.

Aparecen dos figuras femeninas en la puerta, a solo unos metros de mí. Los ojos color lavanda de la señora Evans están dos tonos más oscuros desde esta mañana. También tiene los párpados hinchados.

–Pase por aquí, señora –dice Fiona, dirigiéndome un guiño antes de desaparecer por el pasillo.

–Ah, señora Evans. –Me pongo de pie para saludarla–. Me alegro de volver a verla. Por favor, siéntese.

Se instala en la silla que antes ocupó su marido. A diferencia de cuando hemos hablado a primera hora, sus manos no paran quietas. También las veo distintas. Ahora están desprovistas de joyas, aunque en la muñeca sigue llevando una

pulsera de oro. Habría jurado que esta mañana vi un anillo de diamantes y una alianza matrimonial en su mano izquierda. Entrecierro los ojos. Dos círculos pálidos de piel han reemplazado los anillos en el dedo. Así que el informe de Hamish sobre lo ocurrido en la rueda de prensa de la casa consistorial era acertado.

–¿En qué puedo ayudarla? –pregunto.

No contesta. Se limita a estudiarse los dedos desnudos. Dato: el silencio puede ser tan revelador como una larga perorata. Su reticencia me dice que se debate en una lucha interior.

–¿Dice el diario de la señorita Ayling que mi marido y ella empezaron una aventura hace dos años? –Levanta la cabeza y fija los ojos en mí. Su agitación interior es evidente.

Asiento con la cabeza.

Suspira.

–Eso pensaba. Por esa época Mark empezó a pasar más tiempo en Londres. Es lo que dice mi diario.

–Lo siento. Contar a las mujeres que sus maridos les han sido infieles no es la parte que más me gusta de mi trabajo.

Se encoge de hombros.

–Debería haberme olido algo cuando Mark empezó a ausentarse de Cambridge. Pero no interpreté las señales. Y eso que estaban ahí desde el principio.

Así que Mark Evans es un adúltero en serie.

–Ha decidido divorciarse de él.

El asombro aparece en la cara de Claire Evans. Echa los hombros atrás y levanta la barbilla.

–Qué rápido circulan las noticias en esta ciudad.

–Mi visita debió de provocar esta decisión. De otra forma no lo habría sabido, ¿verdad?

–Si su mujer le fuera infiel, ¿querría seguir casado con ella?

Le relampaguean los ojos.

–No estoy casado. Mi trabajo ocupa casi todo mi tiempo.

–Qué suerte tiene –dice, y acto seguido guarda silencio y se mira las manos.

Espero a que hable. Dato: la mayoría de las personas se sienten incómodas con los silencios prolongados. Por lo general hacen lo que sea por llenar el vacío con palabras. Y con los años he aprendido que las frases nacidas de la desesperación pueden ser de lo más reveladoras.

–¿Decía el diario de Sophia Ayling que Mark... estaba enamorado de ella? – pregunta de pronto a toda velocidad.

–No puedo contestar a esa pregunta.

¿Acaso he visto un destello de alivio en sus ojos? ¿Un asomo de esperanza ante la posibilidad de que su marido nunca hubiera estado enamorado de su amante? Si es así, en su subconsciente debe de estar contemplando aún la posibilidad de una reconciliación.

–Entonces, ¿siguen investigando a Mark?

–Estamos siguiendo todas las pistas. Eso incluye los hombres con los que la señorita Ayling tuvo relaciones íntimas.

–¿Y han averiguado algo?

–Tampoco puedo decirle nada sobre eso.

–Es usted como un muro de piedra. –Pone los ojos en blanco–. Supongo que es inseparable de la profesión con la que está casado.

–Pero usted no ha venido hasta aquí solo para decirme que soy como un muro de piedra, ¿verdad? ¿Qué la trae en realidad a Parkside, señora Evans?

Abre la boca y, momentos después, la cierra. De nuevo espero a que hable.

–He... he venido a preguntarle por una chica llamada Anna May Winchester.

–¿Anna May Winchester? Ahora me toca a mí sorprenderme.

–Sí. Era una exalumna de Cambridge que desapareció de camino al baile del Trinity en junio de 1995. Usted fue el inspector encargado del caso. Al menos eso es lo que dijo la prensa en aquel momento.

Pues claro. Dato: es cierto que Anna May Winchester desapareció de camino a un baile en 1995, fue una de mis primeras investigaciones como inspector jefe. Pero ¿por qué le interesa a Claire Evans el caso Winchester? Me devano los sesos tratando de encontrar algún tipo de relación entre Claire y Anna. Pero tengo el cerebro completamente en blanco.

–¿Por qué le interesa?

–Gran parte del intervalo entre el 13 y el 24 de junio de ese año es un agujero negro en mi cabeza –dice, y un repentino azoramiento le ensombrece las facciones–. Por eso he rescatado unos cuantos artículos de periódico de esa época. Anna aparece en varios. Esperaba que usted pudiera contarme algo más.

Esto es raro y misterioso al mismo tiempo.

–¿No escribió en su diario durante esos doce días?

–Esto... sí. Pero... creo que lo he perdido.

Estoy perplejo. La pérdida de un diario es un asunto grave. La gente no suele perder sus biografías pasadas si pueden evitarlo. Dato: la Ley de Protección de

Diarios Personales (1995) ha reducido la tasa de robos y delitos de extorsión obligando a los ciudadanos a instalar cajas fuertes en sus domicilios para almacenar los discos duros de sus diarios (aunque los robos a personas que llevan sus diarios encima en lugares públicos siguen siendo un problema).

–¿Perdido? ¿Informó de la pérdida, tal y como requiere la Ley de Protección de Diarios Personales?

–Pues... no. –Me mira con ojos avergonzados–. Digamos que... es posible que tenga que volver a buscar en mi casa.

–Pero sin duda se esforzó en memorizar esas páginas antes de perderlas.

Le tiembla el labio inferior.

–Quizá no lo suficiente –dice con un suspiro y evitando mirarme–. El caso es que he perdido esas páginas. Por eso estoy aquí. Esperaba que pudiera contarme usted lo que le pasó a esa chica.

–Señora Evans. –Yo también suspiro–. Estoy en plena investigación de un asesinato. Desbordado de trabajo. Usted sabe lo que estoy investigando. Siento decirle que la actual descripción de mi puesto de trabajo no incluye informar de una desaparición pasada.

–Por favor, inspector. –Detecto en su voz la nota aguda de la desesperación– ¿Podría por lo menos contarme lo que le ocurrió a la chica? ¿Si consiguieron encontrarla?

Quizá debería contestar a sus preguntas. Después de todo, Claire Evans es Uno, como yo. Los Uno deberíamos ser amables con los de nuestra clase (de lo contrario, ¿quién va a ser amable con nosotros?). Dato: entiendo muy bien la obsesión que puede llegar a despertar la desaparición de chicas jóvenes, que es como el estandarte de las preguntas sin respuesta.

–Voy a comprobarlo –digo volviéndome hacia el estante que hay a mis espaldas para sacar un cuaderno titulado «Desapariciones forzosas o voluntarias. Lecciones aprendidas». Paso las páginas y recorro con el dedo la columna etiquetada «U-V-W». Mi vista se desplaza hasta la entrada principal, resaltada con rotulador fluorescente.

*Von Meiser, Liesl.* ¿Qué más puedo escribir sobre la pobre Liesl, aparte de la constatación terrible, devastadora de que tuve ocasión de resolver su caso en un solo día y que mi fracaso a la hora de hacerlo me atormentará el resto de mi vida? [Recordatorio: Debería...

Siento una punzada de dolor y el corazón se me encoge. Casi no puedo

respirar. Me obligo a apartar la vista de la entrada de Liesl y a pasar al siguiente párrafo de la columna.

*Winchester, Anna May.* Desaparecida de camino al Baile de Mayo del Trinity en junio de 1995, reapareció por sorpresa en el apartamento de una amiga diecinueve días después, agitada y desnutrida. Su médico dijo que tenía los niveles de estrés por las nubes. Se cerró en banda cuando le pregunté por las razones de su desaparición; por desgracia, le he sonsacado muy poca cosa. [Recordatorio: volví de entrevistar a Winchester con la sensación de que debería mejorar mis técnicas de interrogatorio. Quizá pueda conseguir plaza en el próximo curso sobre «Cómo sonsacar información a las personas» en Londres.]

Miro a Claire Evans.

–Sí, sí apareció –digo.

–¿La encontraron? ¿De verdad?

–Diecinueve días después de que desapareciera.

–Gracias a Dios. –El alivio inunda sus facciones–. ¿Qué le pasó?

–Nunca lo averiguamos.

–Pero ¿por qué desapareció?

–Se negó a decirlo.

–Qué raro.

–En mi trabajo ocurren cosas raras –digo encogiéndome de hombros–. Porque la gente es rara. Hace cosas raras todo el tiempo. Es un dato triste y fuente continua de quebraderos de cabeza para detectives como yo. ¿Conoció usted a Anna?

Niega con la cabeza.

–Entonces ¿por qué le interesa el caso?

Fija la vista en mi tablero de ajedrez unos segundos antes de contestar.

–Me pareció raro, nada más. Que coincidiera con los días que faltaban en mi cabeza.

Tengo la impresión de que Claire Evans no ha sido del todo sincera en su respuesta. Solo una persona desesperada se desplazaría hasta Parkside para saber más de una chica que desapareció temporalmente hace veinte años.

–¿Conoce a alguien a quien le preocupara la desaparición de Anna?

Decido insistir un poco.

–No sé si Ma... –dice y traga saliva–. No.

Entonces se me enciende una luz

–¿Su marido, quizá? ¿No era estudiante de posgrado en Cambridge por aquel entonces?

Tiene los labios apretados. Pero echa los hombros atrás y murmura:

–No, no creo que Mark la conociera.

–¿Está segura?

Asiente con la cabeza, pero presiento que está ocultando algo.

–Por cierto, ¿podría decirme lo que hizo ayer su marido?

El súbito cambio de tema la hace parpadear.

–¿Tengo que contestar a esa pregunta? –se defiende, los ojos de nuevo sombríos.

–En absoluto. –No me altero–. Pero yo he contestado a sus preguntas sobre Anna Winchester. Y mi pregunta está relacionada con el hombre del que se quiere divorciar.

Suspira.

–Muy bien –dice–. Ayer Mark estuvo en casa.

–¿No salió?

Niega con la cabeza.

–No. Yo me encontraba mal y pasé casi el día entero en la cama. Mark estuvo pendiente de mí todo el tiempo. También me hizo la comida y la cena. Pero yo tenía poco apetito.

–¿Qué le pasaba?

Vacila un largo instante antes de contestar.

–Me encontraba baja de tono.

Desde luego su respuesta suena sincera.

–¿Tiene alguna idea de por qué?

Aprieta los labios durante unos segundos antes de negar con la cabeza.

–No.

Su mirada se ensombrece. Es muy posible que Claire Evans esté diciendo la verdad.

–¿Y qué me dice de anteayer? ¿Qué hizo su marido?

–Un momento.

Abre su bolso –está atestado de papeles viejos– y saca su diario. Pulsa unas cuantas teclas con el ceño fruncido.

–Mark se llevó el almuerzo a su estudio para seguir escribiendo –dice mirándome–. Después de cenar volvió allí a seguir trabajando. Creo que el jueves tampoco salió de casa.

Tengo la impresión de que la señora Evans me está diciendo la verdad sobre lo que hay escrito en su diario. Los detalles también coinciden con lo que me dijo el marido cuando lo interrogué esta mañana. Y sin embargo...

–Gracias por la aclaración –digo.

–Tengo que irme –anuncia mientras guarda el diario y cierra el bolso. Se levanta con aire de estar algo más animada que cuando se sentó. Pero antes de dirigirse hacia la puerta me mira.

–Mark no mató a Sophia Ayling –dice tensando la barbilla con determinación–. Se acuesta con otras mujeres, eso sí. Por eso me voy a divorciar de él. Pero no es un asesino. No es de los que hacen daño a los demás. Estoy convencida de ese dato.

–Espero que tenga razón.

Suspira.

–Gracias por atenderme, inspector –dice antes de salir.

¿Anna May Winchester? Pero ¿qué coño...?

**E**stoy a punto de correr escaleras abajo al cuarto de archivos cuando me doy cuenta de que Fiona está otra vez en la puerta de mi despacho. La ancha sonrisa de su cara se corresponde con el tamaño del paquete que lleva envuelto.

–Ya veo que tienes prisa –dice alargándomelo–. Pero antes deberías investigar este sándwich.

–Eres un cielo, Fi. –Le cojo el paquete–. Te debo un favor de los gordos.

–Antes te he visto cara de hambre –dice riendo mientras abro el papel de plata y empiezo a meterme pan en la boca–. Por mi diario me di cuenta de que había pasado la hora a la que sueles comer. Así que me diste pena. Devolverme el favor lo tienes fácil, por cierto. Invítame a comer un día de esta semana.

Me impresiona que Fiona se haya molestado en poner por escrito y memorizar la hora a la que suelo comer. También debería admirarme su astuta maniobra para organizar una cita conmigo.

–Claire Evans es todo un personaje, ¿verdad? –dice guiñándome otra vez el ojo–. Pero no me sorprende que el marido fuera en busca de pastos más verdes...

–¡Pero bueno! ¡Qué bruja!

–Estoy siendo sincera. No es bastante mujer para el hombre que hemos visto antes en la pantalla del ordenador de Peter. Tiene las curvas en los sitios equivocados.

–La gente tiende a engordar cuando se casa. Es un hecho.

–No me lo puedo creer. –Pone los ojos en blanco–. ¿Estás defendiendo a Claire Evans?

–Claro que no. –Niego con la cabeza y trato de engullir lo que me queda de sándwich de la manera más digna posible–. Solo estoy señalando algo obvio.

–Ya. Te gustan las rubias pechugonas. ¿A que sí?

Quiero protestar, pero tengo la boca llena de beicon crujiente. Me inclino a pensar que Fiona está coqueteando conmigo. O quizá solo quiere conocer mis gustos en lo que a mujeres se refiere.

–¿Qué tal vais con el caso? –Ríe al ver la expresión de mi cara.

Me trago el resto del sándwich antes de contestar.

–Seguimos con más preguntas que respuestas. La inesperada visita de la señora Evans ha añadido más interrogantes a los que ya tenía en la cabeza. Incluso los ha multiplicado.

–Las rubias pechugonas pueden ser problemáticas. –De pronto me mira burlona–. Igual te iría mejor con castañas delgadas, pero más dóciles.

–No necesariamente –digo incapaz de evitar que mi mirada se desvíe al álbum de fotos de Sophia que está en mi mesa, el que contiene múltiples imágenes de su anterior encarnación como mujer castaña y delgada–. No cuando tengo a una belleza de pelo negro delante de mí con el corazón lo bastante grande para traerme el almuerzo.

Fiona hace un esfuerzo por reprimir una sonrisa. Es bueno gozar del favor de la jefa de servicios informáticos, aunque no debería darle demasiado carrete. Y debería escribir estos datos en mi diario esta noche: «Es hora de dejar de coquetear con mis colegas, incluso si tienen unos ojos preciosos y llevan irresistibles pantalones de leopardo. Porque es peligroso. Sobre todo porque aún tengo esperanzas de que me asciendan a superintendente antes de cumplir los cuarenta y cinco, lo que sería un logro sin precedentes para un Uno como yo».

Con las pilas recargadas gracias al beicon, bajo corriendo al cuarto del sótano donde se archivan los casos antiguos. Aunque nadie sabe cuántas carpetas languidecen aquí, calculo que debe de haber al menos diez mil. Dato: la digitalización cuesta dinero y el cuerpo de Policía sufre constantes recortes. Estas carpetas enmohecidas seguirán en el sótano cuando me jubile.

La habitación cavernosa huele a moho y a humedad; arrugo la nariz y voy deprisa hasta el fondo. Giro la rueda al final de la hilera de estanterías, que se desplazan ruidosamente por los raíles del suelo. A los treinta segundos, más o menos, abro un hueco entre dos hileras adyacentes etiquetadas como «W-Y» y



«Y-Z». Me meto enseguida en el espacio entre los estantes y busco el cajón que me interesa. Saco el compartimento con la etiqueta «Wi-Wo» y repaso su contenido. Para mi alegría, veo una carpeta que lleva por nombre «Winchester, Anna May», encajada entre «Winch, Harry» y «Windall, Bertrand».

La abro y lo primero que me encuentro es un informe:

A/A: Comisario Geoffrey Monaghan

**Entrevista con Winchester, Anna May (Persona desaparecida con número 14745),  
9 de julio de 1995**

Entrevisté a Anna May Winchester (con domicilio en el 228 de Brook Lane, Coton) el 9 de junio de 1995 en el hospital de Addenbrooke. Su desaparición había sido denunciada diecinueve días antes (el 12 de junio de 1995).

Mis notas indican que mi primer intento de entrevistar a la señorita Winchester el 2 de julio de 1995 fue un fracaso. Sacudió la cabeza y se negó a explicar lo que le había ocurrido. También me gritó que me fuera. Su médico me sacó de la habitación y me dijo que volviera la semana siguiente, pues los niveles de estrés de la señorita Winchester seguían anormalmente altos. Que no debería retrasar su recuperación causándole más agitación, dijo. Así que regresé una semana después para otra entrevista. Duró diez minutos; aunque estaba más lúcida, siguió igual de reacia a describir lo que le había ocurrido. La señorita Winchester sí me aseguró, sin embargo, que no había sido víctima de un robo, ni secuestrada, asaltada, violada o retenida contra su voluntad.

La señorita Winchester ha dejado claro su deseo de que su paradero y vivencias durante esos diecinueve días sean «secretos», y nosotros estamos obligados a respetar sus deseos. Es mayor de edad, y sus médicos no han emitido aún un diagnóstico formal de enfermedad mental. Mi impresión, no obstante, es que la señorita Winchester sufre un trastorno psiquiátrico severo que es probable que explique su desaparición. Sus respuestas, aunque coherentes, no tenían demasiado sentido. Ya he redactado una carta para sus médicos de Addenbrooke expresando mi preocupación sobre su estado mental.

Después de una nueva consulta con el inspector Simon Harris, hemos decidido cerrar el caso Winchester.

Agente Hans Richardson, 10 de julio de 1995

Niego con la cabeza, horrorizado. No era consciente de haber escrito unos informes tan pomposos en mis días de simple detective.

Reviso el resto de papeles amarillentos del fajo, los que documentan la investigación que hice tantos años atrás. Vuelvo a horrorizarme cuando llego a la fotografía de Anna May Winchester. Apenas se la distingue, los contornos de su cara han quedado reducidos a tenues líneas espectrales. La Polaroid debe de haber perdido los colores a causa de la persistente humedad del sótano. Lo único que veo de la fantasmal Anna es que tiene la cara delgada y un pelo largo que le llega a los hombros.

Dejo a un lado la Polaroid y leo los papeles por encima. Al poco, ya estoy familiarizado otra vez con los factores clave del caso Winchester.

1. Anna era de raza blanca, de aproximadamente 1,70 de estatura y muy delgada. Ojos y pelo castaño oscuro. Estos detalles fueron revelados a la prensa.
2. Su compañera de piso Duo, Mary Elise Saunders, fue la última persona que vio a Anna el 12 de junio de 1995. Anna se había mudado a la habitación libre de Mary Elise dos días después de que su padre volviera a casarse en octubre de 1994. Hacia las 19.15, Mary Elise pasó delante de la habitación de Anna y la vio aplicándose brillo de labios. Para entonces ya llevaba un vestido largo de noche color melocotón y unos guantes blancos hasta el codo.
3. El registro de la habitación de Anna no reveló nada sospechoso. El padre y los amigos de Anna insistieron en que su comportamiento previo a la desaparición había sido completamente normal.
4. Su compañera de clase Duo, Laura Patterson, declaró que Anna había prometido encontrarse con ella en el puente de Trinity a las 22.45 para ver los fuegos artificiales, pero que nunca se presentó.
5. Anna no parecía tener novio, aunque Laura dijo que a menudo salía con chicos de la universidad.
6. El bolso de Chanel empapado que encontraron los miembros del Club de Remo de Peterhouse cerca del río, en Midsummer Common, el 17 de junio de 1995, contenía la invitación (a su nombre) para el Baile de Mayo del

Trinity, un rímel, una barra de brillo de labios rosa y un estuche de polvos compactos. El bolso también contenía su diario y un test de embarazo, aunque estos dos últimos detalles no se filtraron a la prensa. La tinta del diario se había borrado con el agua del río, lo que hacía imposible descifrar su contenido. Lo envié para someterlo a un análisis experto en escritura a bolígrafo; el informe aún no había llegado cuando Anna reapareció.

Por desgracia, no soy capaz de ver relación alguna entre Anna May Winchester y Claire Evans. Entonces, ¿por qué vino Claire hasta Parkside para preguntarme por Anna? ¿Y por qué pareció tan aliviada cuando le dije que la habíamos encontrado diecinueve días después de su desaparición?

Reviso de nuevo el contenido de la carpeta, pero sigue escapándose el posible vínculo entre las dos mujeres. Este regreso a los detalles antediluvianos de la desaparición de Anna May Winchester puede ser una colosal pérdida de tiempo. Quizá la señora Evans estaba diciendo la verdad y solo le interesaba el caso porque coincidía con los doce días de ausencia de información en su cabeza.

Debería volver al caso de Sophia Ayling. Sobre todo porque espero identificar a su asesino antes de que termine el día.

Estoy a punto de cerrar de golpe la carpeta de Winchester cuando reparo en unas letras y números minúsculos garabateados a lápiz en la esquina inferior izquierda del informe más reciente: CEG007.

Dato: nada más unirme al cuerpo me inventé un rudimentario código para mi propio uso. El código me indica que debí de guardar algo referido a la investigación Winchester en el cajón con llave de mi despacho. Un objeto con un adhesivo que lleve el número «007».

Un objeto solo para mis ojos.

Esto parece prometedor. Supongo que me puedo permitir perder unos minutos más en el caso Winchester. Devuelvo la carpeta al cajón y subo corriendo las escaleras en dirección a mi despacho. Aprovecho para sacar otro café de la máquina por el camino.

Cierro la puerta, abro con llave el cajón de mi mesa y rebusco entre lo que hay dentro. Al poco tiempo encuentro el objeto CEGO007.

Es una cinta sin identificar.

Dato: CEG007 es la abreviatura de «cinta de entrevista grabada número 7».

Pues claro. Dato: en mi primera época en el cuerpo grabé a escondidas un puñado de entrevistas. Mi primer mentor me había confesado –después de una

noche de demasiadas cervezas— que en una ocasión resolvió un caso grabando en secreto su entrevista con un matón en apariencia incoherente y escuchándola después. A partir de entonces decidí llevar a mis entrevistas una grabadora de activación por voz debajo de la camisa, sobre todo cuando sabía que iban a ser con testigos difíciles. Se trataba, por supuesto, de una acción que no contaba con el visto bueno de las autoridades. Pero por entonces yo estaba convencido de que estas cintas secretas eran una medida de precaución útil. Me permitían cubrirme las espaldas si surgían dudas sobre mi trabajo. También podía recurrir a su contenido en caso de que se me pasara algo por alto durante las entrevistas. Visto ahora, me maravilla mi inseguridad de entonces.

Pero supongo que la confianza la da la experiencia.

La número 7 debe de ser una grabación secreta de mi conversación con Anna. Mi informe del 10 de julio dice que la entrevista duró diez minutos. Igual puedo permitírmelos. Quizá Anna mencionó a Claire Evans durante nuestra conversación, y en aquel momento, tantos años atrás, el nombre no me dijo nada.

En un rincón del mismo cajón hay un reproductor de microcasetes. Lo saco, meto la cinta y le doy al *play*. Al ruido estático resultante le sigue una voz de hombre. Me horrorizo (no era consciente de lo inexperto que sonaba cuando era más joven).

Hombre: ¿Podría decirme dónde estuvo entre la noche del baile y su aparición en la puerta de la casa de Laura? Mujer: Es un secreto.

Hombre: ¿Qué le ocurrió en esos diecinueve días?

Mujer: Cosas. Cosas de todo tipo.

Hombre: ¿Cómo cuáles?

Mujer: Cosas que pasan. Te guste o no.

Hombre: Pero ¿qué cosas eran?

Mujer: ¿No le acabo de decir que es un secreto?

Hombre: Encontramos un bolso debajo del puente cerca de Midsummer Common a los pocos días de su desaparición. Contenía una invitación a un baile a su nombre. ¿Cómo llegó allí? [Silencio]

Mujer: Los objetos flotan, ¿o no?

Hombre: ¿Le quitó alguien su bolso?

Mujer: ¡Cómo me iba a dejar yo hacer algo así!

Hombre: Entonces, ¿lo perdió?

Mujer: No.

Hombre: Entonces, ¿qué le hizo separarse de su bolso?

Mujer: Ya no lo necesitaba.

Hombre: ¿Y por qué no?

Mujer: Ya cargo con bastante equipaje.

Hombre: No la entiendo.

Mujer: Con llevar dinero en metálico es suficiente.

Hombre: Pero ¿en qué se gastó el dinero?

[Silencio]

Hombre: También encontramos su diario dentro de su bol...

Mujer: Los diarios están sobrevalorados.

[Breve silencio]

Hombre: ¿Y cómo hacía para dejar constancia de las cosas? ¿Las escribía en otra parte? Mujer: ¿Tan desesperada parezco por recordar?

Hombre: Encontramos un test de embarazo dentro de su bolso. ¿Cree que puede estar embarazada? [Silencio prolongado]

Mujer: Ya no tengo... ganas de seguir hablando. La enfermera me ha puesto no sé qué inyección esta mañana.

Hombre: Pero necesitamos saber qué le ocurrió. Por favor, sea sincera conmigo.

Mujer: Todo el mundo me hace las mismas putas preguntas. Mi padre ha vuelto a la carga esta mañana.

Hombre: Porque está preocupado. Cree que puede haberle pasado algo malo.

Mujer: Sí, claro. A mi padre solo le importa él mismo y la mujer a la que se está follando ahora. Siempre ha sido igual. Debería haberlo aprendido hace mucho tiempo.

Hombre: ¿Por qué estuvo tantos días desaparecida?

Mujer: Me apetecía estar un tiempo sin hacer nada.

Hombre: Sabe que le apetecía estar un tiempo sin hacer nada y que no le ocurrió nada malo. También sabe que llevaba algo de dinero encima. Esto me dice que escribió estos datos en alguna parte. ¿Podría decirme sobre qué más escribió en ese periodo? [Silencio]

Hombre: [Suspiro audible] Laura dijo que habían quedado en verse a las once menos cuarto para ver juntas los fuegos artificiales. ¿Por qué no...?

Mujer: Laura es una zorra. Una bruja intrigante y frívola. Siempre lo ha sido. Debería haberme dado cuenta antes.

Hombre: Sin embargo, diecinueve días después se presentó en la puerta de su casa. ¿Dónde estuvo antes de eso? Mujer: [Protesta audible] Deje de darme el coñazo, ¿vale?

Hombre: ¿Por qué decidió ir a casa de Laura?

Mujer: Zorra se nace y zorra se muere. Y usted está empezando a ser un grano en el culo, igual que ella. Hombre: ¿Cómo sobrevivió? ¿Qué comía?

Mujer: No tenía hambre.

Hombre: ¿Qué hizo de camino al baile? ¿Le ocurrió algo malo? Mujer: Los hombres son unos cabrones. Sobre todo aquel.

Hombre: ¿Quién es «aquel»?

Mujer: Unos gilipollas, es lo que son. Sobre todo Mark. Me engañó a base de bien. Hombre: ¿Mark qué más? [Silencio]

Hombre: [Suspiro] A ver. ¿Le hizo alguien daño? ¿Ese tal Mark, por ejemplo? ¿Le robó, la secuestró, asaltó, violó o retuvo contra su voluntad?

Mujer: Que no, joder. No me robaron. Ni secuestraron. Ni violaron. Ni retuvieron en ninguna parte. Lo que pasó es un secreto. ¿Por qué no se va a tomar por culo y me deja en paz?

Hombre: Me alegra saber que no le hicieron daño. Ahora me voy.

Mujer: Gracias a Dios.

[Sonido de la grabadora apagándose]

Apago el reproductor, rojo de vergüenza. Parecer tan inexperto ya es malo. Pero mucho peor es descubrir que he cometido todos y cada uno de los errores del manual de 379 páginas *Cómo interrogar a un testigo*. Como, por ejemplo, ignorar los requisitos según los cuales «la escucha activa debe usarse para establecer buena sintonía» y «las preguntas capciosas deben emplearse solo como último recurso».

Así que no era solo un agente ingenuo. También era un inepto.

Es toda una lección de humildad. Quizá no debería ser tan exigente con mis ayudantes actuales. Solo me queda confiar en que mis destrezas en los interrogatorios hayan mejorado con el tiempo.

El café se me ha enfriado, pero aun así doy un largo trago. Me baja por la garganta como un jarabe para la tos pasado de fecha. Anna mencionó a un hombre llamado Mark. Un gilipollas llamado Mark, para ser concretos. Durante la entrevista no hice caso del comentario, pero debería haber insistido más. Debería haberme esforzado más por sonsacarle el apellido de Mark a aquella joven obstinada.

¿Por qué no lo hice?

Qué tonto era de joven.

Los errores de mi investigación de 1995 se amontonan igual que moscas muertas.

«Mark» tiene que ser Mark Henry Evans. No puede ser nadie más. Debió de ser también novio de Anna, de otro modo no habría dicho que la había engañado. Por eso su mujer, Claire, vino a Parkside hace una hora preguntándome por Anna.

Mark, Anna y Claire estuvieron relacionados hace veinte años. Pero ¿cómo exactamente? ¿Le hizo Mark algo terrible a Anna en la noche del baile del Trinity que la llevó a estar diecinueve días desaparecida? ¿Y por qué no retuvo Claire ningún dato de esos días?

The Daily Telegraph, 2 de febrero de 2015

### **Maltratador de pacientes Uno se declara culpable**

Un psiquiatra británico ha reconocido que golpeó a diversos Uno húngaros en la cabeza con un palo y que los sometió a graves maltratos emocionales en un intento por mejorar su memoria a corto plazo.

El Duo Steven Temple, de 47 años, se ha declarado culpable de veinticinco cargos de maltrato físico y verbal. Hace diez años se instaló en Londres, procedente de Budapest, para trabajar en su investigación sobre los Uno después de recibir una beca de la controvertida Fundación por la Igualdad de los Uno (FIU).

En su defensa, el doctor Temple aduce que los participantes Uno de su estudio habían firmado un consentimiento aceptando estos métodos poco ortodoxos. Todos ellos, insiste, estaban deseosos de mejorar su capacidad de memoria. La mayoría de los individuos, afirma, se sentían frustrados por sus profesiones poco cualificadas y por la discriminación de la que eran objeto, sobre todo en lo referente al acceso a una educación superior y a mejores salarios.

El doctor Temple cree que ha conseguido reproducir en dos humanos los resultados de un experimento de 2005 de la Universidad de Harvard realizado en ratones. Considera que, en vez de ser criticado, debería ser alabado por sus logros sin precedentes. En concreto, afirma que ha convertido a una mujer Uno en Duo mediante insultos y repetidos golpes en la cabeza. También dice que ha logrado con éxito transformar un hombre Uno en una persona con una memoria «muy superior a la de un Duo».

Observadores legales han señalado que la defensa del doctor Temple se ha visto gravemente perjudicada por el hecho de que la supuesta Uno convertida en Duo se haya negado a testificar ante el juez, mientras que el hombre Uno con «memoria muy superior» parece haber desaparecido cuando se dirigía a su casa desde el trabajo la semana pasada.

La investigación continúa.



## Mark

Emily Wade está en la puerta de su apartamento. Alrededor de su ancha cintura lleva atado un delantal con manchas de crema espesa. El olor empalagoso de la mantequilla fundida y el azúcar caramelizado flota cerca de mis fosas nasales. Debe de estar horneando alguna cosa.

Pero sus labios esbozan una mueca triste y cruel. También blande una espátula en mi dirección.

–Claire no está aquí –dice.

–Pero si me dijiste que estaba contigo.

–Y estaba. –Emily entrecierra los ojos–. Pero ya se ha ido. Hace diez minutos.

–No te creo.

–Pues es verdad. –Las palabras le salen susurradas y de mala gana–. Yo no miento. A diferencia de otros.

–Por favor, Em. –Decido suplicar, a pesar de la naturaleza punzante de la espátula–. Tengo que hablar con Claire.

–No está aquí –dice Emily con un gruñido mientras me apunta con la espátula–. Se fue después de que llamas. Dijo que tenía que ir a no sé dónde para descifrar el pasado. Y aunque estuviera aquí, no querría hablar contigo. No después de lo que has hecho. Me lo ha contado todo.

–Has dicho «el pasado». ¿Mencionó Claire el verano de 1995?

Detecto un asomo de sorpresa en los ojos de Emily. Dura una fracción de segundo, después adopta de nuevo su expresión hostil.

–Eso no es asunto tuyo. Ya le has hecho bastante daño. Y, por cierto, Claire va muy en serio con lo de divorciarse. En un par de días tendrás noticias de su abogado. Te va a llegar una demanda bien gorda.

Cierra de un portazo y pone así fin a los aromas cálidos que surgían de su apartamento.

Necesito encontrar a Claire enseguida. Para evitar que se haga daño. Que me haga daño. Que nos lo haga a los dos. Pero sigo sin tener ni idea de adónde puede haber ido.

Tengo que pensar.

Quizá debería ponerme en su lugar. Si ha estado fisgando en mi carpeta de «Verano de 1995», debe de estar desesperada por recuperar ciertos detalles de esa época. Dato: si se llevó la carpeta entera, o bien tenía prisa por salir de mi estudio, o bien no sabía muy bien lo que buscaba.

Pero ¿por qué le interesa de pronto a Claire ese verano?

Golpeo el volante de mi Jaguar con impaciencia.

Sigo sin entender.

Dato: Claire y yo nos conocimos en mayo de 1995. ¿Es posible que quiera rastrear uno o dos detalles significativos de nuestros primeros días de relación? ¿Algo que le preocupe más que este feo asunto de Sophia Ayling? Si es así, ¿qué es exactamente lo que está intentando averiguar? ¿Puede...? ¿Puede ser que le preocupe la tumultuosa secuencia de acontecimientos que culminó en el altar de la Trinity Chapel? ¿Esos drásticos sucesos desencadenantes de nuestra marcha forzada por el pasillo de la iglesia antes de que las hojas de los árboles se convirtieran en una explosión de rojos y amarillos anaranjados? Golpeo más fuerte aún el volante y llego a la conclusión de que debo consultar las entradas de mi propio diario de aquel fatídico y lejano verano. Revisitar los datos necesarios.

Mierda. Los contenidos de mis diarios de papel no son accesibles con solo pulsar un botón. Mientras maldigo al señor Jobs por no inventar antes el iDiary, arranco el coche y piso el acelerador en cuanto el motor cobra vida. Bajo a toda prisa Grange Road respetando apenas el límite de velocidad.

Tardo solo cuatro minutos en llegar a casa desde el apartamento de Emily. Freno con un chirrido, bajo del coche a toda prisa y corro por el camino del jardín hacia mi estudio. Abro la puerta y voy directo a mi caja fuerte color platino hecha a medida (supongo que todos tenemos nuestras pequeñas manías) situada al fondo de la habitación. Dato: el código de doce dígitos de la caja fuerte es 280276140669. Tecleo el número y la sólida puerta de metal se desliza despacio de izquierda a derecha.

Al igual que mis carpetas, mis diarios en papel están dispuestos en estricto orden cronológico. Paso un dedo por sus lomos cuidadosamente alineados y me

detengo en el volumen que dice «Mayo-septiembre 1995». Paso varias páginas de caligrafía inclinada antes de encontrar la entrada que me interesa.

La última parte dice:

He llevado a Hannah Aston-Darlington al Varsity Blues a cenar y se ha marchado furiosa minutos más tarde cuando la camarera ha dejado caer una pluma en su regazo llenándole la falda de manchas de tinta. Voy a poner por escrito la vibrante conversación que siguió. Ayer leí *Diez consejos para escritores*, de la profesora Highsmith; decía que todos los aspirantes a novelistas deberían poner por escrito fragmentos de conversaciones de la vida real en sus diarios si quieren escribir buenos diálogos en sus libros. Solo los escritores que llevan un registro meticuloso y sincero de sus experiencias diarias se convertirán en autores de éxito. Highsmith debe de estar en lo cierto (aunque tengo la creciente sospecha de que unos diálogos bien escritos no son conversaciones reales, de la misma manera que el buen porno no es sexo real).

–Vaya, cómo lo siento, señorita.

–Mierda. Mira cómo me has dejado la falda. La compré la semana pasada.

–Lo siento mucho, señorita. Le pagaré la tintorería. O una falda nueva.

–Serás imbécil. ¿Cómo vas a poder pagar una falda así con un sueldo de camarera? Dios, este sitio me ha puesto enferma. Está lleno de gente Uno, son todos unos ineptos.

–Tranquilízate, Hannah.

–Deberías haberme llevado al Hotel du Vin, Mark. Mi diario dice que es un sitio más civilizado. Esta zorra me ha destrozado mi falda de Dior. Joder, hasta se me ha quitado el hambre.

Por mi parte pensé que las manchas violeta le daban al tejido un interesante aspecto vanguardista (aunque es verdad que ahora la falda parecía más de Banksy que de Dior). Por desgracia, mi cita no compartía esta opinión. Se recogió la falda y salió como una furia del restaurante, después de soltarle a la camarera otra ristra de insultos de lo más variopinta. No puedo decir que sintiera verla irse. Su compañía a veces puede ser asfixiantemente empalagosa. También tiene tendencia al melodrama. Supongo que esperaba que la siguiera con expresión conciliadora. Pero decidí no tomarme la molestia de salir detrás de la histriónica señorita Astor-Darlington. Después de todo, ha resultado ser una tremenda decepción en la cama. Se limitó a tumbarse en silencio como un pez muerto, dejándome todo el trabajo a mí. Además, sus tetas caídas son tan sensuales como dos sacos de arena.

La camarera Uno, en cambio, era otra cosa. Sus mejillas todavía tenían el rubor rosado de una adolescente; su expresión desprendía una mezcla de inocencia aññada e ingenuo encanto. Para mejorar aún más las cosas, pude verle el generoso escote cuando se agachó a recoger la pluma. La camiseta ajustada que llevaba puesta apenas le tapaba los pechos. (Esa es en parte la razón por la que me gusta venir al Varsity Blues, supongo: les encanta vestir a las camareras Uno de putones). Su culo era verdaderamente impresionante, monumental incluso. Los ojos, a pesar de rebosar humillación, ardían como un día de verano de calor abrasador. De ser yo poeta, habría tenido la tentación de ponerme lírico sobre su color lavanda. Se disculpó y ofreció pagarme la cena de su bolsillo. Acepté entusiasmado, sabiendo que eso me daría la oportunidad de seguir admirando sus múltiples atributos un rato más.

La observé correr de un lado a otro durante unos veinte minutos y me fijé en que otros clientes masculinos también la miraban con lujuria. El Burdeos que me trajo resultó ser un vino peleón con sabor a pis de gato, debía de ser uno de esos *cinquième cru* que mi padre ni se molestaría en comprar en esta vida (ni en la siguiente). En el Varsity Blues deberían aprender cómo se conserva el vino de Burdeos. Pero bueno, el caso es que conseguí beberme la frasca entera. La vida es demasiado corta para beber mal vino, pero hasta el más atroz es tolerable en presencia de una mujer bonita. Dejé una pequeña propina y una nota invitándola a cenar en el Hotel du Vin a las 19.30 este lunes, que es cuando la otra camarera (Emily) me dijo que tenía el día libre.

Estoy seguro de que la Encantadora Rubia de Curvas Generosas y Ojos Ardientes acudirá a la cita. Parece una chica fácil. Incluso me inclino a pensar que las angelicales camareras Uno pueden ser un estimulante sustitutivo de rubias y estiradas Duo (con apellidos compuestos) que recitan a Kafka en sueños. Sobre todo si la camarera en cuestión está dotada de unos encantadores pechos que están pidiendo a gritos un buen repaso.

¿Un buen repaso? Releo boquiabierto la tinta desvaída. ¿De verdad escribía esta basura en mis diarios cuando era más joven? Esa noche debía de estar muy borracho. De Burdeos peleón, para más señas. Puede que haya algo de cierto en ese aforismo que dice que las indiscreciones y la mala prosa de la juventud acaban atormentando la vejez de un escritor. Suspiro mientras paso unas cuantas páginas y llego a la última parte de la entrada del lunes:

La cena en Du Vin resultó estupenda. La Encantadora Rubia [Recordatorio: se

llama Claire Bushey] se presentó con un vestido de cóctel con un escote de vértigo y me pasé casi toda la velada comiéndome con los ojos lo que se intuía debajo. La conversación no estuvo mal, aunque los temas no fueron demasiado intelectuales. No sé por qué terminé contándole mis problemas para conseguir que me publicaran un libro, en especial mis repetidos fracasos en el concurso de relatos de *The Times*. No sé cómo salió el tema, por qué surgió de repente delante de un plato rectangular de cola de langosta. Quizá es que mi subconsciente lleva demasiado tiempo temiendo en secreto confesar esas cosas a los otros Duo que frecuento en mi vida diaria. Por miedo a reconocer que soy el mayor fracasado de mi departamento de Literatura. O quizá sus enormes y preciosos ojos color lavanda me soltaron la lengua. Desde luego irradiaba una gracia interior de lo más benévola, una empatía callada pero sensible. Salí de la cena mucho más feliz que cuando llegué. Quizá no sea tan malo, después de todo, rodearse de chicas Uno poco sofisticadas con actitudes existenciales refrescantemente simples. Al fin y al cabo, es menos probable que te juzguen por lo que no has logrado (todavía) en la vida.

Caerá tarde o temprano. Sobre todo si sigo regalándole rosas y pidiendo botellas de champán reserva. Con el Krug del 77 conseguí impresionarla. Lo que está bien, porque a las chicas Duo que conozco en el Trinity casi nada las impresiona. [Recordatorio: la próxima vez deberíamos tomar caviar. Quizá eso me coloque en primera línea en la carrera por esas dos peritas en dulce.]

Se me escapa otro gemido. *¿Peritas en dulce?* Esto va de mal a directamente grimoso. Me dispongo a pasar página, pero entonces me llama la atención el principio de la entrada siguiente (del 30 de mayo de 1995):

Anna May Winchester insistió muchísimo mientras tomábamos un café esta mañana en que algún día terminaré metido en política.

–Tienes pinta de político. Te lo veo en los ojos.

–¿De político? Estarás de broma, siempre he querido ser escritor.

–Y lo serás. Pero escribir no te dará la satisfacción que de verdad ansías.

–¿En serio?

–Tus ojos me dicen que eres un hombre que necesita estar siempre demostrando algo. A ti mismo y a los que te rodean. Puede que la política llene ese vacío.

–Nos conocemos de solo unos días. ¿Cómo puedes saber algo así?

Río antes de contestar:

–Somos almas gemelas, Mark. Las almas gemelas saben lo que le conviene a la otra.

[Recordatorio: debería considerar de una vez por todas la posibilidad de entrar en política algún día. Puede que Anna tenga razón. Si es capaz de entender cosas tan profundas sobre mí en tan pocos días, puede que sea porque forma parte de mi destino.]

Probablemente no habría dado esa dichosa rueda de prensa de esta mañana si Anna no hubiera dicho esas palabras hace veinte años. Es asombroso cómo los efectos de conversaciones en apariencia insignificantes ocurridas hace tiempo siguen resonando años después.

Pero ahora debería centrarme en Claire, no en Anna. Con un suspiro, paso las páginas hasta la entrada del 3 de junio de 1995:

Claire Bushey cayó al fin ayer por la noche, después de que la atiborrara a caviar y champán (mi plan maestro funcionó). Yo también había bebido bastante de la botella de Ruinart Rosé, las tres cuartas partes más o menos. No sé ni cómo conseguí que se me levantara.

Y la noche me tenía reservada una sorpresa: Claire resultó ser una virgen candorosa. Claro que debería haberlo imaginado. Esa inocencia ingenua, infantil, debía de venir de alguna parte.

Ahora estoy convencido de que no puede haber nada más satisfactorio que el acto de «desflorar a una doncella intacta» (por usar la frasecita que leí ayer en el *Manual de Literatura Medieval Duo*), en especial una tan encantadora y bien dotada como Claire (¿quizá por eso se me levantó?). Ahora entiendo por qué a algunos mártires se les prometen noventa y nueve vírgenes en el cielo ¿o son setenta y dos? Esta mañana, cuando me desperté, vi que se había marchado durante la noche, después de que me quedara sumido en un sopor postorgásmico. Espero que no se cruzara con el portero.

El tono displicente de la entrada me avergüenza. Supongo que un macho de veinticinco años de sangre caliente tiene derecho a presumir de una o dos conquistas, pero el joven Mark Henry Evans era un idiota con todas las letras.

Dato: mi siguiente encuentro con Claire no fue tan agradable. Debería leer mi relato de lo ocurrido porque quizá me ayudaría a entender su actual interés por el

pasado. Paso un par de páginas hasta la entrada del 12 de junio de 1995 y trago saliva:

Esperé fuera cuarenta minutos; salió una chica y me dijo que Anna había ido a casa de sus padres en Coton a recoger un collar y que iba con retraso. Al final salió con un espléndido vestido color melocotón y tacones vertiginosos (no llevaba ningún collar; ella o su amiga debían de haber mentido). Tenía la cara roja de agitación. No se disculpó por haberme hecho esperar; se limitó a agarrarme la mano y a permanecer callada los quince primeros minutos del paseo al Trinity. Entonces, para mi sorpresa, soltó:

–Necesito marcharme unos días.

–Me parece muy bien.

–Dijiste que querías llevarme a Cornualles el fin de semana. Que alquilarías un barco para que pudiéramos pasar una tarde tranquila en el agua, formando estelas a nuestra espalda.

–No tengo ese dato en mi diario.

–Pues lo dijiste. Lo tengo todo escrito. ¿Nos vamos el viernes a Cornualles?

–No puedo tomarme todo el fin de semana. No con tan poca antelación.

–Pues entonces vámonos a dormir a Norfolk. Dijiste que te encantaría llevarme de pícnic a las dunas. Descorcharemos una botella de champán y veremos ponerse el sol sobre la marisma.

–Esto... A ver, tampoco tengo apuntados esos datos.

–Joder, eres muy selectivo en cuanto a los datos que decides memorizar, Mark.

Me encogí de hombros antes de contestar.

–No puedo poner por escrito cada cosa que digo.

–Necesito tiempo para pensar lo que voy a hacer con mi madrastra. Me está volviendo loca con sus amenazas.

–Lo siento, Anna, pero no puedes pedirme que lo deje todo y me marche de un día para otro. Es la Semana de Mayo en Cambridge. Este fin de semana hay un montón de cosas.

–Pero dijiste que harías cualquier cosa por mí. Por pequeña que fuera. Sobre todo si necesitaba tu ayuda.

–¿De verdad dije eso?

Se detuvo en seco y me miró furiosa con las manos en jarras.

–No lo decías en serio, ¿verdad? Me estabas mintiendo.

–No te pongas melodramática.

–¿Cómo te atreves a llamarme melodramática? ¡Cómo te atreves!

–Tranquilízate, Anna.

–Que te den, Mark.

Así que pasamos de darnos la mano a pelearnos en cuestión de minutos. No me había dado cuenta de que Anna tenía un temperamento tan explosivo hasta que levantó una mano para abofetearme. No sé qué es lo que la había alterado tanto, pero supongo que lo que dije le resultó inaceptable. Tuve que defenderme de su ataque, porque lo último que quería era llegar al baile con un ojo a juego con mi esmoquin. Entonces, de pronto, Anna tuvo la mala suerte de perder el equilibrio, cayó de lado y chocó con una farola provocando un ruido muy feo. Di un respingo, alarmado, y momentos después la oí gemir:

–¡AU, JODER! PERO ¿QUÉ COÑO?

Me agaché para ayudarla, pero se negó a darme la mano e incluso intentó pegarme otra vez. Por suerte conseguí esquivar sus manotazos frenéticos. Al final la dejé arrodillada cerca de la farola con las manos en la cabeza y sin dejar de gritar.

Bajé por Portugal Place y en Magdalene Street me llevé un nuevo susto. Claire Bushey se plantó delante de mí de brazos cruzados y con ojos llenos de indignación.

–Te he visto, Mark. De la mano con ella. Y he visto todo lo que pasó en Jesus Green. Todo. Te estás acostando con ella, ¿verdad? No quiero volver a verte en mi vida.

Estuve tentado de contestarle que un rollo es un rollo y que nosotros no éramos pareja. Pero Claire se marchó antes de que pudiera abrir la boca para no oír lo que tenía que decirle. Maldiciendo interiormente las manías de las mujeres de este país (al parecer todas están un poco locas), bajé por Trinity Street y me horroricé al ver a las puertas de la universidad la fila interminable de gente que iba al baile. Vi a Eleanor Rotschild en la cola, impresionante con un vestido amarillo, y decidí unirme a ella...

Sí, así arrancó la noche en que empezaron todos mis problemas con las mujeres. Con un suspiro, paso unas cuantas páginas hasta la entrada del 15 de junio de 1995.

Esta tarde he leído en *The Times* que Anna no se presentó en el baile del Trinity el lunes. La última vez que la vieron estaba en su habitación, vistiéndose para la fiesta.



Me he quedado boquiabierto y me ha bajado un escalofrío por la espalda. ¿Qué coño le pasaría después del ataque de histeria en Jesus Green?

He estado a punto de llamar a la Policía para contarles que la había acompañado durante parte del camino al baile. Pero algo me ha retenido. Sería horrible si todos se enteraran de que nos peleamos antes de que desapareciera. Por si fuera poco, también habíamos discutido la noche anterior a su desaparición (según la entrada de mi diario del 11 de junio, aunque también dice que después nos reconciamos en la cama). Que me culparan de la desaparición de Anna sería un desastre. Si alguien le hizo daño después de que yo la dejara en Jesus Green, sin duda me acusarían de haberla abandonado –en un estado lamentable, de rodillas– de camino al baile. Y si hizo alguna locura llevada por la histeria (como tirarse al río) también podrían hacerme responsable.

Mi convencimiento de que debo guardar silencio sobre nuestra relación se confirma cuando, una hora más tarde, suena el teléfono. La mujer que llama se presenta como Laura Patterson, compañera de clase de Anna.

–Dice mi diario que Anna me dio plantón la noche del 3 de junio porque quería cenar con un tío llamado Mark Evans. ¿La has visto hace poco?

Trago saliva, al principio sin saber qué decir. Decido reconocer que, aunque Anna y yo cenamos aquella noche, no la he visto hace poco (la expresión «hace poco», tal y como yo la interpreto, corresponde a los límites de mi memoria a corto plazo, es decir, que abarca ayer y anteayer). Laura parece decepcionada, y me explica que está intentando ayudar a la Policía en su investigación. Le prometo llamarla si descubro algo importante sobre Anna y le pido que haga lo mismo conmigo. Cuelgo con mano temblorosa, confiando en que Laura no descubra que Anna y yo nos acostamos tres veces desde el 3 de junio.

Entonces caigo en la cuenta. Mi entrada del 12 de junio decía que Claire Bushey vio mi altercado con Anna: «Y he visto todo lo que pasó en Jesus Green. Todo». Es entonces cuando comprendo que Claire podría llegar a decir algo que me incriminase si la Policía la interroga acerca de la desaparición de Anna. Tengo que encontrar la manera de asegurarme de que Claire nunca descubra su identidad. Y que, incluso si oye en alguna parte el nombre de Anna (y se entera de que ha desaparecido envuelta en un grueso velo de misterio), la tengo de mi parte.

A las 18.30 agarro mi cartera y salgo corriendo por la puerta trasera del Trinity en dirección al Varsity Blues (por desgracia, no tengo ni idea de dónde

vive Claire). Me mira indignada cuando aparezco en la puerta. Al percatarme de que algunos clientes nos están mirando, le pido que salga fuera conmigo para hablar un momento. Se niega, frunciendo los labios y cruzándose de brazos. Entonces me pongo a suplicar en voz alta, lo que provoca que el dueño del restaurante (Jenkins, creo que se llama) me eche un rapapolvo por molestar a sus empleados. Vuelvo cuando Claire termina su turno de noche, alrededor de las 22.30. Al salir del restaurante pasa de largo, ignorando mi presencia. Sus ojos se han convertido en dos duros huesos color lavanda. Mientras la sigo, le pido disculpas por cómo la he tratado. Pero se sube a su bicicleta y se aleja, pedaleando con la espalda rígida.

Debería volver mañana al restaurante. Es vital tener a Claire de mi lado.

Suspiro y niego con la cabeza. Dato: Claire me perdonó doce días después. Para confirmarlo, compruebo la entrada del 24 de junio de 1995. Dice:

Claire salió del restaurante hacia las once menos cuarto. Su mirada se detuvo en el ramo gigante de rosas escarlata que llevaba en la mano. Pero frunció los labios, irguió su cuerpo y siguió caminando hacia donde tenía la bicicleta. La seguí, profiriendo disculpas en mi tono más humilde. Entonces, y para mi sorpresa, emitió un suspiro prolongado antes de volverse a mirarme con los ojos entrecerrados.

–No vuelvas a engañarme con otra.

–Lo siento, Claire. Por favor, dame otra oportunidad y te demostraré que eres la única mujer que me importa.

Puse el ramo de rosas en el cesto de su bicicleta. Me dedicó un breve saludo con la cabeza antes de alejarse pedaleando; vi que tenía los hombros relajados.

Aunque supongo que está a punto de perdonarme, debería seguir haciendo todo lo posible por tenerla de mi parte. Mañana por la noche voy a plantarme otra vez a la puerta del Varsity Blues, armado con otro ramo de rosas gigante. Parece que le gustan las de color escarlata; estoy convencido de que la súplica persistente es la llave de entrada a su corazón.

Gimo horrorizado mientras paso unas cuantas páginas hasta la entrada del 4 de julio de 1995.

El día ha traído doble ración de bombas. A las diez de la mañana ha sonado el teléfono; era Laura Patterson.

–Quería decirte que Anna se presentó en la puerta de mi casa hace tres

mañanas.

–¿De verdad? Gracias a Dios. ¿Qué le ha pasado? ¿Por qué desapareció?

–Sé tanto como tú.

–¿Cómo?

–No lo ha dicho. Se niega a contarme nada.

–No lo entiendo.

–Parecía enferma y desaliñada, y seguía llevando el vestido largo.

–¿Cómo? ¿Se ha presentado en tu puerta con el vestido de la fiesta?

–Sí. Aunque estaba hecho jirones. Me preocuparon los arañazos en los antebrazos. Tenía el pelo enredado y grasiento. Pero lo que más me inquietó fue la expresión de sus ojos. Parecía... desquiciada. Así que llamé a una ambulancia.

Una sensación de alivio se ha apoderado de mí, aunque seguía temiendo que me culparan de la desaparición temporal de Anna. He seguido interrogando a Laura. Me ha dicho que, hasta el momento, se ha negado a explicar nada a nadie. Mi alivio ha aumentado; si Anna guarda silencio sobre lo que le ha pasado es difícil que me incriminen por nada.

El alivio ha durado hasta que me he reunido con Claire para comer en el Olive Tree. Ha llegado al bistró ruborizada y con los ojos brillantes. Debería haber sospechado desde el principio que algo iba mal. Pero estaba demasiado concentrado en la peliaguda tarea de terminar con ella sin romperle demasiado el corazón. Al final había llegado a la conclusión de que las relaciones a largo plazo entre los Duo y los Uno no son viables.

Me disponía a soltarle eso de que se merecía a alguien mucho mejor que yo, justo después de que el camarero nos sirviera las *crèmes brûlées*. Tiene gracia, iba a utilizar el más socorrido de los tópicos del manual *Cómo romper con la chica que te has estado follando para salvar tu vulnerable culo*. Supongo que los hombres tendemos a recurrir a lugares comunes y frases manidas en momentos de desesperación. Pero antes de que pudiera abrir la boca, Claire ha dejado su cuchara en la mesa, se ha limpiado una mano temblorosa en la servilleta y me ha soltado algo que no habría querido oír ni en un millón de años.

–Estoy embarazada.

Mi tenedor se ha estrellado en el suelo de cemento. Debo de haber mirado a Claire varios segundos con la boca de par en par, horrorizado.

–No me mires, así, Mark. Di algo, por favor.

Yo parpadeaba, pero ante mis ojos seguían bailando motas negras de

incredulidad.

—¿Estás segura?

Las palabras me han salido en un borbotón angustiado. A modo de respuesta, Claire ha asentido vigorosamente con la cabeza. Me ha explicado que el día anterior se había hecho un test de embarazo, después de vomitar en el baño de la señora Perkins cinco mañanas consecutivas. La raya azul del test (y el hecho de que tuviera un retraso de dos semanas) ha hecho que esta misma mañana fuera a ver al médico. Este le ha confirmado que estaba embarazada. De unas cuatro semanas, ha dicho.

Joder con la fertilidad de las Uno. Era en lo único que podía pensar. Pero, aunque me he sentido tentado de huir del bistró, un molesto sentido de la responsabilidad me ha mantenido pegado al asiento. Bien quieto. En el afilado borde del precipicio que se asomaba al descomunal abismo del deber.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

Abortar cuanto antes, he estado tentado de decir. Ese bastardo Duo-Uno me va a arruinar la vida. Si es que no lo ha hecho ya. Pero me he mordido la lengua. Si alguna vez llega a saberse que he interrumpido el embarazo de un hijo mío, mi reputación se haría trizas. ¿Cómo me atrevía siquiera a pensar en matar a mi hijo?

La mirada de Claire se ha oscurecido ante mi silencio prolongado.

—¿Ni siquiera te alegra la noticia?

Tras hundir la cuchara en mi *crème brûlée*, me he llevado una porción gigante a la boca.

—¿Nos vamos a casar?

Casi me atraganto con la pregunta, pero he conseguido mantener la compostura.

—Luego lo hablamos, ¿de acuerdo?

Mi respuesta ha provocado una profunda arruga en el rostro de Claire.

Buscando una salida apropiada a la situación, le he prometido que comeríamos otra vez mañana para seguir hablando del asunto. A Claire no ha parecido satisfacerle mi respuesta, pero ha accedido a quedar en el Backstreet Bistro a la una. Luego he vuelto a la universidad, andando como en una nube, y he estado a punto de ser atropellado por una bicicleta que bajaba por Trinity Street en dirección prohibida.

¿Qué coño voy a hacer? Estoy jodido por haberme follado a una virgen en el día equivocado del mes.

Frunzo el ceño. ¿Estará Claire intentado recordar alguno de los datos que acabo de leer? Si es así, ¿cuáles exactamente? ¿Quizá ese lamentable asunto de Anna? Es poco probable. Claire, hasta donde tengo datos, nunca supo el nombre de la chica con la que discutí en Jesus Green.

Además, eso fue hace mucho tiempo.

¿Es posible que esté intentando averiguar lo que de verdad pasó la mañana de nuestra boda?

Nuestra boda. Joder. Dato: casi llego tarde al altar. Menudo desastre. Si hubiera conseguido resolver las cosas con Anna antes... Si hubiera sido más amable con ella, algo más delicado con mis palabras... (y me atrevo a considerarme escritor). Suspiro y vuelvo a la entrada del 8 de julio de 1995:

Esta mañana decidí ir a ver a Anna al hospital. Entré de puntillas en la habitación, aterrado por cómo reaccionaría ante mi presencia. Pero no tenía motivos para preocuparme. Me dirigió una sonrisa medio tímida, como si nunca nos hubiéramos peleado, antes de bajar la vista al libro que tenía en las manos (*Alicia en el País de las Maravillas*). Me senté junto a su cama y me fijé en que su aspecto era al mismo tiempo demacrado y circunspecto. Desde luego no era la Anna temperamental de siempre (después de todo, ¿no la describía una de las entradas de mi diario como «una verdadera tigresa en la cama con garras y todo»?).

–Siento que tuviéramos esa discusión tan tonta aquella noche. Me merecía todos los puñetazos que me diste.

Anna se limitó a seguir con la vista fija en el libro. Su mutismo implicaba perdón, lo que me dio valor para preguntarle dónde había estado. Pero, por toda respuesta, suspiró.

–Espero que no sea culpa mía, Anna.

–Aquella noche me pusiste tan furiosa que me di contra una farola. Lo acabo de recordar todo.

Empezó a temblarle el labio inferior.

–¿Qué has recordado?

–El pasado. Todo el pasado. De repente.

–¿Cómo dices?

–La verdad es una carga. En especial esas verdades que te has ocultado a ti misma desde que cumpliste los veintitrés.

–¿Qué quieres decir?

–Después de que te fueras, me senté en Jesus Green y grité. Eran

demasiadas cosas para digerirlas de una sola vez. Demasiadas.

–No entiendo de qué estás hablando.

–Y, sin embargo, de todo eso podía haber salido algo bueno. Algunos recuerdos son una mierda, pero otros te dan esperanza. El diablo está en los detalles, Mark. Porque los detalles pequeños importan.

–De verdad que no te sigo....

–Me acuerdo del día que nos conocimos. En el vestíbulo del museo Fitzwilliam, al comienzo de una larga escalera. Vi la chispa en tus ojos cuando me acerqué a ti. Tú sabías, ya entonces, que había algo entre nosotros. Que éramos almas gemelas, aunque no nos conociéramos. La chispa seguía en tus ojos mientras me dabas la mano y retenías la mía un poco más de la cuenta. La he recordado ahora. La chispa.

–Igual tienes razón en lo de la chispa, pero...

–La curva de tus labios. De eso también me acuerdo. Me suplicaste que te diera mi número de teléfono con un mohín de desesperación, como si no pudieras soportar la idea de no volver a verme.

–Me asombra que escribieras todos esos datos.

–Recuerdo hasta tus muestras de afecto más pequeñas. Todas y cada una. Como cuando, una vez, me apartaste un mechón de pelo de la cara y tus dedos me acariciaron la piel como el aliento de una mariposa. Ningún hombre, ni siquiera Alistair, me había demostrado una ternura así antes. Tú me quieres, Mark. En el fondo de tu corazón.

–Debes pasarte el día escribiendo datos.

–Te quiero, Mark. Y tú a mí, ¿a que sí? Dímelo. Necesito oírtelo decir.

En aquel instante me vino un dato a la cabeza: dentro de unas semanas tengo que casarme con Claire Bushey. A ello siguió una segunda desalentadora certeza: no debería seguir dando esperanzas a Anna. Aunque me halagara oír que estaba enamorada de mí.

Así que tomé aire y, con torpeza y de manera apresurada, le dije:

–He... He conocido a otra mujer en este tiempo. Y, esto... me voy a casar con ella dentro de poco. Lo siento, Anna. Lo siento mucho.

Dio un respingo y abrió mucho los ojos. Pasé los siguientes segundos buscando las palabras adecuadas, hasta que se me ocurrió algo amable pero torpe.

–Las cosas tenían que haber ido de otra manera. Pero me alegro tanto de que estés a salvo... Por favor, cuídate, Anna. Por favor, ponte buena pronto.

Me puse de pie y salí de la habitación sin atreverme a mirarla a la cara. Pero

en cuanto salí al sol radiante me invadió un torrente de alivio. Creo que me he librado. Anna no me culpa de su desaparición temporal (aunque sigo preguntándome dónde estuvo metida esos diecinueve días).

Por nuestra conversación, tendría que haber sospechado que algo no iba bien. Y no debería haberle soltado de una manera tan brusca y poco delicada que había conocido a otra chica y que me iba a casar con ella. Recuperar datos pasados es una tortura cuando eso viene acompañado de la constatación de que podías haber hecho las cosas mucho mejor. Sobre todo a la luz de lo que pasó el día que me casé con Claire. Suspiro y voy a la entrada del 30 de septiembre de 1995:

El teléfono de mi dormitorio sonó antes de que hubiera terminado de abotonarme la camisa del chaqué. Era Pippa.

–He hecho un último intento de convencer a mamá y papá.

–Déjame adivinar. Papá no da su brazo a torcer.

–Eso me temo. Ha dicho que no piensa asistir a una boda entre una Uno y un Duo bajo ninguna circunstancia. Incluso si el que se casa es su hijo.

–¿Soltó otro de sus rollos sobre lo estúpido que soy?

–Pues... sí. Para serte sincera, Mark, dijo que solo un hijo tonto se casaría con una Uno tonta y que no quiere saber nada de hijos tontos. Para que lo sepas, mamá ha considerado la posibilidad de llevarle la contraria e ir hoy a Cambridge. Pero al final papá la ha convencido.

–No pasa nada. Pero a ti sí te veo esta tarde...

–Pues es que...

–No vas a venir, ¿verdad?

–Lo siento. Papá ha dicho que desheredará a todos los que vayan a tu boda. Eso me incluye a mí. Al parecer no está dispuesto a tolerar tontos fracasados, hijos tontos e hijas estúpidas.

–No pasa nada. No tienes que venir. No si papá se va a enfadar.

–Lo siento mucho, Mark.

Colgué el teléfono. Suspiré por la falta de agallas de mi hermana y por la estrechez de miras de toda mi familia y seguí vistiéndome. Empecé a hacerme el nudo de la corbata y mi imagen agobiada en el espejo me hizo parpadear. En ese momento me di cuenta de que, desde que Claire me había dado la noticia de su embarazo, me habían salido nuevas arrugas en la frente. Pero

había tomado una decisión y la iba a mantener. Incluso aunque toda mi arrogante familia me diera la espalda.

Justo entonces oí un suave murmullo a mi espalda. Antes de que pudiera volverme vi una segunda cara reflejada en el espejo. Era un rostro pálido y demacrado, con los labios pintados de un hipnótico color escarlata.

–Así que hoy te casas.

En ese momento debería haber hecho algo. Algo por defenderme. Pero me limité a quedarme con los dedos paralizados en el gesto de anudarme la pajarita, igual que un ratón en presencia de una serpiente. Una cobra asesina y sibilante de labios escarlata. Cuando quise darme cuenta, me había apoyado la gélida hoja de un cuchillo en la base de garganta.

–También he oído que es una Uno. Una Uno tontita. ¿Qué te ha pasado, Mark?

Noté la punta del cuchillo deslizarse por mi piel y una descarga de dolor me recorrió la garganta. Miré hipnotizado cómo un hilillo de sangre bajaba en zigzag. Se acumuló en la tira de mi pajarita blanca, manchándola de rojo brillante.

–¿Qué haces aquí?

Las palabras me salieron en un susurro trémulo. Miré boquiabierto cómo trasladaba el frío metal a un punto de la tela todavía limpio, a solo unos milímetros de distancia.

–He venido a felicitarte. Y a darte el pésame, si lo necesitas.

–Armada con un cuchillo gigante, al parecer.

–Lo birlé del pub Fort St. George cuando nadie miraba. Un par de horas después lo recordé todo de golpe. Después de que rompieras conmigo. Incluso pensé en usar el cuchillo para matarme. Eran demasiadas cosas para asimilar de una sola vez. Pero no lo hice. No después de darme cuenta de que, en el fondo, me quieres.

Hizo una pausa para respirar; le temblaban los labios. Supe que debía conseguir que siguiera hablando si quería evitar un nuevo pinchazo en la garganta.

–Me alegra que no hicieras ninguna tontería.

Anna puso los ojos en blanco.

–No soy de las que abandonan, Mark. No voy a apartarme de mi objetivo.

Tuve la tentación de preguntarle por qué seguía con el cuchillo en mi garganta, pero decidí que era una mala idea llamar su atención sobre el arma que tenía en la mano.



– Sí, ya veo que no te apartas.

–Nunca entenderás lo que pasó, Mark. Aquella noche en Jesus Green.

–Pensaba que me habías perdonado.

–Y yo pensaba que me querías.

Fue entonces cuando caí en la cuenta de que una chica que blande un cuchillo pertenece a una especie particularmente peligrosa. Sobre todo si el arma sigue apoyada contra mi garganta y ya me ha hecho sangrar.

–Eres un gilipollas, Mark. Un gilipollas que se enamora de la primera cara bonita. Aunque sea de una estúpida Uno.

–Claire está em...

–Después de que te fueras del hospital no podía pensar en otra cosa que no fuera esa otra chica con la que te ibas a casar. La memoria te hace revivir cosas una y otra vez. Te pone furiosa.

–Siento haber sido tan brusco. De verdad que lo siento.

–Justo antes de que te presentaras en Addenbrooke, yo estaba soñando con mi vestido de novia perfecto.

Empezaron a rodarle lágrimas por la cara.

–Te gusta joder a los demás, ¿verdad, Mark?

Tuve la tentación de embarcarme en una encendida defensa propia. Porque si alguien estaba jodido en ese momento era yo (después de todo, tal y como ella misma me había señalado un minuto antes, estaba a punto de casarme con una Uno). Pero también me di cuenta de que Anna había bajado el cuchillo y fruncía los labios al ver su reflejo lloroso en el espejo, como si se viera de verdad por primera vez.

Le di un codazo en las costillas. Se tambaleó hacia atrás unos metros con la cara contraída en una mueca de dolor. Me di la vuelta y me abalancé sobre ella, agarrándola por los hombros y empujándola hacia atrás. Cayó al suelo con un golpe seco, las aletas de la nariz hinchadas por la conmoción.

–¡Socorro!

A pesar de la caída, seguía teniendo el cuchillo. Me arrodillé, desesperado por quitarle el arma de la mano. Gritó cuando le hundí el codo en el hombro derecho e intenté quitarle el cuchillo. Estaba a punto de lograrlo cuando retiró el brazo y me dio un rodillazo en la entrepierna. El dolor me incapacitó unos instantes. Entonces vi el destello del cuchillo dirigirse hacia mí, su hoja reflejando los rayos de sol que entraban por la ventana.

–¡Socorro!

Me eché a un lado en un intento por esquivarlo. Pero fue demasiado tarde.

Un dolor intenso me atravesó el antebrazo. Cuando bajé la vista, comprobé que Anna había conseguido hacerme un nuevo corte. El cuchillo había dibujado un camino nítido por la manga de mi camisa blanca y penetrado la carne de debajo.

De nuevo, algo brillante se dirigió hacia mí. Levanté los ojos; Anna se había puesto de rodillas y apuntaba con el cuchillo a mi cabeza. Tenía la cara roja. Sus labios escarlata se habían escondido y enseñaba los dientes, furiosa. Sus ojos me parecieron dos remolinos de locura.

Esta vez no podía moverme. Ni respirar. Me limité a mirar a Anna. Quizá fue la conmoción de ver mi manga teñirse de rojo y el dolor que me subía por el brazo. O quizá fue el horror de darme cuenta de que quería verme muerto.

El cuchillo trazó una trayectoria descendente.

Me quedé inmóvil como un cordero esperando a ser sacrificado.

Pero entonces el cuchillo se desvió a un lado antes de caer con estrépito al suelo. Obligué a mis ojos a enfocar y vi que Anna y yo ya no estábamos solos. Mis padrinos de boda, William y Paul, habían acudido en mi ayuda. William, que Dios lo bendiga, había conseguido quitarle a Anna el cuchillo, mientras Paul la inmovilizaba contra el suelo (ayudó el hecho de que fuera el medio melé del equipo de rugby del Trinity).

–Ha intentado matarme.

Me incorporé hasta ponerme de rodillas y señalé a Anna con el dedo.

–¡Está loca!

–No lo estoy.

Estas palabras las escupió desde el suelo mientras intentaba zafarse de Paul.

–Solo quería demostrar una cosa. Somos almas gemelas, Mark. Teníamos una oportunidad juntos. Lo vi en tus ojos el día que nos conocimos. Vi que tú también lo sabías. Pero ahora lo has echado todo a perder.

William señaló mi brazo derecho. Bajé la vista. Desde la muñeca hasta el codo estaba todo teñido de rojo.

–Te ha herido, Mark. Voy a llamar a la Policía.

–No he intentado matarlo. Por favor, no llaméis a la Policía. Por favor. Solo quiero que las cosas vuelvan a ser como antes. Pero ahora sé que no puede ser. No cuando me acuerdo de todo. Y eso es lo que lo hace más difícil.

Conseguí ponerme de pie y miré a Anna. Temblaba por la fuerza de su llanto. El carmín escarlata se le había corrido y tenía rímel por toda la cara. Su aspecto era exhausto y esquelético. Una sombra de la que había sido en otro tiempo. Esa animada chica que (tal y como dice mi diario) se me había

acercado en el vestíbulo del museo Fitzwilliam para decirme, con una sonrisa de oreja a oreja, que yo tenía pinta de ser un poeta, un político o un asesino en serie de mofetas. Empecé a sentir compasión. Por un breve –muy breve– instante pensé en cómo nos habría ido juntos. Anna May, a pesar de su inestabilidad mental y su pésimo carácter, seguía siendo la mujer más inteligente, perspicaz e ingeniosa que había conocido (este diario lo demuestra; he documentado unas cuantas discusiones acaloradas con ella sobre los méritos de Ibsen, Wagner y Woolf). La entrada correspondiente a nuestro fatídico primer encuentro dice incluso que «había algo verdaderamente encantador en la personalidad de la señorita Winchester, a pesar de sus orejas de soplillo», si bien por nada del mundo habría admitido eso ante Anna aquella mañana. No cuando me disponía a casarme con otra mujer ese mismo día.

Al final, esos pensamientos pronto dieron paso a una abrumadora sensación de alivio. Anna era lista y divertida, pero también podía ser una psicópata sin diagnosticar. Sin duda estoy haciendo lo correcto casándome con la mujer que espera un hijo mío, pensé. Al menos estaba seguro al cien por cien de que la dulce y encantadora Claire Bushey no estaba loca.

–Dejad que se vaya.

La arruga en la frente de Paul daba a entender que pensaba que yo estaba tan loco como la chica.

–Ha intentado apuñalarte, colega.

–Déjala ir, Paul.

Paul la soltó.

Fui hasta donde estaba Anna. A pesar de todo, me daba pena.

–Vete. Vete de una vez. Y, por favor, no vuelvas a molestarme. Si lo haces, no me quedará más remedio que denunciarte a la Policía. Después de todo, mis amigos acaban de ver cómo me atacabas con un cuchillo.

Levanté el brazo derecho con la manga manchada de rojo.

Anna dio un respingo, como si lo viera por primera vez.

–No quería hacerte daño, Mark. De verdad que no.

Seguía gimoteando.

–Márchate, Anna.

Se recompuso mínimamente y salió tambaleándose de mi habitación. William empezó a protestar mientras se acercaba a inspeccionar mi herida.

–No me puedo creer que la hayas dejado irse. Mira lo que te ha hecho en el brazo. Aunque has tenido suerte. Parece un corte superficial.

–Lo de la Policía no lo he dicho en serio. Pero mañana pienso llamar a Addenbrooke. Se ha vuelto loca. Debería verla un médico.

[Recordatorio: sí que debería llamar a Addenbrooke mañana a primera hora. La pobre Anna está como una regadera. Debería contarles que me atacó con un cuchillo y que puede ser un peligro para los que la rodean. Es por su propio bien.]

Paul consultaba su reloj con el ceño fruncido.

–¿No te faltan cinco minutos para pronunciar tus votos, colega?

–Mierda.

Corrí al armario y saqué mi chaqueta. Tanto Paul como Wil-William observaron atónitos cómo me la ponía sobre la camisa man-observaron atónitos cómo me la ponía sobre la camisa manchada de sangre y pasaba una flor por el ojal.

–Nadie verá la sangre. Tengo que darme prisa. Al capellán Walters le dará un ataque si no estamos en el altar cuando llegue Claire.

Así que nos dimos prisa. Llegamos a las 12.29, después de pasar corriendo junto a las estatuas de Newton, Bacon y Tennyson de una manera nada respetuosa. Por fortuna, Claire y su padre no habían llegado aún. Debería estarle agradecido por ser siempre impuntual. Mientras los tres corríamos hacia el altar, vimos cómo la madre de Claire y sus cuatro hermanas –todas sentadas a la izquierda y con unos sombreros de lo más estridentes– se volvían a mirarnos con expresión aliviada. (Supongo que siempre consideraron la posibilidad de que el codiciado novio Duo diera la espantada en el último momento.) El lado derecho de la iglesia, tal y como era de esperar, estaba vacío. El capellán Walter caminaba de un lado a otro con cara de gran preocupación. El pobre hombre no debía de estar acostumbrado a que el novio se presentara en el altar un minuto antes de la ceremonia.

Me detuve en seco delante de él y traté de recuperar el aliento.

–Perdone, padre. Nos han entretenido por el camino.

–Empezaba a preguntarme si habías cambiado de opinión.

Mientras el capellán Walters me miraba con desaprobación, me di cuenta de que era posible que nunca antes hubiera oficiado una boda Duo-Uno. (Bueno, supongo que siempre hay una primera vez para todo.)

–No.

–¿Estás seguro?

–Claro que sí.

De pronto hubo agitación en la antecapilla. Se abrieron las puertas. Emily

echó a andar por el pasillo con un vestido malva de volantes y llevando un ramo de rosas rosadas y blancas. La seguían Claire y su padre, vestido con un chaqué que le quedaba tres tallas pequeño. Tenía la cara de un alarmante color rojo, no se sabía si por la emoción o por una sobredosis de whisky. La expresión de Claire era radiante. Estaba guapísima, a pesar del suave bulto que se adivinaba bajo su vestido inesperadamente elegante.

–Estás preciosa.

Lo dije en serio. Aunque sea Uno, al menos me estoy casando con un bellezón de una gracia interior y un encanto indiscutibles, pensé. Una mujer que encarna una naturalidad refrescante y sin artificios. Una elegancia sencilla que me alegra el corazón. Claire debió de oír mi susurro, porque me sonrió radiante.

Por suerte, la ceremonia se desarrolló sin incidentes (aunque interrumpida en ocasiones por sonoros sollozos procedentes del lado izquierdo de la iglesia).

–¿Aceptas a Claire Bushey por esposa? ¿Para amarla, consolarla, honrarla y protegerla, y serle fiel renunciando a todas las demás, hasta que la muerte os separe?

–Acepto.

–¿Te recordarás a ti mismo cada mañana de tu vida que amas a Claire Bushey?

–Sí.

Vi que mi ahora esposa me miraba con atención cuando me incliné a besarla, justo antes de que nuestros invitados rompieran en aplausos. Lo primero que me dijo nada más salir de la capilla al son de la *Marcha nupcial* de Mendelssohn fue:

–¿Qué te ha pasado en el cuello de la camisa, Mark? Tienes sangre.

–Me he cortado al afeitarme. Una heridita. Nada importante.

Las palabras salieron de mi boca con naturalidad. Incluso logré encogerme de hombros.

–También tienes lápiz de labios rojo en la frente. Casi no se ve por el flequillo. Pero estoy segura de que es lápiz de labios.

Abrí la boca de par en par, la peor reacción que podía tener dadas las circunstancias, pues delataba culpa, al menos en opinión de Claire. Para empeorar las cosas, me llevé dos dedos a la frente para tocármela y me extendí el carmín hasta que formó una acusadora mancha color escarlata. Si William y Paul se hubieran fijado en las marcas que me había dejado Anna...

Pero supongo que la mayoría de los hombres, incluido yo mismo, no se fijan en los detalles que les importan a las mujeres.

Los ojos de Claire empezaron a echar chispas.

–Has estado con otra chica, ¿verdad? Una chica que te ha besado en la frente. ¿Qué has hecho esta mañana, Mark? ¿Te has acostado con otra mujer? ¿Minutos antes de casarte conmigo?

–Eso es absurdo.

Justo entonces, noté un golpecito en la espalda. Me volví y descubrí que tenía detrás al padre de Claire. Nuestros invitados nos habían alcanzado. Dos brazos fornidos me rodearon, aplastándome las costillas.

–Bienvenido a la familia, hijo.

Sus palabras resonaron en mis oídos; olí el whisky rancio en su aliento. También me fijé en que tenía una mujer desnuda tatuada en la nuca. Cuando me soltó, vi que Claire había sido engullida por sus hermanas y su madre, todas parloteando por su triunfo sin precedentes al haber cazado a un Duo. La furia en sus ojos, por suerte, había amainado; parecía bastante encantada de ser el centro de atención.

–¡Gracias a Dios ya te hemos casado!

Incluso las palomas de las vigas del techo debieron de oír el alarido de la venerable señora Bushey. La miré horrorizado mientras agitaba los brazos bajo su enorme sombrero chillón antes de besar a Claire en la mejilla y agarrar un cuadernillo de himnos para abanicarse las axilas sudadas.

Gracias a Dios, pensé. Hemos evitado el desastre.

La celebración subsiguiente transcurrió sin demasiados sobresaltos. Como era de esperar, William hizo un discurso de padrino destinado a humillar al novio. El padre de Claire terminó la velada durmiendo la mona en el suelo. Menuda forma de desperdiciar mis botellas de Château Margaux de 1982, que había comprado al precio de ganga de 50 libras la botella en las bodegas del Trinity, gracias a mi excelente relación con el tesorero de la institución. Ni siquiera creo que supiera lo que estaba bebiendo. Debería haber sacado una barrica con el vino de mesa más barato del mercado. Respecto a las hermanas de Claire, perdí la cuenta de las veces que las vi insinuándose a William y Paul.

Seis minutos antes de medianoche, por fin Claire y yo nos separamos delante de las puertas de entrada del Trinity. El taxi que habíamos llamado para que la llevara de vuelta a Mill Road ya estaba esperando en la acera empedrada.

–Te veo el jueves. Estoy seguro de que te va a encantar la casa que he encontrado para nosotros. En el 23 de Milton Road. Te va perfecta para ir al Varsity Blues cada noche. Es más bien pequeña, pero parece cómoda. Siento que no podamos instalarnos esta noche, pero el alquiler empieza el jueves. Mandaré a los de la mudanza a Mill Road para recoger tus cosas en cuanto terminen de llevarse las mías del Trinity.

Claire abrió la boca, pero no salió nada de ella. Me fijé en que empezaba a temblarle el labio inferior.

–En Milton seremos felices, Claire. Al menos lo intentaremos. Y prometo que encontraré trabajo de escritor en lugar de deambular por el Trinity haciéndome pasar por un académico brillante.

Se le empezaron a llenar los ojos de lágrimas.

–Estoy tentada de no escribir esta noche en mi diario lo que ha pasado hoy, Mark. Lo de la mancha de carmín en tu frente. Preferiría olvidar lo que he visto. Porque, aparte de ello, el día ha sido perfecto.

En aquel momento el cansancio pudo más que yo. Había sido un día largo. Por la mañana, una loca con la que en otro tiempo había salido había intentado apuñalarme. Y por la tarde, para horror de mi familia, me había casado con una mujer Uno. Lo único que quería era volver a mi habitación y desplomarme en la cama.

–No te he engañado, Claire.

La besé en la mejilla y eché a andar hacia mi habitación.

En el fondo me alegra que el metomentodo del portero sacara el libro de normas del colegio mayor e insistiera en que en mi habitación solo puedo dormir yo, incluso después de haberme casado. Porque eso significa que todavía me quedan cinco felices noches más en las que dispondré de espacio y tranquilidad para pensar.

Claro que, menuda forma de empezar mi vida de hombre casado. Esta debe de ser la entrada del diario más larga que he escrito. Veintidós páginas. Pero este también ha debido de ser el día más ajetreado de mi vida hasta el momento.

Tengo muchas cosas en que pensar mañana. Me pregunto qué me deparará este matrimonio con una mujer Uno. (A juzgar por el comportamiento que ha tenido hoy la familia de Claire, no me voy a aburrir.) Pero he hecho bien casándome con la mujer que espera un hijo mío. Es lo correcto. Y con este dato debo irme a dormir, incluso si el resto de mi familia sigue cegada por sus prejuicios de clase. Algún día se darán cuenta de su equivocación.

Levanto la vista del diario. Ahora lo entiendo todo. Claire no ha cambiado, ni siquiera después de veinte largos años de matrimonio. Estaba celosa porque me vio de la mano de Anna camino del baile. Enseguida llegó a la conclusión de que me había estado acostando con ella (y su conclusión era correcta). Pero también tenía celos de una amante imaginaria el día de nuestra boda solo porque me vio una mancha de carmín en la frente.

Ahora ya sé por qué Claire ha vaciado mi carpeta de 1995. Está tratando de conseguir pruebas de que le fui infiel el día de nuestra boda. Espera poder argumentar que ha soportado mis infidelidades desde el principio. Para hacer añicos mis aspiraciones políticas, dado que he basado mi campaña en mi sólida e irrompible unión con una mujer Uno. Quizá incluso confíe en presentarse ella misma como una sufrida ama de casa Uno con un corazón lo bastante grande para soportar durante años las correrías de un marido Duo.

Pero ¿entiende lo que nos está pasando ahora mismo? Y ¿debería contarle lo que de verdad ocurrió anteayer?



BBC World News, 11 de octubre de 2014

### **La cumbre del FIM, clausurada antes de tiempo**

El Fondo Internacional de la Memoria (FIM) ha concluido las sesiones de su cumbre científica estival sobre las mejoras de la memoria un día antes de lo previsto, después de las protestas de activistas en Praga.

Los manifestantes bloquearon el acceso al hotel donde se celebraba la cumbre con una sentada pacífica en la calle. Con anterioridad habían hecho pública una declaración: «El FIM no debe financiar investigaciones sobre la mejora de la memoria, porque la memoria solo fomenta el odio y el sufrimiento».

El ministro checo de Investigación de la Memoria, Pavel Novak, ofreció sus conclusiones a un auditorio casi vacío diciendo: «Es una lástima que este congreso vaya a ser recordado por su triste final».

18

Sophia

1 de febrero de 2015

Esto va de puta madre. Resulta que Mark Henry Evans tuvo la mala suerte de encontrarse conmigo en York. Luego llegamos a un acuerdo beneficioso para los dos. Él obtiene sexo en cantidad; yo, montones de trapos sucios.

Es curiosa la facilidad con la que el amor puede convertirse en odio. Es como tirar una moneda al aire. Cae de un lado o de otro. Cara o cruz. Odio o amor. No hay medias tintas.

Las pequeñas cosas cuentan. Las pequeñas ofensas cuentan.

Los putos recuerdos cuentan.

Durante un tiempo guardé de Mark más recuerdos buenos que malos. Ahora, en cambio, recuerdo más cosas malas que buenas. Y ese es el puto problema. Porque la suma total de recuerdos de pequeños gestos es lo que hace poderoso el amor. Y, a la inversa, la acumulación de recuerdos de pequeñas ofensas es lo que vuelve potente el odio.

Tengo un dossier bien nutrido. Ya tengo todo lo que necesito sobre su mujer depresiva y suicida. Gracias al encantador y complaciente Helmut Jong (qué pena que lo nuestro tuviera que terminarse). Incluso tengo todo lo que necesito de Mark. Gracias a mis pequeñas cámaras de vídeo estratégicamente colocadas.

Supongo que puedo acudir a la prensa con el dossier en cualquier momento. Blandiendo un lápiz de memoria de 144 GB lleno de fascinantes correrías de alcoba. Chispeantes escenas de sexo y castigo. Solo tengo que hacer una llamada de teléfono. Ni siquiera necesito enseñarles los vídeos. La mera sugerencia de que existen bastará.

Cuando explote la bomba, incluso los cielos se derretirán. En especial el pequeño paraíso particular de los Evans en el pueblecito de Newnham. Hasta ahora limpio del más mínimo atisbo de escándalo. Pero debo esperar a que llegue el momento adecuado. Porque la oportunidad lo es todo.

Paciencia, Sophia, paciencia.

La venganza es para los que esperan.

Y los escándalos son más escandalosos si llegan en el momento oportuno.

## **11 de febrero de 2015**

Así que el ama de casa Uno ha estado escondiendo otro secreto. La escuela de floristería de Cambridge no es en realidad una escuela de floristería. Es una puta tapadera para aspirantes. En concreto, para ilusos Uno que aspiran a ser escritores.

Esta mañana no ha ido. He pasado delante de su casa en coche y he visto su Range Rover aparcado fuera, debe de estar enferma. Así que he ido hasta Lincoln. Solo para averiguar qué tipo de flores se dedica a meter en tastos los miércoles por la mañana. Uno nunca sabe la clase de porquería que puede tener adherida una planta.

Un hombre con aspecto de gnomo me saludó cuando entré en el vestíbulo infestado de lirios. Un sitio que tenía el aspecto y el olor de una funeraria. ¿Cómo ha sabido de nuestra existencia?, me preguntó.

Por Claire Evans, contesté.

Ah, dijo tocándose la nariz y guiñando un ojo a modo de respuesta. Esperaba que entonces me dijera algo del tipo: ¿Plantas con flor o sin flor? Pero lo que dijo fue:

¿Novela o relato?

Lo miré sorprendida.

Lo mismo que Claire, conseguí decir.

Relato entonces, dijo señalando el sótano. Habitación B112.

No fui capaz de darme la vuelta y marcharme. No después de un giro tan inesperado de los acontecimientos. Así que bajé al sótano. Doce caras adormiladas y con aspecto de pocas luces se volvieron a mirarme cuando entré y me senté a una mesa de gran tamaño que gemía bajo el peso de tabletas electrónicas.

Bienvenida, dijo el hombre que presidía la mesa. Ojos llorosos y bigote ralo. Nos encanta recibir nuevos miembros en nuestro club de escritores Uno. La última vez que alguien se apuntó fue hace tres años. ¿Cómo te llamas y en qué estás trabajando ahora mismo?

Parpadeé, con la cabeza momentáneamente en blanco. Hasta que se me ocurrió una brillante idea: Me llamo Mariska Van Dijk y estoy escribiendo un

relato sobre una mujer que busca venganza después de pasarse diecisiete años encerrada en un manicomio.

Interesante, dijo una mujer. El tema es parecido a la historia que está escribiendo Claire. Una mujer Uno que se libera por fin de sus grilletes después de estar veinte años encerrada en un matrimonio claustrofóbico.

Me quedé mirándola. Así que la encantadora amita de casa Uno tiene aspiraciones literarias dentro de su cerebro de mosca.

¿Cómo dejas constancia de tus fuentes de inspiración?, me preguntó alguien. Siempre estamos abiertos a nuevas sugerencias.

Pues recordándolas, me limité a decir, despertando expresiones incrédulas en toda la habitación. Siguiéron más preguntas, durante las cuales pasé de retorcerme en la silla a casi tener que levantarme de ella. Sobre todo cuando un hombre me preguntó: ¿Escribes en tu diario dos veces al día, para así tener más información?

Ni siquiera me molesto en escribir nada por la noche, digo. Y menos dos veces.

Gran error, dicen.

Enorme.

Es una Duo intentando infiltrarse en nuestro querido grupo, dijo una mujer atónita. Con los ojos muy abiertos y horrorizada. Si es así, deberíamos echarla.

No soy Duo, digo. Tampoco necesito los diarios.

Está loca, gritó alguien. Como una cabra.

Sin duda es una Duo, gritó alguien más. Pero loca.

No hay sitio para personas Duo con delirios de grandeza en este círculo de escritores, dijo el hombre que presidía la mesa mientras el bigote le temblaba tristón. Si no le importa, márchese, señorita Van Dijk.

Los que tenéis delirios de grandeza sois vosotros, les increpé mientras me levantaba. No yo. Intentando escribir cuando casi ni sabéis leer. Creyendo que alguien va a publicar vuestras chorradas de Uno.

Si las miradas mataran, yo habría muerto en Linton. Pero fui lo bastante lista para largarme. Después de todo, la última vez que se supo que no llevaba un diario terminé en las Hébridas Exteriores.

Así que la amita de casa Uno está intentando curarse su depresión suicida poniéndolo todo por escrito. Qué triste. O quizá está intentando imitar el éxito como escritor de su marido. Qué ilusa.

Es una lástima que hoy no desenterrara porquería extra, solo un triste secretito. Pero me reconforta saber que la mujer no solo es patética, también

tiene delirios de grandeza. Seguro que Mark no se dio cuenta cuando se casó con ella hace ya tantos años.

Lo que también lo convierte a él en un ser patético.

## **14 de febrero de 2015**

No me lo puedo creer. Hay todavía más porquería que desenterrar.

Menuda revelación. Qué maravilla.

Todo empezó cuando me llamó esta mañana. Para cancelar nuestra cita. Para disculparse.

No puede pasar conmigo San Valentín, dijo. Aunque es lo que más le apetece. Incluso fantasea con atarme a esa cama con dosel.

¿Por qué?, le pregunté.

Acababa de llamarle un representante del ayuntamiento, me dijo. El alcalde de Cambridge se ha puesto enfermo y no va a poder inaugurar el baile benéfico de disfraces de San Valentín en la casa consistorial. Querían saber si el escritor más famoso de Cambridge podía hacer los honores. Parte del dinero recaudado en el baile se destinaría a la organización que él eligiera.

Es algo muy gordo, dijo. A su campaña política le viene bien toda clase de publicidad.

Pues claro, murmuré. Las grandes cosas suelen surgir por casualidad, ¿no? Uno debe aprovechar las oportunidades cuando se presentan. Estoy segura de que esta noche lo pasarás bien en el baile. Además, ¿a los escritores no se les da muy bien disfrazarse? Tienen tendencia a esconder su incompetencia detrás de una prosa florida infestada de adverbios. Asegúrate de que *The Cambridge Evening News* te saca una buena foto, cariño. No olvides presumir de pectorales políticos... ni de méritos literarios.

Eres la mujer más comprensiva que he conocido, contestó efusivo. La más sensible. Y la más inteligente.

Hay que reconocer que el hombre, a pesar de sus muchos defectos, tiene un pico de oro.

No me hagas la pelota, repliqué.

¿Podemos quedar en el sitio de siempre el próximo sábado, entonces?, preguntó.

Muy bien, dije. Antes de colgar, ya tenía múltiples preguntas en la cabeza.

Saqué mi teléfono. Tecleé el nombre de Mark, seguido de la palabra

«benéfico». Apareció un link a una página web llamada Acción contra el Síndrome de Muerte Súbita del Lactante (SMSL) que tenía a Mark y Claire Evans en la lista de donantes.

¿Síndrome de Muerte Súbita del Lactante? ¿Cómo se me ha podido pasar por alto algo así? ¿Por qué, de entre las miles de ONG que hay en Gran Bretaña, Mark Evans y su mujer colaboran con esa? Ellos no han tenido hijos. ¿O sí? ¿Cómo es posible que haya ignorado un detalle tan crucial como ese?

Debería darte vergüenza, Sophia.

Justo cuando pensaba que había desenterrado ya toda la porquería.

Y, sin embargo, este puede ser el trapo más sucio de todos.

## **15 de febrero de 2015**

Menudos cabrones los de la Acción contra el Síndrome de Muerte Súbita del Lactante. Esta mañana he llamado haciéndome pasar por una periodista de *The Sunday Times*. Dije que estaba escribiendo un reportaje sobre las motivaciones que hay detrás de las donaciones filantrópicas. Un artículo que quería tocar la fibra sensible de los lectores más ricos. Para que den más dinero a organizaciones que se lo merecen, como la suya.

Me aseguré de subrayar la palabra «dinero».

Pero se negaron a colaborar. Se negaron a decirme por qué Mark lleva dando dinero tantos años. No podemos revelar nada de nuestros donantes. Eso me dijo la mujer que contestó el teléfono. Por cuestiones de privacidad.

Eres una zorra. Uno poco colaboradora y obsesionada con la ley, escupí al auricular antes de colgar.

Pero no está todo perdido. Tiene que haber certificados de nacimiento y defunción por ahí. En alguna parte. Eso por lo menos.

Solo tengo que seguir escarbando.

Nos guste o no, la tecnología nos define. Actualmente tenemos una enorme dependencia de los dispositivos externos en tanto depositarios de datos, conjeturas y recuerdos. Somos la suma total de nuestra presencia digital. Usamos diarios electrónicos y redes sociales para definirnos y para autoengañarnos, pues contienen lo que elegimos recordar. Lo que queremos que vea el mundo exterior. Y, sin embargo, nuestra imagen pública, que tan cuidadosamente gestionamos, a menudo se parece poco a nuestro verdadero ser. Las dos caras de nuestras vidas recordadas son diferentes y, a menudo, contradictorias.

De «La maldición de las nuevas tecnologías»  
*The Guardian*, 2 de abril de 2015

## Hans

## 7 horas y 15 minutos para que termine el día

Sophia Ayling tiene razón en dos cosas. El hombre de la recepción tiene aspecto de gnomo y está rodeado de lirios. Lleva la cara enmarcada en una maraña pelirroja encrespada y una exuberante barba color jengibre. Incluso flota un tenue olor a incienso en el aire.

–Somos una escuela de floristería –dice mirando mi placa de identificación–. Aquí trabajamos con flores.

–Venga ya, señor mío.

–Enseñamos a hacer arreglos florales.

–Mire –digo mientras me guardo la placa en el bolsillo–, estoy enterado de lo que hacen aquí en realidad. Digamos que son un grupo de escritores Uno que se reúnen los miércoles por la mañana.

Sus labios forman una mueca obstinada.

–No hay ningún Uno...

–Tiene dos opciones. Una, me cuenta un par de cosas sobre uno de los miembros del grupo de escritura. De manera extraoficial, y ahora.

Una de sus cejas se levanta hasta casi tocar el flequillo en punta.

–O dos, se viene conmigo a Parkside para que pueda hacerle mis preguntas de manera oficial. Eso puede llevar... un rato. Ya sabe, los trámites para la declaración de testigos y todo eso. En las comisarías todo va más despacio que en las floristerías.

Suspira con resignación.

–¿Qué quiere saber? –dice–. Lo que hacemos no tiene nada de ilegal. Lo que pasa es que no nos gusta que los Duo nos espíen. Que se ríen de nosotros con aire de superioridad. Ni que nos digan cómo tenemos que escribir. Supongo que usted es Duo.

–No... sí... Esto...

La ceja del hombre supera ya el flequillo. Mierda.



–Esto... Claire Evans. ¿Desde cuando es miembro de su grupo de escritura de relatos?

Abre una carpeta, saca una hoja de papel de una funda de plástico escrita con caligrafía grande y la lee.

–Quince años –dice–. Desde que empezamos a reunirnos aquí, supongo.

–Eso es mucho tiempo. Podría ver esa hoja, ¿por favor?

–No puede...

–Los trámites en una comisaría son lentísimos, ya se lo he dicho.

–Pero...

–Ayer vino un hombre y no se marchó hasta nueve horas y veintisiete minutos después. Se quedó sin comer y sin cenar.

Con un suspiro me da la hoja. La leo:

## **Cuestionario anual a los miembros**

Enero de 2015

Nombre: Claire Evans (de soltera Bushey)

Grupo: Relato corto

Fecha de inscripción: 28 de marzo de 2000

### **1. ¿Qué espera conseguir como escritora?**

Hace tiempo que quiero ganar el concurso de relatos de *The Times*, un premio al que mi marido lleva aspirando desde 1989. Por desgracia, mis posibilidades son menores que cero, aunque en teoría las personas Uno pueden concursar. Pero a pesar de lo que se dice sobre fomentar la diversidad, nunca va a pasar.

### **2. En ese sentido, ¿la ha ayudado este grupo de escritura?**

Este grupo me saca de casa cada miércoles por la mañana y da sentido y propósito a mi vida. Esperanza, incluso. Me ha ayudado a mejorar mis técnicas de escritura, aunque soy consciente de que aún me queda mucho que aprender. Me hace sentir más animada, quizá porque me siento útil y valorada. Porque recibir *feedback* positivo sobre mi escritura siempre es reconfortante (no sé por qué las otras mujeres del grupo no dejan de decir que tengo más posibilidades de publicar que ninguna de ellas. Supongo que solo están siendo generosas).

### **3. ¿Dónde ha encontrado inspiración recientemente?**

En mi marido. En sus increíbles logros. Siempre me han servido de inspiración, aunque creo que nunca se lo he dicho. Me cuida bien, a pesar de sus frecuentes críticas a las personas Uno. A veces me pregunto por qué sigue haciendo tantas cosas por mí. Pero entonces le miro a los ojos y soy consciente de que el dolor de no hacerlo, de interrumpir lo que empezamos, puede hacerle más daño aún. Nuestro matrimonio es la fuente de inspiración del relato que estoy escribiendo ahora mismo, titulado *Suave es el día*. Trata de una mujer que intenta liberarse de un matrimonio claustrofóbico de veinte años. Pero cuando lo consigue, su marido muere alcoholizado.

#### **4. ¿Cómo puede este grupo seguir ayudándola y motivándola como escritora?**

No dejando de existir, porque en mi vida tengo pocas cosas que me ilusionen. (Dice mi diario que solo he faltado cuando estaba de vacaciones en el extranjero o enferma.) Me sirve para descansar de la jardinería. Y siempre es agradable tener un secreto.

Sería estupendo si en algún momento pudieran tratarse en el grupo las obras de Virginia Woolf o Henrik Ibsen, aunque nunca he entendido la obsesión de mi marido con ambas. Igual podríamos hacer un análisis línea por línea de algunos pasajes clave de *La señora Dalloway* o de *Casa de muñecas*.

Ajá. Así que Mark Henry Evans está obsesionado con Virginia Woolf. Esto confirma mis sospechas sobre esos guijarros blancos y negros.

Leo las otras respuestas del papel. Por desgracia no resultan tan reveladoras, en su mayoría son respuestas sinceras sobre su proceso de escritura. Pero en cierto modo me hacen sentirme complacido. Porque Claire Evans es una mujer Uno que sigue luchando, a pesar de todos los obstáculos en su contra.

Quizá debería ser más amable con ella la próxima vez que nos veamos.

—¿Le mencionó Claire Evans alguna vez a su marido? —Levanto la vista del papel—. ¿El novelista Mark Henry Evans?

Su cara no me dice nada.

—¿Podría consultar su diario, por favor? —pregunto.

Asiente con la cabeza y lo saca de una bolsa. Espero mientras realiza los trámites necesarios en el teclado.

—Déjeme ver... Solo hablamos del señor Evans una vez, cuando le pregunté por qué no quería contarle a su marido que escribe. Dijo que le daba miedo que

se riera de ella. O que le dijera que sus aspiraciones eran inútiles y que nunca se le daría bien escribir. Me sentí un poco identificado, porque mi mujer tiene tendencia a reírse de mí cada vez que...

–¿Vino alguna vez una mujer llamada Mariska Van Dijk por aquí? ¿Diciendo que había sabido del grupo por la señora Evans?

–Ah, sí. –Afirma con la cabeza y frunce el ceño. Sé por mi diario que Mariska estaba loca. También que me metió en un lío. Pero déjeme comprobarlo.

Vuelve a teclear.

–Vale...Vino una mañana y poco después subió del sótano hecha una furia. Bajé a preguntar qué había pasado. Dijeron que era una Duo trastornada haciéndose pasar por Uno. Que era un idiota por haberla dejado pasar sin informarme bien de quién era. Que merecía ser despedido.

–Los peligros de estar en primera línea de fuego –digo–. ¿Le mencionó luego el episodio de Mariska a Claire?

Vuelve a inspeccionar su diario.

–Sí. Claire dijo que no había oído hablar de esa mujer en su vida.

–No me sorprende –afirmo devolviéndole el cuestionario–. No me sorprende en absoluto. Gracias por atenderme.

Me doy la vuelta para irme.

–Espere un momento –me dice–. ¿De qué va todo esto? ¿Por qué ha venido a hacerme todas estas preguntas?

Para descubrir la identidad de un asesino, por supuesto. Aunque todavía no he deducido el móvil. Pero estas cosas no puedo contárselas a un hombre con aspecto de duende, por supuesto.

–Porque sigo buscando la olla de monedas de oro –le digo–. Y de momento no he encontrado más que algunas piedrecillas brillantes.

oby me espera en mi despacho con una sonrisa de oreja a oreja blandiendo en sus manos dos papeles de aspecto prometedor.

–No nos ha costado mucho conseguirlos –dice mientras viene hacia mí y me los entrega.

Leo la primera hoja:

Distrito de inscripción de nacimiento: Cambridgeshire

Hora, fecha y lugar de nacimiento: 15.41, 5 de marzo de 1996,

hospital materno-infantil Rosie, Cambridge Nombre: Catherine

Louise Evans

Sexo: Mujer

Clase: Sin confirmar

Nombre, fecha de nacimiento, clase y ocupación del padre: Mark Henry Evans, 14 de junio de 1969, Duo, desempleado  
Nombre, fecha de nacimiento, clase y ocupación de la madre: Claire Evans (de soltera Bushey), 28 de febrero de 1976, Uno, camarera  
Dirección: 23 Milton Road, Cambridge CB4

Se me cierra la garganta. Así que Mark y Claire Evans sí tuvieron una hija. Voy a la segunda página.

Distrito de inscripción de nacimiento: Cambridgeshire

Fecha y lugar de la muerte: 18 de junio de 1996, 23 Milton Road, Cambridge CB4

Nombre: Catherine Louise Evans

Sexo: Mujer

Clase: Sin confirmar

Fecha y lugar de nacimiento: 5 de marzo de 1996, hospital materno-infantil Rosie, Cambridge

Dirección: 23 Milton Road, Cambridge CB4

Nombre y apellidos de quien certifica: Alan Bisseker

Cualificación: Médico forense

Causa de la muerte: Muerte súbita del lactante

Suelto un silbido bajito.

–Menudo descubrimiento –digo–. Habéis hecho un buen trabajo encontrando esto tan rápido. Consígueme también el informe forense, ¿de acuerdo?

–Supuse que lo querrías –dice Toby–. Hace un rato llamé a la oficina de Bisseker. Ahora mismo están buscando en sus archivos. Con un poco de suerte, el informe nos llegará enseguida.

–Excelente trabajo, chico.

Toby parece complacido mientras sale deprisa de la habitación. Muevo un alfil negro y expulso a un peón blanco del tablero.

Enciendo el ordenador. Cuando al fin se enciende la pantalla de búsqueda, navego hasta encontrar el sitio web de Acción contra el SMSL. Aparece un enlace a la «lista de contribuyentes». Pulso en él y descubro lo siguiente:

Estamos encantados de contar con el escritor de éxito Mark Henry Evans y con su mujer Claire entre nuestros más fervientes patronos.

Han hecho generosas aportaciones económicas a nuestra labor en los últimos diecinueve años. En 2007 financiaron una beca de investigación del SMSL con base en el Campus de Biomedicina de Cambridge y el Instituto Europeo de Biología Molecular en Heidelberg. La beca recibe el nombre de Beca Walter Bushey, en recuerdo del padre de la señora Evans, fallecido el año anterior.

Voy al sitio web de la campaña de Evans y tecleo el nombre «Catherine Louise Evans» en el recuadro de búsqueda.

No aparece nada.

Pruebo otra vez para asegurarme. Después hago una búsqueda general en internet. Pero no aparece ni una sola mención de su hija muerta.

Es raro. Muy raro. La existencia, aunque breve, de Catherine, ¿no habría sido un punto a favor en la campaña política de Evans? ¿El trágico relato de su muerte prematura no le habría granjeado unos cuantos votos solidarios de madres de South Cambridge? Y, sin embargo, en nuestra entrevista de esta mañana no mencionó a Catherine. Tampoco se la mencionó a Sophia, la mujer con la que llevaba meses acostándose.

El silencio lo pueden provocar las heridas. Heridas profundas. Terribles.

O puede estar causado por los temores. Temores oscuros. Terribles.

Mark y Claire Evans parecen haber hecho todo lo posible por olvidarse de la hija que tuvieron. La pobre Catherine Louise ha sido eliminada. Borrada del libro de la vida de Mark Evans. Incluso del sitio web de su campaña.

Pero ¿por qué mantenerla en secreto? ¿Tan traumática fue su muerte que marcó a sus padres durante años?

**E**stoy a punto de reabrir el diario de Ayling cuando entra Toby con otro papel.

–Lo tengo –dice alargándomelo–. Los forenses son personas eficaces.

–Eso es porque sus clientes están muertos y no pueden discutirles nada. ¿De las transferencias bancarias seguimos sin noticias?

Me mira y niega con la cabeza, ofuscado.

–Estamos en ello –dice–. Los banqueros son de lo más irritante.

–Por eso tanta gente les desea una muerte rápida. Y por eso los forenses

siguen teniendo trabajo. Sigue intentándolo, ¿de acuerdo?

Toby asiente con la cabeza antes de salir de la habitación. Me pongo a leer el informe que tengo en la mano.

### **Informe forense de la muerte de Evans, Catherine Louise**

La autopsia detallada no revela una causa anatómica de la muerte. El informe toxicológico y consultas con pediatras neuropatólogos y especializados en desarrollo infantil, tampoco.

Se solicitó a Anthony Paget, doctor en Medicina y consultor Duo en trastornos del comportamiento en el hospital Addenbrooke de Cambridge, que diera su opinión sobre el caso. Su informe, con fecha de 24 de junio de 1996, establece que: «Los resultados del examen post mortem indican que la defunción corresponde al diagnóstico de muerte súbita del lactante (SMSL). No es posible determinar si el tratamiento prenatal de dos semanas con inhibidor selectivo de la recaptación de serotonina (ISRS) en forma de antidepresivo Prozac durante el primer mes de la gestación ha podido contribuir o no a la muerte».

La causa de la defunción, por tanto, se describe como: no existe causa de muerte ni anatómica ni toxicológica. La influencia de una exposición de dos semanas al Prozac in utero no está aún establecida.

La muerte ha ocurrido de forma natural y no proceden recomendaciones.

Alan Bisseker, forense, Cambridgeshire. 6 de julio de 1996

Hay algo que no encaja. Si el forense confirmó que Catherine Louise Evans murió por causas naturales, ¿por qué han sido tan herméticos sus padres respecto a ella? ¿Por qué ocultar al mundo su breve existencia? ¿Por qué no la han aprovechado para impulsar la campaña política de Evans?

Solo veo fragmentos sueltos de hipótesis, en lugar de respuestas completas y convincentes. Miro furioso el tablero de ajedrez. Muevo un par de peones a ambos lados. Saco una torre negra de un rincón y hago retroceder a un alfil blanco, deseando que los misterios de la vida real fueran tan fáciles de

solucionar como los de mi tablero de ajedrez. Pero sigo sin encontrar una explicación.

Con un suspiro, vuelvo al diario electrónico que tengo sobre mi mesa. Quizá esa mujer loca tenga una respuesta.

–¿Qué le ha pasado? –Gunnar corrió a su encuentro con una mueca de dolor.

Fuera silbó un trueno. No era el chisporroteo mágico de la aurora que habían oído durante la luna de miel en Svalbard. Era una explosión sónica resultado de un rápido aumento de temperatura y presión, y representaba todo lo que desde entonces había ido mal en su relación.

Sigrid lloró mientras abría el puño. Un babero de recién nacido cayó revoloteando al suelo.

Mark Henry Evans, *A las puertas de la muerte*



## Sophia

25 de febrero de 2015

Todo empieza a encajar. Debería estar contenta con lo que he logrado reconstruir hasta ahora. El informe forense fue una lectura deliciosa. Un estupendo entretenimiento nocturno, mejor que un consolador, joder.

Así que Claire Evans estuvo tomando antidepresivos antes incluso de casarse con Mark y durante dos semanas después de concebir a Catherine. No me sorprende. Un depresivo lo es para toda la vida. Qué deprimente, coño. Seguramente no sabía que estaba embarazada cuando empezó a tomar las pastillas. Debió de dejar de tomarlas cuando se dio cuenta de que la habían preñado. Mark, por supuesto. Estoy segura de que Mark era el padre.

Así que por eso se casó con ella. De otra manera no se habría casado con una tonta Uno.

Ahora lo entiendo todo.

De haberlo sabido antes, no habría hecho ese ridículo aquella mañana de hace tantos años. Quizá habría elegido un cuchillo menos afilado. Desde luego no le habría pinchado en el cuello para dejar claro mi mensaje.

Pero ¿fueron los antidepresivos que tomaba Claire el desencadenante de la muerte de Catherine? ¿O tal vez ocurrió algo más siniestro todavía?

Anthony Paget, médico. Es increíble lo que revelan de una persona las búsquedas en internet. No me llevó demasiado tiempo encontrar unos cuantos datos fascinantes sobre este tipo. Exalumno del Trinity, igual que Mark (aunque Paget se graduó diez años antes de que Mark se matriculara). Director de estudios de Medicina en Trinity en 1994, el mismo año que Mark se convirtió en investigador ayudante del departamento de Literatura. Hoy reconocido experto en SMSL, trabaja en el Laboratorio Europeo de Biología Molecular de Heidelberg. Uno de sus innovadores artículos sobre las secuencias biomoleculares causantes de la muerte súbita lo ha convertido en candidato al próximo Nobel de Medicina.

Coño, qué ilustre.

También recibió la beca Walter Bushey en 2007.

Coño, qué sospechoso.

Sumo dos y dos. La memoria te da, entre otras ventajas, la posibilidad de ver el panorama completo. De percibir las cosas con mayor nitidez. De detectar indicios y pistas sutiles. De reparar en posibles conexiones. De poner las cosas en contexto. De deducir cómo encajan cosas en principio dispares. De reconstruir recuerdos fragmentarios hasta formar un todo uniforme. De relacionar de manera creativa pasado y presente. De hacer deducciones fascinantes.

Que dos cosas concuerden es una coincidencia. Pero si son tres, entonces hay un puto patrón.

Veo puntos de unión entre Paget y Evans.

Los suficientes para dibujar un patrón de lo más llamativo.

Sigue escarbando, Sophia. Sigue escarbando.

## **10 de marzo de 2015**

Joder, qué fáciles son los médicos. Sobre todo los insulsos. Helmut Jong fue sencillo. A Paget no he tenido ni que seducirlo. Le mandé un correo electrónico al aspirante a premio Nobel pidiéndole que quedara conmigo para tomar un café. Haciéndome pasar por Jessica Livingsstone, una vieja amiga de sus años de Cambridge que está pensando en hacer una donación a la investigación del SMSL. Un correo que rezumaba posibilidades, cariño y luz (cuando me lo propongo, soy capaz de ponerme empalagosa).

Tengo de qué presumir sobre lo que descubrí acerca del señor Cerebrín. Hizo que volar casi dos mil kilómetros entre ida y vuelta a Heidelberg mereciera la pena.

El sol se ponía detrás del Köningstuhl cuando entré en aquel encantador café a orillas del río Neckar. El profesor tenía peor aspecto que en las viejas fotografías que circulan en internet. Estaba lleno de arrugas, achaparrado y había perdido casi todo el pelo.

Es maravilloso verte otra vez, Anthony, le dije entusiasmada. Han pasado años, ¿verdad? Estás fenomenal.

Gracias, dijo. Tú también.

Es increíble cómo te siguen la corriente las personas en una conversación. Lo

confiadas que son, joder. Aunque no tengan escrito ni un solo dato sobre ti en su diario.

Dedicamos los cinco minutos siguientes a intercambiar cumplidos. Antes de que yo soltara mi primera bomba de la noche.

¿Tienes algún dato sobre Mark Henry Evans?, le pregunté. Con naturalidad, como si estuviéramos hablando del buen tiempo que hacía en Heidelberg.

Ah, asintió el profesor. Lo conocí cuando era estudiante en el Trinity. Eso fue hace años. Ahora es un novelista famoso que aspira a ser el nuevo diputado por South Cambridgeshire.

Qué pena lo de la niñita, Catherine, dije decidida a ser implacable.

Así que conoces la historia, farfulló. Apartó la vista de mí como si fuera culpable de algo.

Pues claro, dije, decidiendo improvisar. Mi diario dice que Claire Evans y yo fuimos buenas amigas, añadí. Íntimas incluso. Hasta que me casé y me fui de Cambridge. Le sostuve la mano mientras lloraba en el funeral de Catherine. También me contó lo que le pasó en realidad a la niña. Porque las cosas no fueron como parecían, ¿verdad?

¿A dónde quieres llegar?, me contestó el profesor con un temblor en la voz.

Ajá, pensé. Así que me está ocultando uno o dos datos jugosos.

Lo que quiero decir es que tú fuiste clave a la hora de ocultar la verdad, afirmé esforzándome por disimular mi júbilo. Aquello del Prozac no fue más que una cortina de humo, ¿verdad? Para tapar lo que pasó en realidad con la hija de Mark y Claire Evans.

¿Estás intentando chantajearme?, balbuceó el profesor, con la cara pálida.

*Chantaje.* Qué palabra tan bonita, tan evocadora. Una palabra que rezuma toda clase de deliciosas posibilidades.

No fue síndrome de muerte súbita del lactante, mi querido profesor, le dije con un renovado convencimiento en la voz. Por cierto, tienes una gran reputación como experto mundial en SMSL, ¿verdad? Una reputación basada en el trabajo de investigación que has hecho en el pasado. En el conjunto de tu trabajo. El corpus completo. Y si saliera a la luz que tu informe sobre Catherine Evans no decía la verdad...

El miedo en los ojos del hombre lo decía todo.

No tienes pruebas de que Claire... Se interrumpió. Le temblaba el labio inferior.

Ahí fue cuando me di cuenta de que había dado en el clavo. Sobre la

verdadera causa de la muerte de Catherine. Claire Evans había tenido algo que ver. La cuestión era: ¿qué coño le hizo a su hija?

Pues claro que las tengo, dije. Tengo todas las putas pruebas que necesito para ir mañana mismo a la prensa.

Otro destello de miedo en los ojos del profesor. Su reacción desencadenó una nueva constatación. Había tenido delante de mi nariz todo ese tiempo lo que Claire le había hecho a Catherine y no lo había visto. Había estado ciega.

Claire mató a su propia hija en un ataque de depresión posparto. Después de todo, ya sufría depresión antes de casarse. Esa tristeza incapacitante debió de redoblar poco después de dar a luz. Y Mark debió de ayudar a taparlo. Suplicándole a un viejo amigo del Trinity que emitiera un diagnóstico de SMSL. La confirmación profesional de que había sido una muerte repentina, inesperada e inexplicable. Una muerte por causas desconocidas. Un diagnóstico que absolviera a Claire.

De asesinato.

Pero ¿cómo se mata a una niña de tres meses y medio sin dejar rastro?

Sujeté con fuerza la taza de café. Mi cabeza era un torbellino de posibilidades. Entonces lo supe.

Me alegro de haber dedicado tanto tiempo a leer en St. Augustine. Las novelas ensanchan la mente. Porque son una ventana a los pensamientos de las personas que las escribieron. En especial ciertas novelas de ciertos autores que ganan un auténtico pastón contando cosas que les ocurrieron de verdad.

Disfrazándolas con un poco de ficción.

Es posible que Claire asfixiara a su hija hasta matarla. Con algo blando. Algo inocuo. Como una almohada. Quizá un cojín. O puede que se limitara a ponerla boca abajo. Qué atroz. Y qué propio de ella. De ser así, el horrendo crimen sería casi imposible de probar. Solo puede haber dos informes escritos de lo ocurrido aquel día.

El diario de Claire.

Y el de Mark.

Tengo pruebas en vídeo de que Claire asfixió a la pequeña Catherine, dije. Con calma. Con seguridad, aunque me lo estaba inventando. Pruebas grabadas que demuestran que tu diagnóstico de SMSL era falso. Muy falso. ¿Influyeron determinadas personas en tu diagnóstico? ¿Personas cuyas vidas dependían de tus conclusiones? Encubriste el atroz asesinato cometido años atrás por Claire Evans, ¿verdad?

Homicidio encubierto.

Lo que te convierte en cómplice de asesinato, profesor.

O, en el mejor de los casos, en un investigador de SMSL de lo más inepto.

El profesor se hundió en su silla. Su reacción me reveló lo que necesitaba saber. Había dado en la diana.

En el mismísimo centro.

¿Cuánto quieres?, preguntó con voz temblorosa. Parecía a punto de ponerse a hiperventilar.

¿Yo? Abrí los ojos de par en par. No quiero tu dinero, profesor. Tengo suficiente para pagarme el nivel de vida que necesito. Tengo gustos espartanos, de hecho. Lo achaco a años de privaciones forzosas. De acuerdo, tengo debilidad por la lencería fina. Y por los zapatos de tacón de aguja. Pero un científico de primera clase no puede evitar pensar en el Nobel, ¿verdad? ¿No sería una tragedia si esa preciosa guinda a tu carrera profesional desapareciera de tu alcance? Sobre todo ahora que la tienes tan cerca. Ahí mismo, en la punta de esos dedos regordetes. Pero la proximidad con frecuencia es una ilusión, ¿verdad? Porque las cosas que tenemos más cerca a menudo son las más inalcanzables.

Como el amor, por ejemplo. O, ya puestos, la venganza.

¿Qué es lo que busca en realidad, señora Livingstone? El hombre estaba blanco, un color que le sentaba bien.

Quiero que me ayude, profesor, dije.

## **12 de abril de 2015**

¿Cómo voy a conseguir los diarios en papel de hace diecinueve años de Mark y Claire? Tienen que estar guardados en cajas fuertes. En mamotretos de acero dentro de esa mansión suya de Newnham. Estos días la gente anda paranoica con sus diarios. Después de todo, ¿no se han convertido el chantaje y la extorsión en negocios multimillonarios cada vez más extendidos? La prensa sensacionalista no hace más que publicar reportajes sobre robos. Sobre delincuentes que exigen cantidades obscenas de dinero a cambio de mantener ocultos los trapos sucios.

Si Steve Jobs se hubiera espabilado antes... Por lo menos tres años antes, la vida sería mucho más fácil. Desde luego, menos complicada.

Tengo un plan. Es bastante bestia. Pero debería funcionar.

Necesito encontrar a la persona adecuada para que me consiga los dos diarios. En plena noche.

Sin dejar un puto rastro.

El filósofo Kierkegaard escribió: «La vida solo se entiende en retrospectiva». Esta cita vale también para la muerte. Aunque la vida avanza de forma lineal, los homicidios se entienden en retrospectiva. Solo se pueden resolver los asesinatos estudiando el pasado por escrupuloso orden inverso.

*Manual de Criminología, Vol. IV*  
(Oxford University Press, 1987)

## Hans

## 5 horas y 30 minutos para que termine el día

Sigo pensando que está loca. Nadie en su sano juicio planearía algo tan retorcido. Una maquinación de proporciones tan perversas solo para destruir a un hombre.

El diario de Sophia no se sostendría en un tribunal. Dato: los diarios escritos por expacientes de hospitales mentales no suelen ser bien recibidos por miembros del jurado. También estoy empezando a dudar de que el diario de Sophia pueda siquiera ser admitido como prueba. Su contenido se extravía definitivamente en el absurdo...

Pero ¿y si... si contuviera una pequeña semilla de verdad?

Una muy pequeñita.

Esa semilla podría arrojar luz sobre la identidad de su asesino. Y, al fin y al cabo, mi trabajo consiste en descubrir quién mató a Sophia Ayling. Dato: nunca hay que perder de vista el delito. Fue lo primero que dijo el profesor Grizzly nada más empezar su curso de Introducción a la Criminología, hace muchos años. Es fácil dejarse llevar por detalles irrelevantes, explicó agitando un cigarrillo sin encender para dar énfasis a sus palabras. ¿No nos han enseñado veinte años de investigar a asesinos que no hay que descartar ni la posibilidad más remota? ¿Y no es ese uno de los datos más importantes que he aprendido sobre procedimientos policiales en todo este tiempo?

¿Debería creerme lo que dice el diario que tengo delante? Sophia estaba decidida a conseguir algunas páginas de los diarios de Mark y Claire Evans. Páginas que probarían que Mark había sobornado a un experto en medicina para que mintiera sobre la verdadera causa de la muerte de su hija.

La premisa es tan descabellada que resulta ridícula. Desafía toda lógica racional basada en datos. Pero los lunáticos que afirman recordarlo todo pueden ser capaces de urdir planes de lo más retorcidos y marcianos. Tácticas impulsadas por un deseo igualmente extremo de destrucción.



Examino el tablero de ajedrez un par de segundos y decido mover la reina negra hacia delante. El movimiento aumenta la presión sobre el rey blanco.

Llaman a la puerta con energía. Levanto la vista; es Hamish, otra vez con una gran arruga en la frente. El tamaño coincide con el de la arruga que me ha salido a mí después de la última incursión en el diario de Sophia.

–He localizado a un funcionario del departamento de admisiones de la universidad –dice–. Ha sido tan amable de ir hasta su oficina de Trumpington Street para echar un vistazo a las fichas de exalumnos, y eso que es sábado por la tarde. Sophia Alyssa Ayling no está en la base de datos. Le hice buscar varias combinaciones posibles del nombre, por si acaso. Pero no ha encontrado nada. Está convencido de que nunca estudió allí.

–Ajá.

–También he hablado con los de Científica que han examinado el Fiat de la señorita Ayling. Han encontrado algunas cosas interesantes.

Mierda. Se me cae el alma a los pies en un segundo. ¿Por qué están tan hipereficientes hoy los de la Científica?

–El maletero está un poco húmedo, dicen. Pero es probable que se deba a la tormenta de hace dos días. Han encontrado trocitos de hierba en el asiento trasero.

–Eso no tiene demasiado interés. –Tengo que hacer un esfuerzo para hablar en un tono calmado–. Debe de haber restos de hierba en todos los coches de Cambridgeshire.

Hamish se encoge de hombros.

–También han encontrado terrones de tierra en el asiento del conductor y en la alfombrilla del suelo –añade–. Algunos todavía húmedos. Ayling debió de caminar bajo la lluvia.

–Hum...

–Me temo que no hay huellas dactilares claras. Pero sí han aparecido un par de cabellos largos en el maletero. Los dos teñidos de rubio con raíces castaño oscuro. El ADN coincide con el de Ayling.

–Así que es quien creemos que es –digo.

–Desde luego.

–Necesito que hagas dos cosas más. La primera es intentar localizar a una Duo llamada Anna May Winchester. Una exalumna del Lucy Cavendish que desapareció durante diecinueve días en 1995 y luego apareció. Quiero saber qué ha sido de ella. En concreto si se ha cambiado el nombre.

–Vale.

–La segunda es que presiones a Marge para que nos dé el informe de la autopsia lo antes posible. Necesitamos tener algo antes de mañana como sea.

–¿Por qué estás tan preocupado por resolver el caso antes de mañana? – Hamish me mira con ojos entrecerrados–. Llevas todo el día dale que te pego.

–Porque...

Mierda. De pronto me he quedado en blanco.

Hamish me está mirando. Estoy tardando demasiado en responder. Tengo que decir algo. Lo que sea.

–Porque... esto... Tengo una reputación que mantener.

Levanta una ceja.

–Si a un asesino le das un día para escapar, terminarás dándole dos días – continuo, tratando de inyectar seguridad a mi voz–. Y, si eso ocurre, es posible que no lo atrapes nunca.

–Ya –dice Hamish.

Pero no puedo evitar fijarme en que está torciendo las comisuras de los labios de manera preocupante.

–Debes de tener estos datos escritos en alguna parte.

–Pues... sí, claro.

Desaparece por la puerta, todavía con esa mueca de desconfianza.

Mierda. Mierda. Mierda. Esto va de mal en peor. Dos casi deslices en dos días pueden equivaler al suicidio profesional. Desde luego, Hamish parecía sospechar algo cuando salió de mi despacho. ¿O me lo estoy imaginando?

Vuelvo a mi tablero y hago cuatro movimientos bastante al azar en un intento por tranquilizarme. Debería dejar de preocuparme por Hamish, por muy tentador que resulte regodearme en una paranoia justificada. Igual debería concentrarme en lo que me acaba de contar.

Obligo a mis pensamientos a volver al caso.

Empieza a aparecer un patrón. Los registros oficiales de una mujer llamada Sophia Alyssa Ayling son escasos y discontinuos. El departamento de admisiones de la universidad dice que nunca ha oído hablar de ella. Tampoco el Registro Civil, el Departamento de Interior ni la Oficina del Censo Electoral. Ni siquiera el Ministerio de la Memoria ni el Departamento de Ciudadanos Duo tienen datos sobre ella. Las únicas dos organizaciones que tienen constancia de la existencia de Sophia Ayling son la Agencia Nacional de Tráfico y Barclays Bank. Supongo que debería comprobar con mis colegas de las Bermudas si existe en sus archivos. Si nació en la isla y tiene pasaporte bermudeño. Pero

sospecho que tampoco ahí voy a encontrar nada. En cualquier caso, los de las Bermudas tardarán siglos en devolverme la llamada.

Yo funciono con un reloj distinto.

¿Quién coño es Sophia Ayling?

Mi mirada se posa en el álbum de fotos al final de mi mesa. El que contiene numerosas fotografías de una estudiante de Cambridge de veintitantos años. Una chica desgarbada con orejas un poco de soplillo. ¿Se puede saber quién es esa joven de pelo castaño? ¿Y la rubia que sacamos del río esta mañana? ¿Podría ser Sophia Alyssa Ayling una identidad falsa? ¿O cambiada? ¿La nueva identidad de una mujer llamada Anna May Winchester, por ejemplo? ¿Se transformó aquella castaña de pecho plano en una rubia con curvas después de dejar St. Augustine?

Suspiro.

Definitivamente, el rey blanco está en una posición delicada. Muevo un alfil hacia delante para defenderlo. Lllaman dos veces a la puerta con brío. Levanto la vista; ha vuelto Toby.

–A lo mejor le interesa lo que he encontrado, señor –dice mientras entra con una sonrisa radiante.

Levanto una ceja, esperanzado.

–He tenido que remover cielo y tierra para conseguir el nombre de la persona –dice–. La que hace las transferencias a la cuenta de Ayling. De no ser por su contacto suizo, no habría llegado a ninguna parte. Heinz presionó a...

–¿Cuál es el nombre?

–El fideicomiso lo abrió un Duo llamado Alan Charles Winchester. Un magnate de la banca de origen bermudeño.

Me quedo helado.

–Pensé que querría información sobre este hombre –continúa Toby–. Así que he investigado. Bueno, hay cosas en internet. Se casó con una Duo bermudeña-portuguesa llamada Lily Ferreira en 1967. Decidieron trasladarse de Bermudas a Inglaterra en 1981. Compraron una mansión en el campo cerca del pueblo de Coton, a unos cinco kilómetros de Cambridge. En el 288 de Brook Lane.

Hace una pausa para tomar aliento.

–Sigue.

–Alan y Lily tuvieron un grave accidente de coche en la autopista M11 en 1983, cuando volvían a Coton después de ver *La Traviata* en la Royal Opera House. Alan solo se rompió un brazo, pero Lily sufrió graves heridas por colisión y murió allí mismo. Alan volvió a casarse en 1994, con una bailarina Uno bielorrusa llamada Agnessa Ivanova. En 2008, Alan murió de un ataque al

corazón... –Tony ríe de pronto– mientras mantenía relaciones sexuales con su asistente personal, Nola Barr, en el hotel Ritz. Pero lo que quizá le interese, señor, es esto: Alan Winchester tuvo una hija con Lily Ferreira. Nació en 1970. Se llama Anna May.

–Dios bendito.

–También he vuelto a llamar a St. Augustine –explica–, haciéndome pasar por un contable de los Servicios Suizos de Gestión de Sucesiones. Dije que estaba revisando unas cuentas antiguas y que había encontrado discrepancias en algunos pagos. Probablemente debidas a una confusión sobre el tiempo total que estuvo ingresada allí Sophia Ayling. Les pedí que me confirmaran la duración exacta de su tratamiento. Y, adivine. –Su expresión es triunfal–. Ayling estuvo en St. Augustine entre mayo de 1996 y enero de 2013.

–Eres un hacha, Toby –digo–. Voy a recomendarte para un ascenso. Has hecho un trabajo de primera.

–A nadie le amarga un ascenso –dice Toby, riendo otra vez–. Las vistas son siempre mejores desde la planta alta, por lo que tengo entendido. ¿Puedo ayudarle en algo más?

–De momento no. Si necesito algo, te llamo. Bien hecho, Toby. Bien hecho.

–Gracias, señor. –Toby simula un saludo militar antes de salir.

Voy hasta la ventana con la esperanza de que un soplo de aire fresco me estimule las neuronas. Respiro hondo y me doy cuenta, asqueado, de que me he llenado los pulmones del humo del tubo de escape recalentado de un autobús que pasaba en ese momento. Miro con asco a una paloma en el alféizar del piso inferior; los ojos del pájaro me devuelven una mirada igual de desdeñosa. El viento ha arreciado desde esta mañana; una bolsa de papel revolotea y traza círculos vigorosos y brownianos a lo largo de Parkside. Unos cuantos niños corretean por Parker's Piece, la explanada de hierba que hay delante de la comisaría. Uno de ellos está volando una cometa amarilla con una cola naranja. Cabecea en las corrientes de aire igual que un buitres zarandeado por ráfagas térmicas.

*Sophia Ayling y Anna May Winchester son, por supuesto, la misma persona.*

Debería haber deducido esto antes. Qué vergüenza. De hecho, lo habría deducido hace un par de horas de no ser por esa dichosa Polaroid descolorida.

Ahora todo encaja. En especial si el diario electrónico de Ayling contiene más que una semilla de verdad. Al menos las fechas coinciden.

Quizá el diario no solo conduzca a la verdad. Quizá sea la verdad misma.

Al parecer, el deseo de venganza de Ayling lo debió provocar algo ocurrido en

los meses anteriores a su larga residencia en las Hébridas Exteriores. Algo que despertó un odio abrasador y violento hacia Mark Henry Evans. Un odio que se fue enconando durante los largos años que pasó internada.

Pero ¿qué pudo desencadenar este terrible rencor? Sin duda, no un mero desengaño amoroso.

Quizá debería suspender todo pensamiento racional y ponerme en los zapatos deformes y llenos de recuerdos de Sophia. Esos zapatos combados de tacón de aguja. Tratar de pensar como ella, como alguien que en el pasado fue Duo y que, a partir de los veintitrés años, empezó a recordarlo todo. Admitir que dice la verdad, sobre todo si quiero entender sus motivos para querer destruir a Mark Henry Evans. A fin de cuentas, los científicos han encontrado el interruptor genético de la memoria a corto plazo. Es posible que un interruptor apagado se active. ¿No salió hace poco un artículo en el periódico sobre un psiquiatra loco que se dedicaba a pegar a pacientes Uno en la cabeza para mejorar su capacidad de recordar? Quizá existe la posibilidad, minúscula, de que un ser humano recobre de repente la memoria.

Ahora bien, si yo fuera Sophia y me acordara de todo (incluso de las partes más oscuras), ¿cuál sería mi recuerdo más traumático?

A lo lejos, la cometa amarilla sube tortuosa en diagonal sobre las cabezas de los niños que juegan en el césped.

¿El recuerdo de cómo Mark la abandonó por Claire? Es posible, pero improbable. Incluso si Mark decidió cambiar una castaña Duo por una rubia Uno de la manera más grosera y desconsiderada posible, eso debió de ocurrir hace por lo menos veinte años. La mayoría de las personas ya lo habrían superado a estas alturas. Dato: el *Manual de posibles móviles criminales* dice que las ofensas por amor no suelen durar mucho, mientras que las antipatías motivadas por el dinero tienden a persistir. Una frase de un diario que dice: «Ese cretino que me dejó hace veinte años por una chica bonita y tetona» no tiene la misma fuerza emocional que: «Ese cretino me debe una pasta y ahora mismo no tengo para pagar el alquiler».

Un amor no correspondido no puede ser el móvil.

Miro irritado la cometa amarilla mientras traza un alegre zigzag sobre las cabezas de los niños.

¿Pudo ser el hecho de que Mark tuviera algo que ver en el largo internamiento de Sophia en St. Augustine? Es posible que Mark escribiera a sus médicos hace veinte años insistiendo en que aquella mujer estaba loca, igual que hice yo. Puede que los psiquiatras usaran nuestras cartas para confirmar su diagnóstico de

enfermedad mental antes de trasladarla a las Hébridas Exteriores. Sin embargo, Sophia dedicó dos largos y pacientes años en poner en práctica su meticuloso plan de «venganza». Así que tiene que haber algo más. Algo drástico.

Suspiro. Hago tanto ruido, que ahuyento a la paloma del alféizar. Miro con el ceño fruncido las nubes que se desplazan rápidamente por el cielo.

Tendría que pensar de manera más creativa. Después de todo, antes me he reído de Hamish por ser tan cuadrulado.

Del borde de una nube sale una chispa de luz.

La cometa amarilla baja igual que un buitre que ha visto carroña.

Ay, Dios, no.

La clave tiene que ser el recuerdo de cómo adquirió uno la carga, la maldición incluso, que supone recuperar la memoria. ¿No presumía ese psiquiatra loco de haber convertido a una mujer Uno en una persona de memoria «muy superior» a la de los Duo? Al parecer fue el resultado de una combinación radical de traumas físicos y emocionales. Es posible que Mark le hiciera algo igual de drástico a Sophia hace veinte años. La noche del baile del Trinity. Una acción que le devolvió toda clase de recuerdos indeseables. La primera vez que la entrevisté seguía agitada, eso desde luego.

Sophia debía de culpar a Mark de su exceso de memoria.

Bingo.

Creo que ya lo tengo.

Pero ¿atacó Mark Evans de forma deliberada a esta mujer desesperada y calculadora hace dos días? ¿Y cómo murió?

Vuelvo al tablero de ajedrez. Estudio las piezas dos minutos antes de hacer retroceder al rey blanco para esquivar a la agresiva reina negra.

Necesito el informe de la autopsia antes de que termine el día. Pero es probable que Marge y sus ayudantes se tomen su tiempo. Después de todo, es sábado por la tarde. Conociendo a Marge y compañía, incluso es posible que a estas alturas hayan recogido sus cosas y se hayan ido al Flying Pig a tomar unas cervezas. No los culpo. Cualquiera que se pase un sábado escudriñando las vísceras de un cadáver hinchado por el agua se merece un trago. Muchos tragos. Pero entonces, como mañana es domingo, su informe no estará hasta el lunes.

Y yo lo necesito hoy, maldita sea.

¿Quiénes recuerdan más de lo que dan a entender? ¿Quiénes mienten a los demás y quiénes se engañan a sí mismos? ¿Qué ocurre cuando no es posible recordar la verdad? ¿Podemos llegar a conocernos a nosotros mismos o a los demás?

Mark Henry Evans, borrador de *La serendipia del ser*

22

Sophia

15 de abril de 2015

Esta mañana he leído un artículo maravilloso en *The Times* sobre la ley parlamentaria Uno-Duo. El proyecto más personal de Mark, piedra angular de su campaña política. Una sarta de mentiras inventada para tratar de unir un país dividido. Un intento ilusorio de aumentar el número de ciudadanos Duo para que Gran Bretaña pueda recuperar su pasado esplendor. Es increíble de lo que es capaz el gobierno estos días. Intentos mal disfrazados de manipular la sociedad. Este país me recuerda al puto Tercer Reich.

La ley pronto será sometida al consentimiento real. Entrará en vigor en febrero próximo.

Maravilloso.

No tienen ni idea. Los matrimonios Uno-Duo terminan en depresión. Sí, señor. De la histeria y la adicción a las pastillas que provocan en las mujeres tengo pruebas de sobra. El problema es encontrar pruebas de asesinato.

Los putos ladrones son muy difíciles de localizar cuando de verdad los necesitas. Se esfuman como por arte de magia.

Debería esforzarme más.

Mucho más.

**16 de abril de 2015**

Las cosas empiezan a animarse. Las elecciones generales serán el jueves 25 de junio. Mark va a estar haciendo campaña como un loco. Imagino que en las próximas semanas recibirá mucha atención por parte de la prensa.

Deberé tener los ojos y los oídos bien abiertos. Estar atenta al momento oportuno para desenmascararlo ante el mundo.

Cuando el amor se convierte en odio, hasta el infierno se derrite.



El punto de fusión es cero.

Pero se lo tiene merecido. No me habría estampado contra esa puta farola en Jesus Green si él no me hubiera puesto tan furiosa. Ya estaba yo bastante disgustada. Podría haber mostrado un poco más de empatía, de comprensión. En lugar de eso, lo que hizo fue cabrearme aún más.

Es increíble lo que un encuentro con un metal rígido e inflexible puede hacerle a un pobre cerebro. Te quita la venda de los ojos. Derriba las barreras.

Cuando te sobra el tiempo, como me pasaba a mí en St. Augustine, solo piensas en las personas causantes de tu sufrimiento. En las cosas pequeñas pero decisivas que te hicieron, en cómo van sumando.

Tengo todas las herramientas que necesito para arruinar su carrera política. El cincel afilado de una memoria sin fisuras. El filo cortante de una sólida perspectiva.

El momento está cerca. Lo veo. Lo siento. Hasta puedo olerlo.

La inminente caída de este hombre.

Ya casi lo tienes, Sophia.

Casi.

## **2 de mayo de 2015**

El señor Burrell tiene manos ligeras. Y pies. Lo bastante para no dejar ni un solo rastro de su visita nocturna a Newnham el pasado fin de semana. Esa hora apacible de la noche en que una residente ya entrada en años del 303 de Grantchester Meadows dormía a pierna suelta. Su ilustre vecino, en cambio, tenía en ese momento la polla fuera de los pantalones en Londres. Unos labios entre las piernas. Una cámara en miniatura grabando cada uno de sus jadeos y gemidos.

Pero el ágil señor Burrell no entregó lo prometido. Vino ayer a verme. Con una camiseta vieja y agujereada que llevaba escrito: «POR UN CAMBRIDGESHIRE MÁS SEGURO». Y con solo la mitad de lo que le había pedido.

Lo siento, dijo, tocándose uno de los lados de la gorra. Con unos dedos mugrientos, posiblemente de meneársela. Lo siento mucho, guapa.

Los diarios antiguos del tío están dentro de una caja fuerte color platino en su estudio, al final del jardín, añadió. Un trasto de metal que requiere un código de

doce dígitos. Un aparato que parece a prueba de bombas, bonita. De lo mejorcito que hay en el mercado, vamos.

Me cago en la puta, exclamé.

Ese tío está paranoico con sus diarios, dijo Burrell, levantando las manos a modo de disculpa. Nunca había visto una caja fuerte como esa. Lo siento, guapa. Ningún profesional podrá abrir ese búnker de cemento armado. Es imposible. Si te equivocas tres veces seguidas en el código, salta una alarma.

Esto es lo máximo que te puedo pagar, le dije poniéndole la mitad del dinero acordado en sus sucias pezuñas y acompañándolo a la puerta.

Pero... pero..., protestó.

Estás perdiendo facultades, Burrell, le grité. Hace veinte años me birlaste las bragas y no te pasó nada. Pero esta vez solo me has entregado la mitad de lo acordado. Así que solo te voy a pagar la mitad. El resto te lo daré si me consigues todo lo que quiero. Incluso es posible que te añada una buena propina.

Me serví un vodka triple. Después de todo, papá dijo una vez que siempre hay que celebrar –o lamentarse– con la dosis adecuada de alcohol. Me senté delante de mi tocador. Rasgué el sobre que me había dado Burrell. Dentro había varias hojas. Las saqué con una sonrisa satisfecha. La caligrafía era grande. Infantil, incluso.

Di un respingo. La fecha de la primera página era 13 de junio de 1995, en lugar de 13 de junio de 1996.

El gilipollas de Burrell no sabía leer.

Me dieron ganas de lanzar los papeles contra la pared. De darme de tortas por haber contratado a un delincuente analfabeto. Quizá no debería haber recurrido al manitas del Lucy Cavendish. A la persona que me robó unas bragas de la cuerda de tender años atrás. Aunque me debía una, después de que yo me lo tomara a bien y decidiera que me daba demasiada pereza denunciarlo a la universidad.

Por si acaso, eché un vistazo al resto de papeles. Para mi sorpresa y alivio, descubrí que la decimotercera hoja llevaba fecha de 13 de junio de 1996. Burrell debió de arrancar doce páginas del diario que no era antes de darse cuenta de su error y agarrar el bueno de la estantería.

Así que el muy capullo sí sabe leer, después de todo.

Brindé con vodka yo sola y después dediqué los diez minutos siguientes a leer las páginas de 1996. Y con mucha atención.

Al finalizar, estrellé el vaso de vodka contra la pared.

Menuda cabrona.

Debería de haberlo imaginado.  
Qué tonta he sido.

### **3 de mayo de 2015**

Tengo derecho a protestar. A llorar incluso. Porque ahora resulta que algunas putas personas tienen memoria selectiva. Como demuestra este fragmento del diario de esa mujer con fecha de 18 de junio de 1996.

15.15. He ido a ver a Cath después de que empezara a llover a cántaros. Seguía dormida. Parecía tranquila en su cuna. La temperatura en la habitación me pareció demasiado baja, así que le tapé la mitad inferior del cuerpo con una manta. Volví al cuarto de estar a seguir haciendo calceta.

16.30. La tormenta arreció, me preocupó que los truenos pudieran despertar a Cath.

17.01. Volví a ver qué tal estaba Cath y si tenía hambre. Seguía con los ojos cerrados. Parecía más pálida que de costumbre. Le toqué la mejilla. Estaba fría. Tan fría que me congeló los dedos y el pensamiento.

No sé qué pasó después. De verdad que no. Cuando el mundo se volvió visible otra vez, estaba a cuatro patas en la alfombra del cuarto de la niña. Me temblaban las manos y lloraba. No podía respirar. Mark estaba arrodillado a unos metros, sosteniendo a Cath. La cabeza de ella colgaba hacia delante.

¿Qué has hecho, Claire?, gritaba él.

Se me nubló la vista otra vez. Cuando volví en mí, había paramédicos por todas partes. Uno había atado algo al cuerpo de mi hija. Otro negaba con la cabeza mirando la cara grisácea de Cath. Un tercero me cerraba el paso con los brazos. Tenía la marca grande de un arañazo en la cara. Mark estaba en un rincón agarrado a la cuna de Cath. Tenía el rostro blanco. Dolor en los ojos.

Entonces comprendí lo que le había pasado a mi niñita querida.

No puedo seguir escribiendo. Me han puesto en observación. Estoy agotada. Anestesiada. No puedo pensar bien. Un abismo me ha engullido. Puede que nunca consiga salir de él. Pero debía escribir esto antes de dormirme.

Lo siento muchísimo, Mark.

Qué lamentable. Una Uno escondiéndose de su pasado. Tapando sus equivocaciones. Oscureciendo sus pecados. Tergiversando la verdad.

Escribiendo recuerdos falsos en su diario. Eligiendo creer lo que quiere creer. Convenciéndose a sí misma de que no tiene la culpa. Absolviéndose de toda responsabilidad.

Es curioso cómo se resisten algunas personas a admitir que son culpables. Incluso ante ellas mismas.

Es extraño el consuelo que provoca la amnesia.

Es increíble cómo se olvidan las personas de lo que han hecho.

Ay, el caso es que lo que hay aquí no basta para probar que Claire Evans mató a su hija. Para condenarla ante la opinión pública. Para convencer al mundo (y a un jurado) de que fue una madre asesina.

He repasado con lupa cada palabra de este fragmento de diario. He llegado incluso a copiarlo aquí. La única frase que la incrimina vagamente es la pregunta angustiada de Mark:

«¿Qué has hecho, Claire?»

Pero eso puede significar cualquier cosa. No es lo mismo que «Has asfixiado a la pobre Catherine, mi nenita preciosa, hasta matarla».

«Lo siento muchísimo, Mark.»

Eso también podría significar cualquier cosa. No es una admisión de culpabilidad.

No es suficiente.

Qué puta mierda.

Estoy como al principio.

#### **4 de mayo de 2015**

Un momento. La historia no acaba aquí. He vuelto a revisar el fajo de papeles mohosos. Hay un fragmento de diario anterior (con fecha de 14 de junio de 1996) que dice:

8.15. Me desperté bañada en sudor. El mismo sueño que he descrito otras veces en el diario, pero con una diferencia horrible, muy horrible. La cara no era de Jenkins. Esta vez era de Cath. Una versión de dieciocho años de mi niña querida. Ojos castaños como los de Mark, pelo largo rubio, como el mío. Una mueca de enfado. Me has jodido, mamá, no dejaba de gritarme. Por tu culpa soy Uno. Me has maldecido con tu sangre. Me has condenado de por vida a ser una fracasada, un hazmerreír, una ciudadana de segunda, como tú.

Un fragmento del día siguiente dice:

6.27. Me desperté tiritando, con las manos y la frente sudorosas. El mismo sueño que la noche anterior, pero con una terrible variación. La versión adulta de Cath no era Uno, sino Duo. Pero seguía gritándome. Me avergüenzas, mamá, no dejaba de repetir. Porque eres estúpida y das pena. Eres una inútil y una inepta, a diferencia de mi superguay padre. ¿Por qué ha sustituido Cath a Jenkins en mis sueños? ¿Por qué no dejo de tener esta locura de pesadillas?

Lo que explica la entrada deshilvanada, inconexa, del 16 de junio.

17.15. He estado mirando a Cath en la cuna. Para variar, no lloraba. Me hacía gorjeos con cada sonrisa y me agarraba el dedo con un balbuceo feliz. Estaba preciosa. Inocente y angelical. Me eché a llorar. ¿Y si resulta que es Uno, como yo? ¿Y si la he condenado a ser una marginada de por vida? Claro que sí, en cambio, resulta ser Duo, ¿verá a su madre Uno, una simple camarera, como a un ser inferior? ¿Perderé su amor y su afecto por no ser Duo como ella? ¿Me tratará con desprecio? ¿Y si me dice cada mañana, con el mismo tono condescendiente que ha utilizado hace un rato Mark: «Esta noche deberías escribir eso en tu diario, mamá, y aprendértelo bien»? ¿Y si nunca me comprende? ¿Seguirá queriéndome mi hija si al cumplir dieciocho años descubre que es Uno? ¿Me odiará por condenarla a un destino así? ¿O me odiará aún más si resulta ser como su padre?

La depresión posparto de Claire es evidente. Salta a la vista que estaba en un callejón sin salida de irracionalidad autoinducida. No me extraña que tuviera aquel ataque de locura el 18 de junio, solo dos días después.

Joder. Esta mujer empieza a darme un poco de pena. Aunque me robara al amor de mi vida hace veinte años. En cualquier caso, desde entonces mi amor se ha transmutado en odio. Amor u odio. No hay término medio.

Olvidar o perdonar. Yo no puedo perdonar, aunque me dan ganas de perdonar a Claire. A esa pobre mujer torturada. Y también me da pena la niñita. Pero su marido conspiró para ocultar un asesinato. Y no voy a dejar que se vaya de rositas. Tampoco puedo pasar por alto su estupidez a la hora de casarse con una mujer Uno. Justo lo que intenté decirle cuando tuve el detalle de hacerle una visita el día de su boda. Ese hombre fue un gilipollas al elegirla a ella en lugar de a mí. ¿Cómo coño voy a conseguir metérselo en la cabeza?

Por cierto, cuando se divorcien va a ser fantástico. Una experiencia de lo más

satisfactoria.

Porque por fin se darán cuenta de que yo tenía razón.

## **5 de mayo de 2015**

Es posible que no esté otra vez como al principio, después de todo. Tengo que pensar. Mucho. Pese a que me esté empezando una jaqueca horrorosa. Mark Henry Evans podría haber adoptado un enfoque selectivo. Podría haber revisado previamente, a conciencia, los datos a memorizar relativos a lo ocurrido en su casa el 18 de junio de 1996. Igual que la cobarde de su mujer Uno, podría haber mentido en su propio diario.

Pero las personas que mienten a los demás rara vez se mienten a sí mismas.

De eso estoy segura.

Las mentiras tienen una base de verdad. Porque son verdades alteradas.

Para mentir, uno debe conocer la verdad.

Sobre todo si se es Uno. Pero también siendo un Duo.

Estoy convencida de que Mark escribió un relato sincero de lo que le sucedió a su única hija. De lo que hizo su mujer aquella tarde lluviosa. Me lo dice mi instinto. Por eso protege tanto sus diarios. Por eso los guarda a prueba de bombas.

Mark Henry Evans miente a su mujer. Descaradamente. Y me miente a mí con igual desfachatez. Pero es incapaz de mentirse a sí mismo. Como Duo, es lo bastante inteligente para saber que no puede hacerlo.

Que no puede permitírselo.

No si es un puto novelista.

La mayoría de los novelistas escriben para dar sentido a las cosas que les ocurren. Trasladan todas sus vivencias a su escritura. Convierten datos en ficción. El dolor. La añoranza. El horror. El miedo. El amor. La pérdida. Datos que conocen por sus diarios. Fragmentos de conversaciones que han registrado. Todos muy bien recreados con una prosa descriptiva. Revividos de manera conmovedora, desgarradora. La mayoría de las novelas son, de una forma u otra, reflejos sutiles de quienes las han escrito. De sus personalidades. De sus pasados. De los datos que han memorizado acerca de sí mismos.

Pero lo que inspira a un novelista es el infierno.

No el cielo.

Un buen novelista convierte los reveses personales en posibilidades literarias.

A pesar de sus muchos pecados, Mark es un buen novelista. Cuando le felicité por su talento literario en el festival de escritores era sincera. Tomemos *A las puertas de la muerte*, por ejemplo, su novela mejor recibida por la crítica. La que lo catapultó a la élite literaria. Con la que estuvo a punto de ganar el Booker Prize en 2013.

Tomemos, en concreto, la escena que los críticos calificaron de desgarradora obra maestra. El protagonista, Gunnar, se entera de que su hija de nueve meses ha muerto. Mark no habría podido describir esa escena con tanta convicción. De manera sobrecogedoramente vívida. Con una precisión tan brutal... si se hubiera ocultado la verdad a sí mismo.

Ahora comprendo por qué tuvo tanto éxito. Por qué Mark consiguió cambiar su vida, pasar de ser un exprofesor pobre, desempleado y desheredado por sus padres por casarse con una estúpida Uno a un novelista superventas y rico, adorado por millones de personas. Porque en su monótona existencia Duo empezaron a pasar cosas. Toda clase de cosas terribles, brutales. Y escribió sobre ellas con gran sensibilidad.

Eso siempre funciona con los lectores.

Necesito esas páginas del diario de Mark.

Pero ¿cómo se abre una caja fuerte acorazada? ¿Un artilugio que ya ha derrotado al ladrón de ropa interior más habilidoso de Cambridgeshire? Como no sea poniéndole una pistola en la cabeza a Mark Evans. O acercándole un cuchillo de sierra a la garganta.

Por poner dos ejemplos.

## **25 de mayo de 2015**

El tiempo se acaba. Se me acaba.

Esta mañana me ha llamado para disculparse. Es increíble cómo se las arregla para convertir las disculpas en una forma de arte. En una enfermedad crónica. El sábado próximo no va a poder salir de Cambridgeshire. Rowan ha organizado una rueda de prensa a mediodía en la casa consistorial aprovechando que al día siguiente se somete al consentimiento real la Ley de Matrimonios Mixtos. La mañana del sábado es el momento idóneo, dice Rowan, la oportunidad perfecta para conseguir más capital político y publicidad. El problema es que esto da al traste con los planes que habíamos hecho para ese fin de semana. Lo siente muchísimo.

Entonces me di cuenta de una cosa.

La rueda de prensa en la casa consistorial me dará ocasión de hundir a Mark Henry Evans. De una manera muy diferente al frenético plan descrito en mi lápiz de memoria de 144 GB.

Ahora ya sé el día y la hora de su desenmascaramiento delante de la prensa británica.

Será el próximo sábado.

Cuando las imponentes campanas de la iglesia de St. Mary den las doce a solo unos metros de la casa consistorial.

Claro que hay un pequeño problema. Minúsculo, pero importante. Tengo material en abundancia. Un montón impresionante, espléndido. Pero necesito algo para rematarlo. Es como un abeto de Navidad pidiendo a gritos un adorno de cristal de esos que se ponen en la copa. Necesito la guinda del pastel. Me siguen haciendo falta las entradas del diario de Mark del 13 al 24 de junio de 1996. El periodo transcurrido entre la muerte de Catherine Louise Evans y el informe de Paget. Con esa información ya no harán falta los vídeos que guardo en mi lápiz de memoria de 144 GB.

Imagino a los periodistas reunidos en la rueda de prensa en la casa consistorial. Mirando las fotocopias de las páginas del diario de Mark, que yo distribuiré con la dosis adecuada de entusiasmo. Con la apropiada dosis de júbilo. Recreándome en el relato sin adornos de Mark sobre lo que de verdad ocurrió en aquel dormitorio infantil del 23 de Milton Road hace diecinueve años. En sus expresiones de asombro. En el horror que asomará a sus ojos, en los titulares de prensa del día siguiente.

En la maravillosa satisfacción que sin duda inundará mi corazón. Porque ese momento en la casa consistorial será la espectacular culminación de dos años de duro trabajo. En el dormitorio. Y fuera de él.

Mi apoteosis final.

Cuando desenmascare a Mark Henry Evans.

Cuando se sepa que es un adúltero. Un mentiroso. Un cómplice de asesinato.

Las dos primeras revelaciones solo despertarán desaprobación. Terminarán con su carrera política. Pero la tercera lo destruirá. Por completo.

Necesito esas páginas de su diario.

Antes del próximo sábado.

Pero ¿cómo coño voy a conseguirlas?



Las apariencias engañan, y mucho.

Diario de Sophia Ayling

## Hans

## 5 horas y 15 minutos para que termine el día

A ver si he entendido bien este diario lleno de veneno. Mark puso tan furiosa a Sophia que ella terminó chocando con una «puta» cosa metálica en Jesus Green. Esto, a su vez, desencadenó una oleada de «memoria plena», una enfermedad de la que también culpaba a Mark. Así que mi hipótesis era correcta. Debería alegrarme de haber sido capaz de deducir lo ocurrido. Pero ¿tenía Sophia de verdad intención de desvelar páginas del diario de Mark en la rueda de prensa en la casa consistorial en un intento por destruirlo? ¿La rueda de prensa de hoy a mediodía?

Es una completa locura.

Derribo a la reina blanca con su contraparte negra. Otro golpe resuena en la puerta. Levanto la vista; es Hamish de nuevo. Una expresión escarmentada, humillada incluso, le ensombrece el rostro.

–Tenías razón –proclama–. Retiro lo que he dicho antes.

–Ajá.

–Marge se ha puesto las pilas –dice–. Esto ha llegado hace unos minutos.

Me da unas hojas. La primera dice:

## Oficina forense de Cambridgeshire

Hora y fecha de la finalización de la autopsia: 9.49 del 6 de junio de 2015

Autopsia realizada por: Margery Sheldon, doctora en Medicina y Cirugía, patóloga forense

Nombre: Sophia Alyssa Ayling

Fecha de nacimiento: 20 de noviembre de 1970

Raza: blanca; Sexo: mujer; Clase: Duo

Expediente forense núm. 2015-289

–Te dejo que leas tranquilo las conclusiones de Marge –dice–. Hay cosas fascinantes. Parece que tenías razón desde el primer momento. Sigo intentando confirmar si Winchester se cambió de nombre. Si encuentro algo, te aviso. Me da que casi lo tenemos.

Estoy tentado de decirle que ya no hace falta que haga nada. Pero me conviene mantenerlo ocupado.

–Muy bien –digo.

Sale por la puerta. Después de todo, puede que Hamish no sea un cretino pomposo. Al menos ha tenido la decencia de reconocer que estaba equivocado. Agarro los papeles que tengo delante y los leo con avidez:

### Examen externo

La autopsia comenzó a las 9.49. El cuerpo llegó dentro de una bolsa negra. La víctima lleva un abrigo gris (marca Aquascutum, talla extra grande) con los bolsillos delanteros, laterales e interiores llenos de guijarros decorativos de jardín, blancos y negros, de unos 50 mm de diámetro. También lleva un jersey negro sin mangas de cuello alto (Alexander McQueen, talla 36), pantalones negros largos (Alexander King, talla 36) y botas negras planas (Lanvin, número 39). Su ropa interior se compone de un sujetador de encaje negro y un tanga de encaje negro (Agent Provocateur).

El cuerpo corresponde a una mujer blanca de 1,75 de estatura y 52 kg de peso. Sus rasgos son coherentes con los 44 años de edad declarados. La víctima lleva lentillas azul claro y sus ojos son color marrón oscuro. Las córneas están brumosas. Lleva el pelo teñido de rubio platino, a capas y rizado, y la parte más larga mide alrededor de 25 cm. El color de las raíces indica que su tono natural es castaño oscuro. Lleva las uñas de los pies pintadas de granate intenso. Los labios de la víctima presentan restos de carmín rojo intenso. Mentón, nariz, orejas y pómulos han sido sometidos a múltiples intervenciones de cirugía estética. Tiene los labios rellenados con ácido hialurónico y le ha sido inyectado bótox en la frente. La víctima también se ha hecho aumento de pecho. Los genitales corresponden a una mujer adulta y no hay indicios de lesiones. El vello púbico está parcialmente recortado.

El lado derecho del cráneo de la víctima presenta un hematoma de 15 x 5 mm. Está localizado debajo del pelo, a unos 25 mm detrás de la oreja derecha.

El cuerpo de la víctima está cubierto de arena del río, fango y detritos vegetales. Tiene tierra incrustada en las uñas. Una franja de hierbas acuáticas le rodea la pierna izquierda. Hay rasguños superficiales y abrasiones resultado de rozamiento en codos, rodillas y dorso de las manos. El esmalte rojo de los dedos índice, corazón y anular de la mano derecha presenta marcas de arañazos. Hay pequeños cortes y abrasiones cutáneas en la punta de los dedos pulgar, índice y corazón izquierdos. La piel de la punta de los dedos de la mano derecha también está lacerada en algunos sitios.

### Examen interno

Sistema nervioso central: El cerebro pesa 1.307 gr (dentro de los límites normales). Hay hematoma subdural intracraneal agudo, debajo del área con lesiones externas, así como contusiones en áreas asociadas con las heridas externas, en especial en el lóbulo temporal medial y el hipocampo.

Tracto genitourinario: Los riñones (derecho, 117 gr; izquierdo: 120 gr) son normales. El examen pélvico indica que la víctima no estaba embarazada en el momento de la muerte. No hay indicio de actividad sexual reciente...

Levanto la vista del texto con mil pensamientos en la cabeza. Así que tenía razón en lo de que Sophia Ayling fue asesinada. Alguien la golpeó en la cabeza, causándole una hemorragia interna que le provocó la muerte. A continuación, esa persona le ató un abrigo de talla grande con los bolsillos llenos de piedras alrededor de los hombros y la tiró al Cam.

Ese alguien pudo ser un escritor presa del pánico. Un novelista que, en su desesperación, se acordó de Virginia Woolf y confió en poder enmascarar así la verdadera causa de la muerte de Sophia Ayling. Después de todo, excepto la contusión que encontró Marge debajo del pelo de la víctima, el cuerpo no presentaba indicios de violencia física.

Pero el asesino es tonto. Tonto de remate. No usó piedras suficientes para

hundir el cuerpo de Ayling. Está claro que el asesino –o asesina– nunca ha oído hablar del principio de Arquímedes. No sabe que hacen falta muchísimas piedras para contrarrestar la tendencia a flotar de un cadáver, por mucho que pese 52 kg. Desde luego bastantes más que unos cuantos guijarros ornamentales cogidos del jardín de su casa. En mi visita de esta mañana vi que faltaban piedras del sendero del jardín de los Evans. En la tierra había marcas oscuras, sin hierba. Además, las piedras coinciden exactamente con las encontradas en los bolsillos del abrigo de la víctima.

Creo que tengo información suficiente sobre el asesino de Ayling para encerrarlo esta misma noche en la celda que hay en la parte de atrás de la comisaría.

Muevo la reina negra hacia delante y acto seguido saco unas esposas del primer cajón de mi mesa. Con los escritores nunca se sabe. Sobre todo con aquellos que se ganan la vida escribiendo sobre las muertes de otros.

**M**e subo al coche patrulla aparcado a la puerta de la comisaría. Pero antes de que el conductor arranque, veo a Hamish corriendo hacia nosotros a toda velocidad.

–Hans –dice jadeando cuando llega a nuestro lado–, te he llamado a tu despacho. Tampoco respondías al móvil. Me ha dicho Fiona que te ha visto salir a toda prisa.

–Voy a detener a alguien –digo– por segunda vez hoy. Debería haberlo retenido esta mañana.

–Anna estuvo diecinueve días desaparecida en el verano de 1995 –dice–. ¿Y sabes qué? Se cambió el nombre por el de Sophia Alyssa Ayling antes de desaparecer otra vez unos meses después...

–Todo eso ya lo sé –le interrumpo.

Hamish se queda boquiabierto.

–¿Cómo?

–Se me da bien descubrir cosas –digo–. Por cierto, ahora voy a detener al asesino de Sophia. Pero primero voy a pasarme por una casa en Coton.

–No te sigo.

–Debería informar de la muerte de la señorita Winchester a su familia.

–¿No deberías detener primero al que la mató?

–No te preocupes. El asesino no tendrá agallas para huir de Cambridge esta

noche. Además, todavía no sabe que lo he descubierto.

–Pues entonces te acompaño. Sobre todo si vas a practicar una detención.

Tengo que andarme con cuidado con Hamish. Mantenerlo a raya hoy en todo momento. Esta mañana conseguí zafarme de él y hacer un par de visitas solo. Pero el protocolo insiste en que son necesarios dos agentes para un arresto. Hago una mueca; por suerte, se me ocurre una solución poco ortodoxa.

–No hace falta –digo señalando al sargento al volante–. Me acompaña él.

Nos alejamos de Hamish con un chirriar de neumáticos, dejándolo envuelto en la gran nube de humo que despiden los tubos de escape.

**A**lan Charles Winchester fue un hombre rico en vida. La entrada al 288 de Brook Lane es impresionante. Dejamos atrás dos espléndidos postes coronados por estatuas doradas de leones y aparcamos debajo de un lujoso soportal con columnas ornamentadas. Bajo del coche patrulla y veo un pavo real verde paseando detrás de un cuidado lecho de caléndulas. Voy hasta la puerta principal y busco la aldaba. Tiene forma de cara de diablo; un tirador redondo bañado en oro hace las veces de lengua.

Golpeo la puerta con el metal una vez, dos. Dos fuertes golpes que suenan como dos disparos, lo bastante fuertes para levantar a un muerto.

Espero en el porche, cambiando el peso de un pie a otro y examinando el mosaico dorado de una mujer desnuda de pecho generoso que hay en el suelo. Pero nadie abre. Miro el reloj durante sesenta segundos exactos y golpeo con la lengua del diablo dos veces más.

Mis esfuerzos no encuentran otra respuesta que un absoluto silencio.

Espero otros ciento veinte segundos antes de retirarme del porche e inspeccionar la fachada de la casa. Todo está cerrado a cal y canto, incluidas las numerosas ventanas en voladizo del piso superior. Todas las persianas están bajadas; la casa tiene aspecto de estar hibernando. Saco el teléfono móvil y marco el número que me dio Toby.

–Diga –contesta una voz ahogada de mujer.

–Buenas noches –digo–. ¿Podría hablar con la señora Agnessa Winchester, por favor?

–Soy yo. ¿Quién es?

–El inspector Hans Richardson, de la comisaría de Cambridgeshire.

–¿Es la Policía?

–Sí. Estoy frente a la puerta de su casa, pero no hay nadie.

–Me encontrro en un balneario de la costa surr en este momento. ¿Qué hace en la puerrta de mi casa?

–Me temo que tengo malas noticias. Lamento informarle de que esta mañana han encontrado el cuerpo de Anna May en el río Cam.

–¿Anna está muerrta?

–Sí.

–Dios mío.

Durante unos instantes no se oye nada.

–Siento tener que darle esta noticia –digo.

–¿Porr qué lo siente, inspectorr?

–Esto... Es lo que suelo decir cuando hablo con la familia de una persona fallecida.

–Oigo un resoplido al otro lado de la línea.

–Anna no es familia mía. Es la hija de mi segundo marrido, Alan. Murrió hace unos años. Mi diarrío dice que llevo mucho tiempo sin verr a Anna. Se ha vuelto loca, ¿sabe? Y la han metido en un hospital para chiflados. ¿Se ha suicidado?

–Creemos que fue asesinada. Pero hemos encontrado varias pistas importantes y estamos a punto de detener a su asesino.

–¿Asesino? ¿Quierre decir que la dispartan? ¿En plan... pum?

–No, no, no. No le dispararon. Pero de momento no puedo decirle más.

–Pobrrecita Anna. Tiene que encontrarr a la persona que la asesinó.

–Lo haré, señora Winchester. Lo prometo. En cualquier caso, los servicios médicos se pondrán en contacto con usted en breve para que pueda hacer los preparativos del funeral.

–Gracias, inspectorr.

Cuelgo el teléfono y regreso al coche patrulla. Agnessa Winchester tiene la voz de una bielorrusa excéntrica que se pasa la mayor parte del tiempo acicalándose en balnearios. Pero sigue siendo el familiar más próximo de la víctima, y al informarle he cumplido con mi deber.

–A Newnham –le ordeno al conductor.

Asiente con la cabeza y arranca. El coche se pone en marcha con un chirrido y levanta nubes de grava.

–Y rápido –le digo.

El conductor se estira el bigote antes de pisar el acelerador. Bajamos a toda velocidad por Brook Lane esparciendo hojas muertas por la calzada. Voy a hacer exactamente lo que le he prometido a Agnessa Winchester. Y voy a empezar por

arrancar a una persona de las profundidades de su estudio en el vecino pueblo de Newnham. Después de todo, dijo que se había pasado los dos últimos días metido en esa habitación, escribiendo. Algo espantoso tuvo que pasar en su estudio anteayer.

De eso estoy seguro.



Venganza. Chantaje. Seducción. Obsesión. Asesinato.

¿Y si el relato que tiene en sus manos fuera una descripción exacta de los datos de su propio diario?

Esta es la historia de Gunnar, que compra un libro usado en una tienda de segunda mano en Valberg y descubre que ha estado ocultándose a sí mismo cosas terribles de su pasado.

Y alguien más lo sabe...

Texto de contracubierta de *A las puertas de la muerte*,  
de Mark Henry Evans

## Claire

Ojalá no hubiera arrancado esas páginas de mi diario. Porque el inspector Richardson no me ha dado ninguna información sobre ese vacío de doce días que tengo en la cabeza. Con todo, ha sido un alivio enterarme de que Anna May Winchester reapareció al cabo de unos días. Por lo menos ahora sé que Mark no le hizo nada a esa chica años atrás. También sé que la muerte de Sophia no es culpa suya. Estoy segura de que no me casé con un asesino. No entiendo que Richardson pueda llegar a pensar que Mark la mató.

En cualquier caso, Mark sigue siendo un embustero sinvergüenza, y yo sigo decidida a divorciarme de él.

Empezaré por preparar una bolsa con algunas cosas básicas. Y volveré al cuarto de invitados de Emily para pasar allí la noche (aunque la cama sea incomodísima y apeste a naftalina). También, y con su ayuda, estudiaré mis opciones. Emily me dijo, con ese tono práctico tan propio de ella, que debería empezar a pensar en la pensión compensatoria que voy a pedir por el divorcio. Y tiene razón.

Introduzco la llave en la cerradura. La puerta se abre; entro en el cuarto de estar. Un haz de sol vespertino entra por las cristaleras y proyecta rayos rosas y dorados en el suelo brillante. No puedo creer que esta mañana bajara corriendo las escaleras para curarle la mano a Mark.

Parece que haya pasado un siglo desde entonces. La casa, incluso mi vida, parecen ahora otras. Cuánto dolor desde entonces. Me siento una persona por completo distinta. Esta noche tengo mucho que contar en mi diario. Son muchos los datos terribles e inquietantes que debo escribir y memorizar.

*Nettle* viene hasta mí y sus ojos castaños me miran comprensivos. Le doy una palmadita en la cabeza y le acaricio sus blandas orejas.

—Aparte de Em —le digo mientras una lágrima se desliza por mi mejilla—, eres el único amigo que tengo.

*Nettle* mueve el rabo con aprobación antes de desaparecer detrás del sofá. Voy a la cocina y pongo agua a hervir.

Oigo pisadas a mi espalda.

–Lo siento, Claire. –La voz de Mark suena cansada, casi exhausta.

Voy al armario y saco una bolsa de té Earl Grey. Se me han secado las lágrimas. Noto los ojos de Mark clavados en mi nuca.

–Intentaba protegerte –dice, y un matiz de dolor se cuela ahora en su voz–. Salvarnos a los dos de lo que hemos hecho, a los demás y a nosotros mismos. Pero eso no es suficiente. Todo se desmorona.

El hervidor empieza a silbar un poco. Pero su persistente zumbido no llena el vacío que han dejado las palabras de Mark. De pronto me sube una inusitada furia por la garganta hasta casi asfixiarme.

–Te acostaste con ella –digo furiosa mientras me vuelvo y clavo mis ojos en él–. Me engañaste durante meses. Durante dos largos años. Yo creía que pasabas esos fines de semana fuera de Cambridge por trabajo, pero la verdad era que estabas follando con otra mujer en Londres. Eres un mentiroso, Mark. Un embustero. Desde el día que nos conocimos. He releído la entrada de mi diario sobre aquella chica con la que te acostaste cuando ya estabas conmigo. La que llevabas al baile del Trinity. A saber con cuántas mujeres más te has acostado desde entonces. Qué tonta he sido. Por confiar en ti. Por guardar las apariencias. Por convencerme a mí misma de que no puedo permitirme salir de este matrimonio. A pesar de saber que nunca nos haremos felices el uno al otro.

Mark se limita a negar con la cabeza. Más que arrepentido, parece compadecerse de sí mismo. Su reacción me irrita y una rabia repentina amenaza con cegarme. Tengo ganas de clavarle las uñas en los hombros. De zarandearlo a base de bien.

–Te mentí –dice abriendo las palmas de las manos y agarrando las mías por sorpresa–. Te mentí sobre ella. Cuando Richardson se presentó aquí esta mañana pensé que lo mejor era negar toda relación con Sophia. Decirle que no tenía nada que ver con ella. Supuse que era la única opción que me quedaba. Después de lo que hemos hecho.

–¿Hemos? –digo, y la palabra se me atraganta–. Fuiste tú, Mark. Fuiste tú el que tuvo una aventura con ella.

–Lo siento, Claire –se excusa de nuevo–. Por dejarme llevar por mi estupidez. No estoy orgulloso de mí mismo. No puedo cambiar lo que he hecho. Pero hay cosas peores que mi aventura con Soph...

No doy crédito a lo que estoy oyendo.

–¿Qué puede ser peor que el hecho de que tu marido tenga una aventura a tus espaldas? –Mi voz se convierte en un chillido–. ¿Que enterarte de que es un

embustero que, mientras se iba con otras, presumía ante el mundo de lo feliz que era nuestro matrimonio mixto?

Mark no contesta. En lugar de ello se deja caer sobre un taburete de la cocina con la cabeza inclinada hacia delante.

–Esta noche me voy a casa de Emily –digo escupiendo las palabras–. Para pensar en los detalles de nuestro divorcio.

Mark suspira.

–Tienes todo el derecho a estar celosa –dice–, y ahora tienes motivos para pedir el divorcio. Para hacerme daño igual que te lo he hecho yo a ti. En cualquier caso, ya lo has conseguido, con ese mensaje de texto tan inteligente. Has destruido mi credibilidad política con unas pocas palabras. Deberías ser novelista, Claire. Has conseguido levantar más revuelo que cualquiera de los libros que he escrito. Pero también estás a punto de destruirnos. A los dos.

–Déjate de rodeos.

–Si tú supieras...

Ese innato sentido de superioridad Duo de Mark me enerva aún más.

–Deja de hacerte el Duo superior y de dar a entender que soy una ignorante, que sabes mucho más que yo. Llevo veinte años aguantando tus gilipolleces condescendientes. Es un dato que conozco muy bien.

–La culpa es solo mía –dice con un suspiro apenado–. Por querer ahorrarte el dolor de saber. Por decirte que olvidaras lo ocurrido. Pensé que serías mucho más feliz así. Pero la verdad está dentro de ti, Claire, te des cuenta o no. Está acechando en tu subconsciente igual que una enfermedad. Durante estos años has tenido que tomar cientos de pastillas. Pero solo pueden ayudarte hasta cierto punto. Ya no puedes seguir ocultando la verdad. Te está matando por dentro. Y yo ya estoy harto y cansado de cubrirte las espaldas.

–He ido a ver al inspector Richardson –digo ignorando el monólogo sin pies ni cabeza de Mark.

–¿Que has hecho qué? –Parece estupefacto–. ¿Que has hecho qué?

–Quería hacerle unas cuantas preguntas sobre Anna May Winchester.

–¿Sobre Anna? –Su cara ahora es de perplejidad–. Pero ¿por qué?

–Era la chica a la que llevabas al baile del Trinity, ¿a que sí? La que luego estuvo desaparecida diecinueve días. He ido atando cabos, gracias a lo que dijo Richardson. Anna May Winchester, se llamaba así, ¿verdad? La primera de una larguísima lista de amantes que has tenido en los últimos veinte años. Una lista que termina en Sophia.

–No me puedo creer que fueras hasta Parkside solo para averiguar

información de una exnovia mía –dice Mark con ojos llenos de incredulidad–. Como de costumbre, te preocupas de las cosas equivocadas. Tú siempre tan egoísta, joder, incluso cuando todo se desmorona a nuestro alrededor. Ahora ya sé por qué has estado hurgando en mi carpeta.

Me paraliza igual que un niño al que han sorprendido robando caramelos en una tienda. Así que Mark sabe que he estado fisgando...

–No te culpo –continúa, sorprendiéndome–. Por querer buscar pruebas de que te he sido infiel desde hace tiempo, de que soy un adúltero empedernido. Para así poder humillarme aún más en público. Pero no me puedo creer que fueras a hablar con Richardson, nada menos. Cuando nos está intentando acorralar.

De nuevo me sorprenden sus palabras.

–¿Cómo que «nos»?

Mark no contesta. Baja la cabeza hasta apoyarla en las manos.

–¿Mark?

No me mira.

–¿Por qué dices que Richardson nos está intentando acorralar?

El silencio de mi marido es inquietante. De pronto siento un escalofrío en el corazón.

–¿Qué hemos hecho, Mark? ¿Tiene algo que ver con Sophia?

Un leve temor se ha colado en mi voz. No se debe a la furia.

Mark vuelve a suspirar y se levanta con los hombros encorvados. Se dirige, cabizbajo, hacia la puerta de la cocina. Pero antes de salir, se vuelve y dice:

–He sido un mal marido, aunque siempre he intentado protegerte de las consecuencias de tus acciones. Primero con Cath. Luego con Sophia. Pero no hay quien detenga a ese inspector, lo presiento. Esta mañana ha dejado que me fuera, pero no tardará en volver.

Desaparece por el pasillo sin iluminar. Debe de ir a su estudio. Dato: Mark siempre se retira a su estudio al fondo del jardín cuando una conversación nuestra llega a un punto muerto. Pero esta vez se trata de algo peor que un punto muerto. Sophia Ayling está muerta. Y nuestro matrimonio está terminado.

Pero ¿cómo murió ella?

¿Está tratando Mark de decirme que tuvimos algo que ver?

**D**ebo de haberme pasado quince minutos escribiendo «Sophia + Ayling» en el recuadro de búsqueda una y otra vez. Pero en la pantalla de mi diario no aparece

nada. Nada de nada. Incluso he probado con variaciones de su nombre: Sofia, Sophie, Sofya, etc. Nada. Mi diario no responde.

Primero con Cath. Después con Sophia.

¿Qué intenta decirme Mark?

Dato: Catherine Louise Evans era mi niñita. Mi única hija, que una plaga llamada muerte súbita del lactante me arrancó cuando solo tenía tres meses. Una tarde la encontré pálida en su cuna y luego todo se volvió borroso. Es todo lo que dice mi diario.

Dato: Mark no ha mencionado a nuestra hija en los últimos años. Se ha convertido en un tema tabú en casa. «Preferiría no hablar de ella», dice cada vez que saco el tema. Para confirmar este dato escribo «Cath + Mark» en el recuadro de búsqueda de mi diario electrónico y selecciono el icono ORDENAR POR FECHA – MÁS RECIENTES PRIMERO.

El resultado que aparece tiene fecha de 21 de octubre de 2012. Hay una parte que dice:

Hoy en el desayuno le he preguntado a Mark si le gustaría intentar tener otro hijo. Después de todo, voy a cumplir treinta y siete años. Mark me ha mirado horrorizado, dándome a entender que estoy loca por sacar el tema. Casi se le cae la cuchara en el cuenco de los cereales. Intenté no desanimarme por su reacción y le dije que la muerte de Catherine ha dejado un vacío terrible en nuestras vidas que, con los años, se ha hecho más grande. Que deberíamos tratar de llenarlo con otro hijo. Un pequeñín al que cuidar, mimar y querer.

Sería horrible para ti y para el niño si lo tuviéramos, dijo Mark, y preferiría no hablar de Cath, añadió, apartando los cereales y saliendo enfadado de la habitación. Me pasé las dos horas siguientes llorando en la cama, destrozada por lo brusco de la respuesta de Mark. Pero después de hacer una búsqueda de «síndrome de muerte súbita del lactante» en el ordenador, no tardé en sentirme más resignada. Resulta que unos científicos de Heidelberg han demostrado la existencia de una predisposición genética al SMSL. El segundo hijo de una mujer tiene probabilidades relativamente altas de morir víctima del síndrome si el primer hijo lo sufrió.

Así que Mark podría tener razón: podría ser malo tanto para el niño como para mí. Después de todo, ¿no dijo el doctor Jong una vez que mi depresión se había exacerbado con la muerte de Cath? Debería olvidarme de tener otro hijo. Pero sigo queriendo un bebé, por irracional que parezca.

¿Por qué decidió Mark mencionar a Cath hoy? ¿Después de años de evitar el tema?

*Primero con Cath. Luego con Sophia.*

¿Por qué dijo los dos nombres seguidos?

*Primero con Cath. Luego con Sophia.*

Solo se me ocurre un denominador común a ambas. Que están muertas. ¿Podrían estar sus muertes relacionadas?

Mis pensamientos retroceden a lo que de verdad pasó ayer. Me desperté por la mañana y estuve una hora llorando antes de levantarme de la cama. Mark no estaba por ninguna parte y, a medida que transcurría la mañana, me fui preocupando cada vez más. Crucé el porche y corrí por el camino del jardín hasta su estudio. La puerta de madera estaba entreabierta; la abrí de par en par. Mark estaba tirado en el sofá, con la cara deformada por el sueño y el torso girado de forma extraña. Tenía los dedos cerrados alrededor de una botella de whisky medio vacía.

–Mark –dije mientras le quitaba la botella de la mano.

Le temblaron los párpados. Gimió. Di un respingo; el aliento le apestaba a alcohol rancio.

–Despierta, Mark.

Parpadeó hasta abrir los ojos; tenía el filo del párpado encarnado, igual que yo. Sus pupilas fueron enfocando hasta detenerse en mí.

–Claire...

–¿Qué... qué le hiciste?

–Le... Ella... –Su voz era un ronquido áspero.

–¿Cómo puedo vivir sabiendo que...? –Me empezaron a temblar las manos y de mis ojos brotaron lágrimas calientes.

Mark se enderezó en el sofá.

–¿Cómo puedo siquiera...?

–Escucha, Claire –dijo con una aspereza repentina en la voz–. Hiciste lo que te dije, ¿verdad? Escribiste en tu diario que anoche estuviste viendo la televisión. Que te quedaste en casa.

–Pero...

–Por favor, dime que lo has hecho.

–Sí.

–Bien –dijo–. Mañana será un día mejor. Para ti por lo menos.

–Pero no puedes esconder sin más...

–Sí que puedo. –Su tono era duro como el acero–. Y lo haré.

–Ay, Mark.

–No vuelvas a sacar el tema.

–Pero...

–Vuelve a la casa, Claire. Ya. Yo voy enseguida.

Así que volví, llorando. Corrí por el camino del jardín, entré por el porche y me obligué a subir las escaleras. Corrí al dormitorio y saqué el regalo de cumpleaños que había preparado para Mark y que tenía guardado en el fondo de mi armario. Saqué el paquete envuelto con esmero y corrí escaleras abajo, de vuelta a su estudio.

Nos encontramos en el camino del jardín. Sus ojos seguían igual de atormentados.

–Mark –dije llorando–, tenía pensado darte esto por tu cumpleaños. Pero quiero que lo abras ahora. Antes de que sea demasiado tarde.

–Pero...

Le puse el paquete en las manos.

–Ábrelo –dije–. Por favor.

–Ay, Dios...

–No se me ocurre otra manera de darte las gracias. De verdad que no.

–¿Por qué siempre te esfuerzas tanto, Claire?

–Tú ábrelo. Ahora.

Mark frunció el ceño y tiró del lazo. Abrió la boca de par en par cuando el papel se deslizó y dejó ver una primera edición dedicada de *La señora Dalloway*, de Virginia Woolf.

–Pero... –Su mirada era incrédula–. Estás de broma, Claire.

–¿No te gusta el libro?

–Joder...

–Creía que siempre habías querido una primera edición firmada de *La señora Dalloway*.

–Ay, Dios. Qué ironía.

–¿Mark?

–Cath, Sophia. Virginia Woolf. Tú.

Mis pensamientos vuelven al terrible y desconcertante momento presente. Las conversaciones con Mark de ayer no tienen ningún sentido. Sin duda hablamos de algo que pasó hace dos días. Algo horrible. Ay, si fuera Duo, como mi marido... Si pudiera recordar las cosas como él... Por eso tienen los Duo esa actitud frente a los Uno. Por eso se sienten superiores. Por primera vez entiendo lo que puede suponer un día más de recuerdos.



Necesito enfrentarme de nuevo a Mark. Voy a aporrear la puerta de su estudio. Pero esta vez no voy a buscarlo para que hable con la Policía. Esta vez soy yo la que lo va a interrogar.

Salgo al aire fresco. El sol está ya debajo de la línea del horizonte; las primeras sombras del crepúsculo suben por el jardín. Un cuervo negro como el carbón acecha desde un sicomoro; me mira suspicaz y agita su cola en forma de cuña entre las ramas. El viento ha amainado después de aullar durante casi todo el día. Los arbustos del camino del jardín y las hojas de los árboles están inmóviles. Incluso los pájaros se han callado, a lo lejos. El silencio es atronador.

Es como la calma que precede a la tormenta.

Llego al final del camino y aporreo la puerta del estudio de Mark.

–Vete, Claire –dice–. Estoy escribiendo.

Ya he oído esa excusa esta mañana. Dato: la frase «Estoy escribiendo» es la táctica preferida de Mark para posponer las cosas, la que usa cada vez que quiere evitar una conversación conmigo. En cualquier caso, estoy segura de que escribir es lo último que haría en este momento.

Mi marido está mintiéndome otra vez.

–Abre la puerta.

–Déjame, Claire.

–Quiero saber qué relación existe entre Cath y Sophia. Las has mencionado en la misma frase. Quiero entender por qué tenemos a Richardson encima. Saber si esto tiene algo que ver con Sophia.

Oigo a Mark suspirar al otro lado de la puerta.

–Olvídalo. –Un profundo cansancio ensombrece su voz amortiguada–. Olvídate de lo que dije. Antes me impacienté un poco. Nada más.

–Venga ya, Mark...

–Dijiste que ibas a dormir en casa de Emily. Así que vete. Allí serás más feliz.

–Abre la puerta. Además, sé dónde está la otra llave. Antes la he usado para entrar.

Mis palabras son recibidas con un silencio prolongado. Pero la puerta al fin se abre. Mark parece incluso más agitado que esta mañana. Abre y cierra el puño derecho. Tiene el pelo alborotado, con algunos mechones en punta. Dato: Mark solo se pasa los dedos por el flequillo cuando sabe que está en un verdadero aprieto.

–Claire... –murmura cuando entro en la habitación y paso a su lado. Le huele el aliento a whisky.

Miro el estudio. Desde que estuve esta mañana no ha cambiado gran cosa, aparte del contenido de la botella de whisky barato en el escritorio. Está casi vacía; al lado hay un vaso pequeño también vacío. Dato: la última vez que vi a Mark beber whisky fue hace diecinueve años, durante los meses negros que siguieron a la muerte de Cath. Si esta noche lo está bebiendo en lugar del acostumbrado Burdeos caro es porque algo va muy mal.

Miro su portátil; el salvapantallas de la aurora boreal se repite. Así que mi marido no ha estado escribiendo; ha estado ingiriendo grandes cantidades de whisky. Estaba en lo cierto, me ha mentido. De acuerdo, es una mentirijilla sin importancia. Pero un hombre que miente es un mentiroso. Y lo mismo vale para un adúltero. Estoy tentada de darle un bofetón por engañarme otra vez, pero aprieto los dientes y me contengo.

Porque hay cosas más importantes que necesito saber.

–Quiero respuestas.

–Es mejor que no sepas.

–Dijiste que estabas harto de protegerme de la verdad. Pues quiero la verdad. Ahora.

–Olvídate de lo que te dije. No hablaba en serio. Ya sabes que soy especialista en soltar tonterías autocomplacientes.

–Déjate de chorradas y dime la verdad. ¿Por qué me dijiste esas cosas cuando te desperté aquí ayer? ¿Por qué parecías tan preocupado cuando abriste tu regalo de cumpleaños?

Mark no dice nada.

–Por el amor de Dios, Mark. ¿Por qué relacionaste a Sophia con Cath?

Se tambalea hasta su mesa. Llena el vasito de whisky hasta el borde y se lo bebe de un trago.

–Las dos están muertas –dice.

–Eso ya lo sé.

Respira hondo. Al verlo a la luz de los focos de su estudio, me doy cuenta de que parece exhausto. Tiene la cara pálida y ojerosa. La frente es una masa de arrugas producto de la preocupación. Debe de haber envejecido quince años desde que le puse la tirita en el dedo esta mañana.

–Las mataste tú –dice.

A menudo la verdad es lo que más cuesta descubrir sobre uno mismo.

Diario de Sophia Ayling

## Mark

Claire da un paso atrás, como si mis palabras la hubieran golpeado físicamente. Tiene el iris de los ojos despojados de color, la cara pálida como la ceniza. Abre la boca y la cierra. Extiende una mano trémula como si buscara algo donde apoyarse. Pero no hay nada cerca que pueda sostenerla.

Empiezan a temblarle las comisuras de la boca.

–Yo... Qué... –dice.

En una diminuta fracción de mi ser estoy encantado y satisfecho. Es hora de que mi mujer se enfrente a la verdad de lo que ha hecho, en lugar de esconderse detrás del feliz velo del olvido.

Tengo tres opciones (que disminuyen a medida que avanza el día):

- (a) Empezar con la verdad sobre Catherine.
- (b) Revelar lo que le pasó a Sophia.
- (c) Ninguna de las dos cosas.

–No... –continúa balbuceando–. Cath no...

Podríamos empezar con lo que le pasó a Catherine. Después de todo, hoy seguiría siendo padre de no ser por la breve espiral de locura que sufrió Claire hace diecinueve años.

No se pueden cambiar los datos. Algunos, en especial los más dolorosos, no pueden olvidarse nunca.

–Escribiste en tu diario que la encontraste en la cuna –digo– y que estaba pálida. Le tocaste la mejilla y estaba fría. Así que pediste ayuda.

–Sí –dice–. Mi diario dice que...

Y esto es lo que le digo yo:

*Tu diario te dice solo lo que te gustaría creer. Lo que puedes tolerar. La verdad es que debiste de ponerle una almohada en la cara a Cath durante uno de tus ataques depresivos. Llevaba llorando toda la mañana y toda la tarde. Todo el día. Y el anterior. Y también el anterior a ese. Cath era una niña llorona.*

*Nadie sabía por qué berreaba sin parar. Te irritaba el hecho de no saber cómo hacer que se callara. No ayudó que estuvieras sufriendo uno de esos síndromes frecuentes en las madres novatas. Ahora tienen un término: depresión posparto. Más tarde supe un dato importante gracias al doctor Jong. Cuando concebimos a Cath llevabas un par de semanas tomando antidepresivos. Pero dejaste de tomarlos cuando supiste que estabas embarazada. Después de dar a luz, volviste a caer en una depresión profunda...*

Los ojos de Claire son dos remolinos de terror.

–No le...

La negación, supongo, es una reacción natural a las verdades dolorosas. Pero es hora de que Claire se enfrente al pasado.

*Aquella tarde entré en la habitación de Cath. Te vi acunándola. Tenías una almohada a tus pies, blanda y acusadora, y la mandíbula tensa. Dabas la impresión de tener los pensamientos a años luz de allí. Me miraste fijamente. Tus ojos parecían poseídos por demonios que te arrastraban a un lugar nuevo y atroz en el que ningún hombre se había aventurado jamás. Como si hubieran sido despojados de su humanidad. Pero también estaban desconcertantemente inexpresivos. Era una combinación alarmante, algo que no había visto nunca. Me quedé paralizado, incapaz de creer lo que veía. Me limité a mirarte horrorizado. Entonces me dijiste, con un hilo de voz, que por fin habías conseguido que Cath dejara de llorar.*

–No... –Claire está de rodillas. Tiene los ojos anegados en lágrimas, dos de las cuales le han empezado a rodar por las mejillas. También se ha tapado los oídos, como si quisiera impedir que mis desoladoras palabras entren en ellos.

–No puede ser...

Su boca es un círculo torturado. Como la boca de *El grito*, de Edvard Munch.

*Corrí a rescatar a Cath. Te la quité de las manos. Su cuerpo parecía el de una marioneta. Un títere frágil y roto. O una muñeca de trapo sin espina dorsal. La cabeza le colgaba hacia delante como si hubiera sido separada del resto del cuerpo. Sus pupilas eran un vacío sin expresión, como los de los maniqués de los escaparates. Algo vital le había sido arrancado de los ojos y en su lugar había un grito silente y ciego de negrura. Esas fueron las palabras exactas que escribí en mi diario, hace años. Tenías razón, Claire. Cath había dejado de llorar. Pero también era evidente que nunca volvería a hacerlo...*

–Yo no la maté... –grita Claire sin dejar de taparse los oídos con las manos–. Estoy segura de que no habría podido...

*Es hora de que te enfrentes a la verdad, después de tanto tiempo de*

*ocultártela a ti misma. Aquella noche te dejaron en observación en Addenbrooke. Te vi acostada en aquella cama de hospital, tu cara hecha una mueca de dolor. Gemías en voz baja. Sacudías la cabeza de un lado al otro y murmurabas «Cath» y «lo siento» una y otra vez. Te mordiste las uñas hasta que no quedó nada de ellas. Hice salir a la enfermera de la habitación diciéndole que tenía que hablar contigo en privado. Entonces me miraste con una repentina lucidez en tus ojos. Dijiste que no sabías lo que se había apoderado de ti. Que no había sido tu intención hacer daño a Cath. Que no podías vivir sabiendo lo que habías hecho. La verdad, dijiste, te destruiría para el resto de tu vida. Entonces fue cuando decidí ayudarte. Sentía lástima de ti. Después de todo, eras la mujer con la que había elegido casarme. Acabábamos de perder a nuestra hija, no quería perder también a mi mujer por culpa de la locura. En la salud y en la enfermedad, en lo bueno y en lo malo, en las alegrías y en las penas. La enfermedad, me dije, también podía ser de la mente.*

*Pero la culpa que sentía en mi corazón era más fuerte aún que todo eso. Me culpaba a mí mismo. Debería haber sospechado que no estabas bien después de dar a luz a Cath. Debería haberme escrito un recordatorio urgente en mi diario, diciéndome que debía llevarte enseguida a ver a un psiquiatra. Debería haber detectado los síntomas; los tenía delante. Después de todo, mi diario decía que tras el nacimiento de Cath habías tenido unas pesadillas horribles. Varias veces te vi en su habitación llorando y retorciéndote las manos. Debería haber actuado de inmediato basándome en lo que había escrito. Pero no hice nada. Absolutamente nada. Por entonces estaba demasiado abstraído en el borrador de mi primera novela, cegado por el proceso de creación, ajeno a la destrucción que había en mi propia casa. La culpa me rompía el alma. Porque podía haber salvado a Cath de ti.*

Claire está en el suelo abrazándose las rodillas. Su cara es la viva imagen de la desolación. Tiene la frente surcada por arrugas de dolor, pena y culpabilidad. Parece un animalillo acorralado. Verla es desgarrador. Una empatía repentina, inesperada, se apodera de mi corazón. Estoy tentado de ir hasta ella y apretarle la mano.

Pero debo proseguir con mi despiadada exposición de los datos puros y duros antes de perder la calma.

*Por eso sugerí que olvidaras lo que había ocurrido aquella tarde. Visto ahora, es la cosa más estúpida que he hecho en mi vida. Pero fui yo quien sugirió que escribieras una versión aséptica de la muerte de Cath en tu diario. Diciendo que la habías encontrado pálida e inmóvil en su cuna, con las mejillas frías. Era una*

*historia creíble. Después de todo, su cuerpo no presentaba lesiones físicas. Era una mentira que tú misma podías creer. Me miraste con gratitud y lágrimas en los ojos. Murmuraste «Gracias, Mark» y sentí que te había dado una segunda oportunidad. Una oportunidad de recuperar tu cordura, la paz que tanto habías ansiado. Cuando te despertaste dos días después, seguí pensando que había hecho lo correcto. Tenías los ojos hinchados. La pena teñía tus pupilas. Pero la culpa había desaparecido. Me sentí aliviado. Pero entonces me di cuenta de que la verdad de lo que le había ocurrido a Cath seguía enterrada en algún lugar de tu cabeza. Que te estaba matando por dentro, fueras o no consciente de ello. Uno nunca olvida del todo.*

De pronto, Claire emite un balido angustiado. Suena como el estertor de una persona que se está ahogando.

–Mark –dice–. Ay, Mark...

–Te enseñé a mentirte a ti misma –digo–. En las cosas importantes.

Claire niega con la cabeza.

–Esta mentira, como descubrí más tarde, me obligaba a otras. Es increíble la velocidad a la que uno se convierte en un embustero consumado. Las mentiras engendran nuevas mentiras. Pero sabía que necesitábamos una opinión médica profesional que te cubriera las espaldas. Una prueba de que Cath había muerto por causas naturales.

–Y la conseguiste –dice con un hilo de voz.

–Le supliqué a Anthony Paget, director de estudios de Medicina en Trinity, que nos ayudara. Por entonces no tenía nada que ofrecerle. No después de que mi padre me desheredara por casarme contigo. Así que le dije que la prensa sensacionalista se ensañaría con nosotros si un día salía a la luz que la hija de un exalumno del Trinity había muerto por una terrible «equivocación».

Claire hace una mueca de dolor.

–Paget estuvo un rato estudiando mi cara llorosa. Me dijo que, en una ocasión, el director de estudios de Literatura Inglesa había mencionado mi nombre en una cena de gala antes de pasar al oporto. Al parecer, Mark Henry Evans era uno de los estudiantes más prometedores que habían pasado por el Trinity. Sin duda sería una lástima que mi futuro se viera empañado por un «accidente».

Detecto un repentino destello de comprensión en los ojos llorosos de Claire. Incluso es posible que esté estableciendo conexiones en su cerebro. Como, por ejemplo, la razón por la que decidí donar la mitad del anticipo de mi primera novela a un proyecto de investigación de Paget. Dato: el problema con los Uno es que son incapaces de ver el panorama general. Sus pequeños cerebros tienen

una capacidad limitada para procesar datos. Así que hay que ser pacientes con ellos.

–Lo siento –dice mientras vuelve a llorar–. Pensaba que... Mi diario decía que...

–Tu diario dice lo que quieres que diga. La memoria está hecha de los datos que eliges retener. Todos somos víctimas del pasado que elegimos.

–Así que perdí la cabeza...

–Y yo llevo diecinueve años muriéndome de una muerte lenta y dolorosa. La verdad equivale al sufrimiento, Claire.

Quizá papá tenía razón, después de todo. Dato: en su momento, mi padre insistió en que casarme con una Uno era una locura y que era mi estupidez lo que le había llevado a desheredarme. Ahora entiendo por qué lo hizo. Pero es que, además, él no sabía que yo estaba siendo tan obcecado como para casarme con una Uno con tendencia a la locura. Eso lo hace doblemente grave.

–Así que soy un monstruo –dice Claire, y sus ojos son crisoles ardientes de dolor–. Un monstruo que mató a su propia hija.

No tengo nada que contestar a eso. ¿Qué puedo decirle a estas alturas?

Mi mujer se arrastra hasta el sofá y se acurruca sobre los almohadones. Sus movimientos, lentos y torturados, son los de una mujer que lo ha perdido todo. Sus ojos siguen llenos de lágrimas. Pero percibo en ellos un retraimiento que antes no existía. Están envueltos en una opacidad apagada que hace que pasen del azul lavanda a un turquesa pálido. Es la mirada vidriosa de un pez que lleva muerto más de una semana.

–Lo siento mucho, Mark –dice. Su voz es un susurro dolorido. Quizá mi mujer no es tan limitada como pensaba.

–Lo que no entiendo es por qué te quedaste.

Sigo callado.

–¿Por qué has seguido a mi lado todo este tiempo? –continúa Claire–. ¿Después de lo que pasó con Cath?



La lujuria te aleja, el amor te retiene.

Mark Henry Evans, *A las puertas de la muerte*

## Claire

**M**i pregunta se queda suspendida en el vacío entre los dos. El horror me ciega. La pena me atenaza el corazón. Me miro las manos, estas manos que causaron la muerte a mi propia hija.

Las manos de una asesina.

Nunca en mi vida podré perdonarme. Quizá debería abrirme otra vez las muñecas, ahorcarme, redimir la muerte de Cath con la mía. Debería castigarme cada día durante el resto de mi vida, dedicar cada hora que estoy despierta a expiar mi terrible pecado.

Pero ¿por qué Mark no me ha castigado más por matar a su única hija? ¿Por qué no se fue en cuanto ocurrió? ¿Por qué se ha quedado todo este tiempo a mi lado, al lado de la malvada asesina?

–No has contestado a mi pregunta. –Las palabras me salen temblorosas–. ¿Por qué te quedaste?

–Tenía que hacerlo –dice–. Mi cerebro no dejaba de recordarme datos que no podía ignorar. Como el dato de que fuiste tú la que conseguiste que saliéramos adelante al principio de todo.

Me pongo tensa.

–Como el dato de que fui lo bastante estúpido para dimitir de mi puesto en el Trinity. Pensé que me resultaría fácil publicar mi primera novela, pero me equivoqué. Me equivoqué muchísimo.

–Eso lo sé, pero...

–En el Trinity ya no me querían. A esos altivos Duo de la mesa de honor les horrorizaba que me hubiera casado con una Uno.

–Eso no significa...

–Tu empleo en el Varsity Blues nos daba de comer. Cuando nos quedamos sin ahorros, tú te viste obligada a volver a trabajar. Y solo habían pasado tres meses de la muerte de Cath. Joder, nos mantuviste durante quince meses, hasta que yo conseguí mi primer anticipo. Incluso te ofreciste a vender el anillo de pedida cuando las cosas se pusieron muy mal, pero me negué. Eso también son datos.

–Pero sigo sin comprender por qué te quedaste.

–Datos, Claire. Datos. Todo se resume en los datos que he aprendido: dependemos el uno del otro. Nos ayudamos a mantenernos a flote, vivos en este mundo hostil. Después de que mi familia me repudiara, no tenía a nadie de mi lado. Aparte de ti.

–Supongo que le prometimos al capellán Walters que nos apoyaríamos el uno al otro.

–Los actos cuentan más que las promesas. Durante años te has esforzado al máximo por hacerme feliz. Eso es lo que me dice mi diario cada vez que lo leo. También dice que cada vez que intentas ser amable, me siento el doble de culpable.

–Así que escribiste esos datos. Pero ¿por qué te hicieron quedarte después de que Cath...? ¿Después de que muriera...?

Un fuerte sollozo ahoga el resto de la frase. Mark frunce el ceño.

–No lo sé –dice negando con la cabeza–. De verdad que no. El «qué» es fácil. El «porqué», sin embargo, suele ser más complicado.

No digo nada.

–Sé a lo que renunciaste por casarte conmigo, Claire. Los dos hicimos sacrificios por estar juntos, desde el principio. Eso también es un dato. Un dato que puede ser más importante que todo lo que acabamos de decir.

Me quedo paralizada.

–Pero ¿qué...?

Con un suspiro, Mark va hasta su librería a medida en la pared opuesta y saca una carpeta delgada con la etiqueta «Documentos varios». La abre y saca un papel viejo y manoseado.

–Me encontré esta carta por casualidad –dice–, en octubre de 1995, después de que nos mudáramos al 23 de Milton Road. Hice una copia en secreto para poder seguir recordándome a mí mismo todo aquello a lo que habías renunciado. Por nosotros.

Me da el papel.

–Lo he leído tantas veces que podría recitar dormido lo que dice –añade con un suspiro.

Miro la fotocopia. Tiene los bordes quebradizos y gastados por el paso del tiempo. La caligrafía de aspecto autoritario dice:

Ainsley Manor, Buckinghamshire  
18 de agosto de 1995

Estimada señorita Bushey,

Tengo entendido que mi hijo tiene intención de casarse con usted el mes que viene. No puedo bendecir tal unión y estoy seguro de que entiende por qué. Le propongo una solución sencilla pero efectiva al problema al que nos enfrentamos, que espero resulte satisfactoria para todas las partes. Si deja tranquilo a mi hijo y se somete a un aborto, estaré encantado de transferir 500.000 libras a su cuenta bancaria ese mismo día. Tal cantidad de dinero le permitirá vivir con comodidad el resto de su vida. Confío en que acepte mi generosa oferta. Nos hará mucho bien, a usted y a nosotros. Por favor, deme una respuesta antes del 1 de septiembre de 1995.

Atentamente,

Honorable Philip Edward Evans

Respiro hondo antes de mirar a Mark. La cabeza me da vueltas. Así que Mark siempre lo ha sabido.

–Nunca contestaste a la carta de mi padre, ¿verdad? –Su voz es suave, amable. Niego con la cabeza.

–¿Por qué no?

Me encojo de hombros. Nuestras miradas se encuentran. Una lágrima se forma en la comisura de su ojo derecho; intenta contenerla con un pestañeo, pero no lo consigue.

–Así que el sacrificio fue mutuo –continúa, con un ligerísimo temblor en la voz–. Los dos renunciamos a algo. Eso es lo que me digo a mí mismo todos los días, y no la promesa que le hice al capellán Walters, para recordarme de manera mecánica cada mañana que amo a mi mujer.

–Pero todos esos sacrificios no nos han traído más que desgracias. –Abro las manos, la angustia me atraviesa de nuevo el corazón–. Primero Cath. Luego Sophia.

–Lo siento, Claire. De verdad. Con Sophia me dejé llevar...

–Eso me dijiste antes, pero...

Me tiembla una nueva pregunta en los labios. Sé que tengo la opción de tragármela. Pero me sale sola.

–¿Estuviste... enamorado de ella?

–No creo haber escrito eso nunca en mi diario.

–No puedo creerte.

Mark echa los hombros atrás en un gesto de seguridad y saca su diario

electrónico del bolsillo. Teclea algo con rapidez y se acerca para enseñarme el resultado de su búsqueda: «Sophia + amor» = 0 RESULTADOS (0 ENLACES).

Parpadeo, sorprendida. Casi no puedo creer lo que veo. Pero entonces, y con una punzada de dolor, se me ocurre una desagradable posibilidad.

–¿Y si... usaste otro nombre para referirte a Sophia en el diario? –pregunto—. Un apodo cariñoso, o algo así. ¿Puedes teclear solo la palabra «amor»? Quiero ver lo que sale.

–No creo haber usado nunca un apodo...

–Hazlo.

Suspira y niega con la cabeza.

–Hazlo, Mark.

Con un suspiro y dedos reacios, teclea la palabra «amor». Me acerco para mirar por encima de su hombro. La pantalla parpadea y aparece esto: «amor» = 12 RESULTADOS (3 ENLACES)

Los ojos de Mark están muy abiertos, diría que llorosos.

–Clica en el primer enlace –digo.

Vacila unos momentos antes de hacer lo que le pido. Nuestros ojos leen a la vez:

7 de abril de 2013

Abrí la puerta principal, entré en la cocina y me encontré a Claire delante del fregadero, de espaldas. A sus pies había un cuchillo de cocina. Pensé que se le había caído. Pero entonces se giró con ojos desquiciados y ciegos, las muñecas levantadas al cielo como en una súplica, y di un respingo. Tenía sangre en el brazo derecho, dos feos regueros que le serpenteaban hasta el codo. La maleta y el ramo de rosas gigante que llevaba en las manos se me cayeron al suelo con un golpe seco. La miré sin dar crédito un par de segundos y después corrí hacia ella.

–Dios, Claire. ¿Qué has hecho?

–No quería. No... Pero esta mañana me sentía fatal, con algo oscuro que me oprimía. Me dolía el pecho... Entonces vi el cuchillo...

Intercalaba las palabras con sollozos doloridos, roncós. La agarré por los hombros y la llevé hasta un taburete. Corrí a la encimera, arranqué un trozo grande de papel de cocina y me apresuré a limpiarle la sangre. Comprobé con alivio que los cortes transversales en las muñecas eran superficiales. Pero se los había hecho ella.

Mi mirada se posó en un frasco gris que había sobre la encimera y que contenía los antidepresivos de Claire.

—¿Te tomaste anoche las pastillas?

Dirigió su mirada al frasco. Negó con la cabeza, apática.

—Pensé que podía aguantar sin tomarlas.

—Por Dios, Claire. Debería haberte llamado anoche por teléfono para recordarte que lo hicieras.

Se echó a llorar y supe que tenía que llevarla enseguida a ver a Helmut Jong. Así que la guie hasta el Jaguar (me siguió sin oponer resistencia) y conduje hasta Addenbrooke. Se mantuvo callada durante todo el viaje, sin dejar de presionarse la muñeca con el papel. Yo tampoco hablé. ¿Qué más podía decir?

Gracias a Dios, Jong estaba. Esperé a la puerta de la consulta durante al menos media hora. Mientras caminaba de un extremo a otro del pasillo, me di cuenta de que no podía marcharme dos semanas enteras a un encuentro de escritores, por mucho que me pagaran un montón de pasta por ello. No quiero ni imaginar lo que podría haber pasado si tardo en volver un día o dos más. Si algo malo le ocurre a Claire mientras estoy fuera nunca podré perdonármelo. [Recordatorio: debería limitar mis viajes a una sola noche fuera de casa, y solo cuando sean estrictamente necesarios.] Quizá por eso dedico de buen grado mi vida a sacarla de la depresión, a asegurar que con el tiempo se recupere, a salvarla de sí misma, aunque hacerlo sea tan doloroso y dañino para el alma. Porque será peor si no le doy todo lo que puedo darle, todo lo que está dentro de mis posibilidades. Porque no hacerlo nos destruirá aún más.

Por fin salió el doctor Jong.

—Ha habido que darle dos puntos. La vamos a dejar ingresada esta noche, por si acaso. Es probable que haya que subirle la dosis de antidepresivos a partir de ahora, pero se pondrá bien. Se recuperará por completo.

Suspiré aliviado.

—La quiere, ¿verdad?

Su pregunta me pilló por sorpresa. Asentí con la cabeza.

—He visto muchas parejas casadas en estos años. La mayoría creen que el amor es o blanco o negro. Pero usted tiene una idea distinta del amor, ¿verdad, señor Evans? ¿De qué color es el amor?

La palabra salió de mi boca antes de que pudiera pensar en ella.

—Gris.

—Y si el amor tuviera un sabor, ¿cuál sería?

–Agridulce.

Asintió con la cabeza; saltaba a la vista que mis palabras no le habían sorprendido. Me dio unas palmaditas en el hombro.

–Por eso van a estar bien los dos. Puede que tarden un tiempo, pero lo conseguirán. Algún día. La felicidad puede ser esquiva, pero el amor puede unirlos más.

Contengo el aliento. Veo cómo a Mark se le dilatan las pupilas a medida que procesa las frases que está leyendo.

Así que eso es lo que le pasaba por la cabeza aquella mañana horrible y negra en que todo se volvió demasiado difícil de soportar. Quizá escribir en un diario con regularidad no sea una obligación tan odiosa para la humanidad. Nunca habría conocido los verdaderos sentimientos de Mark hacia mí si no los hubiera immortalizado en su diario electrónico. No habría comprendido el profundo dolor que ha soportado, todo lo que ha sufrido por mí. Mis sospechas eran fundadas. Se quedó porque le resultaba más doloroso irse. Igual que a mí. El cordón que nos une se tensará en una soga mortal si uno de los dos intenta romperlo. Por eso seguimos juntos.

Suspira, probablemente porque está llegando a la misma conclusión.

–Vamos a ver la segunda entrada –digo. Mi voz es suave y está teñida de comprensión.

Mark pulsa sobre el enlace. Ambos nos inclinamos hacia delante para ver el resultado.

7 de julio de 2013

Claire parecía muy feliz mientras paseaba por la playa de arena blanca recogiendo conchas. Mientras veía su expresión satisfecha a lo lejos pensé que deberíamos venir más a menudo al Caribe. El sol, el mar y el aire salobre sin duda le sientan bien. Interrumpió mis pensamientos la repentina llegada de una mujer mayor con un bañador verde fluorescente y un ejemplar gastado de *A las puertas de la muerte*. Aunque debía de tener al menos setenta años, su mirada era viva e inteligente.

–Adoro sus novelas, señor Evans. Me encanta cómo combina el misterio con historias familiares.

Uno no puede huir de los admiradores de su obra, ni siquiera en Nevis.

Charlamos durante unos veinte minutos sobre nuestras novelas preferidas y después señaló a Claire con una sonrisa.

–Supongo que es su mujer.

–Pues sí.

–Desde luego, tiene que estar enamorado de ella.

Su afirmación me pilló por sorpresa.

–Todos queremos a nuestros cónyuges, ¿no?

–No como lo hace usted. Me ha costado un rato saber si de verdad era Mark Henry Evans. El mismo hombre que está sentado a esta mesa mirando a su mujer con expresión de preocupación. Como si pudiera perderla o algo así.

–Ah, bueno...

–¿Cómo le demuestra a su mujer que la quiere?

–Esto... No lo sé... Le regalo rosas, supongo. De distintos colores.

–¿De verdad? ¿Tienen un código de colores o algo así? ¿Cada color significa algo distinto?

–Pues sí. Rojo carmesí para «Lo siento» y borgoña para «Lo siento mucho».

–¿Y qué me dice del rosa?

–La verdad es que no lo sé. La primera vez que le regalé rosas a Claire eran rosadas y blancas.

–Pues si esa fue la primera vez que le regalaba rosas, el mensaje subliminal está claro.

–Ahora que lo pienso, cuando nos conocimos le regalé a Claire muchas rosas de esos dos colores.

Me miró parpadeando y se le formaron en la cara una cantidad impresionante de arrugas.

–Suele ser más fácil para alguien de fuera ver lo evidente. Algún día entenderá el significado del rosa y el blanco.

Miro a Mark.

–Nunca se me ocurrió que los colores pudieran significar algo –digo–. En veinte años nunca lo pensé.

–Yo sigo sin saber qué significan el rosa y el blanco –dice él mientras hace clic en el tercer y último enlace con expresión tímida.

14 de septiembre de 2013



Nada más entrar por la puerta, me recibieron *Nettle* y *Claire*, él loco de contento y ella sonriente.

–Te he echado de menos, Mark. Qué pena que tuvieras que quedarte a dormir en Londres.

Cuelgo el abrigo en el perchero y me dirijo hacia la cocina sin atreverme a mirarla a los ojos.

–¿Te tomaste las pastillas anoche?

–Sí, hoy me encuentro bien. De verdad que te he echado de menos. Te estoy preparando el estofado de conejo que tanto te gusta.

Temía que la voz me traicionaría, pero me sentí obligado a contestar alguna cosa.

–Pero, *Claire*, ¿por qué te molestas? Me siento mal por... por haber perdido el último tren a Cambridge anoche.

Y me siento aún peor cuando entro en la cocina y aspiro el olor intenso y especiado a conejo y laurel que sale de la cazuela puesta al fuego. El aroma tranquilizador y reconfortante de la vida doméstica. Tan opuesto a las velas con aroma a magnolia que perfumaban la habitación 261 del Kandinsky anoche. Mezcladas con la bergamota almizclada con la que aquella mujer se había rociado generosamente muñecas y cuello.

El olor de la lujuria.

Si la magnolia y la bergamota son los olores de la lujuria, ¿podrían ser el de estofado y el de laurel los del amor?

Es muy probable. No puede ser de otra manera. El estofado y el laurel llenan el estómago de un hombre. Pero también alimentan su alma. Lo ayudan a seguir adelante, en sentido literal y también figurado, sea o no consciente uno de ello. Quizá por esa razón vuelvo todos los días de manera instintiva a casa, con mi mujer, igual que una paloma mensajera, a pesar de todas las cosas horribles que han ocurrido. [Recordatorio: debería estudiar y retener este dato.] Y por eso me siento tan culpable. ¿Cómo puedo engañar así a *Claire*? ¿Cómo?

Nuestras miradas vuelven a encontrarse. La mía es tierna, llorosa. Porque algo acaba de evaporarse dentro de mi corazón. Los celos y el resentimiento lo endurecieron. Pero lo que acabo de comprender se está llevando la angustia, la amargura, mis viejas ideas equivocadas sobre Mark.

Sigo teniendo las manos manchadas de sangre. Nunca podré lavármela, por mucho que me esfuerce. Mi alma está anegada de dolor, horror y culpa. Una

culpa atroz. Y, sin embargo, es posible que haya algo capaz de curar una fracción diminuta de mi corazón, lo bastante para hacer la vida diaria un poco más soportable.

Algo no. Alguien.

Mi marido, el hombre que nunca se fue de mi lado. El problema es que en todos estos años nunca llegamos a encontrarnos el uno al otro. No de la manera en que lo hemos hecho ahora, en estos últimos sesenta minutos. Pero puede que ya sea demasiado tarde.

Suspiro.

—Entonces, dime, Mark. —Mi voz es un susurro—: ¿Qué es lo que le pasó a Sophia? ¿Cómo murió?

Jamás he entendido a Virginia Woolf. Ya está, por fin lo reconozco. Quizá me intriga tanto porque no la entiendo. O quizá siento un interés morboso por cómo la espiral de oscuridad de su alma la condujo en última instancia a los remolinos del río Ouse.

Diario de Mark Henry Evans

## Mark

La pregunta de mi mujer flota en el aire. El silencio sella mis labios. ¿Por qué de pronto me he quedado sin palabras? Quizá por la conmoción que me ha causado comprender que la lujuria me ha impedido ver las complejidades agris dulces de mi matrimonio, de mis verdaderos sentimientos hacia Claire. Es increíble cómo entradas antiguas del diario pueden cobrar un significado distinto años más tarde, cuando se ven bajo la luz destilada del presente. Y resulta abrumador comprobar lo ciego que he estado ante la verdad sobre nosotros dos.

Una pareja dividida por la capacidad de recordar y, sin embargo, empujada al altar por el sentido del deber. Pero, a pesar de los votos, nunca nos sentimos de verdad obligados a permanecer juntos. Los dos nos quedamos porque, en el fondo, queríamos hacerlo. Porque siempre nos ha unido el hilo delgado pero tenaz de la devoción mutua. A pesar del dolor que nos ha traído.

Y es que cualquier otra opción sería peor.

—¿Qué es lo que le pasó a Sophia? —pregunta Claire interrumpiendo mis pensamientos y devolviéndome al difícil momento presente.

Hace unos minutos he conseguido revelarle diecinueve años de dolorosos datos reprimidos sobre Cath, uno detrás de otro. Pero mis recuerdos recientes de Sophia son otra cosa muy distinta. Los recuerdos sobre lo que ocurrió después de que Claire la encontrara husmeando en esta habitación hace dos noches.

Mis opciones se han reducido a dos:

- (a) Decir la verdad.
- (b) No decir nada.

Me inclino por la opción (b). Pero el whisky que corre por mis venas está agudizando mis instintos, en lugar de atenuarlos. Mi intuición me dice que si no le cuento a Claire lo que pasó con Sophia hace dos noches, me arrepentiré tarde o temprano. Debería explicarle lo ocurrido mientras pueda recordarlo. Mientras conserve recuerdos vívidos, en lugar de meros datos fríos y estériles. Porque

nada puede superar la intensidad del recuerdo. Es como ver el pasado en un tecnicolor cristalino, en lugar de en un neutral blanco y negro.

Si no empiezo a hablar ahora mismo, es posible que jamás reúna el valor para hacerlo. Y, además, calculo que Richardson no tardará en presentarse aquí. Se ha convertido en un feo sarpullido que no se quita con nada.

El viento ha arreciado otra vez, su aullido lastimero resuena fuera. Miro mi mesa. Hay una botella vacía de whisky volcada, no queda ni una gota.

Carraspeo y Claire se sobresalta. Esto es lo que digo:

*Estábamos cenando tarde hace dos noches, después de que volvieras de casa de Emily sobre las siete. Empezamos a discutir por una tontería, en concreto por la isla del Caribe a la que queríamos ir en Navidad. Tú preferías Nevis porque tu diario dice que allí siempre te sientes bien. Mental, emocional y físicamente. Yo dije que quería ir a otra isla, como Saba, que está al lado, para variar un poco. La discusión degeneró de tal manera que, en un momento determinado, me levanté y me fui a mi estudio antes de que termináramos de comer, dejándote a ti sola y la chuleta de buey a medio comer. Mi grosería, cuando la recuerdo ahora, me avergüenza.*

*Al acercarme al estudio, vi que la puerta estaba entreabierta. También oí un suave ruido de pisadas dentro. Me paré en seco al darme cuenta, asombrado, de que había un intruso. Pero también me entró curiosidad por saber qué buscaba esa persona. ¿Por qué querría nadie registrar mi estudio? Así que me pegué a una de las paredes de fuera y miré por la ventana para averiguar qué estaba pasando.*

*Casi me caigo encima de las macetas cuando vi que la intrusa era una mujer. La figura se movía con una elegancia etérea y felina que solo podía pertenecer a una mujer. Y, sin embargo, también caminaba por la habitación de manera algo agitada, parecía una pantera hambrienta y desesperada. La miré mejor, iba vestida de negro de los pies a la cabeza, y una bufanda oscura y sinuosa le ocultaba casi toda la cara.*

Hago una pausa para ir hasta la caja fuerte donde guardo los diarios e introducir la combinación. Se abre la puerta. Saco el pañuelo de Versace y Claire retrocede cuando lo tiro encima de la mesa. Se extiende igual que un araño largo y acusador de color negro, sobre un ejemplar gastado de *La serendipia del ser*.

Suspiro y sigo con la historia.

*La mujer fue hasta mi caja fuerte y palpó la puerta color platino. Se sacó un trocito de papel del bolsillo y lo observó un instante. Me sorprendí cuando*

*guardó el papel y empezó a toquetear el panel. Tacleó alguna cosa y se encendió una luz roja. Probó otra vez. La luz roja volvió a parpadear. Esta vez la oí maldecir en voz baja. Dudó un largo instante antes de teclear otra serie de números.*

*Una sirena atravesó la noche, rasgando el silencio.*

*La mujer se quedó muy quieta, con la mano tapándose la boca.*

*La sirena se convirtió en un penetrante clamor de dos notas alternativas, una fuerte y otra más fuerte. La mujer empezó a retroceder despacio alejándose de la caja, sin quitarse la mano de la boca.*

*La alarma sonó aún con más potencia.*

*Me taladró los oídos.*

*Siguió sonando.*

*Sin parar.*

*Llegó un momento en que no lo pude soportar. Entré corriendo en el estudio, aparté a la mujer e introduje la combinación correcta. La puerta de la caja se abrió y la alarma dejó de sonar.*

*Me volví hacia la mujer. Nos miramos el uno al otro, paralizados, durante lo que pareció una dolorosa eternidad. Cosa extraña, el silencio que siguió al estrépito resultaba mucho más ensordecedor.*

*–Qué decepción, Mark –dijo sacando el papel y agitándolo delante de mí. Pestañeé. La nota decía: FECHA DE NACIMIENTO DEL AMOR DE MI VIDA, Y LA MÍA.*

*–No daba crédito a lo que oía. Ni a lo que veía. Porque quien me hablaba detrás de la bufanda negra era Sophia Ayling.*

*–¿De dónde has sacado...?*

*–Creía que lo tenía –dijo moviendo la cabeza con gesto de desaprobación–. Pensaba que la contraseña sería mi fecha de nacimiento. O la de la hija que tuviste. Tu pobre Catherine Louise. Una lástima que no fuera ninguna de las dos. Incluso probé con tu fecha de nacimiento, repetida.*

*–Pero ¿qué coño...?*

*–Sin embargo, me has rescatado a tiempo –añadió–. La caja está abierta y eso es lo que importa.*

*Me vinieron a la cabeza múltiples preguntas. ¿Cómo se había enterado Sophia de que tú y yo habíamos tenido una hija llamada Catherine Louise y cómo podía saber su fecha de nacimiento? ¿Y por qué estaba intentando abrir mi caja fuerte? No entendía nada. Nada de nada. Parpadeé desconcertado*

mientras ella volvía a la caja, pasaba un dedo por la hilera de mis antiguos diarios y sacaba el que llevaba la etiqueta «Junio-septiembre de 1996».

–Espero que no te importe que me lleve prestada esta mohosa obra maestra un par de días —dijo riendo.

–Pero ¿qué...?

Justo en ese momento se oyó un pequeño ruido en la puerta y los dos nos volvimos, sorprendidos. Abrí la boca de par en par cuando te vi en el umbral con un plato con los restos de la cena que había abandonado en la mesa.

–Oí la alarma... —dijiste avanzando un par de pasos. Luego te detuviste y te sumiste en un silencio paralizado.

Miraste a Sophia. Sophia te miró a ti. Yo os miré a las dos. Aquello se convirtió en un duelo de miradas entre tres personas aturcidas por las circunstancias. Horrorizadas por el hecho de que sus caminos se hubieran cruzado. Por el dolor de saber que ya nada volvería a ser igual.

El color desapareció de tu cara, que se volvió pálida como la de un cadáver.

¡Qué he hecho!, pensé. ¡Qué te he hecho! ¡A ti! ¡A nosotros!

Sophia fue la primera en recuperarse. Se quitó la bufanda y dejó que cayera al suelo, dejando al descubierto su cara y su brillante melena rubia. En aquel momento me di cuenta de lo mucho que os parecíais las dos.

–He tenido a tu marido durante dos largos años —te dijo frunciendo los labios en una mueca de desprecio—, para mí sola. Al fin y al cabo, la capacidad de follar de un hombre es limitada...

Sonrió sarcástica mientras echaba a andar hacia la puerta con el diario en la mano.

–Pero hasta los buenos polvos se terminan. Por desgracia, lo mismo puede decirse de los maridos fieles...

Ví lucidez en tus ojos. Estabas cayendo en la cuenta de que esa mujer que pasaba a tu lado, la que te provocaba con sus palabras, era mi amante. Sin duda, consiguió provocarte, pues arrugaste la cara en una mueca de furia. La ira en tus ojos se mezclaba con una expresión ausente que daba escalofríos. Debería haber comprendido lo que significaba esa mirada. Precisamente gracias al diario que tenía ahora Sophia en su mano, sabía que la había visto antes. La tarde lluviosa en que murió Cath...

Claire emite otro sollozo ahogado que me hace volver al sofá. Pero esta vez le tomo la mano. Mis dedos se cierran alrededor de los suyos con suavidad, formando una esfera protectora.

Llegados a ese punto, tendría que haber hecho algo. Cualquier cosa. Pero no

*hice nada. La culpa es solo mía. Me limité a miraros a las dos, paralizado por la constatación de que había fracasado de todas las maneras posibles. Te había restregado en la cara la prueba de mi infidelidad, no podías haberte enterado de que tenía una amante de un modo más horrible. Había tirado por la borda lo que habíamos compartido, había sustituido la verdad con mentiras, sacrificado lo que daba sentido a mi vida por un escaqueo superficial. Había puesto en peligro todo aquello por lo que habíamos luchado. Mi imprudencia carnal, ese primer momento de debilidad pueril en York, había desencadenado una secuencia terrible de acontecimientos que culminaba en aquel encuentro a tres partes.*

*Mi retahíla de pecados y fracasos me dejaban sin palabras, así que me limité a quedarme allí callado, roto y desconcertado. Intimidado por mis errores. Desesperado por arreglar las cosas, sabiendo, sin embargo, que eso era imposible.*

*–Zorra –gritaste.*

*Sophia dio un respingo.*

*–Zorra asquerosa –añadiste escupiendo las palabras.*

*Ví que una bruma roja cubría las pupilas de Sophia cuando se detuvo para mirarte furiosa.*

*–ZORRA FEA Y ASQUEROSA.*

*Después de aquello, todo ocurrió como en una cámara lenta desenfocada, como en un rollo de película roto.*

*Se le hincharon las aletas de la nariz. Mi diario saltó por los aires y cayó al suelo. Sophia corrió hacia ti con un grito en los labios. Me recordó a un felino salvaje cercando a su presa. La palma de su mano aterrizó en tu cara con un chasquido y dejó una marca de rojo intenso en la mejilla que te hizo chillar. Su mano volvió a subir como la cabeza de una víbora, malvada y preparándose para un nuevo ataque. En un gesto instintivo, levantaste los brazos para protegerte. El plato con mi cena se estrelló contra el suelo, se rompió en múltiples añicos de cerámica y la salsa de carne se esparció por el suelo. La chuleta de buey rebotó en mi papelera antes de terminar debajo del escritorio. Extendiste las manos, los ojos todavía ausentes, ciegos. Las palmas de tus manos entraron en contacto con los hombros de Sophia, a solo unos milímetros de ti.*

*Fue un empujón violento.*

*Desesperado.*

*Sophia cayó de espaldas mientras sus labios formaban un círculo atónito color*



*escarlata. Abrió muchos los ojos, le vi las pupilas dilatadas por el susto. Alargó la mano derecha y cerró los dedos en su desesperación por aferrarse a algo, pero no había nada que pudiera amortiguar su caída.*

*Solo aire.*

*Se golpeó la cabeza con el borde de mi mesa con un chasquido, uno o dos segundos antes de caer al suelo.*

*Señalo el lugar exacto en el que se desplomó Sophia hace dos noches. El que ensangrentó de nuevo las manos de Claire, aunque aquella noche no hubiera derramamiento de sangre como tal.*

*Mi mujer emite un gemido. Sospecho que sabe lo que viene a continuación.*

*Esta vez fuimos nosotros los que nos miramos en silencio y conmocionados. Con el cuerpo de Sophia en el suelo entre los dos, retorcido. Caímos en la cuenta de que no se movía. La caída la había dejado inconsciente. La furia en tus ojos desapareció. Yo recuperé la movilidad en las extremidades y corrí a ver a Sophia. Tú también. Tenía la cara pálida, cadavérica. El pecho estaba quieto, alarmantemente quieto. No parecía respirar. No noté ni un mínimo aleteo de respiración en la piel. Me arrodillé y le tomé la muñeca. No noté ningún pulso. Tú te agachaste a su lado y le pusiste dos dedos temblorosos debajo de la oreja buscando un latido. Pero tampoco lo encontraste.*

*Pasaron minutos. Nos miramos de nuevo, las caras teñidas de horror. Tus ojos se habían convertido en dos profundas simas de miedo. La constatación terrible de lo que le había ocurrido a Sophia flotaba sobre nosotros, haciendo palidecer nuestras almas. Después de lo que pareció una eternidad, susurraste que no habías querido hacerle daño. Pero tus palabras se perdieron en el espacio vacío cuando comprendiste que le habías hecho a Sophia algo más que dejarla inconsciente.*

*La habías matado.*

*No sé lo que se apoderó de mí entonces, pero te quería fuera de mi estudio. Ignoro por qué, pero no podía soportar veros a ti y a Sophia en la misma habitación. Y que estuvieras inclinada sobre su cadáver empeoraba las cosas.*

*Así que te ordené que te fueras. Que te fueras y te olvidaras de lo que había pasado en aquella habitación. Que salieras de allí enseguida. Que me dejaras solucionar aquello a mí. Que escribieras en tu diario que habías pasado la velada viendo la televisión después de que yo me fuera a mi estudio. Que al día siguiente te quedaras en casa.*

*Al principio pestañeaste, sin entender lo que intentaba decirte. Pero pronto te diste cuenta de que te estaba ofreciendo una salida. Sabía que me obedecerías. Y*

*así fue, murmuraste que lo sentías y que harías lo que te decía. Luego saliste corriendo mientras te echabas a llorar. La puerta se cerró de golpe a tu espalda mientras desaparecías en la oscuridad del jardín.*

–No me puedo creer que intentaras protegerme dos veces. – Claire niega con la cabeza con cara de consternación–. Dos.

No tengo nada que decir a eso. A pesar de lo absurdo de la situación, la miro y se me encoge el alma. Debe de ser horrible descubrir que eres responsable de dos muertes. Sobre todo si una era la amante de tu marido y la otra tu propia hija.

Necesito más whisky. Pero en la botella no queda nada. Necesito el peso reconfortante del alcohol en la lengua. Voy hasta el armario al fondo de la habitación y saco la mejor botella de Burdeos de mi colección: Château Mouton-Rothschild 1945. Dato: la botella me costó 7.800 libras en una subasta de Sotheby's en enero de 2012. La compré en un arranque de despilfarro, dos semanas después de recibir el cuarto pago de mi anticipo por *A las puertas de la muerte*. Si voy a ir a la cárcel por lo que le pasó a Sophia, más vale que me beba mi mejor botella de vino antes de que lo haga otra persona.

Descorcho el vino. Un olor a periódico mojado y a golden retriever sucio saluda mis fosas nasales.

El olor de una equivocación enorme y carísima.

Gimo antes de dejarme caer en el sofá al lado de Claire. El problema de los caprichos caros, ahora me doy cuenta, es que no son más que una forma cara de autoengaño.

Claire tose. La miro.

–Entonces... ¿qué hiciste con el cuerpo de Sophia? –dice, y su ceño fruncido da a entender que preferiría no conocer la respuesta–. ¿Cómo terminó en el Cam?

–La levanté del suelo –digo–. La saqué al jardín con...

Llaman a la puerta.

Me pongo rígido. Claire también.

–Oh, no... –susurra.

Sé quién llama a la puerta. Claire también. Un escalofrío helado se apodera de mi corazón y lo estruja con dedos gélidos. El whisky que me he bebido antes debe de seguir amplificando mis sentidos.

Vuelven a llamar. Dos veces.

–No... –La voz de Claire es un susurro aterrorizado.

Me vuelvo hacia ella. Me busca desesperada.

Nuestros cuerpos se encuentran.

Todos los datos de mi cabeza se han evaporado. Ya no cuentan, han dejado de importarme. Mi cerebro ha dejado de barajar posibilidades y de considerar opciones inviables. También ha renunciado a intentar encontrar sentido a las cosas. Porque mi cerebro ha sido derrotado por algo inexplicablemente irracional. Algo más profundo e instintivo.

Algo visceral.

Lo único que me importa es la mujer que tengo en mis brazos, mi aquí y mi ahora. Mi pasado, mi presente y mi futuro.

Nada más.

Nunca me había dado cuenta de que Claire huele a delicioso jazmín. No sabía que tenía la piel tan suave, tan tentadora. Nunca comprendí que su cálido pecho, latiendo al lado del mío, podía ser tan delicado, tan frágil. Debería haber sabido que la persona que tanto ansiaba encontrar llevaba conmigo todo este tiempo. Es increíble cómo los recuerdos recuperados en un solo día pueden influir en tu corazón.

¿Qué es el amor sino una certeza repentina? ¿Qué es el amor sino el deseo de experimentar esta magia aterradora otra vez y recordar hasta la más minúscula mota de polvo de estrellas que deja a su paso?

Le seco una lágrima de la mejilla. Durante dos dichosos instantes, el tiempo y los hechos se detienen.

Ya no importan.

Vuelven a llamar a la puerta.

La intrusión nos hiere como un cuchillo. Nos devuelve de golpe al terrible presente. Pero esta vez sé que no tenemos elección. Nuestros cuerpos se apartan; me obligo a levantarme del sofá y Claire hace lo mismo. Da un primer paso vacilante; la expresión de su cara es la de una mujer camino del patíbulo. Enseguida me interpongo entre ella y la puerta.

—Abro yo —digo.

Me mira en silencio, agradecida.

La distancia entre el sofá y la puerta de mi estudio es de unos seis metros. Pero esta noche parecen doce kilómetros. Doce insoportables kilómetros. Llego hasta la puerta y giro el pestillo. Claire se me acerca por detrás y me rodea la cintura con un brazo. La puerta se abre con un chasquido fuerte y hueco. Una ráfaga de frío punzante me golpea la cara y dispersa hojas muertas del jardín por el suelo. La silueta de la persona a la que esperábamos ver se recorta en la

oscuridad. Detrás de él hay un hombre alto y uniformado con la cara oculta entre las sombras.

A lo lejos grazna un cuervo.

–¿Lo ha oído todo? –pregunto.

La respuesta es una inclinación sombría de la cabeza. Debería haberlo imaginado. Y, sin embargo, no esperaba que este hombre volviera esta noche a nuestra casa, a pesar de lo que dijo. Pensé que tendríamos un periodo de gracia de unos cuantos días, antes de que todo se disipara en un olvido brumoso.

–Llevamos un rato aquí fuera –dice–. Por cierto, tienen un jardín precioso.

Claire da un respingo. Le agarro la mano, sus dedos se enroscan alrededor de los míos como una enredadera.

–Solo tengo tres cosas que decir en respuesta a lo que he oído –continúa–. En primer lugar, es posible que su mujer ahogara a su hija hace diecinueve años, pero no tenemos pruebas de ello. Lo único que diferencia la asfixia del SMSL es una confesión. Y supongo que no la vamos a conseguir. Además, hoy no estoy trabajando en ese caso.

A Claire le tiembla la mano. Se la aprieto.

–Su mujer está libre de sospecha en lo que se refiere a nuestra investigación actual. Lo que acaba de descubrir ya es castigo suficiente. Yo también estaría traumatizado si me enterara de que maté a mi propia hija. No es un dato que querría tener en mi conciencia.

Claire me aprieta tan fuerte la mano que me hace año.

–En segundo lugar, tengo curiosidad por saber una cosa. Usó la fecha de nacimiento de la señora Evans como combinación de su caja fuerte, ¿verdad?

Asiento con la cabeza.

Claire me aprieta aún más la mano.

–En tercer lugar, su mujer no fue quien mató a Sophia Ayling. Tengo pruebas sólidas de este hecho. Pruebas irrefutables.

Me quedo helado. Claire se sobresalta. Pero el sonido que sale de sus labios está mezclado con el temblor inconfundible del alivio.

–Quien la mató fue usted –continúa diciendo el hombre, taladrándome con la mirada–. Mark Henry Evans, queda usted detenido por el asesinato de Sophia Alyssa Ayling, antes llamada Anna May Winchester.

Uno siempre debería esperar lo inesperado. Pero hay desgracias que no se pueden evitar. Ni siquiera cuando te las esperas.

Diario de Sophia Ayling

La persona que tiene el control siempre ríe la última. Es lo que aprendí cuando estuve en la cárcel.

Mark Henry Evans, borrador de  
*Testimonios desde Belmarsh: Meditaciones de un autor encarcelado*

## Una playa en Bora Bora, Pacífico Sur, muchos meses después del asesinato

Esta piña colada es una mierda. Lo mismo que ese puto Martini. Donde esté un buen vodka triple...

El hombre del labradoodle greñado no me quita el ojo de encima desde detrás de la cubierta brillante del libro que está leyendo. Lo reconozco. Desembarcó de su yate privado hace cuatro días. Me pregunto por qué sigue en esta playa. Estoy segura de que no es un detective.

¿Y si lo es?

Joder.

Pero los detectives no tienen yates. Ni labradoodles greñudos.

¿O sí?

Debe de ser que le gusto y nada más.

Joder, espero que sea eso.

Lo mismo que el tío bueno del pantalón rosa de flores sentado en la silla de socorrista. O aquel hombre espatarrado en la arena con una cerveza y la barriga caída hacia un lado. Me ha lanzado varias miradas lascivas cuando su compañera no lo veía. Ay, Dios, el tipo rechoncho del cisne hinchable me está mirando y se le cae la baba. Ojalá desapareciera. Apesta a sudor y a aceite solar de coco rancio.

La vida en esta soleada playa está llena de peligros. No debería haberme puesto este diminuto bikini blanco. Atrae miradas indeseadas. Incluso en la puta Bora Bora.

Pensé que podría escapar de todo eso. De la despreciable inmundicia de la humanidad. Y en lugar de eso aquí estoy, aguantando las miradas lascivas de un hombre subido a un cisne hinchable gigante.

No soy capaz de decidir si debo sentirme preocupada o halagada. Creo que voy a elegir halagada (de momento y por pura salud mental). Después de todo, he apoquinado 47.000 libras por un tratamiento exhaustivo, unos arreglos que necesitaba que el doctor Patel me hiciera con urgencia. Técnicamente, debería

alegrarme saber que no he tirado el dinero. Todos los hombres de esta playa me encuentran deseable.

Pero sigo pareciéndome a una mujer muerta a la que odio.

Y ese es el puto problema.

Esta situación tan lamentable es, en parte, culpa de mi cirujano. Lo considero responsable. Por hacer tan bien su trabajo, coño.

Por no ser capaz de deshacer lo que hizo.

Me pongo mala cada vez que pienso en ese día, en la tarde en que volví al despacho del doctor Patel en Belgravia con una nueva fotografía en la mano.

El pobre hombre se sorprendió al verme. Lógico.

–Mi diario insiste en que hice todo lo que pude por usted – dijo–. Y la historia clínica que tengo delante lo confirma.

–Y lo hizo. Quedé muy contenta con los resultados, doctor.

–Entonces, ¿qué la trae por aquí? ¿Un toquecito de bótox, quizá? A su frente le vendría bien un poco de firmeza.

–Quiero algo más que bótox –dije–. Quiero parecerme a esta mujer.

Le di la fotografía al doctor Patel. El hombre la miró, volvió a comprobar el perfil de la mujer delgada con pelo castaño de su historia clínica y estuvo a punto de caerse de la silla.

–Pero... –balbuceó–. Pero... ¿no es usted? ¿No es así como era usted antes? ¿Antes de que le hiciera... las mejoras en la cara?

–Exacto, doctor –dije tratando de disimular una sonrisa–. Así es como era yo. Antes de que usted me transformara en un bellezón. Pero me gustaría recuperar mi aspecto anterior, por favor. Es un físico poco llamativo, lo sé, pero yo me encontraba la mar de cómoda con él. Claro que la nariz torcida no es que me encantara. Y las orejas de soplillo tampoco. Así que me quedaré con la nariz y las orejas que me puso. Pero el mentón y las mejillas puede dejármelas como las tenía antes.

La frase «Tiene que estar loca» asomó a los labios de Patel. Pero se la tragó, consciente de que sería una tontería insultar a una clienta tan apreciada. Sobre todo si le resulta tan lucrativa como yo, una adicta que no deja de volver a por más.

–Nunca he tenido una clienta que quisiera recuperar su antiguo aspecto –dijo con la incredulidad pintada en la cara.

–Hay una primera vez para todo, doctor. Qué caprichosas somos las mujeres, ¿verdad? Sobre todo en lo que al físico se refiere. Pero estoy dispuesta a pagar. Pagaré el dinero que haga falta para recuperar mi antiguo yo. Ya sé que la



ingeniería inversa es complicada, por eso le estoy prometiendo que le pagaré bien.

La cara de Patel se había iluminado al oír la palabra «dinero». Los cirujanos plásticos hacen lo que hacen por la pasta. Dicen que han hecho el juramento hipocrático, pero son igual de fieles al «hipocrítico».

Suspiró, con ojos de derrota.

–Lo siento –dijo–. Pero no puedo devolverle su antiguo aspecto. La cirugía plástica no es tan plástica como parece.

Fruncí el ceño. Lo miré furiosa. Protesté y supliqué como una chiflada. Pero Patel, inflexible, sostuvo que operarme la cara otra vez me convertiría en el monstruo de Frankenstein, por mucho dinero que me gastara. Así que salí de allí minutos más tarde con el mismo aspecto. Es una pena que los únicos cirujanos que encontré dispuestos a hacerme los arreglos que quiero fueran todos de tercera categoría. Y no soy tan tonta como para correr ese riesgo.

Resultado final: SIGO PARECIÉNDOME A UNA MUJER MUERTA A LA QUE ODO.

ME CAGO EN LA PUTA.

Hay cosas que el dinero no puede comprar, por mucho que te empeñes. Como el amor, o como el problema irresoluble de la cirugía plástica unidireccional.

Y, sin embargo, el dinero es lo que hace girar el mundo. O lo que hace que se detenga. Como me pasó a mí durante diecisiete años. El dinero sigue haciendo posible que sucedan cosas. O que no sucedan. Saca lo mejor de las personas. Y también lo peor. Las empuja a hacer todo tipo de cosas horribles a sí mismas. A los que las rodean. Como lo que mi querida madrastra me hizo a mí... y que no supe hasta mucho después.

Dicen que la libertad es dulce. En mi caso me supo a gloria..., claro que solo durante unas pocas horas.

Luego se volvió amarga.

Todo empezó cuando me bajé de ese barco infernal que no hacía más que zarandearse. En Hellisay, para ser exactos. Deslumbrada por la luz del sol después de años rodeada de oscuridad. Llena de sospechas. Temiendo que el mundo se hubiera movido de sitio mientras yo estaba en aquel maldito agujero. Por eso, en cuanto llegué a Londres fui directa a ver al abogado de papá,

Reginald Rowe. Para averiguar lo que había pasado con su patrimonio durante mi larga ausencia.

Había oído que papá la había palmado mientras se follaba a su secretaria de diecinueve años, Nola Barr, en el hotel Ritz. Vamos, que murió «en el acto». Y encima de la pobre Nola. La chica debió de extraer una valiosa lección de lo ocurrido: nunca te folles a un viejo rico con problemas de corazón. Porque corre el riesgo de convertirse en un peso muerto.

Rowe, canoso y con gafas, se sorprendió muchísimo al ver de nuevo a la buena de Anna May.

–¿Cuánto dinero dejó papá? –pregunté, yendo directa al grano. Con los abogados no tiene sentido andarse por las ramas. Son unos capullos que ganan dinero con tus miserias y desgracias.

Rowe estuvo un par de minutos tecleando el diario que tenía delante. Sacó una carpeta gruesa de un cajón e inspeccionó su contenido.

–Alan Winchester abrió un fideicomiso a su nombre a los pocos meses de que naciera –dijo con voz suave como la seda. No le costó demasiado reponerse de mi inesperada aparición–. Desde los veintiocho años ha tenido derecho a una renta mensual –continuó escudriñando la carpeta–. El fideicomiso lo gestiona una firma llamada Servicios Suizos de Gestión de Sucesiones. Pero puede que tarden un tiempo en pagarle. Al fin y al cabo, ya no se llama Anna May Winchester.

Asentí con la cabeza. Había tardado mucho tiempo en comprender por qué coño me había obligado papá a cambiarme de nombre. Hasta que una tarde caí en la cuenta. Fue como si me hubieran clavado una flecha en plena frente mientras estaba tumbada debajo de esos chopos enanos en Hellisay, parpadeando bajo los tenues rayos de sol que se colaban entre sus ramas. Lo hizo por vergüenza, por supuesto. Vergüenza de que su hija hubiera perdido el juicio. De que hubiera tirado a la basura sus diarios en papel. Eso debió de provocar murmuraciones de lo más molestas. Sobre todo entre los que frecuentaban el santuario sagrado de su club privado. Así que se desembarazó de ese tremendo engorro (animado por su querida esposa Aggie, por supuesto, que estaba encantada de lavarse sus intrigantes pezuñas de todo lo que tuviera que ver conmigo). Me obligó a cambiarme el nombre por el de Sophia Alyssa Ayling y me despachó a una isla escocesa en el culo del mundo con más chiflados que ovejas.

Lo cierto es que Sophia no es un mal nombre. Significa «sabiduría», algo que, a estas alturas, creo poseer de sobra. «Alyssa» me tuvo un tiempo desconcertada.

Luego leí en alguna parte que significa «cordura» y «lógica» debido a su asociación con el aliso, que antes se usaba para curar la rabia y la locura.

Sigo sin tener ni puta idea de dónde salió lo de «Ayling».

–Tendrá que probar a los suizos que Sophia Alyssa Ayling y Anna May Winchester son la misma persona –explicó Rowe–. Como ha estado un tiempo... esto... retirada del mundo... Pero puedo ayudarla a agilizar el proceso. Debería recibir pronto el primer pago. Con un poco de suerte, dentro de dos o tres meses.

–Esa mierda de fideicomiso no me interesa, Reggie. Me interesa el patrimonio de papá.

A modo de respuesta, Rowe se puso a sorberse los dientes. A dar golpecitos en su cuaderno con un Montblanc de plata que llevaba sus iniciales. Parecía que le había dado un ataque repentino de estreñimiento.

Fue entonces cuando supe que estaba jodida.

Bien jodida.

–Agnessa heredó el patrimonio de su padre cuando este murió. Todo.

–Pero... pero...

Mis palabras eran un balbuceo ahogado.

–Lo siento, señorita Winchester... Quiero decir, señorita Ayling –dijo Rowe con aspecto de no sentirlo en absoluto mientras se tocaba el alfiler con incrustaciones de rubís de su corbata–. Su padre cambió su testamento un par de años después de que usted entrara en St. Augustine. Es un dato. Los datos no pueden cambiarse.

Consultó de nuevo la carpeta y, mientras pasaba un dedo por la letra impresa, leyó con voz solemne: «A mi muerte, lego todos mis bienes a mi querida esposa Agnessa Winchester (de soltera Ivanova)».

Sus palabras fueron como un puñetazo en el estómago. Lo miré boquiabierto unos momentos mientras se me llenaba la boca de bilis. Sin embargo, no tenía elección. Lo único que podía hacer era pedirle que acelerara el primer pago de los suizos mientras me hundía las uñas en las palmas de las manos para no gritar.

Minutos más tarde salí tambaleándome de su despacho, cegada por la furia.

**M**i querida Aggie no se alegró de verme al día siguiente. No se alegró en absoluto de encontrarse allí a su adorada Anna May, que había conseguido escapar de St. Augustine. De que hubiera derramado mi café de gasolinera en su diván tapizado estilo Luis XVI. De que acabara de darle de merendar a su gato

siamés su pez de colores favorito para que dejara de incordiarme. Su asistenta polaca me había proporcionado algunos datos jugosos antes de salir corriendo a buscar a Aggie. Como, por ejemplo, que el felino cascarrabias llamado *Khrushchev* tenía debilidad por el caviar, el buey wagyu y los productos más caros de la sección de pescadería de Harrods.

–¿Qué haces aquí? –preguntó con una mueca de horror al oír al gato masticar la última espina de pez–. ¿Cómo es que te han dejado salir de St. Augustine?

–He querido hacerte una visita de cortesía, querida Aggie. Para ver qué tal estás. Por lo que he oído, has llegado muy lejos desde que eras una humilde Uno de clase trabajadora en Mogilev. Con parada táctica en un par de clubes de estriptis en Moscú. Y una temporadita más larga de puta, en Soho. Incluso conseguiste que papá cambiara su testamento a tu favor.

–Tu padre decidió cambiarr el testamento por voluntad propia –dijo Aggie con una mueca de satisfacción, la expresión que siempre adoptaba cuando me sabía a su merced–. Nadie lo obligó.

Tuve que contentarme con mirarla con los ojos entornados.

–En cualquier caso, tú no necesitabas ese dinero –añadió–. Al fin y al cabo, estabas destinada a pasar el resto de tu vida en St. Augustine. –La mueca de satisfacción se ensanchó.

Es verdad lo que dicen de las madrastras. *Cenicienta* no es un puto cuento de hadas. Ni una fábula triste con moraleja. Es un *reality show* en alta definición protagonizado por bielorrusas rubias con la frente llena de bótox.

–Desde luego, tú de quitar sabes un rato –dije–. Te las arreglaste para quitarte el tanga delante de papá mientras bailabas en su regazo en Soho, cuando os conocisteis, hace años. Luego lo despellejaste a él y a su cuenta bancaria.

Aggie puso los ojos en blanco.

–Y ahora me has robado a mí los derechos que tenía por nacimiento. Te admiro, Aggie, pero ahora me toca a mí despellejarte. Para cuando termine no te va a quedar un jirón de piel en esas garras. Ni en esa cara de furcia que tienes.

Resopló para dar a entender que no me tenía miedo. Así que dije:

–Déjame que te cuente un par de secretos feos. Empezaré por enseñarte una fotografía. Soy yo hace mucho tiempo. Era plana y tenía orejas de soplillo. Si me miras con atención, enseguida te darás cuenta de que tenía esperanza en la mirada y fuego en el alma. Hoy, esa esperanza y ese fuego han desaparecido...

Seguí hablando mientras blandía una segunda foto ante su cara:

–Voy a transformarme hasta ser exacta a ti. Me voy a teñir el pelo y voy a ponerme unas tetas como las tuyas.

Y, para terminar, le dije:

–Voy a disfrutar vengándome de todo lo que me has hecho. De todas esas pequeñas maldades que has ido cometiendo durante estos años. Recuerdo todas y cada una de ellas. Es la suma total de ofensas recordadas lo que hace potente el odio. Sí, señor... Vengarse será fácil, porque luego nadie recordará lo que te hice. Excepto yo.

Me levanté del diván y me abalancé sobre el jarrón preferido de Aggie. Un feísimo jarrón de cristal de roca, acabado en oro y lleno de joyas. Luego salí a buen paso del salón mientras ella emitía grititos de horror.

La visita a la casa había resultado de lo más fructífera. Dos minutos antes de que entrara Aggie había encontrado lo que necesitaba. Siempre le estaré agradecida a su asistenta por enseñarme las fotografías de la repisa de la chimenea, que pertenecían a las últimas vacaciones de esa zorra. Habían sido tomadas siete semanas antes, cuando Aggie estaba retozando en St. Barts. La primera era un maravilloso primer plano en alta resolución de su cara. Se veían hasta los poros tapados con maquillaje. En la segunda posaba con un bikini verde chillón mientras le pasaba un brazo por los hombros a su amante italiano de turno.

Saqué las dos fotos de sus horrendos marcos de oro y esmeralda y me puse a buscar algo más que trincar. Algo que fuera pequeño y fácil de llevar. Había un bolso tipo *clutch* de Gucci con las letras «AW» grabadas en oro en el broche. Rebusqué dentro y decidí liberar el carné de conducir de Aggie de su confinamiento. Al fin y al cabo, contenía una muestra de la firma de esa bruja. Luego me di una vuelta por la entrada e inspeccioné lo que había colgado en el perchero. Guantes negros con guarnición de piel dorada. Una boina verde espantosa. Una bufanda negra de Versace. Llevada por un impulso, me guardé las tres cosas en el bolso y volví corriendo al salón antes de que entrara Aggie.

La bufanda de Versace (la más práctica y de mejor gusto de las tres prendas) me ha resultado utilísima.

Ah, qué maravillosas son las pruebas de ADN.

Porque encontraron el ADN de Aggie en ella, claro. Mezclado con el de Mark.

La bufanda se convirtió en la prueba número 1 en el juicio de Mark. El fiscal la presentó con la debida ceremonia. Leí en la prensa que la sacó con gran aspaviento y que fue recibida por los miembros del jurado con murmullos de aprobación.

No sé por qué mi instinto me hizo envolverme el cuello con la bufanda de Aggie minutos antes de salir de mi casa de Grantchester aquella noche. Mi

intuición me había dicho, en un hilo de voz malhumorado: «El olor a mierda te ayudará a actuar con determinación y centrarte en tu objetivo, Sophia Ayling».

Mis instintos no se equivocaban.

Aquella mañana, después de visitar a Aggie, fui directa a ver al doctor Patel. Porque había oído hablar bien de sus habilidades como cirujano. Había oído, por ejemplo, que era capaz de transformar a una mujer en exactamente quien quería ser.

Pensé que aquello sonaba bien. Que era lo que yo quería.

En cuanto entré en su consulta, abrí el bolso y saqué las dos fotografías que le había birlado a Aggie de su salón.

–Quiero parecerme a esta mujer –dije.

El médico tomó en sus manos las fotografías y las estudió unos instantes con el ceño fruncido.

–¿Está segura, señorita Winchester? –preguntó frunciendo el ceño más aún mientras seguía inspeccionando las fotos–. ¿Se da usted cuenta de que esta mujer se ha operado muchas veces? El pecho, la nariz, las orejas y el mentón. También lleva bótox.

Miré boquiabierta al doctor Patel varios segundos. Hacía tiempo que sabía que Aggie había mejorado su aspecto físico a base de implantes y bótox. Desde el día que entré en el despacho de papá y descubrí horrorizada que la mujer con la que tenía intención de casarse era un año más joven que yo y tenía dos tetas como dos coníferas gigantes. Por entonces había en la cara de Aggie bótox suficiente para causarle un ataque cardíaco a un pez globo. Pero no me había fijado en que también se había operado la nariz. Entonces caí en la cuenta: me ha tocado en suerte la famosa nariz Winchester, y odio ese dichoso tabique desviado.

Aquello le daba un nuevo y maravilloso aliciente a mi plan.

Y, ya puestos, me podría arreglar esas orejas algo protuberantes.

–¡Qué maravilla, doctor! –exclamé–. Eso es todavía mejor. ¿Podemos empezar mañana, por favor? Le pagaré bien.

Y por supuesto que pagué. Pero el doctor Patel nunca sabrá que tuve que rascar la hucha para reunir el dinero de los dos primeros pagos, antes de que los suizos aflojaran la pasta. Investigar a alguien, por desgracia, requiere mucho tiempo y mucho dinero.

Y yo tenía que investigar a tres personas: Agnessa Winchester (de soltera Ivanova), Mark Henry Evans y Claire Evans (de soltera Bushey).

Ahora que lo pienso, Agnessa resultó mucho más fácil que los otros dos.

Aunque no había ninguna foto suya en internet. Debería darle las gracias otra vez a la charlatana de su asistenta. Al parecer, durante unos años después de la muerte de papá, Aggie se había dedicado a disfrutar por todo lo alto de las noches de Londres, Moscú y Minsk. Y, para no aburrirse en ninguna de las tres ciudades, había reunido una colección de yogurines. Sementales de veinte años con bultos en los lugares adecuados. Pagados con dinero de mi padre, claro. Terminó por enamorarse de un modelo de Calvin Klein de veintiún años que más tarde la dejó colgada por otra necia más joven que ella y con más dinero aún. Ella se retiró a la casa de campo de papá en Coton, para lamerse las heridas autoinfligidas, apenas seis meses antes de que yo saliera de St. Augustine.

Gracias a Dios.

Porque habría sido una verdadera putada que Aggie no hubiera estado hasta arriba de pastillas en Coton la noche en que Mark Evans decidió tirarme al Cam.

Mira que cometí errores tontos aquella noche. A punto estuve de destruirme. De reventarlo todo. Mi primera equivocación fue enzarzarme en una discusión con aquel detective sin que él me provocara mientras esperaba el momento indicado para colarme en el estudio de Mark. Pero es que me llevé un susto al ver a aquel hombre pasar corriendo. Y también me puse furiosa, joder. Aquel imbécil altanero podría haberlo echado todo a perder. Por su culpa, dejé de pensar con claridad. Lo que condujo a mi segunda equivocación grave. Fui lo bastante corta como para entrar en el estudio de Mark cuando aún estaba cenando con su mujer.

Disfruté burlándome de ella y provocándola. Pero nunca me habría esperado su reacción. Cuando sus manos furiosas entraron en contacto con mis hombros, todo se volvió oscuro.

**E**l sabor metálico, a cobre, de la sangre me llena la boca. El dolor ruge en mis oídos. Me duele la cabeza como si me hubieran clavado un hacha. Alguien me lleva a su espalda, alguien que jadea debido al esfuerzo de acarrearme. Un hombre que avanza a paso esforzado pero urgente por el camino de un bosque. Arriba susurran las hojas enmarañadas. Las ramas murmuran sobre nuestras cabezas. En el suelo chasquean ramitas bajo unos pies. Cierro otra vez los ojos antes de que el hombre me deje en el suelo, tumbada de espaldas. El olor terroso de la vegetación me impregna las fosas nasales. Oigo el chapoteo de tierra pantanosa. También ruido de agua a un metro de mí más o menos.

Oigo pisadas que se alejan. Me pregunto si debería levantarme, ponerme de pie ahora mismo. Pero está claro que formo parte de un plan cruel y vil. Un plan que tengo intención de desbaratar. Estoy segura de que el hombre volverá a buscarme.

Así que espero.

Espero.

Y sigo esperando.

Varios minutos después, más pisadas ahogadas. Cierro fuerte los ojos y me hago la muerta. El hombre me levanta por el torso. Me pone algo sobre los hombros. Parece un abrigo de lana. Pesa mucho, joder, como si llevara lingotes de oro en los bolsillos. Me oprime los hombros y el pecho.

Me da un empujón.

Lo bastante fuerte para hacerme caer de lado, al infierno. Choco contra el agua igual que un ladrillo. Una oscuridad líquida, negra como la tinta, me engulle.

El río está frío.

Está helado, joder.

Pero el agua gélida me corta el cráneo como un escalpelo y hace que mi cerebro se ponga en modo hipervelocidad. Alivia mi fuerte dolor de cabeza durante unos pocos segundos. Me permite verlo todo con claridad meridiana, incluido lo que tengo que hacer a continuación. Me peleo con los bolsillos del abrigo y saco algunas de las piedras que hay dentro. Me impulso hacia arriba ayudándome de la ligera corriente. Atravieso el infierno ártico y tenebroso que me envuelve. Me alejo todo lo posible del punto donde caí con un suave chapoteo. Manteniendo el cuerpo debajo del agua, sin que asome un solo mechón de pelo.

Aire.

Necesito aire.

Necesito aire, joder.

Me duelen muchísimo los pulmones.

Pero tengo que seguir nadando.

Necesito salir a la superficie.

Joder que si lo necesito.

Aire. Ya. Por favor.

Salgo a flote. Doy una única y desesperada bocanada con solo los labios fuera del agua. Esperando haberme alejado lo bastante. Rezando por que no pueda verme en la oscuridad.



Agacha la cabeza, Sophia.

Sigue nadando. Tú sigue nadando. Dios. Esto es ridículo.

Nada, Sophia, nada.

Sigue la corriente. Nada río abajo.

Izquierda, derecha. Izquierda, derecha. Izquierda, derecha.

Estoy agotada. Me muero.

Ya no puedo seguir nadando.

Esto me está matando, joder.

Creo que ya estoy lo bastante lejos.

Me acerco como puedo a la orilla. Una raíz de árbol llega a la superficie del agua y me aferro a ella con desesperación. Me impulso hasta llegar a tierra firme, con la ropa chorreando. Los dientes me castañetean, las manos me tiemblan. Los ojos me escuecen por el agua. Me desplomo de bruces en el barro, un peso muerto exhausto y empapado.

Me entran grava y barro en la boca. El sabor agridulce a mohoso y hojas en descomposición.

Levanto la cabeza con un gemido de dolor y miro a mi alrededor. Estoy rodeada de sauces llorones, sus espesas ramas ocultan la luna y las estrellas. Un camino pantanoso serpentea paralelo al río hasta perderse en la oscuridad. La corriente debe de haberme llevado hasta el Parque Natural Paradise. Me obligo a levantarme del barro y, durante unos segundos desconcertantes, el suelo se mueve y baila. Me abro paso a trompicones en la espesura, entre árboles de troncos retorcidos y altísimos. Sus extremidades nudosas y tupidas se me enganchan a la ropa mientras me dirijo hacia el coche.

Debo de parecer un espectro infernal pasado por agua. Espero no cruzarme con nadie. Si lo hago, sería un desastre.

Más deprisa, Sophia.

Me cago en la puta. Hay una mujer paseando a un cachorro al final de Grantchester Meadows. No te pares. No tiembles. Sigue andando. Haz como si no pasara nada.

La mujer tuerce por Marlowe Road con su perro. Gracias a Dios.

Mi Fiat sigue en el área de descanso. La llave de contacto está en el bolsillo de mis pantalones. Me subo y arranco el motor. Tiritando por la ropa mojada, recorro a toda velocidad la carretera rural llena de curvas que lleva a Coton. Una liebre se aparta corriendo a mi paso con ojos grandes y brillantes. Aparco en el camino de entrada lleno de pavos reales y apago el motor, luego entro por la puerta delantera.

Aggie está esnifando una raya en la encimera de mármol negro de la cocina, junto a una botella medio vacía de absenta. Por eso no se cae del taburete. Y eso que está viendo a su doble acercándose a ella empapada y con una sonrisa de oreja a oreja.

El cascarrabias enano de *Khrushchev* me enseña los dientes. Intenta afilarse las garras en mi pie. Aggie, en cambio, ni pestañea. Supongo que una persona que sobrevive a base de coca está acostumbrada a ver su reflejo por todas partes. Aunque no haya ningún espejo cerca.

–Hola, Aggie –digo con una sonrisa más ancha aún.

Voy hasta ella y me sitúo a su derecha.

Tengo el brazo tensado. Dispuesto.

Me ignora y se concentra en una segunda raya de coca que tiene preparada en la encimera.

¿Por qué será que no me sorprende?

Levanto el brazo.

El billete enroscado de cincuenta libras que tiene en la mano revolotea hasta el suelo. Me dan ganas de decirle a su cuerpo inconsciente, en una voz lo más solemne posible:

*Llevo años esperando este momento. Porque me acuerdo. Me acuerdo de cada puta cosa que me hiciste. Como cuando me pasé por esta cocina la tarde del baile del Trinity. Quería ponerme el collar y los pendientes de diamantes de mamá para impresionar al chico que me llevaba al baile. Porque estaba enamorada de él y pensaba que podía hacerle sentir lo mismo por mí.*

*Pero aquella tarde subí las escaleras hasta el antiguo dormitorio de mamá y me encontré con que el juego de collar y pendientes había desaparecido.*

*Así que bajé corriendo a preguntarte. Estabas sentada a la mesa de la cocina hojeando un catálogo de Cartier. Tu boquita de rosa estaba fruncida en un gesto de insatisfacción crónica.*

–¿Dónde están los diamantes de mamá? –pregunté.

*Te limitaste a dirigirme una sonrisa silenciosa y astuta.*

–Ahorra son míos.

–Eso es ridículo –dije–. Eran de mi madre.

–Tu madre está muerrta.

–No tenías ningún derecho a quedártelos.

–Ya no los necesita.

*Apreté los dientes y dije:*

–Dámelos. Quiero ponérmelos esta noche.

*–No te quedarrían bien –me dijiste con una sonrisa burlona–. Nada bien. No con esa carra tan feúcha que tienes.*

*Levanté la mano para borrarte esa sonrisa de la cara, pero lo que me dijiste a continuación me paralizó.*

*–No te metas conmigo, Anna. Porque tu padre me escucha a mí, no a ti. Y si le digo que sigues vomitando en secreto lo que comes se va a enfadarr mucho, perro mucho...*

*–¿Y tú cómo sabes que...?*

*–Insistirá en que vuelvas a vivir aquí para poderr vigilarte de cerrca. Y eso sería una verdadera lástima, después de todo lo que te costó irte. Tienes ese dato, ¿verdad?*

*–Pero...*

*–Y es posible que hasta te quite tu asignación.*

*–Eres una...*

*–Serremos otra vez una gran familia feliz. Te harría ilusión, ¿verdad?*

*La ausencia de entonación en tu voz hacía doblemente amenazadoras tus palabras.*

*Aquella tarde me fui sin el conjunto de diamantes de mamá.*

*Sigo sin él.*

*La capacidad de recordar hace que te obsesiones. Durante diecisiete años solo pensé en tres personas: ÉL, ELLA y TÚ.*

*Y ahora no hago más que recuperar lo que me pertenece por derecho.*

*Pero, al mismo tiempo, le estoy haciendo a Aggie un gran favor. Si su vida está llena de absenta y cocaína, más le vale reunirse con sus dos exmaridos en ese gran vacío del cielo. Conociéndola, en cuanto tenga la más mínima oportunidad montará un local de estriptis.*

*Me quito las ropas mojadas antes de desnudarla a ella. Va vestida de varios tonos de verde, cosas que se pondría una exputa sin gusto para la ropa. Pantalones estrechos de terciopelo con un top transparente color duende. Mangas espantosas y exageradas. La tela apesta a tabaco rancio y a pepinillos en vinagre.*

*Pero al menos está seca.*

*E incluso es de mi talla. Más o menos. El sujetador me queda un poco grande. El doctor Patel se quedó un poco corto en ese tema.*

*Me arrodillo para vestirla con la ropa mojada que me acabo de quitar.*

*Pero me cuesta.*

*Me cuesta mucho.*

*Qué puta pesadilla. No me había dado cuenta de lo difícil que es vestir un*

cuerpo muerto con ropas mojadas. El abrigo es fácil, en cambio. Por suerte, aún quedan unos cuantos guijarros blancos y negros en los bolsillos.

Debería llevarme unos cuantos cabellos teñidos, por si necesito colocar algún folículo con ADN en ciertos lugares estratégicos.

Agarro unas tijeras de la cocina y corto un mechón.

Hay otra cosa que tengo que hacer. Ah, sí. Restos de lápiz de labios y esmalte de uñas que llevo en mi bolso deben aparecer en el maletero del Fiat. Me agacho para pintarle a Aggie los labios y las uñas de brillante tono escarlata.

No está mal, Sophia.

La meto en el maletero. Cabe justa.

Arranco el coche y recorro otra vez a toda velocidad y a oscuras la carretera llena de curvas.

Aparcamiento del Parque Natural Paradise, un par de minutos después de medianoche. No hay nadie. Ni parejas ni campistas. Tampoco nudistas. Es una suerte que esta mañana haya caído un aguacero y haya inundado los senderos del parque, convirtiéndolos en un verdadero lodazal. Una ciénaga de lo menos apetecible que ha mandado a todo el mundo a casa antes de medianoche.

Tiro a Aggie al río Cam y empujo su cuerpo con fuerza para hundirlo.

¿Se está resistiendo? ¿O son imaginaciones mías? ¿Será el cansancio que me juega una mala pasada?

Cuento hasta cien antes de levantar la mano.

Vuelvo a aparcar el Fiat al final de Grantchester Meadows y limpio el coche de arriba abajo.

Vuelvo andando a Coton. Los casi cinco kilómetros. A pie. Me desplomo en la cama con dosel de Aggie. Aunque apeste a perfume Poison, de Dior, y las sábanas sean color verde moho. Cuando se está tan hecha polvo, ni siquiera la mierda de Aggie huele tan mal.

Todo se vuelve oscuro otra vez.

**E**s increíble cómo destrezas en apariencia inútiles se vuelven de pronto fructíferas cuando te vienen mal dadas. Por ejemplo, ser capaz de contener la respiración debajo del agua. Lo aprendí de niña en aquellas interminables clases de natación en la piscina de papá en las Bermudas. Eso sin duda me ayudó en el Cam. O el poco ruso que aprendí durante mi primer año en Cambridge. Gracias a papá, quien insistió en que aprendiera el idioma cuando decidió casarse con esa

bailarina de estriptis bielorrusa. Creía que así me entendería mejor con mi nueva madrastra. (Por suerte para mí y por desgracia para ella, eso nunca ocurrió.) Sin duda, saber algo de ruso me ayudó cuando ese inspector cotilla y patético llamó al móvil de Aggie para informarla de mi muerte inesperada. Desde luego lo pasé bien charlando con él aquella tarde de sábado desde detrás de las persianas de la casa que me pertenece por derecho. (Espero no haber exagerado el acento.)

Ese día resolví unos cuantos asuntos más. Tiré quince ampollas de cocaína al contenedor del garaje. Regué con cinco litros de absenta una planta nudosa que había en un rincón. Quemé en la chimenea todos los diarios en papel de Aggie. El electrónico lo destruí con un mazo de cocina. Incluso compré un gato persa por internet. Una minina blanca y peluda clavada a *Catapult*. Igual que yo, la gatita nueva se acostumbró al gruñón de *Khrushchev*. Y también a su nombre, *Catatonic*.

No como yo.

Odio mi nuevo nombre. En particular, detesto firmar «Agnessa» en la línea de puntos, incluso ahora que he perfeccionado la firma (después de meses de práctica). El nombre es peor que Sophia Alyssa. Desde luego, mucho peor que Anna May. Pero supongo que tendré que acostumbrarme. Y que me llamen Agnessa tiene un punto irónico que me resulta encantador. Porque es un nombre que significa «santa y pura».

Y si hay alguien santo y puro, esa soy yo, joder.

Sé qué tres personas visitaban la casa de Aggie en Coton con regularidad. Su amante italiano, la charlatana de su asistenta polaca y un jardinero húngaro muy mañoso.

Empecé por enviar un mensaje de texto al amante italiano, usando el móvil de Aggie, claro.

El mensaje era breve y cariñoso.

«Que te den», decía. «Hemos terminado».

Funcionó. No volví a saber de él. También mandé mensajes a la asistenta y al jardinero diciéndoles que ya no necesitaba sus servicios.

Conservé el Ferrari de Aggie (aunque prefiero, con mucho, los BMW). Conservé sus muebles recargados y su ropa. Después de todo, la gente podría sospechar si Agnessa empezara de pronto a pasearse por ahí con un elegante vestido color escarlata de Elie Saab en lugar del espeluznante verde chillón que solía vestir. Me imagino a un vecino cotilla y Uno escribiendo sobre la nueva Agnessa en su diario: *Madre mía, hoy la he visto contoneándose con un vestido nuevo elegantísimo. ¡Sorpresa! ¡Horror! ¿Qué ha sido de su predilección por el*

*verde chillón? Aquí pasa algo raro. Alguien ha debido suplantar su identidad. Debería llamar por teléfono a ese policía canoso y arrogante para contarle mis sospechas. Ese superintendente recién nombrado que no hace más que ganar premios por resolver crímenes en cuanto ocurren.*

Y eso sería un desastre.

Por cierto, el superintendente Richardson se merece algo más que unos puñetazos. Sigo convencida de que fueron él y Mark los que clavaron los últimos clavos de mi ataúd en St. Augustine. Pero debería dar las gracias a mi buena estrella por el hecho de que sea tan mal investigador. Algún día tendría que desenmascararlo.

Voy a desaparecer por un tiempo.

Lo bastante para que se asiente el polvo.

Hablando de polvo, me aseguré de que incineraran el cuerpo de Aggie cuando, una semana más tarde, lo recuperé del depósito. También pagué a Soluciones Integrales de Cremación para que convirtieran sus cenizas en un diamante artificial. Ahora está engastado en un anillo de platino que llevo en el dedo meñique. Aggie debería darme las gracias por lo magnánima que he sido con sus restos mortales. No se merece ser un diamante. Pero convertirla en uno tiene algo de justicia poética. Después de todo, estuvo años sin dejarme tocar los diamantes de mamá.

Poco después de llamar al gestor de Aggie, saqué un billete de primera clase a Bora Bora. Me dijo que su patrimonio era de 37 millones de euros, además de tres locales de stripteas en propiedad y acciones de la revista *Playboy*. Cuando oí la suma me quedé boquiabierto, pensaba que había heredado solo 31 millones. Entonces recordé que Aggie se había casado con un tal Grosvenor y seis meses más tarde se había divorciado de él para casarse con papá.

Casarse con un hombre rico nunca está de más.

Y tampoco casarse después con uno todavía más rico.

Desde entonces he vendido las acciones de *Playboy* (no quiero tener absolutamente nada que ver con el imperio de Hugh Hefner), pero he decidido conservar los clubes de stripteas.

Van bastante bien.

Son, lo que se dice, rentables.

En especial uno que se llama Infierno de Dante, en Moscú. Se lo regaló Aggie a sí misma cuando cumplió los cuarenta años. Claro que los beneficios del Infierno se ven un poco mermados por los sobornos mensuales que hay que pagar al jefe de la Policía moscovita, un bigotudo de lo más fotogénico y ágil para su

edad. Su lema parece ser: *Listos para extorsionar*. La inocente Anna May se ha convertido, por tanto, en empleadora de cincuenta y cuatro bailarinas de barra americana y veintitrés estríperes masculinos, incluidos cinco idénticos a Channing Tatum.

Y, sin embargo, es increíble la fuerza con la que puede volver el pasado. Incluso en una playa blanquísima de Bora Bora. Con cocoteros sinuosos meciéndose con la brisa a mi alrededor y olas cristalinas rompiendo a escasos metros de mis pies. El lugar más remoto que me vino a la cabeza cuando saqué el billete de avión. El caso es que ayer leí sobre él en *The Wall Street Journal*. El hombre con el labradoodle greñado se dejó un periódico en la playa antes de subir a una lancha para volver a su yate. Cuando lo hojeé, en la parte inferior de una página me encontré con un pequeño titular que decía: «Novelista publica el relato de su encarcelamiento en Belmarsh».

Ahora trabaja en la biblioteca de la cárcel. Al parecer, allí es uno de los empleos más codiciados. Espera publicar pronto sus reflexiones carcelarias, quizá también una colección de cuentos. Relatos chispeantes de crimen y castigo sonsacados a compañeros de encierro durante interminables almuerzos a base de alubias en conserva. Hasta la fecha ha sido un recluso modelo, por eso es probable que le den pronto la condicional. Incluso puede que salga en cuatro años.

Alucinante, joder.

Es increíble cómo puede seguir progresando una carrera literaria cuando las aspiraciones políticas de uno han sido destruidas. Cuando se está encerrado en una prisión de alta seguridad por homicidio involuntario.

Claro que a ese hombre siempre se le dieron bien las palabras. Y las palabras suelen prevalecer, te gusten o no.

El artículo dice también que se le han concedido visitas semanales adicionales de amigos y familiares. Su solícita esposa Uno al parecer lo visita en días alternos y le lleva libros, calcetines y jerséis tejidos a mano.

¿Por qué no se ha divorciado de él después de todo lo que le ha hecho? Después de enterarse no solo de que tenía una amante, sino también de que la había ahogado –en teoría– en el río Cam. ¿Y por qué no la ha dejado él a ella? Debe de estar loco para seguir con una Uno chiflada que mató a su hija. No lo entiendo. Es que no lo entiendo, joder. Hace tiempo que he renunciado a seguir leyendo los periódicos en busca de la noticia de su divorcio. Estoy cansada de esperar algo que no va a ocurrir. Porque no pueden estar enamorados. ¿O sí?

Es cabreante, coño. Me subleva. Tengo ganas de tirarle algo al hombre del

cisne hinchable gigante.

Las últimas líneas del artículo de *The Wall Street Journal* son especialmente irritantes: «El señor y la señora Evans acaban de renovar sus votos matrimoniales en la capilla del centro penitenciario de Belmarsh. Su portavoz, Rowan Redford, ha declarado que “Claire Evans espera con ilusión el adelanto de la libertad condicional de su marido”».

Me dan ganas de volver a Inglaterra. Para darle la puntilla a él y a su matrimonio y así dejar clara mi postura. Porque eso de que le den la condicional antes de tiempo me cabrea, no me parece nada bien. Ese hombre se merece un final lento e inexorable en prisión. O, por lo menos, diecisiete tristes años de encierro.

Y no cuatro.

Pero esa es otra historia.

Una misión distinta.

Mientras tanto seguiré aquí. Voy a pedirme una piña colada mejor preparada que la anterior y a regocijarme mirando el reluciente diamante en mi dedo meñique (porque, a diferencia del amor, la venganza brilla y está al alcance de la mano). Igual lo que me tomo es un vodka triple. Y hasta puede que le sonría al socorrista cachas con el bañador rosa. Aunque debe de ser un estúpido Uno.

Me gusta disfrutar de los pequeños placeres cuando se presentan.

Porque luego me acuerdo de ellos.



## Epílogo

Un hombre entra en una cocina. Lleva cuatro años sin poner un pie en ella. Tiene el corazón henchido, atravesado de la felicidad que da volver a casa. Respira hondo y saborea el aroma intenso a estofado de conejo con laurel que sale de una cazuela puesta al fuego. Su mujer le sonrío cuando él le entrega un ramo de rosas rosadas y blancas. Sus ojos color lavanda son dulces y afectuosos; en el fondo de las pupilas titila un sereno alborozo. Ella también lleva cuatro años esperando a que él regrese.

El hombre se fija en que no hay frascos grises de antidepresivos en la encimera de la cocina. Solo dos cosas. Una es el diario electrónico de ella. Le dice que está lleno de palabras y descripciones. Todo lo que le da tiempo a escribir cada día. Se cuida mucho de no olvidar.

Él asiente con la cabeza. La comprende muy bien. Después de todo, él ha estado intentado hacer lo mismo, aunque no es fácil. Por eso deben aferrarse a lo que han compartido, a lo bello y a lo trágico, porque con el tiempo el pasado los sanará a ambos. Porque el dolor del pasado los ha convertido en quienes son ahora. Los ayuda a entender de dónde vienen. Dónde están. Dónde esperan estar.

Y es que la memoria lo es todo.

La segunda cosa es un ejemplar de *The Times* del día anterior. Los ojos de la mujer se posan en él, concretamente en la fotografía a gran tamaño de la portada. Es la foto de una mujer rubia y sonriente. El titular dice: «Mujer Uno gana por primera vez un concurso de cuentos dotado con 30.000 libras con un relato deslumbrante sobre la pérdida y la expiación de una familia».

El hombre abre mucho los ojos.

No tenía ni idea, dice, tomándole la mano. Qué estúpido y ciego he sido. Tan ciego que no veía lo que tenía delante de mis narices. A quien estaba conmigo.

Los dos estábamos ciegos. Pero ya no.

¿De qué trata el relato?, pregunta él.

De algo muy sencillo, responde ella. Es una historia agridulce sobre el amor y la redención. Pero, sobre todo, trata del amor. Porque hace que nos esforcemos. Porque nos impulsa a desear recordar.

## Agradecimientos

Soy muy afortunada por contar con un equipo increíble de agentes y editores que han trabajado conmigo. Quiero dar las gracias especialmente a mis maravillosos agentes Jonny Geller y Alexandra Machinist por defender este proyecto y hacerlo realidad de maneras que ni me habría atrevido a soñar. Ha sido todo un privilegio trabajar con Alex Clarke y Josh Kendall, cuya edición sabia e incisiva me ayudó a desarrollar mi idea del libro. Gracias, *Dream Team*, por ser tan apasionados y entregados, tan sensatos y tan divertidos.

Este libro está muy influido por mis años de estudiante en la Faber Academy. Estoy agradecida a mi tutor, Richard Skinner, por guiarme al principio de este viaje. También estoy en deuda con mis compañeros de clase de la promoción de 2015 que leyeron borradores iniciales de la novela y me proporcionaron consejos útiles. En concreto, el magnífico quinteto que sigue reuniéndose en Bloomsbury cada semana para intercambiar sus escritos: Michael Dias, Helen Allen, Ilana Lindsey, Chloe Esposito y Kate Vick. Los Cinco de Bloomsbury me iluminaron el camino; tengo suerte de contar con su apoyo constante.

Varios lectores me ayudaron con borradores posteriores del libro. Lydia Rose Ruffles, Sally Garner. Arabel Charlaff y Nicolle Freni se merecen una mención especial por sus aportaciones perspicaces e ingeniosas. Muchas gracias también a Margaret Watts, Pâola Lopez, Sarah Edghill, Allison Stenberg, Richard Beard, Nacho Mbaeliachi, Tony Bicât, Selina Ukwuoma, Christian Brinsden, Amanda Saint y My Ly, por sus muchas y valiosas sugerencias.

Tengo una gran deuda de gratitud con Geoffrey Monaghan, del Servicio de Policía Metropolitana, por sus excelentes consejos sobre procedimientos policiales. Muchas gracias también a Stuart Hamilton, de la Unidad de Patología Forense de East Midlands, a Wan Yi Min, de Jurong Health, y a Leslie King, del Servicio de Ciencia Forense, por compartir conmigo sus conocimientos sobre patología, psicología y detección de drogas.

Les estoy agradecida a los editores y correctores por su cuidadoso escrutinio de mi prosa y su meticulosa atención al detalle. Gracias en particular a Barbara Clark, Jane Selley y Sarah Day. También quiero dar las gracias a Kate Cooper,

Luke Speed, Rich Green, Jake-Smith Bosanquet, Eva Papastratis, Catherine Cho, Hillary Jacobson y a todo el equipo de Curtis Brown y de ICM Partners.

Saludos afectuosos y muchas gracias a los magníficos equipos de publicidad y marketing de Headline y Little Brown: Georgina Moore, Millie Seaward, Joe Yule, Sabrina Callahan y Pamela Brown. Tienen toda mi gratitud y mi admiración. Muchas gracias también a Kate Stephenson y Ella Gordon, de Wildfire, así como a Ben Allen y Nicky Guerreiro, de Mulholland.

Por último, quiero hacer constar mi reconocimiento a dos de mis más ardientes defensores: a Lee Han Shih, por creer en mí, y a mi maravilloso prometido Alexander Plekhanov, que me apoyó en cada etapa de este viaje (y me proporcionó unas muy necesarias distracciones). Han y Alex, este libro es para vosotros.

MAEVA defiende el copyright©.

El copyright alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores. Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del copyright y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que EMBOLSILLO continúe publicando libros para todos los lectores.

© Felicia Yap, 2018

© de la traducción, Laura Vidal

© de la cubierta, Sylvia Sans sobre imagen de Shutterstock

© Maeva Ediciones, 2018

Benito Castro, 6

28028 MADRID

[emaeva@maeva.es](mailto:emaeva@maeva.es)

[www.maeva.es](http://www.maeva.es)

ISBN: 9788417108861

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.